

LA VIDA OCULTA DE FIDEL CASTRO

**JUAN REINALDO
SÁNCHEZ**

El exguardaespaldas
del líder cubano
desvela sus secretos
más íntimos



ESPA
PDF

¿Qué se sabe en realidad de Fidel Castro? ¿Cómo vive? ¿Es de verdad el hombre austero y fiel a los ideales de la revolución comunista que afirma ser? La respuesta, según Juan Reinaldo Sánchez, guardaespaldas personal del comandante durante diecisiete años, es un rotundo no. El Líder Máximo no sólo lleva una vida mucho más confortable de lo que siempre ha dado a entender, sino que tras su fachada de respeto a la ortodoxia del comunismo se esconden manipulaciones financieras dudosas que en este libro se desvelan por primera vez. Innumerables secretos de Estado y traiciones ocultas han pasado ante los ojos de Juan Reinaldo Sánchez, que ha sido testigo privilegiado de las múltiples facetas del gobernante cubano, reveladas por primera vez en este libro: estrategia genial en Nicaragua y Angola, autócrata paranoico en su país, espía sin igual a todas horas, diplomático maquiavélico, padre de familia distraído —tiene al menos nueve hijos, habidos de cinco relaciones diferentes—, obseso de las grabaciones e, incluso, cómplice de los narcotraficantes, la gota que acabó colmando el vaso del que fue durante casi dos décadas su fiel guardaespaldas. Un testimonio excepcional que pone en duda todo lo que se creía saber hasta ahora sobre la vida pública y privada de Fidel Castro.

Juan Reinaldo Sánchez La vida oculta de Fidel Castro

ePub r1.0 Titivillus 05.03.15

Título original: La vie cachée de Fidel Castro Juan Reinaldo Sánchez, 2014 Traducción: Rosa Alapont Calderaro Editor digital: Titivillus ePub base r1.2

A mis hijos, Aliette y Ernesto. A su madre, que con tanta frecuencia desempeñó también el papel de padre en mi ausencia. A mi tío Manuel, el «papá» que me transmitió unos valores éticos extraordinarios. A mis abuelos, Ángela y Crespo, ángeles de la guarda cuya presencia sigo percibiendo. A mis nietos, a mi hermano. Y a todos aquellos que me apoyaron en los momentos difíciles. Que Dios los bendiga a todos.

1

CAYO PIEDRA, LA ISLA PARADISIÁCA DE LOS CASTRO [*]

El yate de Fidel Castro singla por el mar Caribe. Hemos zarpado hace diez minutos y ya unos delfines blancos se han unido a nosotros sobre el oleaje azul petróleo de la costa meridional de Cuba. Un banco de nueve o diez mamíferos patrulla a estribor, muy cerca del casco; otro grupo de cetáceos nada veloz en nuestra estela, unos treinta metros a babor por detrás. Se diría la escolta motorizada de un jefe de Estado en visita oficial... —Ahí está el relevo, puedes irte a descansar —digo a Gabriel Gallegos señalando la multitud de aletas dorsales que hienden la superficie del agua a toda velocidad. Mi colega sonrío ante mi broma. No obstante, tres minutos más tarde los imprevisibles animales cambian de rumbo, se alejan y desaparecen en el horizonte. —¡Apenas llegados y ya se van! Qué falta de profesionalidad... —bromea a su vez Gabriel. En materia de profesionalidad, tanto él como yo sabemos un rato. Ambos entramos en la Seguridad

Personal del Comandante hace trece años. En 1977. De hecho, en Cuba nada es tan profesional, tan ejercitado ni tan importante como la protección del jefe del Estado. La menor salida al mar de Fidel, aunque sea para pescar o para practicar la pesca submarina, moviliza un dispositivo de defensa militar impresionante. Así, el Aquarama II — tal es el nombre del yate de Fidel Castro — es sistemáticamente escoltado por la Pionera I y la Pionera II, dos potentes motoras de cincuenta y cinco pies (diecisiete metros) casi idénticas, una de las cuales está medicalizada por completo a fin de asistir al Comandante en caso de que surja un problema de salud. Diez miembros de la guardia personal de Fidel, el cuerpo de élite al que pertenezco, se reparten en esas tres embarcaciones —en tierra nos repartimos en tres vehículos—. Todos los barcos están equipados con ametralladoras pesadas y dotados de un arsenal de granadas, fusiles Kalashnikov AK-47 y municiones, con el fin de estar precavidos ante cualquier eventualidad. Cierto es que desde el comienzo de la Revolución cubana Fidel Castro vive bajo la amenaza de atentados: la CIA ha admitido haber previsto centenares, con la ayuda de venenos, bolígrafos o habanos bomba... En las inmediaciones, algo adentrada en el mar, se moviliza asimismo una patrullera de los guardacostas, la cual garantiza la vigilancia por radar, marítima y aérea, del sector. La consigna: toda embarcación que se acerque a menos de tres millas náuticas del Aquarama II es interceptada. También la aviación cubana entra en juego: en la base aérea de Santa Clara, a unos cien kilómetros, un

piloto de caza en traje de campaña se mantiene en estado de alerta máxima, listo para saltar a su Mig-29 de fabricación soviética, emprender el vuelo en menos de dos minutos y reunirse con el Aquarama II a velocidad supersónica. Ese día hace buen tiempo. No tiene nada de sorprendente: estamos en pleno verano, en el año de gracia de 1990, trigésimo segundo del reinado de Fidel Alejandro Castro Ruz, por entonces de sesenta y tres años. La caída del muro de Berlín se produjo el otoño anterior. El presidente estadounidense George Bush se dispone a lanzar la Operación Tormenta del Desierto: la invasión del Irak de Sadam Hussein. En cuanto a Fidel Castro, navega hacia su isla privada y secreta, Cayo Piedra, a bordo del único barco de lujo, el suyo, con que cuenta la república de Cuba. Se trata de una elegante nave de casco blanco y noventa pies (27,5 metros). Puesta en servicio a principios de los años setenta, es una réplica, aumentada, del Aquarama I, un yate con clase, confiscado a un allegado del régimen de Fulgencio Batista, quien, como es sabido, fue derrocado el 1 de enero de 1959 por la Revolución cubana, iniciada dos años y medio atrás en el monte bajo de Sierra Maestra por Fidel y unos sesenta «barbudos». Además de los dos camarotes dobles, uno de los cuales, el de Fidel, está equipado con aseo privado, la nave tiene capacidad para alojar a otras doce personas. Los seis sillones del salón principal son convertibles en cama. La sala de radio dispone de dos literas. Y la cabina reservada a la tripulación, a proa, posee otras cuatro. Como todo yate digno de tal nombre, el Aquarama II ofrece todas las

comodidades modernas: aire acondicionado, dos cuartos de baño, váter, televisión, bar. En comparación con los juguetitos de los nuevos ricos rusos y saudíes que surcan en la actualidad las Antillas o el Mediterráneo, el Aquarama II, aunque dotado de una hermosa pátina, es decir, vintage, puede parecer anticuado. Ahora bien, en los años setenta, ochenta y noventa, este lujoso barco completamente decorado con maderas preciosas importadas de Angola no tenía nada que envidiar a los que estaban amarrados en las marinas de las Bahamas o de Saint-Tropez. A decir verdad, en cuestión de potencia los supera ampliamente. Sus cuatro motores, obsequiados por Leonid Brézhnev a Fidel Castro, son idénticos a los que equipan las patrulleras de la marina soviética. A toda máquina, propulsan el Aquarama II a la increíble velocidad de 42 nudos, es decir, ¡78 kilómetros por hora! Imbatible.

En Cuba, nadie, o casi nadie, conoce la existencia de este yate, cuyo puerto de amarre se oculta en una cala invisible e inaccesible para el común de los mortales, en la costa oriental de la célebre bahía de Cochinos, unos ciento cincuenta kilómetros al sudeste de La Habana. Desde los años sesenta, es ahí, en el corazón de una zona militar, donde se oculta la marina privada de Fidel. Bajo alta vigilancia, el lugar, llamado La Caleta del Rosario, alberga asimismo una de sus numerosas segundas residencias y, en un edificio anexo, un pequeño museo personal dedicado a los trofeos de pesca de Fidel. Partiendo de dicha marina, hay que contar con cuarenta y cinco minutos para llegar a Cayo Piedra, la isla paradisíaca del Comandante. He

realizado esa travesía cientos de veces. Ni una sola ha dejado de cautivarme el azul del cielo, la pureza del agua, la belleza de los fondos marinos. Prácticamente en la mitad de las ocasiones los delfines han venido a saludarnos, nadan a nuestro lado y luego se alejan a merced de su capricho. Entre nosotros, el gran juego consiste en ver quién los avista primero; entonces alguien grita: «¡Aquí están!». Con frecuencia también los pelícanos nos siguen desde las costas cubanas hasta Cayo Piedra. Me gusta su vuelo pesado y un tanto torpe. Para nosotros, miembros de la élite militar cubana, esos tres cuartos de hora de travesía suponen un bienvenido pasatiempo, pues la protección de una personalidad tan exigente como Fidel requiere plena atención en todo momento y no ofrece ni un instante de tregua. A lo largo de todo el viaje, el Jefe, como lo llamamos entre nosotros, permanece por lo general en el salón principal. Tiene por costumbre arrellanarse en su amplio sillón de presidente y director general, de piel negra, en el que ningún otro ser humano ha puesto jamás las posaderas. En el ambiente amortiguado de esa sala de estar, con un vaso de whisky Chivas Regal on the rocks en la mano (su bebida favorita), se sumerge en los informes de síntesis de los servicios de información, espulga la revista de prensa internacional preparada por su gabinete, desmenuza la selección de cables de las agencias France-Press, Associated Press, Reuters. El Jefe aprovecha asimismo para conversar sobre los asuntos en curso con José Naranjo, fiel edecán apodado «Pepín», que compartió todos los instantes de su vida profesional hasta su muerte,

de cáncer, en 1995[1]. También Dalia se halla presente, por supuesto. Madre de cinco de los nueve hijos de Fidel, Dalia Soto del Valle es la mujer que ha compartido en secreto su vida desde 1961..., pero cuya existencia no conocieron los cubanos ¡hasta los años 2000! Por último, está el doctor Eugenio Selman, médico personal de Fidel hasta 2010, cuya competencia, así como su conversación sobre política, tanto aprecia el Comandante. La misión primordial de ese hombre elegante, solícito y unánimemente respetado consiste a todas luces en velar por la salud del Jefe. Sin embargo, el médico personal de Fidel presta asimismo pequeños servicios a cuantos lo rodean. Es poco frecuente que un invitado — empresario o jefe de Estado— se encuentre a bordo. Aunque puede darse el caso. El Comandante lo invita entonces a acompañarlo en el puente superior, desde donde se puede admirar el panorama de las costas cubanas, en especial la bahía de Cochinos, de donde acabamos de zarpar. A medida que el Aquarama II se aleja de ella, Fidel, narrador sin parangón, relata a su huésped, in situ, las horas trágicas del desembarco en la ya célebre bahía. Desde el puente de popa, lo miramos lanzarse a extensas explicaciones haciendo amplios ademanes y señalando con el dedo diversos lugares de esa región pantanosa infestada de mosquitos. El maestro prodiga a su momentáneo alumno una clase de historia de extensión real. —Mire allí, al fondo de la bahía, ¡eso es Playa Larga! Y allí, en la entrada oriental de la bahía, está Playa Girón. Fue ahí donde, a la una y cuarto exactamente, el 17 de abril de 1961, un contingente de mil quinientos

exiliados cubanos entrenados por la CIA desembarcaron para intentar invadir y derribar a la patria a fin de apropiársela. ¡Pero aquí nadie se rinde! Y después de tres días de heroica resistencia popular, los invasores tuvieron que replegarse a Playa Girón. Y rendir las armas. Planificada durante el mandato de Dwight Eisenhower e iniciada a principios del de John F. Kennedy, la operación se saldó, en efecto, con un fracaso absoluto: 1.200 miembros del cuerpo expedicionario fueron hechos prisioneros y 118 resultaron muertos. Del lado castrista, se contaron 176 muertos y varios centenares de heridos. Para Washington la humillación fue total. Por primera vez en su historia, el «imperialismo americano» sufrió una dura derrota militar, mientras que en la escena internacional Fidel Castro se imponía como el líder incontestable del Tercer Mundo. Abiertamente aliado de la URSS, trataba de igual a igual a las grandes potencias.

En el puente superior aplastado por el sol, el invitado de Fidel escucha con fervor religioso a aquel indiscutible actor de la Historia con mayúscula. Subyugado, tiene la impresión de revivir la batalla en directo. Sin la menor duda, conservará toda su vida el recuerdo de esas pocas horas de vacaciones pasadas en el yate de Fidel Castro. Después ambos hombres regresan al salón, donde se reúnen con Dalia y el doctor Eugenio Selman. Mas hete aquí que el capitán del Aquarama II reduce gas y que el color del agua se vuelve esmeralda: nos acercamos a Cayo Piedra. * * *

Por ironías de la historia, Fidel Castro debe indirectamente el descubrimiento de ese lugar de veraneo a la invasión

yanqui lanzada por JFK. En los días de abril de 1961 posteriores al fallido desembarco de la bahía de Cochinos, Fidel explora la región, donde conoce a un pescador del lugar al que todo el mundo llama «el viejo Finalé». Pide al viejo Finalé que le muestre los alrededores. El pescador de rostro apergaminado lo embarca en el acto en su barca de pesca hasta Cayo Piedra, una pequeña joya situada a quince kilómetros de la costa, únicamente conocida por los autóctonos. En esa época, un farero vive allí solo, cual ermitaño, encargado del mantenimiento. Fidel queda inmediatamente prendado de aquel rincón de belleza salvaje, digno de Robinson Crusoe. Se pide al farero que abandone el lugar, el faro queda fuera de servicio y finalmente es desmantelado. En Cuba, el término «cayo» designa una isla llana y arenosa, a menudo estrecha y alargada. En las costas cubanas se cuentan por millares. En la actualidad muchas son frecuentadas por los turistas aficionados al submarinismo. La de Fidel se extiende a lo largo de kilómetro y medio describiendo un ligero arco de círculo orientado de norte a sur. Por el este, la costa rocosa da a mar abierto y a las aguas profundas color azul petróleo. Por el oeste, al abrigo del viento, la costa se abre sobre arena fina y un mar turquesa. Se trata de un lugar paradisíaco rodeado de fondos marinos prodigiosos. El conjunto permanece casi igual de intacto que en la época de los grandes descubrimientos por parte de los exploradores europeos. ¿Quién sabe si un día los piratas descansaron allí o proyectaron enterrar un tesoro en ella? Para ser exactos, Cayo Piedra no designa una isla sino dos:

en cierta ocasión resultó dividida en dos tras el paso de un ciclón. No obstante, Fidel puso remedio a semejante inconveniente: hizo construir un puente de doscientos quince metros entre las dos partes de Cayo Piedra, recurriendo al talento del arquitecto Osmany Cienfuegos, hermano del héroe de la Revolución castrista Camilo Cienfuegos. La isla sur, ligeramente mayor que la otra, constituye el elemento principal, donde la pareja Castro construyó su casa, en el emplazamiento del antiguo faro. Es un edificio de una sola planta, cuadrado, con una terraza al este que da a mar abierto. Muy funcional, la casa de cemento está desprovista de lujos ostentosos. Aparte del dormitorio de Fidel y Dalia, cuenta con un amplio dormitorio para los niños, una cocina y un salón comedor que da a una terraza frente al mar, cuyo mobiliario, de madera, es de factura sencilla; en las paredes, los cuadros, dibujos o fotos representan escenas de pesca o de vida submarina. Desde las puertas vidrieras de dicha estancia, a la derecha, se divisa el helipuerto. Más allá, a un centenar de metros, se puede ver la casa destinada a nosotros, los guardaespaldas de Fidel. Frente a ésta se eleva el edificio de guarnición que alberga al resto del personal: cocineros, mecánicos, electricistas, oficiales de radio y la decena de soldados armados destacados en Cayo Piedra de forma permanente.

Más lejos aún se encuentran un depósito de carburante, una reserva de agua dulce (transportada desde tierra firme por barco) y una pequeña central eléctrica. En el oeste, frente al sol poniente, los Castro han hecho construir un embarcadero de sesenta metros de largo. Está situado al

pie de la casa, en la pequeña playa de arena fina que bordea el lado interior del cayo en forma de arco de círculo. A fin de permitir la atracada del Aquarama II y de las motoras Pionera I y II, Fidel y Dalia han hecho excavar asimismo un canal de un kilómetro de largo, sin el cual la flotilla no podría acercarse a la isla, rodeada por altos fondos arenosos, pues su calado de dos metros cincuenta resulta excesivo. El muelle de carga, de sesenta metros de largo, constituye el epicentro de la vida social en Cayo Piedra. A éste se agregó un pontón flotante, de quince metros, sobre el que construyeron un restaurante con barra de bar y parrilla para las barbacoas. Ahí es donde la familia realiza la mayoría de sus comidas..., cuando no son servidas a bordo del yate. Desde ese bar restaurante flotante todos pueden admirar el recinto marino, donde, para gran alegría de adultos y niños, se guardan tortugas marinas (algunas miden un metro, y están destinadas a acabar en el plato de Fidel). Al otro lado del embarcadero se encuentra un delfinario, que ameniza la vida cotidiana gracias a las monerías y saltos de los dos delfines que viven cautivos en él. La otra isla, al norte, se halla prácticamente desierta: aparte de una rampa de lanzamiento de misiles tierra aire, sólo alberga la casa de invitados. Más grande que la del dueño del lugar, cuenta con cuatro habitaciones y un amplio salón. En su día se tendió una línea telefónica entre ambas residencias, la de los invitados y la de Fidel, distantes quinientos metros. Para dirigirse de la una a la otra se utiliza uno de los dos Volkswagen Escarabajo descapotables de Cayo Piedra. Para el transporte de

material y mercancías se emplea un vehículo tipo jeep, de fabricación soviética. La casa de la isla norte dispone de una piscina al aire libre de agua dulce, de veinticinco metros de largo, así como de un jacuzzi natural. Excavado en la roca, se alimenta de agua de mar mediante una especie de acueducto tallado en la piedra por el que se precipita el agua salada con cada embate de las olas. A lo largo de toda su vida, Fidel no se ha cansado de repetir que no poseía ningún patrimonio, a excepción de una modesta «cabaña de pescador» en alguna parte de la costa. Salta a la vista que la cabaña de pescador se ha transformado en una lujosa residencia de verano que moviliza medios logísticos considerables para su vigilancia y mantenimiento. A lo cual cabe añadir otra veintena de bienes inmuebles, empezando por Punto Cero, su inmensa propiedad de La Habana, próxima al barrio de las embajadas; La Caleta del Rosario, que alberga asimismo su marina privada, en la bahía de Cochinos, y La Deseada, un chalet en el corazón de una zona pantanosa de la provincia de Pinar del Río, donde todos los inviernos Fidel practica la caza de patos y otras aves acuáticas. Sin olvidar las demás propiedades reservadas, en todas y cada una de las provincias administrativas de Cuba, para su uso exclusivo. Fidel Castro ha dado igualmente a entender, y en ocasiones ha llegado a afirmar, que la Revolución no le daba un momento de respiro, ni le dejaba tiempo libre; que ignoraba, incluso despreciaba, el concepto burgués de vacaciones. Pero miente. Desde 1977 hasta 1994 lo acompañé cientos y cientos de veces al pequeño paraíso de Cayo Piedra. Y

asimismo participé en otras tantas salidas a pescar o a practicar la pesca submarina. Los meses de buen tiempo, de junio a septiembre, Fidel y Dalia se dirigen a Cayo Piedra todos los fines de semana. En cambio, en la temporada de lluvias Fidel privilegia La Deseada. En agosto, los Castro se instalan durante todo el mes en su isla de ensueño. Cuando un imperativo de trabajo o la visita de alguna personalidad extranjera obliga al Comandante de la Revolución a volver a La Habana, ningún problema: le basta con subirse al helicóptero, siempre aparcado en Cayo Piedra cuando él se encuentra allí. ¡Y hace el trayecto de ida y vuelta en el mismo día si es necesario! Resulta notable que antes que yo nadie haya revelado jamás la existencia de Cayo Piedra ni lo haya descrito. Aparte de las imágenes por satélite de Google Earth (donde se distingue perfectamente la casa de Fidel y la de los invitados, el muelle de carga, el canal y el puente que une ambas islas), no es posible encontrar ninguna vista de ese paraíso para multimillonarios. Habrá quien se pregunte por qué no fotografié ese lugar yo mismo. La respuesta es simple: un teniente coronel de la seguridad que tiene a su cargo la protección de una alta personalidad no se pasea con una cámara fotográfica en bandolera, ¡sino con una pistola automática al cinto! Por lo demás, la única persona facultada para inmortalizar Cayo Piedra es el fotógrafo oficial de Fidel, Pablo Caballero. No obstante, por temperamento, éste se dedica a inmortalizar las actividades del Comandante, no los paisajes que lo rodean. He ahí por qué nadie ha publicado, que yo sepa, fotos de Cayo Piedra o del Aquarama II.

* * *

En Cuba, la vida privada del Comandante constituye el secreto mejor guardado de la Revolución. Fidel Castro siempre ha velado por ocultar las informaciones concernientes a su familia. De tal manera que desde hace seis décadas no se sabe casi nada sobre los hermanos Castro, siete en total. Herencia de la época en que vivió en la clandestinidad, dicha separación entre vida pública y vida privada ha alcanzado proporciones inimaginables. De hecho, ninguno de los hermanos ha sido jamás invitado ni se ha alojado en Cayo Piedra. Es posible que Raúl, el que mayor intimidad tiene con Fidel, haya acudido allí en ausencia de éste. Pero, en lo que a mí respecta, nunca me he cruzado con él. Aparte del círculo familiar más íntimo, es decir, Dalia y los cinco hijos que tuvo con Fidel Castro, pocos, muy pocos pueden enorgullecerse de haber visto con sus propios ojos la isla misteriosa. Fidelito, el mayor de los hijos de Fidel, fruto de un primer matrimonio, la ha visitado menos de cinco veces. Y Alina, su única hija, nacida de una relación extramatrimonial y que actualmente reside en Miami, Florida, ni siquiera ha puesto los pies en ella... Aparte de algunos hombres de negocios extranjeros cuyo nombre he olvidado y varios ministros cubanos muy escogidos, sólo recuerdo haber visto allí al presidente colombiano Alfonso López Michelsen (1974-1978), que vino a pasar un fin de semana con su esposa, Cecilia, hacia 1977-1978; al empresario francés Gérard Bourgoïn, alias «el rey del pollo», que hizo una visita hacia 1990, en la época en que ese presidente y director general exportaba su

pericia como productor de aves al mundo entero; al propietario de la CNN, Ted Turner; a la presentadora superestrella de la cadena estadounidense ABC Barbara Walters, y a Erich Honecker, dirigente comunista de la República Democrática Alemana (RDA) desde 1976 hasta 1989, uno de los principales aliados de Cuba. Jamás olvidaré la visita de veinticuatro horas que este último efectuó a Cayo Piedra en 1980. Conviene saber que ocho años antes, en 1972, Fidel Castro había rebautizado la isla Cayo Blanco del Sur «isla Ernst Thälmann». Es más, llevado de un impulso de amistad simbólica entre «países hermanos», había obsequiado a la RDA ese trozo de tierra deshabitada, de quince kilómetros de largo por quinientos metros de ancho, y situado a una hora de navegación de su isla privada. ¿Quién es Ernst Thälmann? Se trata de un dirigente histórico del Partido Comunista Alemán durante la República de Weimar, posteriormente fusilado por los nazis, en 1944. Como decía, en 1980, durante la visita oficial de Honecker a Cuba, el amo del Berlín Este regala un busto de Thälmann a Fidel. Con toda lógica, éste decide instalar la obra de arte en la isla del mismo nombre. Y fue así como asistí a la alucinante escena en que dos jefes de Estado, llegados a bordo del Aquarama II, desembarcaron en medio de ninguna parte para inaugurar la estatua de un personaje olvidado en una isla perdida con iguanas y pelícanos como únicos testigos. Según las últimas noticias, el inmenso busto de Thälmann, de dos metros de alto, fue derribado de su pedestal por el paso del huracán Mitch en 1998... En realidad, los dos únicos visitantes asiduos de Cayo Piedra

ajenos a la familia son Gabriel García Márquez y Antonio Núñez Jiménez. Como es sabido, el primero, recientemente fallecido y que pasó buena parte de su vida en Cuba, es sin duda el mayor escritor colombiano, galardonado con el premio Nobel de literatura en 1982. El segundo, muerto en 1998, es una figura histórica de la Revolución cubana, en la que participó con el grado de capitán y en recuerdo de la cual conservó siempre una poblada barba. Respetada figura intelectual, antropólogo y geógrafo, pertenece a su vez al muy restringido círculo de los verdaderos amigos de Fidel. Ambos fueron los principales usuarios de la casa de invitados de Cayo Piedra.

* * *

En Cayo Piedra, el lujo no se mide en metros cuadrados habitables ni en el número de yates fondeados. El tesoro de la isla son sus fabulosos fondos marinos. Completamente protegidas del turismo y la pesca, las aguas que se extienden delante de la isla constituyen un santuario ecológico incomparable. Al pie de su casa, Fidel Castro dispone de un acuario personal de una superficie que sobrepasa los doscientos kilómetros cuadrados. Un terreno de juego submarino cuya existencia ignoran tanto los millones de cubanos como los millones de turistas que acuden todos los años a practicar submarinismo alrededor de los cayos administrados por el Ministerio de Turismo. Dejando aparte al célebre comandante francés Jacques Yves Cousteau, que viajó allí en misión a bordo del Calypso con la autorización expresa de Fidel Castro, ninguna otra persona ha podido apreciar jamás la increíble riqueza

animal y vegetal cuyo usufructo posee el Comandante. Pez luna, pez ardilla, pez gato, pez mariposa, pez cofre, pez flauta, pez trompeta, pez vaca, tetra cardenal, pez cirujano rayado, perca sol, atún, pagro, langosta: todas las variedades imaginables de peces amarillos, anaranjados, azules o verdes nadan allí entre los macizos de corales rojos o blancos y las algas verdes, negras, rojas. Delfines, tiburones tigre, tiburones martillo, peces espada, barracudas y tortugas completan el cuadro mágico de ese mundo del silencio. Fidel Castro es un excelente submarinista. Soy el más indicado para saberlo: a lo largo de todos los años pasados a su servicio, me encargué de secundarlo bajo el agua durante las salidas de pesca submarina. Sobre todo, con el fin de protegerlo contra los ataques de tiburones, barracudas y peces espada. En mayor medida que las demás responsabilidades que me incumbían, como llevar su agenda u organizar su seguridad con ocasión de los desplazamientos al extranjero, esta función acuática me valió, estoy seguro, una gran cantidad de envidias. Para un escolta de Fidel, no existe privilegio mayor que el de acompañarlo en sus salidas submarinas. ¡Y conmigo fueron numerosas! Lo cierto es que, si bien aprecia el baloncesto o la caza de patos, el submarinismo constituye su auténtica pasión. Dotado de una capacidad torácica impresionante, Fidel (1,91 metros, 95 kilos) es capaz de sumergirse en apnea a diez metros de profundidad sin la menor dificultad. Ahora bien, tiene asimismo una manera muy personal de practicar la pesca submarina. No puedo describirla de otro modo que

comparándola con las cacerías reales de Luis XIV en los bosques que rodean Versalles. Al amanecer, cuando el soberano duerme todavía, un equipo de pescadores, dirigido por el viejo Finalé, salen de reconocimiento. Su misión: identificar los lugares abundantes en peces a fin de anticiparse a las expectativas del monarca. Tras de lo cual, durante la mañana, este equipo vuelve a Cayo Piedra. Una vez allí, aguarda a que se levante el rey, el cual rara vez se va a dormir antes de las tres de la madrugada. Entonces el viejo Finalé se presenta para informar. —Veamos, ¿qué tenemos hoy? —interroga Fidel, antes de subir a bordo del Aquarama II. —Comandante, hoy bonitos y pargos deberían acudir a la cita. Y, si tenemos suerte, también las langostas harán acto de presencia. El Aquarama II zarpa. A bordo, pronto llega el momento de los preparativos: nos acercan las máscaras y los tubos mientras Fidel se sienta y abre las piernas. Alguien se arrodilla ante él para calzarle las aletas y ponerle los guantes. Una vez equipado, yo bajo el primero por la escalerilla y el Comandante me sigue. Debajo del agua, nado a su lado, o por encima de él. Mi herramienta de trabajo es un fusil neumático que dispara flechas de punta roma, las cuales rebotan en el blanco. Sirven para asestar «puñetazos» en la cabeza a los tiburones o las barracudas, con el fin de ahuyentar a los que puedan acercarse peligrosamente a Fidel. Eso sí, también transporto el fusil de caza del Jefe, pues semejante peso sería un estorbo para él. No obstante, cuando Fidel divisa una presa y decide utilizar su fusil, alarga el brazo en mi dirección sin mirarme. Y yo sé lo que tengo que hacer:

colocar el arma en su mano en posición de tiro. Fidel dispara entonces el arpón e inmediatamente después me devuelve el fusil. Según haya errado o acertado en el blanco, rearmo el fusil o vuelvo a subir a la superficie para depositar la presa en el remolque que flota por encima de nuestras cabezas. Cuando el monarca se harta, volvemos a Cayo Piedra. A nuestro regreso, el ritual es inmutable. Las (muy numerosas) capturas de Fidel son alineadas en el embarcadero y seleccionadas por especies: los pargos con los pargos, las doradas con las doradas, las langostas con las langostas, etc. Las de Dalia, que caza por separado bajo la protección de dos nadadores de combate, se colocan justo al lado. Entonces Fidel y ella pasan revista a aquel festín en ciernes, entre los comentarios admirativos y divertidos de quienes los rodean. —¡Comandante, de nuevo una pesca milagrosa! —digo con la certeza de atraer las sonrisas del principal interesado y de los asistentes. Más tarde, cuando las brasas de la barbacoa ya están color escarlata, Fidel señala los pescados que quiere asar en el acto, los que, magnánimo, obsequia a la guarnición y, por último, los que desea llevar en cajas de hielo a La Habana a fin de consumirlos en su domicilio antes de cuarenta y ocho horas. Acto seguido, los Castro pasan a la mesa. A la sombra en el restaurante flotante. En comparación con la existencia que llevan los cubanos, esa dulce vita supone un privilegio insensato. Tanto más cuanto que, tras la caída del muro de Berlín y el derrumbamiento soviético, las condiciones de vida en Cuba, ya de por sí espartanas, se endurecen. Las subvenciones procedentes de Moscú, que

han mantenido cierto nivel de prosperidad, cesan. La economía cubana, que ejerce casi el 80 por ciento de su comercio exterior con el bloque del Este, se derrumba como un castillo de naipes. Los hogares viven una época de escasez. El PIB disminuye en un 35 por ciento, y el aprovisionamiento de electricidad se vuelve muy insuficiente. En 1992, con el fin de hacer frente a una caída brutal de las exportaciones e importaciones, Fidel decreta el comienzo del «período especial en tiempo de paz», que oficializa la era de las privaciones y lanza la era del turismo internacional de masas.

* * *

Hasta el brusco viraje de los años noventa, nunca me había hecho demasiadas preguntas sobre el funcionamiento del sistema. Es el defecto de los militares... Como buen soldado, cumplía mi misión lo mejor que sabía y eso me bastaba para ser feliz. Por lo demás, mis aptitudes para el servicio eran irreprochables. Cinturón negro de yudo, cinturón negro de karate, cinturón negro de close-combat, era asimismo uno de los mejores tiradores de élite de Cuba. En 1992 me proclamaron campeón de tiro de precisión, sobre blancos fijos o móviles a veinticinco metros, durante un concurso organizado a lo largo de dos días por el Ministerio del Interior cubano. Incluso había obtenido el título honorífico de experto, jamás concedido a nadie antes que yo. Paralelamente, me había sacado un máster de derecho y ascendido todos los peldaños de la jerarquía militar hasta el grado de teniente coronel. Las responsabilidades que me confiaban eran cada vez más

importantes, como, por ejemplo, organizar el dispositivo de seguridad con ocasión de los desplazamientos internacionales del jefe del Estado. El propio Fidel estaba satisfecho. Más de una vez, durante aquellos viajes al extranjero, lo oí decir al bajar del avión: «¡Ah, ahí está Sánchez! Entonces todo está en orden...». Desde el punto de vista profesional, puedo decir que había triunfado. También socialmente, por lo demás: en Cuba no existe, por así decirlo, trabajo más prestigioso ni más envidiable que el de dedicar la vida a la protección física del Líder Máximo. Sin embargo, en esa época la fachada de mis convicciones empieza a resquebrajarse. Debo decir que en la memoria colectiva de los cubanos el año 1989 corresponde no tanto al de la caída del muro de Berlín como al de «el caso Ochoa». Esta especie de «caso Dreyfus del castrismo» subsistirá para siempre como una mancha indeleble en la historia de la Revolución cubana. Al término de un proceso estalinista televisado, que aún sigue atormentando todas las memorias, Arnaldo Ochoa, héroe de la nación y el general más respetado de la isla, fue condenado y fusilado a modo de ejemplo por tráfico de drogas, junto con otros tres miembros de la más alta jerarquía militar. Ahora bien, al pertenecer al círculo más íntimo del poder, yo estaba en las mejores condiciones para saber que aquel tráfico destinado a acumular divisas con objeto de financiar la Revolución había sido organizado con el aval del Comandante, quien por consiguiente estaba directamente implicado en el asunto. Con el fin de cubrirse mejor, Fidel Castro no había vacilado en sacrificar al más valeroso y fiel

de sus generales, Arnaldo Ochoa, héroe de la bahía de Cochinos, de la revolución sandinista en Nicaragua y de la guerra en Angola contra Sudáfrica. Aunque un poco tarde, comprendí que Fidel utilizaba a la gente mientras le resultaba útil y luego los arrojaba a la papelera sin inmutarse. En 1994, un tanto desencantado por todo lo que había visto, oído y vivido, quise retirarme. Nada más: simplemente licenciarme con dos años de antelación, retirarme con tranquilidad, permaneciendo fiel al juramento que exige mantener secretas todas las informaciones a las que había tenido acceso a lo largo de los diecisiete años pasados en la intimidad del Líder Máximo. Por ese crimen de lesa majestad —haberme atrevido a renunciar a servir al Comandante de la Revolución—, me arrojaron a la cárcel como a un perro, en una celda infestada de cucarachas. Me torturaron. Incluso trataron de eliminarme. Hubo un momento en que creí que me dejaría allí la piel. Pero soy del tipo coriáceo. Durante mi período de detención, entre 1994 y 1996, me juré a mí mismo que el día en que consiguiera huir de Cuba (lo cual sucedió en 2008, tras diez intentos infructuosos), publicaría un libro para decir lo que sabía, lo que había visto, lo que había oído. Para contar al «verdadero» Fidel Castro como nadie ha osado jamás hacerlo. Desde el interior.

2

YO, JUAN SÁNCHEZ, GUARDAESPALDAS DE FIDEL

Hasta donde llegan mis recuerdos, siempre he sentido pasión por las armas de fuego. Si en la cumbre de mi

carrera, en 1992, gané el concurso de mejor tirador con pistola de Cuba, el cual reunía a la flor y nata de la disciplina, no fue por casualidad: a la edad de seis años, recibí como regalo de Año Nuevo mi primer equipo de cowboy, con una magnífica pistola de petardos, de color plateado. En los años siguientes recibí con regularidad un nuevo disfraz y, sobre todo, un nuevo revólver. Así, dediqué mi infancia a poner fuera de combate a indios imaginarios y temibles bandidos. Ahora bien, en vez de jugar a «¡Pum! ¡Pum! Estás muerto», me tomé mi misión muy en serio, aplicándome a apuntar precisamente a blancos móviles, estirando el brazo y con el ojo derecho aplicado al visor. En la adolescencia me pasé a las carabinas de perdigones, de aire comprimido, ideales para acertar a cajas de cartón a diez metros. ¡He ahí por qué más tarde me convertí en el mejor gatillo de la escolta de Fidel! Hoy, pasados los sesenta, me entreno al menos una vez por semana en un campo de tiro, en Florida (Estados Unidos), donde resido en el exilio desde 2008. Y, por supuesto, no asomo la nariz al exterior sin mi pistola: en caso de que los agentes cubanos, numerosos en Florida, quisieran impedirme hablar, ¡el comité de recepción está preparado! Pero volvamos a mi infancia...

* * *

Nací el 31 de enero de 1949 en La Lisa, un barrio pobre en el oeste de La Habana, casi exactamente diez años antes del triunfo de la Revolución castrista. Cuando cumplí dos años, mi padre, obrero en una planta avícola, se separó de mi madre, que era empleada de hogar. Dado que ésta era

demasiado pobre para criarme sola y que mi padre no se veía capaz de asumir dicha tarea en su lugar, decidieron confiarme a mi abuela y a mi tío paternos, que vivían bajo el mismo techo. En Cuba, ese tipo de arreglos no tiene nada de extraordinario: como por lo demás en todas las Antillas, allí la familia constituye una noción de geometría variable. Mi abuela me quería como a la niña de sus ojos: me consideraba su propio hijo. Y mi tío, al que llamaba «papá», no tardó en convertirse en padre putativo. La relación con mi madre, que vivía en el barrio, no se cortó: la veía de vez en cuando. Por otra parte, no carecía de nada, pues mi tío gozaba de buena posición. Jefe contable en los grandes mataderos de La Habana, era el feliz propietario de un Buick blanco modelo 1955, dotado —¡modernidad inaudita!— de un sistema de aire acondicionado. El fin de semana nos paseaba a bordo de su fabuloso coche, a veces hasta Varadero, la célebre estación balnearia situada a ciento cincuenta kilómetros de la capital. Estamos en los años cincuenta. La edad de oro de Cuba. Y ante todo, la edad de oro de la música cubana: rumba, mambo, chachachá. Las estrellas de la época se llaman Benny Moré, Orlando Vallejo, Celia Cruz. Actúan en los nightclubs de moda (el Tropicana, el Montmartre), los hoteles prestigiosos (el Nacional, el Riviera) o incluso en los casinos llevados por Lucky Luciano o por otros mafiosos italoamericanos. Desde el punto de vista económico, es asimismo una época afortunada, aunque nosotros no nos damos cuenta. Claramente más rica que la España del general Franco, por entonces Cuba produce azúcar,

plátanos, níquel: se trata de uno de los países más modernos de Latinoamérica. Las cifras de la OCDE así lo demuestran: junto con Venezuela, productora de petróleo, y Argentina, exportadora de carne, Cuba es uno de los tres Estados más igualitarios y mejor clasificados de la región en términos de desarrollo humano (alfabetización, esperanza de vida, etc.). La prosperidad de la clase media se mide por el número de coches made in USA, el boom del electrodoméstico (televisores, frigoríficos, etc.) y la frecuentación de restaurantes y de pequeños comercios, siempre bien abastecidos. La Habana se baña en un ambiente de sociedad de consumo. En Navidad, los puestos de los mercados ofrecen manzanas y peras importadas de Europa. Claro que en la capital, donde parpadean de noche las llamativas luces de neón de las salas de fiestas, no se preocupan demasiado de las dificultades por las que pasa el mundo rural. Allí, los campesinos analfabetos son explotados a cambio de sueldos miserables por multinacionales estadounidenses como la United Fruit Company. Pero ¿a quién le preocupan las desigualdades sociales, salvo a un puñado de estudiantes idealistas que ya sueñan con la revolución? Políticamente se trata de una década turbulenta, donde se mezclan efervescencia política, corrupción y agitación estudiantil. Un cóctel explosivo. En agosto de 1951, el líder del Partido Ortodoxo, Eduardo Chibás, gran polemista y principal figura de la vida política, se suicida en directo en la radio tras su enésima diatriba contra la corrupción y el gansterismo galopantes de los Gobiernos de Ramón Grau

y Carlos Prío. Su acción provoca estupor general. Al año siguiente, en 1952, Fulgencio Batista retoma el poder mediante un golpe de Estado, un mes antes de las elecciones, previstas para marzo, que estaba seguro de perder[2]. Pasa un año y, el 26 de julio de 1953, un joven abogado llamado Fidel Castro, que ya había dado que hablar en las manifestaciones estudiantiles, entra espectacularmente en escena emprendiendo un asalto armado contra el cuartel Moncada, en Santiago de Cuba, en el este del país. La mayoría de los conjurados resultan muertos en el acto, o bien son detenidos o ejecutados. El fracaso es cruel. Detenido, juzgado y encarcelado, Fidel Castro es amnistiado dos años más tarde. La historia no ha hecho sino empezar: se exilia en México, donde su hermano Raúl le presenta a un argentino llamado Ernesto Guevara y al que todo el mundo conoce como «Che». Tras varios meses de preparativos, un grupo de ochenta y dos hombres conducidos por Fidel atracan en las costas meridionales de Cuba a bordo del Granma, un yate comprado de ocasión. Allí, los guerrilleros se echan al monte. En 1956, Fidel Castro se encuentra, pues, en la montaña Sierra Maestra, a la cabeza de una guerrilla, el Movimiento del 26 de Julio, o «M-26», así bautizado en referencia a la fecha del asalto a Moncada. En 1958 la historia se acelera: Washington retira su apoyo al régimen corrupto de Batista, cada vez más desacreditado. Ese mismo año, en febrero, el M-26 realiza una de sus hazañas más memorables: dos hombres enmascarados penetran en el hotel Lincoln, en La Habana, y secuestran a uno de sus

clientes VIP: el piloto de carreras automovilísticas Juan Manuel Fangio. ¡Zafarrancho de combate! La policía instala cordones policiales y checkpoints por todas partes, pero Fangio permanece inencontrable. Sus secuestradores lo instalan en una confortable casa habanera, donde intentan sensibilizar al deportista a su programa revolucionario. Con éxito moderado: el piloto argentino es desesperadamente... apolítico. Sin embargo, bien tratado por los jóvenes rebeldes y liberado tras veintinueve horas de cautiverio, tiene tiempo de trabar amistad con esos idealistas. El golpe propagandístico de los hombres de Fidel ha sido un éxito absoluto. Logran que se hable de ellos. Han ensuciado un poco más si cabe la imagen del régimen al perturbar el gran premio automovilístico de Cuba, que debía ser una fiesta. La victoria es psicológica pero incontestable: después del caso Fangio, cada vez más cubanos presienten que el poder de Batista se tambalea. Diez meses más tarde, cae como una fruta podrida. Estamos a 1 de enero de 1959 y hace treinta y dos grados a la sombra: el dictador huye a Portugal y la población, entusiasmada, sale a la calle. La multitud canta, baila, ríe: «¡Viva la revolución!». Las calles están engalanadas con los colores rojo y negro del M-26. En cuanto a Fidel, con un sentido inigualado del suspense, ¡se hace esperar durante ocho días! Entonces hace su entrada triunfal en La Habana a la manera de un emperador romano. A lo largo de una semana, él y sus «barbudos» han recorrido el país de este a oeste, un total de mil kilómetros. Por doquier a su paso han sido aclamados como héroes. Finalmente, el 8 de enero, la legión de guerrilleros entra en

la capital. Fidel desfila de pie en un jeep. Se diría César subido a un carro. Asisto al acontecimiento desde primera fila: el balcón del piso de mi padre biológico, en una primera planta de la avenida Vía Blanca, da directamente a la historia. Ese día descubrimos «en carne y hueso», por primera vez, los rostros de aquellos semidioses llamados Fidel Castro, Che Guevara, Camilo Cienfuegos, Huber Matos, Raúl Castro. Son jóvenes, desenvueltos, carismáticos, guapos: verdaderos latin lovers.

* * *

Recuerdo con gran precisión las palabras de mi padre al paso de Fidel. Se volvió hacia mí y me dijo: —Ya verás, este hombre volverá a poner a Cuba de pie. Ahora todo irá bien. Poco podía imaginar que quince años más tarde yo formaría parte de la guardia personal del Comandante... En el colegio, y después en el instituto, mis puntos fuertes eran las letras, la historia y, sobre todo, el deporte: béisbol, baloncesto, boxeo y karate, del que soy cinturón negro. Pese a mi complexión estándar, era más bien del tipo camorrista. Nada ni nadie me daba miedo. Y como tenía fama de defender a mis amigos, mi cota de popularidad estaba en lo más alto. Una anécdota: un sábado por la noche —debo de tener diecisiete años— me encuentro en un baile, en el barrio habanero de Cano. Un joven boxeador bastante famoso, Jorge Luis Romero, también se halla presente. Al verlo tratar de ligar con mi amiga con mucha insistencia, le pregunto cuál es su problema. La explicación degenera en pugilato, sin que ninguno de los dos se lleve el gato al agua. El servicio de orden dispara al aire a fin de

dispersar la aglomeración que se ha formado. Aparece la policía para llevársenos pero el boxeador, más espabilado, consigue hacer mutis por el foro. En la comisaría, me niego a soltar su nombre, cuestión de honor. Tres días más tarde llama a mi puerta. Estoy convencido de que viene buscando camorra de nuevo. «Espérame en la esquina de la calle, llego en dos minutos», le digo, dispuesto a pelearme. Sin embargo, una vez en la calle me aclara que ha venido a darme las gracias por no haberlo denunciado a la poli. A partir de ese día, la esperanza del boxeo cubano se convirtió en uno de mis mejores amigos. En 1967 mi familia experimenta un desgarró que han vivido muchos otros cubanos. Mi tío y mi abuela, decepcionados por la Revolución, consiguen instalarse en Estados Unidos. Durante los cuarenta años siguientes no volveré a ver a los que me criaron. Paso página; vuelvo a vivir en casa de mi madre. Contrariamente a mi tío y a mi abuela, sigue siendo una revolucionaria convencida..., aunque igual de pobre. Por mediación de un amigo, encuentro un empleo en una unidad de construcción llamada «Plan de obras especiales». ¿Su misión? Construir casas para los dirigentes de la Revolución. Heme ahí, pues, convertido en obrero de la construcción: acarreo sacos de cemento, empujo carretillas de arena, apilo ladrillos. Sin embargo, al año siguiente la misión del «Plan de obras especiales» se acaba: todos los trabajadores son destinados a los campos de caña de azúcar de la región de Güines, a treinta kilómetros de la capital. Machete en mano, ¡aquí estoy ahora convertido en cortador de caña! Una labor infernal. Y

peligrosa. En los campos aplastados por el sol, el riesgo de heridas es continuo, debido tanto al manejo del machete como al borde de las hojas de la planta, tan afiladas como hojas de afeitar. Afortunadamente, al cabo de treinta días expuesto al calor sofocante de los campos de caña, me entero de que me han convocado para el servicio militar, obligatorio desde 1965, por iniciativa del ministro de las Fuerzas Armadas Raúl Castro. Cuando vuelvo a La Habana, un oficial reclutador me aclara que no se trata del servicio militar sino de algo mucho más serio: he sido elegido por el Ministerio del Interior (el MININT, según la abreviatura en vigor) para seguir un plan de estudios especial. Desde hace unos meses, los servicios de información del MININT me han seguido de cerca y me han observado sin yo saberlo. Han investigado en mi entorno, establecido mi perfil psicológico, constatado que los miembros de mi familia que permanecen en Cuba son todos auténticos «fidelistas», y han llegado a la conclusión de que mi «perfil revolucionario» está por encima de toda sospecha. En consecuencia, el MININT me propone abrazar la carrera militar sin dilación. —Si aceptas firmar, tu sueldo ascenderá a ciento veinte pesos, en lugar de los siete pesos atribuidos a los soldados rasos —precisa el oficial reclutador—. Y tendrás tres permisos de salida a la semana. Acepto, por supuesto, y me convierto en el primer (y último) militar de nuestra familia. A partir de la semana siguiente descubro la vida de guripa: levantarme a las cinco de la mañana, marchar al paso, hacer la cama de forma impecable, realizar las duras tareas de limpieza. Sin olvidar

las actividades más nobles, como el deporte y los ejercicios de tiro. No tardo en distinguirme como uno de los mejores tiradores entre nuestro contingente de trescientos alumnos. Certero al apuntar, disparo con rapidez y doy en el blanco todas las veces. Al cabo de tres meses de clases, nueva selección: doscientos cincuenta soldados pasan a la Escuela de la Policía Nacional, mientras que, junto con los cincuenta restantes, a mí me destinan al Departamento n.º 1 de la Seguridad Personal, el cual tiene bajo su mando todos los servicios dedicados a la seguridad personal de Fidel Castro. Se trata de un inmenso honor, pues en la mentalidad pretoriana cubana no existe nada tan importante como el Departamento n.º 1, encargado de la protección de Fidel, y el Departamento n.º 2, que tiene a su cargo la seguridad personal del ministro de las Fuerzas Armadas Raúl Castro. En cuanto al Departamento n.º 3, garantiza la protección de los demás miembros del Politburó del Partido Comunista. La Seguridad Personal de Fidel se organiza en tres círculos, o tres «anillos» concéntricos. El tercer anillo cuenta con miles de soldados destinados a todas las tareas, incluidas las logísticas, ligadas a la seguridad del Comandante; el «grupo operativo», o segundo anillo, incluye a entre ochenta y cien soldados; la escolta, o primer anillo, se compone de dos equipos de unos quince soldados de élite muy escogidos, que se relevan cada dos días con el fin de garantizar la protección de Fidel las veinticuatro horas. En mi calidad de miembro del tercer anillo, mi primer destino es El Once. Se trata de una manzana de casas situada en la calle Once, en

el muy agradable barrio de El Vedado, a cinco calles del frente marítimo. Dicho destino no tiene nada de anodino, pues El Once designa ante todo el edificio donde reside Celia Sánchez, personaje destacado de la Revolución en general y de la vida privada de Fidel en particular. Hasta su muerte por cáncer de pulmón en 1980, Celia participará muy de cerca en casi todos los acontecimientos históricos de la Revolución. Ya en 1952 es una de las primeras mujeres en oponerse a la dictadura de Batista, y después en unirse al movimiento subversivo de Castro, el M-26. En Sierra Maestra sirve de correo: transporta telegramas en ramos de flores para eludir a la policía. Celia coordina asimismo acciones entre los guerrilleros y las células clandestinas urbanas. Tras el triunfo de la Revolución, es recompensada con diversos cargos oficiales, entre ellos el de secretaria del Consejo de Estado, presidido por Fidel. Ante todo, esa mujer delgada de mirada azabache como su cabello es la amante de éste. Es más, se convierte en su confidente. El hecho resulta notable porque el Comandante jamás se confía a nadie, aparte de su hermano Raúl y de las pocas mujeres de su vida, que se cuentan con los dedos de una mano. A cambio, Celia goza de una influencia considerable, sobre todo en lo que concierne a las nominaciones en la cumbre del poder. Así pues, entre ambos el amor es también política. Fidel quiere tanto a Celia que esperará a su muerte para casarse con Dalia, la mujer que, en el mayor de los secretos, ha compartido su vida desde 1961.

En el piso de Celia Sánchez, situado en la cuarta y última planta del edificio de El Once, Fidel posee una zona privada con cuarto de baño por la que se pasa casi todos los días, a espaldas de Dalia, antes de volver al palacio presidencial. Fue al pie del edificio de El Once donde vi por primera vez a Fidel de cerca. Ese día estoy de guardia a la entrada del inmueble cuando él y su escolta se apean en tromba de los tres Alfa Romeo color burdeos que por entonces utiliza la escolta —ulteriormente serán sustituidos por Mercedes 500—. Los vehículos se detienen a pocos metros de la entrada y la escolta se reparte según el protocolo habitual: un soldado entra de avanzadilla en el edificio para comprobar el acceso y vuelve a salir a fin de dar luz verde a los demás; los dos siguientes toman posiciones en la acera y, de espaldas al inmueble, vigilan la calle; otros seis se despliegan alrededor de Fidel, al que acompaña hasta la entrada el jefe de la escolta. En ese momento, el Comandante viene directo hacia mí, apoya la mano en mi hombro y me mira de hito en hito. Petrificado, me aferro a mi fusil a fin de mantener la compostura. Acto seguido, Fidel se adentra en el edificio. La cosa no ha durado ni dos segundos pero me siento conmocionado por haber conocido a Fidel Castro en persona, el hombre al que más admiro en el mundo y por el que estoy dispuesto a dar mi vida pase lo que pase.

* * *

El Once ocupa un lugar especial en la geografía del castrismo. En esa época constituye uno de los lugares secretos que Fidel frecuenta casi a diario sin que nadie o

casi nadie sepa nada. A fin de garantizar su seguridad, la totalidad de la manzana es privatizada, y el acceso del público a ese tramo de calle está bloqueado por checkpoints en ambos extremos. En los tejados, todas las azoteas de las casas están unidas entre sí, creando una vasta red de comunicaciones al aire libre. Al hilo de los años se aportan otras mejoras. Instalan un ascensor, una sala de deporte e incluso una bolera ricamente decorada: las dos pistas de parqué barnizado están bordeadas de macizos de helechos y de rocas transportadas desde las faldas de Sierra Maestra. Sublime. Con todo, el elemento más sorprendente es sin duda el establo que Fidel hizo construir en el cuarto piso de El Once, ¡en pleno corazón de la capital!

A principios de 1969 hace que suban hasta allí a cuatro bovinos, izados con helicóptero desde la calle hasta las azoteas con la ayuda de una grúa de construcción. De ese modo el Comandante puede dedicarse a su gran chifladura de la época: el cruce de vacas europeas Holstein (negras y blancas) con cebúes cubanos, con la esperanza de crear una nueva raza de bovinos que permita modernizar la agricultura y mejorar la producción de leche. La existencia de este establo en plena ciudad, en lo alto de un edificio de viviendas, puede parecer inverosímil al lector poco familiarizado con la historia del castrismo. No sorprenderá, sin embargo, a los entendidos, pues la pasión de Fidel por la genética bovina constituye un hecho histórico bien establecido. En diciembre de 1966 el Comandante en Jefe pronuncia un primer discurso sobre el tema en el estadio de Santa Clara. En los años setenta y ochenta dicha pasión

descabellada se convierte en obsesión. En 1982 la vaca Ubre Blanca, conocida por su prodigiosa producción de leche, es «vedetizada» por Fidel, que se sirve de ella como instrumento de propaganda. Toda Cuba sigue por televisión el récord mundial que establece para el Libro Guinness de los récords: Ubre Blanca produce ciento nueve litros y medio de leche en un solo día, ¡prueba irrefutable del genio agropecuario del Comandante! Objeto de numerosos reportajes televisivos, la vaca es elevada a la categoría de símbolo nacional: incluso existe un sello con su imagen. A su muerte, en 1985, el periódico nacional Granma le dedica un artículo necrológico. Y todavía hoy una estatua de mármol reina en su ciudad natal, Nueva Gerona, en la isla de la Juventud. No puedo hablar del edificio de El Once sin evocar la existencia de la cancha de baloncesto privada, reservada para uso exclusivo de Fidel Castro. En 1982, es decir, dos años después de la muerte de Celia Sánchez, una empresa canadiense moderniza la pista de atletismo del estadio Pedro Marrero, en La Habana, transformándola en pista sintética con vistas a los XIV Juegos Centroamericanos y del Caribe, previstos para ese año. Con el fin de mantener las mejores relaciones posibles con su cliente, la sociedad propone a Fidel obsequiar a Cuba el equipamiento de su elección. Ahora bien, lejos de aprovechar esa oportunidad para dotar de un equipamiento escolar o deportivo a alguna localidad que lo necesite, el Comandante pide que habiliten, para él solo, ¡una cancha de baloncesto en pista cubierta! Desde siempre, el baloncesto es uno de sus deportes favoritos. Cuando puede

hacer un alto en una escuela o en un campo de deportes para efectuar algunos tiros libres u organizar un partido con su escolta, Fidel no lo duda jamás. Los jugadores se reparten entonces en dos equipos: los rojos y los azules. Evidentemente, todo el mundo juega «para» Fidel: ni hablar de que pierda el partido. De hecho, él mismo constituye los equipos a fin de reservarse los mejores jugadores, a los que tengo el honor de pertenecer. Huelga decir que el Comandante ocupa el lugar del pívot: en baloncesto, es el que controla el juego y por el que pasan todos los balones. Recuerdo que un día me dirigió una mala mirada porque, en lugar de pasarle el balón, había tirado para marcar un tanto. —Pero, coño, ¿por qué has tirado, Sánchez? —me soltó, un tanto irritado. Afortunadamente, casi en el mismo momento sonó el anuncio de final del partido. Era el último segundo del encuentro. Fidel comprendió entonces que no habría tenido tiempo de pasarle el balón a fin de que marcara él... ¡Salvado por el cronómetro! Siempre en 1982, pero a final de año, el Comandante se rompe el dedo gordo del pie por una mala recepción al querer defender su campo. Humillado, contrariado, helo ahí obligado a llevar unas muy poco viriles pantuflas. Por encima de todo, insiste en que se mantenga en secreto. De manera que, cuando recibe a un visitante en el palacio presidencial, se pone unas botas de combate (pero desabrochadas) y permanece sentado detrás de su mesa de despacho mientras dura la entrevista, sin acompañar a su huésped a la puerta como tiene por costumbre. Para Fidel, ¡los problemas ortopédicos son secretos de Estado!

* * *

Pero volvamos al año 1970. Tras dieciocho meses al servicio de la «madrina» (así es como llamamos entre nosotros, los miembros de la Seguridad Personal, a Celia Sánchez, pues siempre se muestra muy atenta con todos), me trasladan a diez kilómetros de allí, a la Unidad 160, situada en el barrio habanero de Siboney, al otro extremo de la ciudad. Con una extensión de seis hectáreas y oculta tras elevadas tapias, la 160 es esencial para el buen funcionamiento de la Seguridad Personal de Fidel, pues se trata de la unidad logística que lo gestiona todo: los transportes, el carburante, las telecomunicaciones, la alimentación. Los mecánicos reparan los Mercedes de Fidel, los técnicos los walkie-talkies y las emisoras de radio, los armeros controlan el stock de kalashnikovs, makarovs y brownings, y las lavanderas lavan y planchan los uniformes de los soldados. En la 160 se encuentran además las despensas y las cámaras frigoríficas que contienen las reservas de la familia Castro y de su escolta. A ello se suman gallinas ponedoras y un criadero de ocas, algunos de cuyos especímenes obsequia Fidel a quien le parece con ocasión de las fiestas. Hay asimismo algunos bueyes y otros tantos cebúes y vacas Holstein, todos ellos destinados a las experiencias genéticas del dueño del lugar. Esta «ciudad dentro de la ciudad» cuenta igualmente con una fábrica de helados, que hacen las delicias de los más altos dirigentes de la Revolución — ministros, generales o miembros del Politburó—, con la excepción notable de Fidel y Raúl. A fin de minimizar cualquier riesgo de

envenenamiento, los sorbetes de estos últimos se preparan por separado, en un pequeño taller artesanal situado aparte en el recinto de la Unidad 160. Tampoco los ratos de ocio se pasan por alto. Además de un museo de regalos, que alberga la colección de todos los presentes recibidos por el jefe del Estado (excepto los más valiosos, que guarda en su poder), una sala de cine privada, gestionada por un proyccionista del Ministerio del Interior, se halla a disposición del Comandante y de su familia. Fidel Castro, obsesivo por naturaleza, ha visto en ella no sé cuántas veces su película favorita: la interminable y soporífica versión soviética de Guerra y paz, adaptada de la novela de León Tolstoi, ¡que dura no menos de cinco horas! En el seno de la 160, me promueven con rapidez a jefe de equipo: mi trabajo consiste en distribuir las misiones de los soldados y coordinar nuestras acciones con el palacio presidencial así como con el domicilio particular de Fidel. En dicho cargo uno no tarda en estar al corriente de todo. Y como Dalia recurre con gran frecuencia a nuestros servicios —para una entrega de leche o para venir a ver una película en el cine—, rápidamente descubro la existencia de esa «primera dama» desconocida por completo para el gran público. Dalia lo ignora, pero no es la única mujer que frecuenta la 160. Detrás del museo de regalos se encuentra una villa, la «casa de Carbonell», donde mi jefe organiza sus encuentros extraconyugales con la mayor discreción. Así, recibo regularmente llamadas telefónicas de Pepín, el edecán de Fidel, quien me avisa de manera lacónica: —Hoy a tal hora estate preparado. Está prevista una visita a la

casa de Carbonell... A la hora fijada, hago una maniobra de diversión convocando a mi despacho a los soldados de guardia, con el fin de que no asistan a la llegada del Comandante en Jefe ni a la de su visitante, que siempre acude por separado... Tras cuatro años de buenos y leales servicios en la Unidad 160, mi carrera da un nuevo viraje. En 1974, heme aquí promovido al seno del grupo operativo, cuerpo de élite compuesto de entre ochenta y cien hombres que forman el segundo anillo alrededor de Fidel. ¿Su misión principal? Apoyar a la escolta, o primer anillo, durante los desplazamientos públicos del Comandante en Jefe, ya sea a una fábrica de provincias o a la plaza de la Revolución de La Habana. El grupo operativo es asimismo movilizado con ocasión de los desplazamientos de Raúl y de los miembros eminentes del Politburó del Partido Comunista Cubano (PCC), como Ramiro Valdés, Juan Almeida Bosque, etc. No obstante, apenas he pasado a integrar el grupo operativo cuando, un mes más tarde, me envían ya, junto con treinta camaradas más, a la Escuela de Especialistas. Se trata de una escuela de perfeccionamiento destinada a formar a la élite de los oficiales de seguridad. Acaba de abrir sus puertas y, desde 1974 hasta finales de 1976, constituimos la primera promoción de su historia. La formación que en ella se proporciona no deja demasiado tiempo libre. Las mañanas se dedican a la preparación física (carreras pedestres, artes marciales, ejercicios de tiro) y las tardes a las clases teóricas. En ellas aprendo el manejo de explosivos y, en un grupo de diez alumnos, el de la lengua francesa. Otro grupo de diez alumnos aprende ruso y un

tercero inglés. También nos familiarizamos con las técnicas básicas de información y los resortes de la psicología, y estudiamos a fondo los atentados célebres —el del Petit-Clamart contra el general De Gaulle en 1962 y el asesinato de John Kennedy en 1963 en Dallas—, con el fin de extraer de ellos las lecciones que puedan servir para la protección del Líder Máximo. Por último, cuando un jefe de Estado extranjero o un oficial de alto rango efectúan una visita oficial a Cuba, su protección personal corre a cargo de los alumnos de la Escuela de Especialistas. Así es como conozco a algunos de los grandes personajes mundiales: el presidente jamaicano Michael Manley, el primer ministro de Vietnam Pham Van Dong, el de Suecia, Olof Palme, o el de Trinidad y Tobago, Eric Williams. Durante esos años, tengo realmente la sensación de que las cosas serias despegan por fin para mí. Por lo demás, los motivos de satisfacción se multiplican. Muy bien calificado por mis superiores, me promueven a subteniente, accediendo así al rango de oficial. Además, consigo otros dos cinturones negros: uno en yudo y otro en una técnica de close-combat desarrollada por el ejército cubano y denominada «Protección y ataque». Los cuales se suman a mi cinturón negro de karate, que poseo desde hace años. Finalmente, la guinda del pastel, el año 1976 es el de mi primer viaje al extranjero. Entre los treinta alumnos de la promoción, soy el único elegido para integrar la escolta de Juan Almeida Bosque, un alto dirigente, en Guayana. Hasta entonces jamás he abandonado mi isla natal. Me siento impaciente y excitado ante la idea de descubrir el mundo, empezando por ese

exótico país amazónico, limítrofe de Brasil, Venezuela y Surinam. Recuerdo que cuando desembarqué en Georgetown, la capital, las desigualdades sociales me impresionaron especialmente: diez años después del acceso a la independencia de la antigua Guayana Británica, la élite blanca seguía viviendo con un confort muy colonial, mientras que la población negra, confinada en guetos y harapienta, se debatía en condiciones deplorables. ¡Menudo shock! > En comparación, Cuba era El Dorado. Tantas peripecias casi hacen que me olvide de evocar mi vida privada. También en ese plano soy afortunado. En esa época, hace ya casi ocho años que comparto mi vida con Mayda. Nos conocimos a principios de 1968 en uno de los bailes que todos los domingos por la noche organiza lo que en Cuba se conoce como un «círculo social», y que no es otra cosa que una sala de baile. Cuando, esa noche, aparezco en el círculo social Patrice Lumumba, en el barrio de Marianao, se produce el flechazo. Mientras los altavoces escupen salsa, diviso aquella fascinante carita y no consigo apartar la vista de su sonrisa. En la noche habanera, Mayda es a mis ojos la mujer más hermosa que haya visto jamás. Tras haber cambiado con ella varias miradas prometedoras, atravieso la pista de baile, conquistador. Y puesto que Mayda ha venido acompañada de su madre, me vuelvo hacia ésta. —Permita, señora, que invite a bailar a su hija... Arrastro a Mayda hacia la pista y, al ver el asombro de su madre, le grito: «Oh, no tema nada: ¡antes de fin de año estaremos casados!». Mantuve mi promesa: el 21 de diciembre de ese mismo año, henos aquí convertidos en

marido y mujer con destino a una semana de luna de miel en el hotel Riviera, uno de los célebres establecimientos del frente marítimo habanero, antaño propiedad del ilustre gánster Meyer Lansky. Nuestra hija nace al año siguiente y nuestro hijo en 1971. Los primeros años vivimos en casa de mi madre, en el barrio de La Lisa, donde pasé mi infancia. Pero en 1980, a la edad de treinta y un años, el MININT (Ministerio del Interior) me concede un piso en pleno centro de la ciudad, no lejos del Palacio de la Revolución, donde Fidel tiene su despacho. Ahí he vivido el resto de mi vida, hasta mi huida a Estados Unidos en 2008. Mayda es una esposa perfecta: buena madre, trabajadora, se ocupa de todo, se preocupa de la educación de los niños y hace funcionar nuestro hogar mientras yo voy de la Ceca a la Meca, atrapado por mi carrera.

* * *

Se diría que me consume el ardor del trabajo; las buenas noticias se suceden. A finales de 1976, de vuelta de Guyana, estoy descansando en el dormitorio común de la Escuela de Especialistas, cuando un oficial me anuncia que me han convocado en el acto a casa de Eloy Pérez. Él es quien dirige todas las estructuras de la seguridad personal del Comandante en Jefe Fidel Castro, de la que depende nuestra escuela. Muy sorprendido (y levemente inquieto), me paso todo el trayecto hasta el centro de la ciudad, donde tengo la cita, interrogándome sobre el motivo de semejante convocatoria. ¿Qué falta he podido cometer? Llegado a mi destino, ni siquiera tengo tiempo de sentarme cuando Eloy Pérez me dice: —Sánchez, el Comandante en Jefe te ha

seleccionado para incorporarte a su escolta personal. A partir de ahora, nadie más que yo, o evidentemente el Jefe en persona, puede darte órdenes ni enviarte en misión por el motivo que sea. Ni siquiera un ministro, ¿entendido? A partir de mañana te presentarás aquí todos los días a las ocho. Y si a las cinco de la tarde sigue sin habésete encomendado ninguna misión, vuelves tranquilamente a casa a reunirte con tu mujer y tus hijos... La alegría que sentí en aquel momento es comparable a la de un actor de Hollywood al que anuncian que acaba de ganar un Oscar. Pocas horas más tarde paso a integrar la flor y nata del ejército cubano, su cuerpo más prestigioso, el más admirado, el más envidiado: el grupo de veinte a treinta soldados muy escogidos que tienen a su cargo la protección de Fidel Castro las veinticuatro horas del día. Aún no soy consciente de ello, pero a partir de ese momento me dispongo a pasar los diecisiete próximos años de mi vida en la estela del hombre que, después de la mexicana y la rusa, desencadenó la tercera revolución popular del siglo XX. Sin embargo, aún deberé esperar un poco antes de vivir al lado del gran hombre, pues, entre enero y abril, nuestra jerarquía procede a la selección de otros cinco alumnos de la Escuela de Especialistas que, junto conmigo, reforzarán la escolta de Fidel. Por fin, el 1 de mayo de 1977, tras el tradicional desfile de la Fiesta Internacional del Trabajo, en la plaza de la Revolución, nuestro reciente grupo de seis es al fin presentado al Comandante para incorporarse al sanctasanctórum: el primer anillo de protección. El gran público suele confundir el trabajo de guardaespaldas con el

de gorila. Imagina que nuestra tarea consiste en hacer movimientos de lucha libre y desenfundar antes que nuestra propia sombra. No obstante, el trabajo de especialista en seguridad personal exige otras muchas cualidades aparte de la simple fuerza física. Hay que coordinar los desplazamientos de la escolta, anticipar las amenazas potenciales, hacer seguras las telecomunicaciones, comprobar la alimentación para prevenir los intentos de envenenamiento, efectuar misiones de espionaje y de contraespionaje, detectar micrófonos instalados en habitaciones de hotel en el extranjero, pasar por la criba datos de toda clase y redactar informes de análisis: tales son las verdaderas misiones de un especialista en seguridad o en protección de altas personalidades. Por lo demás, Fidel exige de su escolta cierto nivel intelectual y cultural. Así, en 1981, paralelamente a mi trabajo como escolta de Fidel, es decir, durante mi tiempo libre y mis horas de descanso, inicio estudios universitarios de derecho penal en la Escuela Superior del MININT, así como estudios del mismo nivel denominados «investigación operativa de contrainteligencia» (dicho de otro modo, de contraespionaje), gracias a lo cual aprendo a dirigir una investigación policial, sacar partido de la escena de un crimen, tomar huellas digitales, etc. En 1985 consigo mi máster de derecho y un título equivalente en contraespionaje. Mucho más tarde, el título de derecho penal me será de gran utilidad: durante mi juicio... Es una locura, cuando pienso en ello, constatar hasta qué punto la enseñanza cubana estaba por entonces impregnada del

clima de la guerra fría y el pensamiento marxista. Basta con releer los nombres de algunas asignaturas estudiadas: materialismo dialéctico, materialismo histórico, historia del movimiento obrero cubano, acción subversiva enemiga, contraespionaje o incluso crítica de la corriente burguesa contemporánea. No obstante, son los cursos de psicología y de psicología aplicada al contraespionaje los que más me han servido para captar la personalidad de Fidel Castro. De hecho, al salir de la Escuela Superior del MININT puse en práctica lo que había aprendido estableciendo su perfil psicológico con el fin de que aflorasen ciertos rasgos de su personalidad. Mi conclusión: se trata de una persona egocéntrica que disfruta siendo el centro de la conversación y que acapara la atención de cuantos lo rodean. Por otra parte, como muchos superdotados, no concede el menor interés a su aspecto indumentario, de ahí su afición al traje de faena militar. A menudo le he oído decir: «Hace un siglo que corté con la obligación del traje y la corbata». Ídem en lo que respecta a la barba. Afirma: «Me afeitaré cuando haya muerto el imperialismo». En realidad, se debe en gran parte a la comodidad que supone no tener que afeitarse a diario. Otro rasgo de su personalidad: resulta Absolutamente imposible contradecirlo en lo que sea. Tratar de convencerlo de que se equivoca, de que yerra el camino o de que cabría modificar, siquiera ligeramente, alguno de sus proyectos aportando una mejora constituye un error fatal para el que lo comete. A partir de ese momento, Fidel deja de ver en su interlocutor a una persona inteligente. Lo mejor para vivir a su lado es aceptar todo lo que dice y

emprende, incluso durante un partido de baloncesto o una salida de pesca. Durante la guerra de Angola, en los años ochenta, el general Arnaldo Ochoa, que se encontraba sobre el terreno, se atrevió a contradecir las orientaciones militares del Jefe, que estaba en La Habana, a once mil kilómetros de allí, proponiéndole otras opciones que se le antojaban mejores. Fidel jamás digirió aquel crimen de lesa majestad. Creo que en buena parte ese hecho influyó en la condena a muerte de Ochoa en 1989. Contrariamente a lo que siempre ha dicho, Fidel no ha renunciado en modo alguno al confort capitalista ni ha optado por vivir en la austeridad. Al revés, su modo de vida se asemeja al de un capitalista sin limitaciones de ninguna clase. Jamás ha considerado que sus discursos sobre el modo de vida austero propio de todo buen revolucionario fueran vinculantes en lo tocante a su persona. Ni él ni Raúl se han aplicado nunca los preceptos que enuncian para sus compatriotas. De lo que cabe concluir que Fidel es un ser extremadamente manipulador. De una inteligencia temible, es capaz de manipular a una persona o a un grupo de personas sin dificultad ni miramientos. Tanto más cuanto que se trata de alguien reiterativo y obsesivo: en sus conversaciones con homólogos extranjeros, Fidel repite las mismas cosas cuantas veces haga falta para convencer a su interlocutor de lo bien fundado de su punto de vista.

* * *

Sin duda resulta sorprendente que no tomara distancia mucho antes, dado el perfil psicológico de Fidel que había establecido y el lujo de que fui testigo casi desde el

principio. Sin embargo, cabe atribuirlo a mi juventud y al auténtico culto que todos profesábamos al vencedor de la Revolución cubana. ¿Su autoritarismo? Una cualidad de combatiente. ¿La vida acomodada de que disfrutaba? ¿Acaso no se la había ganado? Además, como ya he dicho, soy un militar. Los militares están ahí para actuar y obedecer..., no para criticar.

* * *

Por supuesto, los servicios cubanos harán lo posible por desacreditar mi palabra así como el presente libro: tal es su trabajo. El problema radica en que, a diferencia de esos funcionarios que obedecen ciegamente las órdenes, yo sé de qué hablo. Dedicué a Fidel diecisiete años de mi vida, sin contar aquellos en que aún no era miembro de su escolta personal. Si hago la cuenta, he pasado más tiempo, más fines de semana y vacaciones con él que con mis propios hijos y mi esposa. En el palacio presidencial, en los desplazamientos a provincias, en el extranjero, con ocasión de ceremonias oficiales, en su avión, a bordo de su yate, en la isla paradisíaca de Cayo Piedra o en sus otras propiedades privadas, con frecuencia iba un metro por detrás de él. Gozaba de su plena confianza. Y pude observarlo desde todos los ángulos. Es más: hasta el presente nadie ha estado jamás en condiciones de hablar del «Fidel íntimo», de sus mujeres, de sus amantes, de sus hermanos o de su numerosa progenie (se compone al menos de nueve hijos, fruto de distintas uniones; casi todos son varones). Ya es hora de levantar el velo sobre lo que Fidel Castro y el régimen cubano han tratado siempre como

uno de los mayores secretos de Estado del país: la familia del Comandante en Jefe.

3

LA DINASTÍA CASTRO

Nada es corriente en Fidel Castro. Se trata de alguien único, especial, aparte. Un rasgo peculiar, entre tantos otros, lo distingue de todos sus compatriotas: ¡no sabe bailar la salsa! No le interesa, no le gusta. El Comandante tampoco escucha música. Ni cubana, ni clásica, ni mucho menos norteamericana. También eso lo diferencia de los cubanos «normales». En cambio, su afición a la infidelidad conyugal, verdadero deporte nacional, es típicamente cubana. Sin ser un mujeriego ni un amante compulsivo, como tantos políticos de todo el mundo, no deja de ser «Fidel el infiel». En los juegos amorosos y de seducción jamás se ha tropezado con la menor dificultad, ni resistencia, ni frustración. Ciertamente, Fidel no es uno de esos dictadores omnipotentes que organizan orgías. Pero tampoco es un santo. Casado por primera vez con Mirta Díaz-Balart, de la alta burguesía, y en segundas nupcias con la enseñante Dalia Soto del Valle, engañó a la primera con la bellísima habanera Naty Revuelta y a la segunda con la camarada Celia Sánchez, su secretaria particular, confidente y perro guardián durante treinta años. A esos trofeos de caza hay que añadir otras amantes: Juana Vera, alias «Juanita», su intérprete oficial anglófona y coronel del servicio de información (en la actualidad trabaja para Raúl); Gladys, la azafata de la aviación cubana que participaba en los

desplazamientos al extranjero, al igual que Pilar, alias «Pili», otra intérprete, en este caso francófona. Y sin duda tuvo otras aventuras, anteriores a la incorporación a mi puesto, de las que no tengo constancia. De todo eso los cubanos sólo tienen una muy vaga idea. Durante décadas, la vida privada del Líder Máximo fue uno de los secretos mejor guardados de Cuba, del que sólo una ínfima parte llegó a conocimiento del público. En efecto, contrariamente a su hermano Raúl, el número 1 cubano ha puesto siempre un cuidado casi patológico en mantener ocultos todos o casi todos los elementos de su vida personal. ¿El motivo? Considera que exponer su existencia, exhibirla a plena luz, carece de objeto, incluso supone un peligro potencial, un punto vulnerable. He ahí por qué, con excepción de los primeros años, cavó un foso entre su vida pública y su vida privada. Semejante culto al secreto le viene sin duda de los años de clandestinidad, en los que, como en los movimientos de la Resistencia durante la segunda guerra mundial, compartimentar las informaciones era vital para la supervivencia. Por increíble que pueda parecer, los cubanos no conocieron la existencia — ni descubrieron el rostro— de Dalia Soto del Valle, la mujer de su vida desde 1961, hasta el año 2006, momento en que Fidel, gravemente debilitado, tuvo que ser hospitalizado y se decidió a confiar las riendas del poder a Raúl. A lo largo de cuatro décadas, Fidel siempre fue acompañado de una «primera dama», si bien simbólica. En efecto, en las grandes ocasiones (fiesta nacional, visita de un jefe de Estado extranjero, etc.), era Vilma Espín (1930-2007), la

esposa de Raúl y presidenta de la Federación de Mujeres Cubanas (FMC), quien aparecía públicamente en la tribuna al lado de Fidel, desempeñando así el papel subliminal de primera dama. Igualmente, durante casi el mismo período, nadie o casi nadie supo que en los años sesenta y setenta ¡Dalia había dado no menos de cinco hijos al Líder Máximo! Increíble pero cierto: ni siquiera los cuatro hijos de Raúl Castro, mantenidos a distancia, tuvieron ocasión de conocer a sus propios primos hermanos antes de alcanzar la edad adulta. Por espacio de casi veinte años, esos parientes próximos vivieron a pocos kilómetros los unos de los otros sin cruzarse jamás. En cuanto al gran público, sólo conoció la identidad de los cinco hijos varones de Fidel a partir de los años 2000, eso sí, sin precisiones concernientes a su actividad profesional o su personalidad. Por mi parte, los conozco a todos muy bien. Por haber frecuentado a la familia durante diecisiete años, no sólo estoy en condiciones de establecer el árbol genealógico detallado de la dinastía y de apreciar las cualidades y los defectos de cada uno de sus miembros..., sino también de revelar algunos secretos y definir la manera en que Fidel desempeña (bastante mal) su papel de padre. Huelga decir que todo esto resultaría meramente anecdótico de no ser porque permite arrojar nueva luz sobre la personalidad de uno de los personajes públicos más relevantes de la segunda mitad del siglo XX.

* * *

Empecemos por el principio. La saga se inicia con la aparición del que «oficialmente» es el primogénito de los

Castro: Fidelito. Así es como se conoce desde siempre a ese muchacho llamado también Fidel, como su padre, pero al que dan ese sobrenombre a fin de diferenciarlo de su ilustre progenitor. Su parecido físico es impresionante: la misma nariz, el mismo perfil griego, la misma implantación capilar, la misma barba..., pero sus destinos en extremo diferentes. Nacido en 1949, Fidelito es el único hijo de Mirta Díaz Balart, una hermosa habanera con la que Fidel Castro se casó el año anterior, cuando no era más que un simple estudiante de derecho, al tiempo que un agitador político comprometido. Por uno de esos guiños cuyo secreto sólo la historia conoce, la familia de Mirta llegará a estar íntimamente ligada al régimen de Batista cuando éste se convierta en dictador en 1952: su padre, abogado, defiende a las compañías estadounidenses que reinan en la industria del plátano, mientras que su hermano es directamente ¡ministro del Interior del odioso presidente! De hecho, el hermano de Mirta formará parte de la primera oleada de cubanos que optan por el exilio en Florida (Estados Unidos) en el momento del triunfo de la Revolución, en enero de 1959. Otra ironía de la historia: Lincoln y Mario, los dos hijos del hermano de Mirta, harán carrera en el seno del Partido Republicano estadounidense: tras ser elegidos miembros de la Cámara de Representantes, los hermanos Díaz Balart llegarán a convertirse, durante décadas, en los más ruidosos portavoces del anticastrismo. ¡Y eso teniendo como familia política a Fidelito, primo hermano, y a «tío Fidel»! Después de su luna de miel en Nueva York, Fidel, más devorado por su pasión política que volcado en su

pareja, se desinteresa rápidamente de la elegante Mirta, de la que se divorcia en 1955. No obstante, se hace cargo de la custodia del pequeño Fidelito, pese a carecer, como se verá más adelante, de toda vena paternal. Privada por largo tiempo de la compañía de su hijo, Mirta se instala en España en 1959. Hoy sigue residiendo en este país, pero desde hace varios años está autorizada a visitar a su hijo, que se quedó en Cuba. Durante mucho tiempo Fidelito vistió los pesados ropajes del heredero potencial. De hecho, es el único de los numerosos vástagos Castro que fue presentado a los medios de comunicación. En 1959, en una memorable emisión televisiva, visible en YouTube, el chiquillo aparece en pijama al lado de su padre —¡también en pijama!— en la cadena estadounidense CBS. Con esa puesta en escena un tanto ridícula, el guerrillero que acaba de triunfar en Cuba consigue tranquilizar a los telespectadores yanquis: durante diez minutos se las ingenia para dejar claro que no es un peligroso comunista sino un buen padre de familia, como cualquier otro americano. Y la cosa funciona..., al menos de momento. Una década más tarde encontramos a Fidelito en la URSS. Gracias a un favor concedido a Fidel por el número 1 soviético Leonid Brézhnev, viaja a ese país para estudiar en un instituto nuclear de investigación ultra secreta bajo una falsa identidad. Su seudónimo es José Raúl, y ninguno de sus camaradas tiene la menor idea de su filiación real, excepto una bonita rusa, Natalia Smirnova, con la que contrae matrimonio y engendra tres hijos, bautizados Mirta, Fidel y José Raúl. Con su título de físico nuclear en el

bolsillo, Fidelito vuelve a La Habana en los años setenta. Se aloja en casa de su tío Raúl en vez de en la de su padre, el cual, en realidad, no se interesa realmente por él. Lo cierto es que entre los Castro es Raúl y no Fidel quien posee la vena familiar y constituye el eje de la dinastía. Pese a ello, el brillante científico es puesto por su padre a la cabeza de la Comisión de Energía Atómica de Cuba (CEAC) en el momento de su creación, en 1980. Ahora bien, a lo largo de los años Fidelito se hace notar por su comportamiento de hijo de papá. Embriagado por los atributos del poder, se desplaza, por ejemplo, por las calles de La Habana acompañado de guardaespaldas, cuando tal privilegio está teóricamente reservado a los miembros del Politburó del Partido Comunista Cubano (PCC). Su arrogancia acaba por irritar. Tanto más cuanto que Fidelito se entrega a malversaciones. En 1992 es despedido de la CEAC a causa de su mala gestión. «No ha dimitido, ha sido despedido: ¡Cuba no es una monarquía!», recalca públicamente Fidel, que le reprocha en especial su «incomprensible sed de poder», sin plantearse ni por un instante que semejante defecto pueda tener un vínculo cualquiera con su herencia. De un día para otro, Fidelito es degradado al rango de simple funcionario, consejero destinado a cuestiones energéticas en el seno del comité central del PCC. Así, el primogénito de los Castro se suma al famoso «plan pijama», según la jocosa expresión que en Cuba denota el hecho de ser dejado de lado. Durante varios años el intransigente Fidel deja de dirigirle la palabra. Hacia el año 2000, Fidelito vuelve a gozar del favor de su padre,

sin por ello reintegrarse al círculo del poder. En marzo de 2013 incluso hace una reaparición televisada, a la edad de sesenta y cinco años, esta vez sin pijama. Con ocasión de un viaje a Moscú, responde largamente a las preguntas de un periodista de la cadena rusa Russia Today. El científico elogia la gobernanza de su tío Raúl, pero se muestra más reservado en cuanto a la herencia de su padre, al que jamás designa por su nombre, sino que lo llama, con cierta distancia, «el líder histórico». La carrera de Fidelito tal vez no haya acabado. ¿Quién sabe? Inteligente, muy bien formado, de buena prestancia, es perfectamente capaz de ejercer elevadas funciones en el sistema de poder. Y con tanta mayor facilidad cuanto que ha permanecido cerca de su tío Raúl y su parecido físico con Fidel favorece simbólicamente su autoridad. Mientras que Fidelito es el más célebre de los descendientes de Fidel, su medio hermano Jorge Ángel, nacido al igual que él en 1949, es por el contrario el más desconocido. Es fruto de una relación amorosa de tres días con María Laborde, una admiradora originaria de la provincia de Camagüey a la que nadie ha visto jamás y hoy ya fallecida. El Comandante en Jefe siempre mantuvo gran distancia con ese hijo accidental. Si Fidel se preocupó poco de Fidelito, aún se interesó menos por Jorge Ángel: podía pasarse meses sin recabar noticias ni del uno ni del otro, que, cada cual por su lado, encontraron refugio en casa de sus respectivos tíos. Por lo que respecta a la historia con minúsculas, más tarde descubrí la fecha de nacimiento exacta de Jorge Ángel, gracias a la base de datos del registro civil cubano, que

conseguí piratear y copiar, con la ayuda de complicidades internas, antes de abandonar Cuba. No hace mucho conocí a un exiliado cubano recién desembarcado en Miami. Además de haber trabajado para la Seguridad del Estado (la policía secreta), conocía personalmente a Jorge Ángel. Me confirmó la información que yo ya poseía: Jorge Ángel nació el 23 de marzo de 1949, es decir, seis meses antes que Fidelito, nacido a finales de septiembre del mismo año. Así, no sólo nadie supo jamás que Fidel tenía un hijo secreto sino que, cosa más sorprendente todavía, hoy sabemos que el «bastardo» es el verdadero primogénito de los Castro. Entre Mirta, la burguesa un tanto estirada, y el febril Fidel, la pasión nunca fue devoradora —es lo menos que cabe decir—. Muy diferente fue su amor por Natalia Revuelta, alias «Naty», con la que Fidel puso alegremente los cuernos a Mirta. Con sus ojos verdes, su rostro perfecto y su encanto natural, esta habanera fue considerada en su tiempo la mujer más hermosa de la capital. Casada con un médico, Orlando Fernández, Naty no tarda en simpatizar con las ideas del movimiento revolucionario. Frecuenta a Fidel desde principios de los años cincuenta, primero como amiga y luego como amante. Cuando, tras el asalto fallido al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953, el guerrillero en ciernes se halla recluido en el penal de la isla de Pinos (en la actualidad isla de la Juventud), desde 1953 hasta 1955, lo visita con regularidad en el locutorio. Al cabo de dos años de encarcelamiento, Fidel y sus camaradas son amnistiados por Batista..., al que derrocarán tres años y medio más tarde. Fidel puede testimoniar a su amiga todo

su agradecimiento... En 1956 Naty da a luz a Alina. Única hija del Líder Máximo, es asimismo la única que se atreve a plantarle cara. Tras su acceso al poder, el 1 de enero de 1959, Fidel Castro sigue frecuentando a la hermosísima Naty, con la que se encuentra en casa de ésta, por lo general de noche. Un día, cuando la pequeña tiene diez años, Fidel le anuncia que su verdadero padre no es el doctor Orlando, que se fue a vivir a Estados Unidos tras el triunfo de la Revolución, sino él. Pasar a ser el papá de una adorable chiquilla no estimula demasiado la vena paternal del Comandante: en los años sesenta, el nuevo líder del Tercer Mundo tiene cosas mejores que hacer. A la edad de doce años, Alina y su madre son enviadas por un año a París, por orden de Fidel. La niña es escolarizada en un pensionado de Saint-Germain-en-Laye, donde aprende francés, que en la actualidad domina perfectamente. De vuelta en La Habana, la adolescente afirma su carácter: con apenas catorce años, esta rebelde en ciernes anuncia su intención de abandonar Cuba, tal como cuenta en su autobiografía [3]. Por el momento, Fidel no le presta atención. Sin embargo, llegada a adulta, Alina, que hace lo que le da la gana, se mantiene en sus trece. Las relaciones con su progenitor, al que ve esporádicamente, se vuelven tormentosas. Me acuerdo de ella en los años ochenta, bonita joven convertida en modelo. Un día en que me encuentro en la antecámara de Fidel, aparece Pepín Naranjo, el edecán del Comandante, con un ejemplar de la revista Cuba en la mano. En la segunda página de la publicación, a toda plana, se puede admirar a la bella Alina

en bikini a bordo de un velero, posando, en compañía de otras dos soberbias modelos, para un anuncio de ron Havana Club. —¿Qué significa esto? —se atraganta Fidel—. ¡Llamad a Alina inmediatamente! Dos horas más tarde, Alina entra a grandes zancadas en su despacho, nada impresionada. La pelea subsiguiente es memorable donde las haya. Los gritos resuenan por todas partes, haciendo vibrar las paredes del despacho presidencial. — ¡Todo el mundo sabe que eres mi hija! ¡Posar así en bikini resulta indigno! —Ah, pero ¿es que ahora te interesa lo que hago? —replica Alina, vociferando aún más fuerte—. Poco me importan tus consideraciones estéticas, lo que es yo ¡quiero vivir! Aquello era realmente «la fiesta del Guatao», expresión cubana que alude al pueblo del mismo nombre, donde, según la leyenda, las fiestas suelen degenerar en trifulca general. Finalmente, Alina sale del despacho como un ciclón, dejando a Fidel y Pepín patidifusos. Pasan algunos años y, en 1993, Fidel se entera por los servicios secretos de que Alina alimenta muy seriamente el plan de marcharse: quiere huir de Cuba. Fidel pone en guardia de inmediato al jefe de la escolta, mi superior, por entonces el coronel José Delgado Castro. —Te lo aviso: Alina no debe abandonar Cuba bajo ningún pretexto y de ninguna manera. ¡A buen entendedor...! No obstante, dos meses más tarde, golpe teatral: la víspera de Navidad se sabe que Alina ha conseguido abandonar clandestinamente su país natal, tocada con una peluca y provista de un falso pasaporte español, con la ayuda de una red de complicidades internacionales. Primero la encontramos en Madrid, donde

multiplica las conferencias de prensa para denunciar el totalitarismo castrista, y después en Miami, donde se instala definitivamente. El anuncio de la defección de la hija de Fidel Castro resulta tan clamoroso como lo fuera en su día el de Juanita, una de las cuatro hermanas de Fidel. En 1964 ésta había abandonado Cuba vía México antes de aterrizar en Miami. Jamás volvió a ver a sus seis hermanos y hermanas. Es muy excepcional ver al Comandante ceder a un estallido de cólera. En diecisiete años sólo me ha ocurrido dos veces. Por lo general, sus cóleras son frías, contenidas. Pero ese día, cuando Pepín le anunció la desagradable noticia, se volvió loco de rabia. En tales situaciones, su gestualidad recuerda la de un niño caprichoso en plena rabieta: erguido, golpea el suelo con la planta del pie mientras agita ambos índices apuntando a los dedos de los pies. —¡Menuda pandilla de incapaces! — gritaba echando espuma por la boca —. ¡Quiero a los responsables! ¡Exijo un informe! ¡Quiero saber cómo ha podido ocurrir esto! Cuando Fidel se pone en ese estado, se puede oír el vuelo de una mosca. Y todos se marchan, fingiendo dirigirse a sus quehaceres. Objetivo: esperar a que haya pasado el huracán tropical. Quince años más tarde volví a ver a Alina en Miami, donde vive modestamente, sin haber vuelto a poner los pies en Cuba. Cuando le recordé aquel episodio, esbozó una sonrisa, con esa pizca de tristeza que se lee en los ojos de todos los exiliados del mundo.

Después de Mirta y Naty, llegamos a Dalia Soto del Valle, la más importante pero también la menos conocida de las mujeres de Fidel. Éste la conoce en 1961 —el año del desembarco en la bahía de Cochinos—, con ocasión de un acontecimiento público en la provincia de Villa Clara, adonde se desplaza en el marco de la gran campaña nacional de alfabetización emprendida por su Gobierno. Durante un discurso al aire libre, Fidel repara en primera fila en una soberbia muchacha, con quien cambia de inmediato miradas furtivas pero intensas. Al igual que Mirta y Naty, aquella desconocida es una rubia de ojos claros, que posee otra cualidad esencial a los ojos del Comandante en Jefe: es delgada y menuda como una bailarina de ballet. Mucho más que el cabello rubio, la esbeltez constituye un criterio primordial en las elecciones amorosas de Fidel. Se produce el flechazo. Ese mismo día, Pepín, el edecán, le presenta a aquella beldad y Fidel se entera de que es maestra y se llama Dalia Soto del Valle. Después de tres citas, y sobre todo tras las comprobaciones de rigor efectuadas por Pepín (con el fin de asegurarse de que no es una contrarrevolucionaria y que su familia no ha estado vinculada al régimen de Batista), Fidel le propone que se mude a La Habana, donde la aloja muy discretamente en una casa situada en la periferia de la capital, en Punta Brava. Algún tiempo después se instalan juntos de forma definitiva. Desde el principio, su unión lleva el sello del más absoluto secreto, a un tiempo como medida de seguridad frente a Estados Unidos, que a Fidel le consta que pretende atentar contra su vida, y por discreción respecto de Celia

Sánchez, con la que mantiene paralelamente una relación amorosa. Fidel y Dalia tendrán cinco hijos, cinco varones, cuyos nombres, curiosamente, empiezan todos por la letra A: Alexis, Alex, Alejandro, Antonio y Angelito. Los dos primeros constituyen variantes de Alejandro, seudónimo adoptado por Fidel en la época de la guerrilla en homenaje a Alejandro Magno, a quien admira. Los cinco «A» crecen lejos del poder, de los demás cubanos e incluso de su propia parentela. Como ya he señalado, antes de la mayoría de edad no llegaron a conocer a los hijos de Raúl, que sin embargo viven cerca de su casa. Muy «de familia», Raúl dio un salto de alegría el día en que su hijo, ya mayor de edad, conoció a dos de sus primos hermanos, con los que se cruzó por casualidad en una fiesta. El número 2 del régimen y ministro de Defensa pidió entonces a sus edecanes unas botellas de vodka con el fin de brindar en el acto por semejante acontecimiento. Dalia no tiene nada que ver con el aislamiento de su progenie. Autoritaria y exclusiva, considera que sus hijos son los únicos herederos auténticos de Fidel. Nunca ha apreciado ni a Fidelito ni a Jorge Ángel, ni siquiera a Alina (a la que sin embargo jamás ha visto), como tampoco a los otros cuatro hijos ilegítimos de Fidel, que yo nunca he podido comprobar si existen realmente, exceptuando a Abel, nacido en 1983, el hijo de su intérprete personal Juanita Vera. A lo largo de mis diecisiete años al servicio de Fidel me crucé con los cinco «A» casi a diario. ¿Su punto común? Son inteligentes pero, en su mayoría, sin brío especial. Todos acudieron a la escuela de primaria Esteban Hernández, especialmente

inaugurada por su madre, en honor a ellos, en la calle 202 del barrio de La Coronela, no lejos del domicilio familiar. Dalia no tarda en convertirse en la directora efectiva de ese establecimiento creado a medida, donde elige personalmente a los enseñantes en coordinación con el Ministerio de Educación y selecciona a los alumnos que serán admitidos en él, según la fiabilidad de las convicciones revolucionarias de sus padres. Unos cincuenta niños en total, salidos de la nomenklatura o pertenecientes a la escolta, se hallaban inscritos. Me alegro de que los míos no fueran escolarizados allí: nunca me he aprovechado del sistema y está muy bien que así sea. Otro punto común a los hijos de Fidel: ninguno de los cinco «A» siguió jamás una formación militar, ni participó en ninguna misión internacionalista de ayuda y asistencia a los «países hermanos», contrariamente a lo que Fidel preconiza o impone a todos los jóvenes cubanos. Los que tenían edad de combatir tampoco participaron en la guerra de Angola (1975-1992), contienda a la que el Comandante en Jefe envió, no obstante, a cientos de miles de compatriotas. Como en todos los grupos de hermanos, los cinco «A» se definen por sus diferencias, sus caracteres, sus trayectorias profesionales. Mientras que Alexis, el primogénito, nacido en 1962, es un solitario introvertido, poco sociable, poco ligón y sin verdaderos amigos, Alex, que vino al mundo al año siguiente, es un tipo afable y simpático. Informático de formación, el primero, alto y enjuto, tiene el defecto de querer imponer sus puntos de vista a sus hermanos, aunque sin conseguirlo. El segundo, más entrado en

carnes, se ganó desde siempre la simpatía general sin siquiera pensar en ello. Sociable por naturaleza, lo apodan «el Buenachón», lo cual le viene como anillo al dedo: de talante plácido, es incapaz de entrar en conflicto con nadie, ni siquiera con su áspero hermano mayor, del que por lo demás siempre ha sido muy íntimo. Gran vividor, lo llaman asimismo «el Gordito», cosa que no le molesta en absoluto. Alex es también el que dio el primer nieto a Fidel y Dalia, lo cual aumentó todavía más su cota de popularidad en el seno de la familia. Ingeniero en sus principios, no tardó en cambiar de orientación profesional para dedicarse a ejercer de cámara de la televisión cubana, antes de convertirse en fotógrafo, a partir de 1998. En 2012 el retratista oficial de su padre expuso una serie de veintisiete fotografías de gran formato, que tituló «Fidel Castro: retratos íntimos», en una lujosa galería de México. A continuación, viene Alejandro, el tercero del linaje, nacido en 1969. Al igual que sus hermanos mayores, estudió informática. Ahora bien, a diferencia de éstos, la programación lo apasiona. Hoy diríamos que es un geek. Hacia 1990 desarrolló un software que permitía adaptar los sistemas informáticos rusos al japonés. Software que luego vendió a una sociedad nipona. Eso le valió las felicitaciones de su padre y, como regalo, un coche Lada. Marchoso, le encanta frecuentar las discotecas, a las mujeres y a los artistas de moda. En eso «el Brother» —su mote desde los años del colegio— se parece a Antonio, el «cuarto A». Éste nació en 1971. Es al que mejor conozco. En Cayo Piedra, la isla de los Castro, dediqué mucho tiempo a enseñarle a nadar, a bucear, a

manejar el fusil de pesca submarina. Evidentemente, de ese modo se crean vínculos. Para el decimoquinto cumpleaños de «Tony» —como llaman a Antonio—, fui el único miembro de la escolta invitado a la fiesta, a la que acudieron una pandilla de adolescentes escolarizados con él. Imagino que eso suscitó algunos celos entre mis colegas. Para la ocasión, Fidel me había pedido que acompañase a su hijo a la Unidad 160, donde se guardan los regalos recibidos por el presidente, a fin de que eligiéramos un reloj para Tony. Éste echó el ojo a un Seiko de cuarzo. Recuerdo la sonrisa radiante que iluminaba su rostro adolescente cuando se lo puso en la muñeca. Más tarde, tras los estudios en el instituto Lenin de La Habana, donde estudiaron asimismo todos sus hermanos, recuerdo haberle dicho, una noche en que estaba de guardia en la propiedad familiar: —¿Y qué vas a hacer ahora? —Mi padre quiere que estudie medicina, pero yo lo que querría es ser entrenador de béisbol... Desde siempre, Tony es un fan del deporte, que juega al béisbol y al fútbol siempre que puede. Pero la voluntad de Fidel no es algo que pueda discutirse. —En tal caso —le sugerí—, ¡elige medicina deportiva! Así podrás hacer carrera en el universo del deporte sin por ello dejar de contentar a tu padre.

Años más tarde, tras mi estancia en prisión, supe que Antonio se había hecho cirujano ortopédico. Ignoro si tuve algo que ver, pero no he olvidado nuestra charla. Entre los cinco «A», Antonio es en todo caso el único que se ha forjado un destino. Deportista consumado (bateador de béisbol de talento, experto submarinista, excelente golfista),

es al mismo tiempo jefe del servicio de cirugía ortopédica en el hospital Frank País de La Habana, médico de la selección nacional de béisbol, presidente de la federación cubana y vicepresidente de la federación internacional de dicho deporte. En resumen, todo sonríe a ese «yerno ideal», brillante, atractivo, casado dos veces con hermosas mujeres y que pasa por ser una especie de «príncipe de La Habana». Queda Angelito, del que no se puede decir lo mismo. Entre todos los hermanos, este último hijo, nacido en 1974, es el único que no ha cursado estudios superiores. Me acuerdo de él como de un chiquillo mimadísimo por su madre. Cuando se encontraba de fin de semana en Varadero, exigía, por ejemplo, que fueran a buscarlo en un Mercedes-Benz. Y Dalia cedía a todos sus caprichos. Apasionado de los automóviles desde la más tierna edad, Angelito se pasaba el tiempo mangoneando entre nosotros. En el taller, levantaba los capós sin pedir permiso, se instalaba al volante de los coches aparcados, manoseaba las herramientas sin devolverlas a su sitio. Era tan exasperante que una sirvienta de la familia Castro lo había bautizado «el Comandantico». Finalmente, un día, mucho después de haber dejado la escolta de Fidel, supe que se había convertido en un alto ejecutivo de la Mercedes-Benz en Cuba. Habida cuenta de tanta gente de talento como hay en nuestro país, imagino que esencialmente debe su posición al hecho de llamarse Castro...

Los cinco «A» han crecido y la mayoría siguen viviendo en la inmensa propiedad familiar de Punto Cero, en el barrio habanero de Siboney, en unas condiciones que no tienen

nada que ver con la austeridad revolucionaria que preconiza su padre.

* * *

Punto Cero es ante todo un vasto terreno de treinta hectáreas situado al oeste de La Habana, no lejos del mar: exactamente mil trescientos metros al sur de la marina Hemingway y a diez kilómetros del palacio presidencial. Cuatro jardineros se encargan del mantenimiento de ese inmenso parque arbolado, que, además de una casa señorial de quinientos metros cuadrados, de planta en forma de letra L y dos pisos de altura, alberga una piscina de quince metros, seis invernaderos para el cultivo de frutas y verduras y un extenso césped como zona de juegos para los niños. Sin olvidar una segunda vivienda (dos pisos de trescientos cincuenta metros cuadrados), situada a unos cincuenta metros de la residencia principal, donde se alojan los guardaespaldas de la escolta, así como el conjunto del servicio doméstico. Con sus naranjos, limoneros, mandarinos, pomelos y plátanos, el parque parece un verdadero jardín del Edén. Sobre todo en comparación con la famosa cartilla de racionamiento, gracias a la cual todos los cubanos — incluidos nosotros, los guardaespaldas de Fidel Castro— aprovisionan su despensa: cinco huevos por persona y mes, medio kilo de pollo, un cuarto de kilo de pescado, un cuarto de litro de aceite, así como frijoles, leche en polvo (reservada a los niños menores de siete años) y un pan al día. Lo cual resulta claramente insuficiente para subsistir más allá de quince días y obliga a los desdichados cubanos a imaginar toda clase de combinaciones para

saciar el hambre. La inmensa residencia de los Castro está decorada con gusto en el estilo clásico de las casas señoriales de las Antillas: persianas en las ventanas, mobiliario de mimbre y madera tropical, y acuarelas y platos de porcelana colgados en las paredes. A lo que hay que añadir una profusión de libros en las bibliotecas y en las mesas bajas. Una sirvienta, Zoraida, vela por el buen funcionamiento de la vida cotidiana, se ocupa de poner orden en el apartamento privado de Fidel y Dalia (en el piso superior), en las zonas comunes (salón, sala de estar, comedor, en la planta baja) y de la gestión de la ropa sucia de toda la familia salvo la del Comandante. En efecto, las prendas de vestir y la ropa interior de Fidel reciben un tratamiento especial. Mientras que la ropa de Dalia y los niños la lavan y planchan las criadas de Punto Cero en el lavadero, la suya la llevan a la lavandería del Palacio de la Revolución. Todos los días, un chófer de la Unidad 160 se dirige a Punto Cero con el fin de recogerla y llevarla a la tintorería del palacio. Una vez lavada y planchada, cada par de calcetines, cada calzoncillo, camisa o pantalón son sometidos a un test de radiactividad para comprobar que la ropa del Líder Máximo esté libre de cualquier intento de contaminación. Finalmente, el mismo chófer efectúa el trayecto inverso y entrega las impecables prendas en Punto Cero, donde los sirvientes las guardan cuidadosamente en su sitio. Dos cocineros, Pedro Moreno Copul (antiguo chef del hotel Habana Libre) y Nicolás Mons del Llana, trabajan en la preparación de las comidas que sirve en la mesa... ¡un mayordomo con librea llamado Orestes Díaz! Porque en

casa de los Castro se come como en el restaurante, es decir, a la carta. Todas las noches antes de acostarse Dalia confecciona el menú de las tres comidas del día siguiente (desayuno, comida y cena) para cada uno de los miembros de la familia, en función de sus gustos, sus costumbres, sus desideratas. Para desayunar, Fidel, que se levanta tarde — rara vez antes de las diez o las once de la mañana— e inicia su jornada de trabajo hacia mediodía, suele contentarse con un té o incluso un caldo de pescado o de pollo. En ocasiones también toma leche, como sus hijos. Leche casera: en Punto Cero esta bebida sale directamente de las ubres de las vacas que pastan en la propiedad. Refinamiento supremo, cada miembro de la familia posee su propia vaca, con el fin de satisfacer el gusto individual de cada cual, pues la acidez o untuosidad de la leche fresca varía de un bovino a otro. Resultado, la leche llega a la mesa en botellas numeradas, en trozos de papel pegados con celo, correspondientes a la vaca de cada uno. La de Antonio lleva el número 8; la de Angelito, el 3. La vaca de Fidel es la número 5, que es también la cifra de su camiseta de baloncesto. Imposible engañarlo con la mercancía: Fidel Castro posee un excelente paladar capaz de detectar de inmediato si el sabor de la leche no es conforme con la vez anterior. Las comidas de Fidel son frugales. Suelen consistir en una sopa de pescado o de marisco, a base de productos frescos, evidentemente. Cuando los guachinangos o los crustáceos no están disponibles, envían a alguien a buscarlos frescos a La Caleta del Rosario, la propiedad situada junto al mar que alberga el Aquarama II y los otros

barcos de la marina privada de Fidel. En realidad, la comida principal del Comandante en Jefe es la cena. Se compone alternativamente de pescado a la parrilla, marisco, pollo o en ocasiones cordero, incluso jamón pata negra..., pero nunca buey; su dietista se lo ha prohibido. Fidel Castro los acompaña de arroz, judías pintas y tubérculos (boniatos, chirivías, patatas), en cantidades moderadas. En cambio, consume en abundancia verduras, crudas o cocidas, que constituyen la base de su régimen alimenticio. Gracias a los cultivos de invernadero del jardín, el jefe del Estado jamás carece de frutas o verduras frescas e ingiere los alimentos orgánicos de temporada. Otra ventaja de esta producción local: permite la trazabilidad absoluta de los productos, lo que minimiza el riesgo de intoxicación o de envenenamiento. Del mismo modo, Fidel Castro sólo bebe agua extraída del pozo del jardín, que se encuentra algo apartado. El Comandante riega gustoso sus comidas con un poco de vino blanco, tinto o rosado. Se trata principalmente de botellas argelinas, pues el presidente Huari Bumedian (1965-1978) tenía la costumbre de aprovisionar con cajas enteras a su homólogo cubano. La tradición prosiguió después de su muerte. En cuanto al presidente Sadam Hussein, eran tarros de mermelada de higos iraquíes lo que expedía regularmente a su querido Fidel. Preocupado por su equilibrio alimentario, éste jamás toma café — desaconsejado por su médico—, pero a veces se autoriza un digestivo, coñac Napoléon. En Punto Cero, Dalia lo controla todo: las comidas, el empleo del tiempo del servicio doméstico e incluso las relaciones entre sus hijos y

el padre de familia. Cuando uno de los cinco «A» quiere hablar con el patriarca, ha de pasar por Dalia. Ésta transmite entonces la petición a su marido, quien concede una cita a la hora que le convenga. Nadie, ni siquiera su progenie, está autorizado a molestar al Comandante de improviso. Fidel Castro es lo contrario de un padrazo: en diecisiete años ni una sola vez lo he visto tener un gesto de ternura con sus descendientes. No obstante, parece ser que a partir de su convalecencia, en 2006, sus hijos se han acercado algo más a él. Tampoco Dalia es precisamente cariñosa. Se trata más bien de una mujer tajante, autoritaria, rayana en la antipatía. Cuando Fidel se encuentra en casa, ella se difumina ante el Jefe (así es como llama a Fidel en su ausencia; por su parte, éste dice «la Compañera» para referirse a ella). Ahora bien, una vez que él ha girado sobre sus talones, establece una disciplina estricta entre el personal. Ni los criados ni los guardaespaldas la aprecian demasiado. Lo cual me recuerda una anécdota divertida. Se da el caso de que alrededor de la casa de los Castro numerosas gallinas viven en libertad, entre sus nidos diseminados un poco por todas partes en la hierba. Ahora bien, en este animal de cargante cacareo la puesta suele tener lugar al amanecer. En consecuencia, cuando estábamos de guardia, por la noche, en uno de los dos puestos de vigilancia situados delante y detrás de la casa, íbamos discretamente a la caza de huevos. Algunos nidos contenían siete u ocho. Acto seguido los ocultábamos entre nuestras ropas para llevárselos a nuestras respectivas esposas, que cocinaban con ellos

tortillas para toda la familia. Y hete aquí que un día Dalia, muy irritada, suelta, sin dirigirse a nadie en especial: —¡Por Dios, estas gallinas no ponen nada! Quizá estén enfermas... O bien hay algún problema con la calidad del grano que les doy. ¡Voy a llamar al veterinario para quedarme tranquila! En ese momento yo tenía la nevera llena de huevos frescos. Lo más divertido es que todo el mundo estaba en el ajo, incluso el fiel edecán Pepín Naranjo, que sin embargo solía informar de todo al Comandante. Por una vez, ¡Fidel y Dalia eran los que pagaban el pato! Como he dicho anteriormente, con sus hijos Dalia se comporta como una loba protectora. Considera egoístamente que sus cinco muchachos son los únicos herederos legítimos de Fidel. Fidelito, por ejemplo, sólo ha entrado una vez en el recinto de la propiedad de Punto Cero. Y en la isla de Cayo Piedra jamás ha sido bienvenido. Una de las escasísimas veces en que fue, sus cinco medio hermanos también se encontraban allí. Ignoro por qué, pero se había decidido estrechar los lazos familiares. Ese día, cuando todos fueron a recibir a Fidelito y a su esposa, Natalia Smirnova, al embarcadero, Dalia se sintió obligada a susurrarme confidencialmente, como para disculparse: «Bueno, está bien que la familia se reúna de vez en cuando...». Sin embargo, se notaba que no lo decía con el corazón. Entonces, como la incomodidad era palpable, Pepín sugirió a Fidel que enviase a Fidelito a Cayo Largo del Sur, a fin de que supervisara las obras en curso en aquella isla de arena fina de veinticinco kilómetros de largo y destinada a convertirse en un futuro en

emplazamiento turístico (cosa en la que efectivamente se ha convertido en la actualidad). Así pues, Fidelito, su mujer, Pepín y yo despegamos en helicóptero hacia la isla turística, situada cincuenta kilómetros al sudoeste de Cayo Piedra. Tras treinta minutos de vuelo por encima del oleaje azul, aterrizamos en Cayo Largo del Sur. Nos instalamos en el único hotel existente, donde no tardo en constatar que Natalia, la esposa rusa de Fidelito, es una chinche de cuidado: en el restaurante, devuelve por tres veces su pollo a la cocina, so pretexto de que, según ella, huele mal. A Pepín, que la conoce bien, no le sorprende en absoluto. «Siempre está de malas pulgas», me comenta. Por entonces, Cayo Largo del Sur seguía siendo casi virgen y era imposible no reparar en la presencia de un yate blanco de cuarenta pies (doce metros), bastante lujoso, amarrado en el único pontón de aquel trozo de tierra. Supe por el oficial de información destinado en la isla que pertenecía al «Americano». El Americano en cuestión era Roberto Vesco, el célebre fugitivo que había defraudado al fisco estadounidense (por un montante de más de doscientos millones de dólares) y del que Washington afirmaba que se encontraba en Cuba, pese a que Fidel lo negara. El lío diplomático entre Estados Unidos y Cuba se prolongó durante años, y un buen día, el Comandante no pudo por menos que reconocer la evidencia: sí, era cierto, Roberto Vesco se hallaba en Cuba (e imagino que a cambio de su hospitalidad Fidel debió de arrancarle una bonita suma). Más tarde, cuando aquel malhechor le resultó demasiado molesto, Fidel se libró de él haciendo que lo condenaran a

trece años de cárcel, donde murió en 2007 sin que la administración fiscal yanqui hubiera podido ponerle la mano encima. Tras aquella escapada un tanto extraña, volvimos a despegar al día siguiente para hacer escala en Cayo Piedra, donde Fidelito se apresuró a despedirse, lo que pareció aliviar a Dalia. En lo sucesivo, jamás volvió a aparecer por la isla privada de los Castro. Como todas las parejas, la del Jefe conoció altibajos. Nadie se enteró de nada, pero en 1984 alcanzaron la cota más baja, cuando Fidel descubrió que Dalia lo engañaba con Jorge, ¡un miembro de la escolta! En aquella época, el chófer titular de la Compañera se llamaba René Besteiro. Un día, Dalia lo envía a hacer un recado y, aprovechando su ausencia, pide a Jorge, un guardaespaldas, que la lleve a casa de su madre, que vive en la calle Séptima, en el barrio de La Playa, no lejos de Punto Cero. Entre nosotros apodamos a esta última «la Abuela». La suegra de Fidel era una persona bastante juerguista, poco distinguida, demasiado maquillada y muy casquivana, que, pese a la diferencia de edad, no vacilaba en tratar de seducir a los muchachos de la escolta. En pocas palabras, cuando Besteiro, el chófer de Dalia, vuelve a Punto Cero y se entera de que su jefa ha ido a casa de la Abuela, su conciencia profesional le ordena que acuda de inmediato a reunirse con ella a fin de ponerse a su disposición. Ahora bien, cuando la Abuela abre la puerta, Besteiro, estupefacto, ve a Dalia bailando en el salón con nuestro colega Jorge. Tras un movimiento de retroceso, dice a la Abuela: «Dígale a Dalia que estoy aquí». Al cabo de un momento, la señora Castro aparece

en la escalinata: —¿Qué haces aquí? Nadie te ha pedido que vinieras... Y René Besteiro se marcha. De regreso en Punto Cero, se confía de inmediato al jefe de la escolta, Domingo Mainet. A fin de cubrirse, le cuenta lo que ha visto y manifiesta su preocupación por encontrarse en falso respecto de Dalia. El jefe de la escolta se queda atónito. Dado que está en óptima relación conmigo, decide hablarme de ello y solicita mi opinión. —Es sencillo, tienes dos soluciones —le comento—. La primera, que te desaconsejo, es no decir nada. Pero el día en que Fidel se entere, no durarás mucho. La segunda: transmites palabra por palabra lo que te ha dicho Besteiro a Fidel, como se supone que todo subordinado militar debe hacer ante su superior jerárquico. Dicho esto, partimos hacia el palacio, donde el jefe de la escolta se entrevista personalmente con Fidel durante media hora. Al salir de allí, Mainet me anuncia que a partir de ese momento y hasta nueva orden se interrumpe toda comunicación con Dalia. Durante un mes, ni Fidel ni nosotros, su escolta, volvimos a poner los pies en Punto Cero. Fidel viajó por todo el país, durmiendo en varias casas entre la veintena que posee, en la provincia de Las Villas, en Camagüey o incluso en la isla de Cayo Piedra. En aquel momento todos creímos que era el fin de la relación con Dalia. ¡Error! Al cabo de cuatro semanas volvimos a Punto Cero sin avisarla. Y la vida conyugal siguió su curso como si no hubiera pasado nada... Sin embargo, de un día para otro el guardaespaldas Jorge desapareció de la circulación y no volvimos a oír hablar de él. Ignoro si fue trasladado a la provincia de Oriente, lejos

de La Habana, o si murió. No hice la pregunta y sobre todo no quería saberlo: por entonces lo más importante para mí era que Fidel no se enterase de que el jefe de la escolta, Domingo Mainet, me había puesto al corriente. Lo cual me habría expuesto al mismo destino que René Besteiro. En efecto, el chófer titular de la Compañera, que había descubierto el pastel, también fue relegado. Lo degradaron, me parece, a simple chófer en el Ministerio de la Industria de la Pesca. Lo que demuestra que nunca conviene ser el portador de una mala noticia... «El asunto Dalia» causó otra víctima colateral: la Abuela. Hacía ya algunos años que Fidel la tenía entre ceja y ceja. Siempre mangoneando en casa de su hija, en Punto Cero, tenía la mala costumbre de beber demasiado. Más de una vez el Jefe se la había encontrado en casa en manifiesto estado de embriaguez, lo que lo irritaba lo indecible. Mujer sin reparos, esta bebedora inveterada se surtía resueltamente de la reserva personal de su yerno cuando éste se hallaba ausente. Un día, al volver a Punto Cero —era a principios de los ochenta, unos años antes del adulterio cometido por Dalia —, Fidel abrió el mueble bar y descubrió la botella de whisky, su botella, ¡vacía! Explotó, golpeando el suelo con el pie y apuntando los dos índices hacia el suelo. —¡Esto ya es el colmo! ¡No sólo tu madre viene a mi casa sin avisar, sino que además hurga en mis cosas! ¡No quiero volver a verla por aquí! La suegra se las piró en el acto. Y sus visitas a Punto Cero se fueron espaciando. No obstante, durante dos o tres años siguió asomando la nariz por allí. La infidelidad de Dalia que conocía perfectamente puesto que daba cobijo a las citas

secretas de su hija) fue la gota que colmó el vaso. A partir de ese momento no se la volvió a ver en Punto Cero. Sea como fuere, de esa crisis conyugal cabe retener lo siguiente: Dalia Soto del Valle es la única persona en todo el mundo que ha tenido ascendiente psicológico sobre Fidel Castro Ruz. Así pues, el Comandante de la Revolución cubana, macho omnipotente, sólo tenía un punto débil: la Compañera.

4

LA ESCOLTA: SU VERDADERA FAMILIA

Cincuenta y cinco años después del triunfo de la Revolución, la familia Castro es una dinastía bien establecida: siete hermanos (incluido Fidel), una decena de hijos, nietos e incluso varios biznietos muy pequeños. Sin olvidar a los sobrinos y los primos. Sin embargo, la «verdadera» familia del Comandante siempre ha sido la de los guardaespaldas que componen su escolta. Es normal: durante su prolongada existencia, ciertamente el Líder Máximo ha pasado cien veces más tiempo en compañía de soldados dedicados a su protección personal los trescientos sesenta y cinco días del año que con su mujer y sus hijos. Militar de corazón, Fidel tiene más afinidades con sus hombres vestidos con traje de faena color caqui que con sus propios descendientes, quienes jamás han conocido otra cosa que el cómodo estatus de «hijo de» y cuyos hechos de armas brillan por su ausencia. Por ejemplo, es con nosotros, sus guardaespaldas y sus chóferes, y no con Dalia ni con sus hijos, con quienes el Comandante

celebraba el 1 de enero, el 26 de julio y el 13 de agosto. Son las tres fechas fundamentales en la historiografía castrista. El 1 de enero corresponde al triunfo de la Revolución, que tuvo lugar el día de Año Nuevo de 1959. El 13 de agosto es el cumpleaños de Fidel Castro, nacido en 1926. Por último, el 26 de julio se recuerda que la epopeya revolucionaria anti-Batista comenzó ese día, el año de gracia de 1953, con el «asalto heroico» (aunque fallido) al cuartel Moncada, en Santiago de Cuba. Para que la importancia histórica de este acontecimiento fuera bien comprendida, Fidel incluso convirtió el 26 de julio en la fiesta nacional cubana. El mensaje es nítido: en Cuba, dicha fecha constituye el comienzo de todo, el big bang de la política. Para su cumpleaños, al Comandante en Jefe le gusta rodearse de su guardia personal. Por tradición, él y su escolta se encuentran en la casa situada en el corazón de la Unidad 160, la misma donde Fidel organiza sus citas galantes a espaldas de Dalia. Asan un mechui, un cordero entero a la brasa, que los huéspedes comen sin cubiertos, con la mano, conforme a la tradición árabe, y que riegan con vinos argelinos. Se hallan asimismo presentes: Pepín Naranjo, el edecán que no deja a Fidel ni a sol ni a sombra, Antonio Núñez Jiménez, el amigo geógrafo del Comandante, uno de los pocos que frecuentan Cayo Piedra, y Manuel Piñeiro, alias «Barbarroja», el jefe del Departamento América de los servicios de espionaje cubanos, uno de los personajes clave del régimen. En cierta ocasión me crucé asimismo con el general Humberto Ortega: el hermano del presidente Daniel Ortega era por entonces ministro de Defensa del

Gobierno revolucionario sandinista de Nicaragua. El día de su cumpleaños, Fidel jamás omite hacer una visita a su hermano Raúl ni a su amigo el escritor colombiano Gabriel García Márquez, los cuales se suman a veces al mechui de la Unidad 160. Por lo general, el festín dura tres o cuatro horas. Es inmortalizado con una sesión de fotos, casi siempre tras la entrega de los regalos destinados a Fidel. Se requiere mucho tiempo para abrir todos esos presentes, enviados por los homólogos de Fidel Castro o por admiradores extranjeros. Los regalos se cuentan por centenares, como también las cajas de vino de la presidencia argelina, las cajas de dátiles expedidas por el jefe del Estado iraquí Sadam Hussein o incluso los jamones pata negra obsequiados por un grupo de fans españoles que conocen la pasión del Comandante por esa charcutería ibérica. Para Fidel, ese momento de esparcimiento supone siempre la ocasión de contar algunas anécdotas y recuerdos de infancia a un auditorio ganado de antemano y que nunca correría el riesgo de interrumpirlo. El Jefe practica igualmente ese tipo de charla con ocasión de nuestros desplazamientos a provincias o al extranjero, cuando la velada se prolonga después de la cena, en petit comité. El hallarme siempre presente a su lado me ha permitido almacenar un conocimiento detallado de su biografía, incluido el período anterior a mi entrada en la escolta, en 1977. Fidel Castro es un narrador sin igual. No obstante, se trata asimismo de alguien en quien la repetitividad constituye un destacable rasgo de carácter: de natural un tanto obsesivo, reitera las mismas historias año

tras año. Lo cual me ha permitido asimilar algunas como si las hubiera vivido. Retrospectivamente, el relato de esos retazos de vida revela varios aspectos de su temperamento, como la marrullería, la tozudez absoluta o la convicción, sólidamente anclada en él, de que todos los medios son buenos para lograr sus fines, incluida la mentira. Ignoro cuántas veces nos ha narrado «el asunto de las dos libretas de calificaciones», pero al menos se cuentan por decenas. El relato se sitúa en la época en que Fidel abandonó el domicilio y el pueblo familiar de Birán (provincia de Holguín, en el este del país) por la gran ciudad de Santiago de Cuba, a ciento veinte kilómetros de allí, donde ingresó en el colegio jesuita Dolores. El joven Castro residía por entonces en casa de Luis Hippólite Hibbert, que era a la vez amigo de su padre, su propio padrino y cónsul de Haití en dicha ciudad, la segunda de Cuba. Ahora bien, el diplomático era del tipo estricto: tomándose muy a pecho su papel de padrino y de tutor, exigía que el niño sacara excelentes calificaciones en la escuela, sin lo cual éste no recibía sus veinte centavos semanales para ir al cine y comprarse golosinas, así como revistas de historietas. Un buen día, Fidel pretendió haber perdido su libreta de calificaciones con el fin de que el colegio le proporcionase una segunda. A partir de ese momento, llevaba una doble contabilidad de sus notas. Por un lado, presentaba a su tutor una libreta falsificada, donde aparecía que era el primero de la clase, con un 10 en todas las asignaturas; por otro, imitaba la firma de su padrino a fin de entregar a su profesor principal la verdadera libreta, debidamente rubricada. Entre ambos

mundos, la estanquidad era perfecta. Lo malo —el colofón del relato que Fidel, guasón, adoraba contarnos— fue que al final del curso escolar Luis Hippolite Hibbert insistió en asistir personalmente a la ceremonia del cuadro de honor. Y así es como el Jefe nos relataba el final de la historia: — ... Entonces, nos vestimos con nuestros mejores trajes y nos pusimos en camino hacia el colegio Dolores. Por supuesto, mi padrino estaba convencido de que me llevaría todos los premios. Su sorpresa fue total cuando el director de la escuela fue llamando al estrado a un montón de alumnos, salvo a mí. La cosa iba así: «Historia..., ¡Fulano! Biología..., ¡Mengano! Matemáticas..., ¡Zutano! Enhorabuena, bravo, etc.». A lo largo de toda la ceremonia, mi padrino, sentado a mi lado, hervía de impaciencia, muy decidido a reprender al director de inmediato. Estaba furibundo, y yo no tenía ni idea de cómo salir del apuro. A medida que avanzaba la ceremonia, mi turbación iba en aumento. Pero de pronto, ¡eureka!, encontré la solución. Como había faltado buena parte del primer trimestre a causa de una operación benigna de apendicitis, le expliqué que había sido imposible incluirme en la clasificación, pues los tres primeros meses de mi escolaridad no entraban en el cómputo. Esa pirueta me salvó in extremis: me creyó. Pero ¡menudo calor pasé! Otra anécdota favorita de Fidel se refiere a sus años de juventud en La Habana. Ya estudiante, buscaba una habitación amueblada para alquilar en la capital con el dinero que su padre, rico terrateniente, le enviaba. Fidel se ponía su mejor traje para ir al encuentro de sus futuros caseros. A fin de demostrarles

su buena fe y su solvencia, incluso se ofrecía, en plan gran señor, a pagar de inmediato dos meses de alquiler por adelantado. Habiendo engatusado así a los propietarios, residía en su casa durante cuatro meses sin abonar un centavo más. ¡Entonces se marchaba a la chita callando para repetir la jugada en otra parte! Fidel concluía su relato con una estentórea carcajada: «Todavía hoy debe de haber gente en La Habana que me persigue...». Seamos justos: tales historias nos encantaban. La mayoría de sus monólogos se referían siempre a su vida de guerrillero, al asalto a Moncada, a Sierra Maestra, en pocas palabras, a la epopeya revolucionaria. Estábamos fascinados, era nuestro héroe, nos habríamos dejado cortar en pedacitos por él. Éramos su familia ideal.

* * *

La historia de la escolta de Fidel es tan antigua como la Revolución. A partir de 1956, cuando el guerrillero se echa al monte en Sierra Maestra, un pequeño grupo del ejército revolucionario es destinado a su protección personal. Después del triunfo de la Revolución, es decir, una vez hubo bajado de las montañas y llegado a La Habana, Fidel sustituye a sus guardaespaldas guerrilleros por militantes del Partido Socialista Popular (PSP, comunista) y de las Juventudes Socialistas. Es entonces cuando entran en escena Alfredo Gamonal y José Abrantes. El primero fallece en un accidente de tráfico, pero el segundo no tarda en imponerse como uno de los hombres de confianza de Fidel. Así, éste lo nombra jefe de su escolta y después, tras el asunto de la bahía de Cochinos (1961), lo propulsa a la

dirección del Departamento de Seguridad del Estado, también llamado G2, que tiene bajo su mando todos los organismos de la policía secreta. Abrantes cede entonces su puesto al capitán «Chicho», de nombre real Bienvenido Pérez, excombatiente de Sierra Maestra. En los años setenta éste es sustituido a su vez por Ricardo Leyva Castro, luego por Pedro Rodríguez Vargas y finalmente por Domingo Mainet. Es él quien dirige la escolta cuando, en 1977, paso a incorporarme a la guardia pretoriana de Fidel. Por entonces la protección personal de Fidel Castro es ya una organización ejercitada en extremo y perfectamente entrenada. El primer anillo de protección se compone de una tropa de treinta a cuarenta soldados de élite, algunos de los cuales son asimismo chóferes. Acompañan al Comandante noche y día, dondequiera que se encuentre: en su casa en Punto Cero, en el Palacio de la Revolución (donde tiene su despacho), en su isla de Cayo Piedra, en alguna de sus otras residencias privadas de provincias o incluso en el extranjero, con ocasión de los desplazamientos oficiales. La escolta se divide en dos equipos (el grupo 1 y el grupo 2) que trabajan alternativamente, día sí día no, veinticuatro horas de un tirón y se relevan a mediodía. Un empleo del tiempo al que hay que añadir media jornada de entrenamiento físico. Una semana tipo se descompone, pues, del siguiente modo: entrenamiento físico el lunes por la mañana, entrada en servicio al mediodía hasta el día siguiente, martes, a mediodía, descanso de media jornada el martes por la tarde, hasta el nuevo entrenamiento el miércoles por la

mañana, antes de la entrada en servicio al mediodía, y así sucesivamente. Cuando Fidel viaja a provincias o al extranjero, evidentemente la escolta es movilizada las veinticuatro horas del día. Fidel se desplaza siempre con catorce guardaespaldas como mínimo, repartidos en cuatro coches, Mercedes negros automáticos. En el vehículo n.º 1: Fidel, su edecán Pepín Naranjo, uno de sus tres chóferes personales (Jesús Castellanos Benítez, Ángel Figueroa Peraza, René Vizcaíno) y el jefe de la escolta, el coronel Domingo Mainet o, en ocasiones, su médico personal, Eugenio Selman. Coche n.º 2: un chófer y tres guardaespaldas, todos con uniforme militar. Coche n.º 3: ídem. Coche n.º 4: ídem, pero esta vez los soldados van vestidos de civil y circulan en un Lada soviético con cambio de marchas mecánico, cuyo motor está «hinchado» para aumentar la potencia. Este vehículo sigue a los tres anteriores a una distancia de cien metros, a fin de que la presencia militar alrededor de Fidel no sea demasiado agobiante. Cuando el Comandante abandona la capital para ir a provincias o de fin de semana a su isla de Cayo Piedra, un quinto Mercedes completa la comitiva. Éste transporta al médico personal Eugenio Selman, al enfermero Wilder Fernández, al fotógrafo oficial Pablo Caballero y al mayordomo Orestes Díaz, todos ellos considerados miembros de la escolta de pleno derecho. Cuando Fidel viaja a provincias o se dispone a participar en un acontecimiento concreto, el grupo operativo, o segundo anillo, es movilizado como refuerzo para cubrir las posiciones de la escolta, a una distancia más alejada de

Fidel. Y si éste visita una fábrica, una escuela, un pueblo, un barrio o un ministerio, oficiales de contraespionaje forman parte de la partida. Se ponen a disposición de la escolta, movilizándolo a todos los agentes de información infiltrados en el interior y en los alrededores de los lugares visitados. Por su parte, la aviación se encarga de vigilar el espacio aéreo con la ayuda de radares. Y cuando Fidel se encuentra cerca del litoral o sube a bordo de un barco, los guardacostas se hallan asimismo en pie de guerra. Pero volvamos a la escolta propiamente dicha. Entre esta guardia pretoriana, algunos han sido elegidos no sólo en función de su aptitud para el tiro o de sus reflejos en el close-combat. Dos guardaespaldas, Andrés Arronte Martínez y Ambrosio Reyes Betancourt, fueron seleccionados... ¡debido a su grupo sanguíneo! Su grupo, A negativo, uno de los más raros de la especie humana, es, qué duda cabe, el de Fidel Castro. Así, en caso de necesidad imperiosa, su presencia permitiría realizar de inmediato una transfusión sanguínea de brazo a brazo, con sangre fresca, para salvar al Jefe. Otra curiosidad: ¡la escolta de Fidel cuenta con un sosias! Imberbe y más bajito que el Comandante, Silvino Álvarez no es, propiamente hablando, su doble perfecto. Sin embargo, instalado en el asiento trasero de un coche y disfrazado con una barba postiza, puede ser fácilmente confundido, de lejos, con el Líder Máximo, pues ambos poseen el mismo perfil griego (la frente y la nariz forman una misma línea oblicua, ligeramente doblada en su punto de unión). Este medio de desinformación se ha utilizado en varias ocasiones, sobre

todo en 1983 y en 1992, cuando Fidel Castro cayó gravemente enfermo sin que nadie se enterase, como veremos más adelante. El Comandante permaneció entonces clavado en el lecho durante varias semanas en el mayor de los secretos. Y el falso Fidel fue instalado en el asiento trasero de la limusina presidencial, que circulaba por La Habana, teniendo cuidado de pasar por numerosos lugares populares, como el puerto, el Malecón (la avenida del frente marítimo), la avenida de El Prado, la Quinta Avenida o incluso por delante de las embajadas de los países capitalistas, como Francia o el Reino Unido. Silvino Álvarez bajaba entonces la ventanilla del vehículo y saludaba desde lejos a los transeúntes imitando los gestos de Fidel. La población no se enteraba de nada, como nos confirmaron después los informadores de la policía apostados en la ciudad. En materia de desinformación, Fidel Castro resulta casi imbatible. Cuentan los libros de historia que cuando los periodistas estadounidenses acudían clandestinamente a entrevistarlos en las montañas de Sierra Maestra, el guerrillero procedía a una puesta en escena perfectamente organizada: el experto director hacía circular a sus soldados en todos los sentidos en un segundo plano con el fin de crear un efecto de masas y hacer creer a sus interlocutores que sus tropas rebeldes eran mucho más numerosas de lo que lo eran realmente. Las técnicas de manipulación de la información están en el meollo del trabajo de protección de toda alta personalidad. Pero no de manera tan sistemática como en Cuba. Allí, cada desplazamiento de Fidel está concebido con objeto de

engañar al público sobre el horario, el lugar y el medio de transporte utilizado. Cuando el Comandante en Jefe desea expresarse en público, su aparición es anunciada a una hora precisa pero, de hecho, su llegada siempre se adelanta o atrasa. Asimismo, es habitual afirmar que viajará en helicóptero, cuando circula en coche. Otro ejemplo: con ocasión de los viajes al extranjero, prevemos todas las veces dos o tres lugares de residencia diferentes (por ejemplo, dos reservas de hotel y la residencia de la embajada de Cuba) antes de elegir uno en el último momento a fin de desorientar a toda persona que, por la razón que sea, haya querido saber de antemano el lugar donde Fidel tiene previsto pasar la noche. Incluso en La Habana, cuando se dirige diariamente al Palacio de la Revolución desde su propiedad de Punto Cero (unos diez kilómetros separan ambos lugares), el itinerario seguido varía en el último momento, de tal suerte que incluso sus propios guardaespaldas ignoran la ruta elegida por el jefe de la escolta. Además, los tres coches de la comitiva cambian todo el tiempo de posición con el fin de que nadie sepa jamás en qué vehículo (el de cabeza, el del centro o el de cola) se encuentra el Líder Máximo.

Lo cierto es que hasta 1979 el coche de Fidel era fácilmente identificable: circulaba en una pesada limusina soviética negra de la marca ZIL, idéntica a las reservadas a los dignatarios de la URSS. Le había sido obsequiada por el número 1 del Kremlin Leonid Brézhnev[4]. Nosotros, los miembros de la escolta, circulábamos entonces a bordo de unos Alfa Romeo color burdeos, modelos 1750 y 2000,

ligeros, nerviosos, manejables. Sin embargo, dos años después de mi entrada al servicio de Fidel, la flota automovilística fue renovada por completo. Al abandonar la 6.^a cumbre de los No Alineados[5], organizada a principios de septiembre de 1979 en La Habana, el presidente iraquí Sadam Hussein regaló a su homólogo cubano un Mercedes-Benz 560 SEL blindado que había hecho traer consigo desde Bagdad. Tras lo cual Fidel dio orden a dos mecánicos del taller n.º 1 perteneciente a la Dirección de la Seguridad Personal, llamados Socarras y Álvarez, de dirigirse a Alemania Occidental con el fin de comprar otros Mercedes-Benz 500 de ocasión, en sustitución de los Alfa Romeo, que habían quedado obsoletos. Conforme al procedimiento de seguridad aplicado a todos los vehículos oficiales repatriados a Cuba tras una estancia en el extranjero, los Mercedes son necesariamente enviados al taller automovilístico de la Unidad 160 para someterlos a controles en profundidad. Se desmontan sistemática e íntegramente —hasta el último perno— a fin de comprobar si se ha introducido algún micrófono o un dispositivo explosivo detrás del forro de una portezuela, en el interior de un asiento, en el cuadro de mandos, bajo el chasis o en el motor. Después de la «luz verde» por parte de los especialistas en detección de explosivos, los Mercedes pueden por fin ser montados de nuevo y puestos en servicio. La potencia de fuego de la escolta tampoco es algo que pueda descuidarse. Cuando Fidel Castro circula a bordo de su limusina blindada, él mismo dispone de un fusil de asalto soviético Kalashnikov de culata plegable, calibre

7,62 milímetros, siempre depositado entre sus pies, así como de cinco cargadores de treinta municiones cada uno. Dicha arma jamás lo abandona. Se mantiene en su sitio incluso cuando Fidel invita a un importante huésped extranjero a subir a su coche. Cosa que sin duda impresiona notablemente a éste. Fidel siempre se sienta en el asiento trasero, a la derecha. Justo detrás de él, a la altura de su hombro derecho, se encuentran una pistola Browning 9 milímetros así como tres cargadores de trece balas. Por lo demás, el habitáculo alberga un segundo Kalashnikov, calibre 5,45 milímetros, y cinco cargadores de treinta cartuchos, depositados a los pies del jefe de la escolta Domingo Mainet, que ocupa el asiento del pasajero en la parte de delante. A eso se suman las armas de todos los guardaespaldas: cada uno lleva una pistola Browning al cinto y, según la situación, un Kalashnikov en bandolera. Además, por entonces el maletero del Mercedes presidencial encerraba siempre un maletín negro que contenía un Kalashnikov AKM, de culata de madera y calibre 7,62 milímetros, así como cinco cargadores de cuarenta cartuchos. Este fusil de asalto era el arma personal de Fidel, la que utilizaba en sus ejercicios de tiro, a los que se obligaba regularmente, y que se llevaba a su casa todas las noches. Dalia, avisada de nuestra llegada por radio, lo esperaba en la escalinata de la vivienda familiar, como una esposa devota. Según un ritual inmutable, Fidel la besaba en la boca y acto seguido le confiaba su arma. Ella se dirigía a guardarla cuidadosamente en su dormitorio, en el piso superior. En

Punto Cero o en sus desplazamientos, el jefe del Estado dormía siempre con su Kalashnikov muy cerca de la cama, al alcance de la mano. Por otra parte, el maletero del Mercedes de Fidel alberga un botiquín (bajo la responsabilidad de su médico y de su enfermero), botas de recambio, un traje de civil, dos o tres trajes de faena militares, corbatas, gorras militares y tres mudas de ropa interior. Sin olvidar un equipo completo de baloncestista, al menos hasta que Fidel decidió abandonar el baloncesto de resultas de su herida en el dedo del pie, en 1982. Por último, uno de los vehículos posee una nevera que contiene refrescos, cervezas, botellas de agua, así como leche de vaca, un litro de leche de cabra y yogures naturales o de limón, uno de los favoritos del Jefe. Para terminar con los vehículos de la escolta, es totalmente falso pretender (como he oído decir en Miami, en boca de seudoespecialistas en el castrismo) que la limusina presidencial transporta granadas situadas al alcance de la mano de Fidel. Como tantos otros camelos que se cuentan en relación con él, se trata de elucubraciones, trolas, fantasías. En cambio, una cosa es segura: todas las informaciones del presente libro se basan en cosas vistas, vividas, concretas, no en habladurías o testimonios de segunda mano. Como suele decirse, ¡yo estaba allí!

* * *

En el dispositivo de seguridad del jefe del Estado cubano yo ocupaba un lugar especial, privilegiado, sobre todo a causa de mis tres cinturones negros (yudo, karate, close-combat), mis cualidades de tirador de élite y mi devoción

total por la Revolución. Muy pronto me asignaron la función de guardaespaldas personal de Fidel. El honor supremo. Entre los treinta o cuarenta miembros de la escolta, yo era el primer guardaespaldas, como dirían del primer violín de una orquesta. En cuanto nos apeábamos del coche, me correspondía a mí situarme justo al lado o justo detrás de Fidel, a fin de prevenir cualquier imprevisto y de ser su última defensa. Durante diecisiete años estuve en primera fila. Guardaespaldas lleno de celo, rápidamente me di cuenta de que era posible mejorar aún más la protección personal del Jefe. Hablé de ello al jefe de la escolta Domingo Mainet. Y procedimos a hacer algunos ajustes. Por ejemplo: en la escuela del Ministerio del Interior había aprendido que había que estar atento a la mirada de la gente. ¿Acaso los ojos no son el espejo del alma y reflejan las intenciones de todos y cada uno? No obstante, sobre el terreno descubrí que el peligro venía de las manos, no de los ojos. De hecho, si bien un agente enemigo bien entrenado puede enmascarar con facilidad las expresiones de su rostro, le resulta más difícil ocultar los movimientos de sus manos, y por lo demás, a menudo ni siquiera piensa en ello. Este aspecto de las cosas no tardó en ser integrado en la formación general de los guardaespaldas cubanos. Desde entonces se les enseña a centrar la atención en las manos de la gente que compone una multitud. Fui también yo quien hizo modificar nuestras posturas de tiro. Al principio desenfundábamos la pistola con las piernas flexionadas, para ganar estabilidad. En el entrenamiento hice observar a Fidel que, al flexionarnos así, perdíamos

unos preciosos centímetros que nos permitían hacer mejor pantalla delante de él. Fidel admitió lo acertado de mi observación. A partir de entonces, sus guardaespaldas aprendieron a mantenerse erguidos sobre ambas piernas durante los entrenamientos. Cabe decir que en última instancia es siempre Fidel quien decide sobre todo lo concerniente a su guardia pretoriana, desde la elección del personal hasta las armas utilizadas. Ni el ministro del Interior, ni el director de la Seguridad Personal, ni su jefe de escolta pueden tomar la iniciativa sin su aprobación. En muchos casos, el jefe de escolta no es más que la correa de transmisión en relación con la voluntad del Comandante. En cuanto a Dalia, que en diversas ocasiones ha intentado inmiscuirse en los asuntos internos de la escolta, Fidel jamás le ha brindado la ocasión, ¡y es mucho mejor así! Tras haberme convertido en primer guardaespaldas, era lógico que pasase también a jefe de coche. Como su nombre indica, el «jefe de carro» ocupa la posición jerárquica más elevada en el vehículo en que se encuentra. Es sobre todo él quien coordina, junto con los otros jefes de coche, los movimientos de la comitiva motorizada. Paralelamente, me fue confiada otra responsabilidad: la de preparador físico de la escolta. Dicho claramente, yo era quien establecía el programa de entrenamiento deportivo: al menos cuatro horas de footing, musculación y close-combat al día, desde las ocho hasta las doce. Naturalmente, también me impuse como profesor de tiro. Todas las mañanas íbamos al campo de tiro para ejercitarnos en posición de pie, acuclillada o tendida, con

blancos fijos o móviles. Nos ejercitábamos con toda clase de armas: pistolas, fusiles, metralletas, inmóviles o caminando, o incluso corriendo. Algunos entrenamientos tenían lugar en la Ciudadela. Se trata de un pueblo fantasma que se encuentra en dirección a la ciudad de Mariel, entre la carretera panamericana y el mar, a unos veinte kilómetros de La Habana. Igualmente, utilizado por los soldados de las Tropas Especiales cubanas, la Ciudadela recuerda un decorado cinematográfico, con sus edificios vacíos, algunos de los cuales están coronados por las letras CDR (Comité de Defensa de la Revolución), su falsa clínica y su vía férrea. Es el lugar ideal para simular combates urbanos con coches en movimiento y tiradores emboscados en los tejados. A fin de aumentar el realismo, instalaron sobre los raíles una maqueta de coche a tamaño natural, que se desplaza como un blanco móvil. La Ciudadela alberga varios campos de ejercicio para el tiro con fusil, con metralleta, con ametralladora, con lanzagranadas, con lanzacohetes, hasta una distancia de quinientos metros. Las carreteras que atraviesan el lugar bordeando el mar permiten también disparar desde coches que circulan a toda marcha. Uno de los ejercicios desarrollados por mí consistía en desenfundar un arma, cargarla, hacer fuego (y hacer diana) y luego guardarla en su funda, todo ello en menos de tres segundos. Personalmente, muy pronto superé las cuatro horas diarias de entrenamiento obligatorias, forzándome a correr y a disparar durante mis días de vacaciones con el fin de estar siempre lo mejor preparado posible, de dar ejemplo y de

consolidar mi posición jerárquica en el seno del organigrama. Gustoso me despedí de la mayoría de mis medias jornadas de descanso y de mis días de vacaciones para trabajar seis días de cada siete o incluso más. En previsión de los futuros viajes de Fidel Castro al extranjero, me correspondía, en mi calidad de preparador físico, seleccionar a los soldados del grupo que tendrían el honor y el privilegio de participar en el desplazamiento oficial, mientras que los demás, menos competentes a mis ojos, se quedarían en Cuba. Sin duda eso suscitó envidias y me valió algunos rencores. A partir de mediados de los ochenta, añadí una varilla más a mi abanico de competencias: fui designado para realizar la tarea de «precursor». El precursor es el que se adelanta con el fin de efectuar todos los preparativos necesarios para la seguridad del presidente Castro antes de que éste se dirija a un país determinado. Por ejemplo, debe llevar a cabo localizaciones en la capital visitada, determinar los trayectos que gozan de mayor seguridad y comprobar que la delegación cubana no carezca de nada ni esté expuesta a riesgo alguno. Por lo tanto, también era yo quien alquilaba casas o reservaba hoteles, vigilando la seguridad de las entradas y salidas de los edificios en cuestión. Maleta de efectivo en mano, he llegado a comprar casas, sobre todo en África, cuando estimaba que era la mejor manera de garantizar la seguridad de Fidel durante la noche. Para esta misión no estaba solo. La Avanzada, es decir, el grupo precursor, cuenta por lo general con seis oficiales: un jefe del equipo médico, un responsable de los alimentos, un

especialista de la Técnica (encargado de poner o de detectar micrófonos), yo mismo y por último el director de la Seguridad Personal, en la época el general de división Humberto Francis Pardo, que tenía a varios miles de hombres bajo sus órdenes. En esta delegación, exceptuando al general Francis, el elemento principal es por supuesto el que representa directamente a la escolta de Fidel, en el caso que nos ocupa un servidor. No hace falta recordarlo: no existe nada más importante que la seguridad del Comandante en Jefe. Junto con mi colega de la Técnica, ponía especial cuidado en descubrir eventuales micrófonos ocultos. A lo largo de mi carrera detecté dos: uno oculto en un marco de ventana, en la habitación del hotel de Fidel, en Madrid; el otro en el falso techo de la residencia del embajador de Cuba en Harare, en Zimbabue. Última precisión: en los países visitados, evidentemente la Avanzada recibe el apoyo de los oficiales de información destinados en la embajada de Cuba. Es de creer que Fidel siempre ha estado satisfecho de mi trabajo, pues en más de una ocasión, cuando lo recibía al bajar del avión al pie de la escalerilla, lo oí exclamar: —¡Ah, Sánchez! ¿Estás aquí? Muy bien, entonces todo está en orden. Dime, Sánchez, ¿cuáles son tus sugerencias? Entonces le hacía un informe con el fin de iluminarlo sobre la situación en todas las cuestiones relativas a la logística, a la seguridad, a sus desplazamientos. Por ejemplo, se ha dado el caso de que le aconsejara que no se dirigiese hacia la multitud en un determinado momento de una visita oficial, pues nuestros agentes de información se habían enterado de que

falsos partidarios deseaban atraerlo hacia ellos con gritos de «¡Viva Fidel!» (Fidel es especialmente sensible a ese tipo de aclamaciones), pero con la intención de insultarlo una vez lo tuvieran delante. Por regla general, era asimismo al bajar del avión cuando le proponía las opciones de alojamiento en las que había pensado. De todos modos, Fidel depositaba en mí el cuidado de decidir por él. En el seno de la «familia» de la escolta, mi carrera conoció una progresión ascendente regular. Teniente en 1979, fui ascendido a capitán en 1983, a mayor en 1987 y a teniente coronel en 1991. Y de algo estoy seguro: siempre he hecho un buen trabajo. En 1986 el general de división Humberto Francis Pardo, que, en cuanto comandante de la Dirección General de la Seguridad Personal, era uno de los más importantes dirigentes de Cuba, me hizo redactar un informe sobre mi visión de lo que debía ser la escolta de un jefe de Estado. Mis escritos le gustaron tanto que, tras haberlos leído, me pidió que diera una conferencia ante la plana mayor de la Seguridad Personal, es decir, ante la totalidad de los jefes de escolta de todos los dirigentes cubanos. Asimismo, en determinadas ocasiones Fidel insistió en recompensar mis servicios con una medalla. A nuestro regreso de Brasil, donde el Jefe había asistido, en enero de 1990, a la toma de funciones del presidente Fernando Collor de Mello[6], fui condecorado, por ejemplo, por la excelencia de mi trabajo en Brasilia. En noviembre de 1992 gané el concurso nacional de mejor tirador con pistola de guerra a veinticinco metros, estableciendo un récord absoluto de 183 puntos sobre 200. Lo cual me valió recibir

la distinción de «tirador experto», que ningún soldado cubano había obtenido antes que yo. Distaba de imaginar que tan sólo dos años después sería enviado a la cárcel como un vulgar delincuente. Pero no nos anticipemos...

* * *

Como ya he dicho, mi función de primer guardaespaldas se prolongaba incluso bajo el agua, con ocasión de las salidas de pesca submarina en Cayo Piedra, donde me correspondía proteger a Fidel de las morenas, los tiburones y las barracudas. No obstante —en un contexto no tan deportivo—, mi responsabilidad más importante fue sin duda la de llevar la «libreta». En ese cuaderno de formato bolsillo (13 X 18 cm) y tapa gris, tenía a mi cargo anotar todos los actos de Fidel realizados a lo largo de cada jornada: la hora de levantarse, el menú del desayuno (y de todas las demás comidas), la hora de salida hacia el Palacio de la Revolución, la de llegada a destino, el itinerario tomado por la comitiva presidencial a través de La Habana, el nombre de las personas recibidas en audiencia, el horario y la duración de cada cita, así como los asuntos tratados. Ya telefonease al número 1 del Kremlin Mijaíl Gorbachov, se entrevistara con el ministro del Interior José Abrantes o hiciera una visita a su amigo Gabo (Gabriel García Márquez) en su casa habanera, siempre había que consignar sucintamente los temas de conversación abordados. Dicho trabajo de escriba constituía un sacerdocio. En ocasiones concernía a los más insignificantes detalles; en Cayo Piedra, por ejemplo, debía registrar, sin errores, el número de peces capturados por el

dueño de la casa: diez langostas, cuatro guachinangos, tres meros, etc. También tenía que anotar el nombre, la procedencia y la añada de los vinos cada vez que Fidel descorchaba una botella. Cuando me hallaba ausente del servicio por ser mi período de descanso, era a mi colega del grupo 2, mi sustituto, a quien incumbía anotar todo en hojas sueltas. Al día siguiente yo debía sintetizar los datos recogidos con esmero y transcribirlos en la libreta. Desde 1977 hasta 1994 mantuve actualizado el célebre cuaderno gris. Lo cual me permitió adquirir un conocimiento detallado —¡hora a hora! — de la vida de Fidel Castro. Una vez llenas todas las páginas, la libreta se ataba como un paquete de regalo, se sellaba con cera y se enviaba al servicio de documentación del Palacio de la Revolución. Allí quedaba almacenada para la posteridad, junto a otros centenares de cuadernos del mismo formato. Así, la totalidad de la vida del Comandante ocupa varios metros de estanterías en alguna parte, en unas oficinas del palacio presidencial de La Habana. Allí se encuentran asimismo todas las grabaciones de audio efectuadas a petición de Fidel (pero a espaldas de sus interlocutores), que, cuando es posible, graba en cintas magnéticas todas sus conversaciones importantes, ya sea con la ayuda del dispositivo de alta fidelidad instalado en su despacho o con la de las minicasetes que nosotros, su escolta, llevamos siempre en el equipaje. Eso sí, Fidel, prudente, ha dado una consigna que hay que seguir en caso de que el comunismo cubano llegara a derrumbarse: es absolutamente prioritario destruir dichos archivos.

Si bien para Fidel la escolta constituía su única familia «verdadera», debo reconocer que también era así para mí. Enteramente consagrado a la Revolución, dedicaba poco tiempo a mis seres queridos. Cabe decir que tenía una profesión formidable. Acción, viajes, espionaje, contraespionaje, todo ello inmerso en el corazón del poder; en pocas palabras, todos los ingredientes para una buena película se hallaban reunidos. La guinda del pastel: había adquirido cierta notoriedad. Como siempre aparecía en el encuadre de la foto, o en la televisión detrás del Líder Máximo, era famoso en mi barrio. Recuerdo que en la época en que aún no nos habíamos mudado a nuestro propio piso y vivíamos en casa de mi madre, lindas vecinas aprovechaban cualquier pretexto para pasarse por casa — preferentemente en ausencia de mi esposa— con el fin de comprobar si por casualidad yo andaba por allí... De todos modos, mi adorada exmujer puede estar tranquila: la Revolución y el servicio a Fidel apenas me dejaban tiempo libre para tontear. Me han preguntado a menudo si Fidel Castro significaba para mí un padre sustituto. Todas las veces respondía que no: ¡significaba mucho más! Para mí era un dios. Bebía sus palabras, creía cuanto decía, lo seguía a todas partes y habría querido morir por él. En un momento dado, mi deseo más profundo era realmente caer en el campo del honor tras haberle salvado la vida. Creía a pies juntillas en los nobles ideales de la Revolución cubana y podía recitar sin hacerme demasiadas preguntas todo el catecismo antiimperialista de la época. Abrí los ojos mucho más tarde, pero en aquel momento estaba demasiado

absorbido por mi profesión y fascinado por Fidel para ejercer el menor sentido crítico. En el seno de la escolta, el ambiente era excelente. Al menos durante todo el reinado de Domingo Mainet, es decir, antes del advenimiento, en 1987, del imbécil de su sucesor, José Delgado Castro, el más incapaz de los jefes — incompetente, intrigante, cobarde, estúpido, envidioso, y me quedo corto— que Fidel haya tenido jamás a la cabeza de su escolta. Afortunadamente, como ya he dicho, el auténtico jefe de la escolta de Fidel era en realidad el propio Fidel. Sea como fuere, mis camaradas y yo aspirábamos siempre a la excelencia, e incluso en el reinado del cretino de José Delgado Castro estoy convencido de que la alcanzamos. Nuestros mismos colegas extranjeros, incluida gente de la CIA, han dicho y escrito que en un sentido amplio los servicios cubanos se situaban entre la élite mundial al lado de los cinco grandes: Estados Unidos, la URSS, Gran Bretaña, Francia e Israel. Es cierto que nos inspirábamos sobre todo en los métodos del Secret Service estadounidense y del Mosad israelí, pero también en los de los servicios franceses y los del MI5 británico. En cambio, la experiencia del KGB en materia de protección de altas personalidades carecía, a nuestros ojos, de todo valor y utilidad. Los rusos no podían enseñarnos nada, pues en la Unión Soviética las apariciones públicas de los dignatarios eran infrecuentes, estáticas, calibradas, pautadas como el papel de música, sin establecer nunca contacto directo con la multitud ni ceder a improvisación o espontaneidad algunas. En resumen, todo lo contrario que Fidel, animal

instintivo e impulsivo que de golpe y porrazo se abría paso entre la gente y se exponía a toda clase de riesgos y peligros. Huelga decir que analizábamos minuciosamente todos los intentos de atentado, frustrados o no, contra jefes de Estado o personalidades de todo el mundo: John y Robert Kennedy (1963 y 1968), Anastasio Somoza (1980), Juan Pablo II (1981), Indira Gandhi (1984) o incluso el candidato a la presidencia colombiana Luis Carlos Galán (1989). En cuanto al atentado del Petit-Clamart contra el general De Gaulle (1962), en los suburbios de París, lo estudiamos del derecho y del revés. Lo mismo por lo que respecta a la emboscada tendida a Pinochet en Chile, en 1986, por lo demás urdida con la ayuda de Cuba. Recuerdo que mis colegas y yo sentíamos sincera admiración hacia los chóferes de ambos presidentes, que habían demostrado una sangre fría, unos reflejos y un valor extraordinarios para salvar la vida de su «jefe». Imaginar, anticipar, prever y evitar cualquier ataque contra Fidel Castro era nuestra preocupación permanente en aquellos tiempos de guerra fría, sobre todo en los años ochenta, en que el presidente de Estados Unidos Ronald Reagan (1980-1988) se la tenía jurada al comunismo internacional. El riesgo era real. Ahora bien, nosotros sabíamos perfectamente que uno de los principales puntos vulnerables de Fidel era su residencia de verano insular de Cayo Piedra, en caso de que llegaran a descubrirla. Diversos tipos de ataques eran posibles: el bombardeo de la isla efectuado con la ayuda de un avión turístico, como un Cessna, volando a baja altitud y por lo tanto indetectable por los radares; la agresión desde una

motora rápida que nos bombardease como una cañonera, o una operación especial de submarinistas enemigos que podría acudir a minar durante la noche el Aquarama II, el yate de Fidel, a fin de hacerlo explotar una vez él estuviera a bordo. Para paliar el peligro de un bombardeo habíamos elaborado un plan de evacuación, pues la isla no posee refugio antiaéreo. La idea era simple: llevar a Fidel a unos doscientos metros de su casa principal para ocultarlo en un sector pantanoso. Allí, bajo la vegetación, invisible desde el cielo, incluso se construyó un pontón con el fin de que Fidel pudiera refugiarse en él, en seco, mientras durase la primera salva. Inmediatamente después comenzaría la evacuación de la isla. La idea era hacer zarpar o despegar en el mismo instante todas las embarcaciones y todos los helicópteros presentes a fin de sembrar la confusión en el enemigo. Por supuesto, Fidel no viajaría en su yate sino en una embarcación más pequeña y discreta. Imaginamos igualmente una variante de ese guión: Fidel se quedaría en la isla en el momento en que todos los vehículos motorizados emprendieran la huida, para crear la ilusión de que se largaba. Y lo habríamos recuperado pocas horas (o pocos días) después mediante un comando cubano. Huelga decir que Fidel, que había estado a punto de desencadenar un conflicto nuclear durante la crisis de los misiles, en 1962[7], había contemplado todos los guiones, incluso el de una guerra regional o mundial. Por consiguiente, se construyó un refugio atómico en La Habana, debajo del Palacio de la Revolución. En ese búnker habría encontrado refugio un consejo de guerra

compuesto por Fidel, Raúl, los principales ministros y los altos dignatarios de las tres armas: tierra, aire, mar. Este refugio de al menos mil metros cuadrados es lo bastante grande para contener despachos o salas de reuniones, un dormitorio común, un comedor, una cocina, cuartos de baño y una war room, desde donde Fidel habría supervisado las operaciones. Por otra parte, a seis metros de profundidad, un túnel secreto de doscientos metros de largo, que pasa por debajo de la avenida de la Independencia, une el Palacio de la Revolución con el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (MINFAR), dirigido por Raúl Castro, el cual dispone asimismo de un refugio atómico. En caso de conflicto, la escolta de Fidel habría cambiado de inmediato sus Mercedes-Benz por Land Rover — modelo Cruiser— armados con lanzacohetes RPG, fusiles ametralladores RPK y lanzagranadas de calibre 30 a 40 milímetros. Llegado el caso, yo habría conservado la función de jefe de coche, pero a la cabeza de un 4X4 británico con cabida para ocho hombres: un chófer, seis guardaespaldas (tres de ellos francotiradores) y yo mismo. En cuanto a Fidel, habría efectuado todos sus desplazamientos en un vehículo militar blindado. No se había dejado de lado la seguridad de la familia de Fidel. En caso de conflicto internacional, Dalia y sus hijos habrían podido elegir entre dos refugios. El primero era una casa desocupada de Punta Brava, la misma donde Dalia se había alojado en 1961, a su llegada a la capital, justo antes de instalarse con Fidel[8]. El otro refugio estaba enterrado en la casa del Gallego, una vivienda situada justo enfrente

de la Unidad 160, donde Fidel solía celebrar su cumpleaños con su escolta. En cambio, contrariamente a los chismes ampliamente divulgados, la casa de los Castro en Punto Cero no está dotada de ningún refugio antiaéreo. Es lógico: ¿quién sería tan estúpido como para esconderse en su casa? Teníamos conciencia asimismo de que el peligro podía presentarse en forma de algo tan trivial como una comida. Por eso todos los alimentos consumidos por Fidel eran y siguen siendo sometidos a análisis bacteriológicos y químicos antes de servirlos en su mesa. Dichos tests los efectúa el célebre Centro de Investigación Médico-Quirúrgica (CIMEQ), en el oeste de La Habana, a sólo un kilómetro de la propiedad de los Castro. Igualmente, se toman precauciones con las cajas de botellas de vino que Fidel recibe como obsequio: la escolta entresaca varias al azar a fin de comprobar que no contienen ni explosivos ni veneno. De vez en cuando, un chófer de la Unidad 160 es designado para probar el brebaje. Exactamente igual que los reyes de la Edad Media, Fidel tiene su catador. Incluso los alimentos procedentes del recinto de Punto Cero son objeto de una vigilancia especial. Unos veterinarios supervisan la buena salud de las gallinas y las vacas criadas en la propiedad, mientras que las frutas y verduras cultivadas en los seis invernaderos del jardín son sistemáticamente lavadas con ozono gracias a un dispositivo especial que permite eliminar los residuos contaminantes (pesticidas, fungicidas) y de ese modo evitar en lo posible el riesgo de cáncer. Del mismo modo, el agua del pozo del jardín se analiza con regularidad. Tantas

medidas de prudencia llevan a pensar que Fidel Castro está rodeado de enemigos y vive bajo la permanente amenaza de intentos de envenenamiento. ¡Es el caso! Durante mucho tiempo, sin duda hasta principios de los años noventa, la CIA multiplicó los planes de asesinato sin que ninguno fuera consumado. Tal como los propios servicios estadounidenses admitieron.

En los años 2000, cierto número de archivos secretos de Estados Unidos que abordaban este asunto fueron desclasificados y hechos públicos. No por ello habría que sacar la conclusión de que Fidel sólo tiene enemigos. Por el contrario, sus partidarios, reclutados en el mundo entero, constituyen una extensa familia, mucho más vasta todavía que la de sus guardaespaldas. He visto a muchos de sus miembros desfilar por La Habana, ya se trate de dirigentes revolucionarios, de guerrilleros latinoamericanos o de terroristas vascos. Esos discípulos tienen a Fidel por el más notable líder del Tercer Mundo y el más experimentado de los guerrilleros antiimperialistas. Para ellos es algo más que un jefe de familia: es un jefe de guerra, o de guerrilla, siempre dispuesto a prodigar sus sabios consejos en materia de subversión.

5

GUERRILLEROS DE TODOS LOS PAÍSES, ¡UNÍOS!

Uno de los secretos mejor guardados que me ha sido dado conocer en Cuba es la existencia del campo de entrenamiento de Punto Cero de Guanabo (que no hay que confundir con «Punto Cero» a secas, la residencia privada

de los Castro). Es aquí, veinticinco kilómetros al este de La Habana, en un terreno militar guardado por un portal de entrada de aspecto banal, donde el régimen forma, entrena y aconseja a los movimientos de guerrillas de todo el mundo e incluso a ciertas organizaciones terroristas. A pocos minutos de playas paradisíacas, en un terreno ondulado de diez kilómetros cuadrados cubierto de vegetación, se reparten más de cincuenta construcciones en diversos «pueblos» alejados los unos de los otros y ligados por una red de carreteras rurales. Incluyen aulas, edificios de viviendas, una cantina capaz de servir seiscientas comidas por hora, terrenos de entrenamiento con recorridos de obstáculos, tres polígonos de tiro, una cantera para la detonación de explosivos, dos armazones de avión de hélice (un Ilyushin, un Antonov) destinados a simular a escala real secuestros de aviones de línea, sin olvidar un helicóptero, asimismo clavado al suelo: permite a los cursillistas aprender cómo bajar de semejante aeronave tras el aterrizaje cuando las palas siguen girando y también cómo tomarlo al asalto para secuestrar a sus pasajeros. Aquí, sólo los instructores, salidos de las Tropas Especiales, son cubanos. En cuanto a los reclutas, llegan de Venezuela, Colombia, Chile, Nicaragua, en suma, de toda Latinoamérica e incluso más allá. Cabe estimar razonablemente que el 90 por ciento de los líderes de las guerrillas latinoamericanas han pasado por Punto Cero de Guanabo. Ya pertenezcan al ELN, a las FARC, al M-19 (tres organizaciones colombianas), al Sendero Luminoso peruano, al movimiento revolucionario Túpac Amaru

(MRTA, también de Perú), al Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR, Chile), al Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN, Nicaragua) o incluso al Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN, El Salvador), para ellos Cuba es La Meca, y Punto Cero de Guanabo, de paso obligado. La edad de oro de este «campus de la Revolución» se sitúa alrededor de los años setenta y ochenta. En esa época acoge asimismo a soldados llegados de otras regiones del mundo, como los militantes o terroristas del movimiento separatista vasco ETA, del Ejército Republicano Irlandés (IRA), del Fatah de Yasir Arafat, del Frente Popular para la Liberación de Palestina (FPLP) de George Habash, del Frente Polisario (opuesto a Marruecos desde 1975 por el control del Sahara Occidental) o incluso de los Black Panthers estadounidenses. Entre sus huéspedes célebres, citemos al terrorista venezolano Ilich Ramírez Sánchez, alias Carlos o «el Chacal»; los hermanos Daniel y Humberto Ortega, futuros dirigentes de Nicaragua; Abimael Guzmán, el terrorista loco del Sendero Luminoso peruano, y —parece ser— el subcomandante Marcos, de México. Desde el Palacio de la Revolución, que en el tercer piso alberga el despacho de Fidel, llegar a Punto Cero de Guanabo es cuestión de veinte minutos. Ahora bien, el lugar es tan secreto que yo sólo he entrado en él en tres ocasiones, a principios de los años ochenta. Aunque esta zona militar se halla situada bajo la autoridad directa de Fidel (y no bajo la responsabilidad de los ministros del Interior o de las Fuerzas Armadas), el Comandante rara vez la visita. El

dueño y señor del lugar era en aquel momento el general Alejandro Ronda Marrero, el jefe de las Tropas Especiales. Un personaje clave que desempeñó un papel fundamental en las relaciones clandestinas con la izquierda revolucionaria latinoamericana. Fue él, por ejemplo, quien en los años setenta trató, en calidad de oficial de enlace, con el terrorista venezolano Carlos. La primera vez que puse los pies en Punto Cero de Guanabo fue en compañía de Fidel, durante una de sus giras de inspección. Ese día, a nuestra llegada, el general Ronda Marrero nos espera ante la comandancia, en compañía de tres oficiales instructores. Tras haber saludado al Comandante, lleva a éste a hacer su visita de inspección, empezando por la caseta de tiro con pistola, que se encuentra justo enfrente del cuartel general. En el curso de nuestras peregrinaciones, visitamos sucesivamente a guatemaltecos, salvadoreños y colombianos, todos guerrilleros de sus países respectivos, que siguen un cursillo de formación y entrenamiento. Para terminar, la gira, que en total habrá durado tres horas, nos conduce al campo de tiro para armas largas (fusiles, ametralladoras, etc.), situado en un punto elevado, mientras que los blancos, de metal, son instalados en otra elevación a trescientos metros de distancia. Fidel pide entonces que le traigan el maletín negro del maletero de su Mercedes, que contiene su fusil Kalashnikov AKM 7,62. Acto seguido se tiende para disparar a los blancos de metal. Prácticamente con cada tiro se oye a lo lejos un ruidito metálico — ¡pling! —, prueba de que hace diana pese a la considerable distancia

de trescientos metros. Fidel es en efecto un excelente tirador. Lo que prefiere es disparar en ráfaga, «regar» como un loco vaciando de golpe cargadores que contienen treinta o cuarenta municiones. Ese día fueron tantos los tiros que el calor acabó por agrietar el barniz de la parte inferior, de madera, de su arma. Entonces Fidel pidió que le trajeran su segundo fusil, el de culata plegable, que siempre mantiene en el habitáculo del coche, a sus pies. Y se puso de nuevo a tirar a cubierto. Al final de la jornada volvimos al palacio. Ya no recuerdo lo que dijo Fidel aquel día a los guerrilleros del cursillo, pero sin duda debió de insuflarles, como tan bien sabe hacer, la fe revolucionaria hablándoles de la importancia de su compromiso y de su sacrificio por «la causa». Una cosa es segura: para todos aquellos hombres, ver al Comandante en Jefe en carne y hueso forzosamente tuvo que constituir un acontecimiento capital. Para algunos fue probablemente el día más importante de su vida. La existencia en sí de un campo como el de Punto Cero de Guanabo, verdadero laboratorio de guerrillas, no tiene nada de asombroso. Los expertos en historia de la Revolución cubana y en la personalidad de Fidel saben que semejante infraestructura, dedicada a la subversión internacional, se adecua por completo al pensamiento político y la acción militar castristas.

* * *

En este estadio se impone un breve curso de historia. Recordemos que desde el principio de la Revolución las miras del Líder Máximo rebasan ampliamente el marco local para inscribirse en un proyecto continental, incluso

planetario, en el corazón de la guerra fría. Las ambiciones de Fidel no se limitan a Cuba. Castro se propone exportar su Revolución por doquier, empezando sobre todo por el continente latinoamericano, donde aspira a crear «uno, dos, tres Vietnam», según la teoría castrista del «foco», o foquismo. Popularizada por Ernesto Che Guevara, dicha doctrina afirma que, al multiplicar los focos de insurrección local, esos fuegos iniciales se propagarán como un incendio hasta las grandes ciudades, y luego a todo un país. En 1967 el francés Régis Debray transmite esta idea en *Révolution dans la révolution?*, libro que alcanza un éxito descomunal. Hoy ha sido olvidado, pero en los medios universitarios de los cinco continentes, ese best seller se convierte en la obra de referencia de todos los movimientos de guerrilla y de sus futuros combatientes, tanto en Latinoamérica como en África u Oriente Próximo. Hay que recordar asimismo que desde el mes de julio de 1959 Fidel se pasa a los «trabajos prácticos»: lanza iniciativas —sumamente arriesgadas— a todos los niveles. Por ejemplo, apenas seis meses después del derrocamiento de Batista, moviliza a un cuerpo expedicionario de más de doscientos cubanos con la esperanza de desencadenar un levantamiento contra el dictador Rafael Leónidas Trujillo, en la isla vecina de Santo Domingo. Esperados por el ejército local, los rebeldes serán aniquilados. Un mes más tarde, más de lo mismo: se monta una operación idéntica contra el dictador François Duvalier, alias «Papa Doc», en Haití. Nuevo fracaso: prácticamente no hay supervivientes. En 1961 —año de la construcción del muro de Berlín— Fidel

se lanza por primera vez allende el océano. Envía cargamentos de armas, por barco, a los combatientes del FLN argelino, en guerra contra el ejército francés. Paralelamente, en el mismo período, varios focos de guerrillas apadrinados por La Habana surgen en Sudamérica: el Ejército Guerrillero del Pueblo ve la luz en Argentina en 1962, y cuenta entre sus filas a un tal Abelardo Colomé Ibarra, alias «Furry», hoy ministro del Interior de Cuba; en Colombia, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) nacen en 1964. En cuanto al Che, se lanza a la «aventura africana» en 1965, intentando, sin éxito, crear un gigantesco foco a partir del Congo. Esta evocación histórica resultaría incompleta sin la mención a la Conferencia Tricontinental, o «Trico», que Fidel Castro organiza en enero de 1966, y en el curso de la cual posiciona oficialmente a La Habana como epicentro de la subversión mundial. Se trata de una cumbre de una clase inédita: durante dos semanas, la Trico reagrupa a las fuerzas antiimperialistas llegadas de África, de Asia y de Latinoamérica. Ochenta y dos delegaciones de países descolonizados, de movimientos de liberación afroasiáticos y de guerrillas latinoamericanas se encuentran en el hotel Habana Libre. Entre los participantes figuran representantes de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP); una delegación vietnamita; Salvador Allende, futuro presidente chileno; Amílcar Cabral, futuro héroe de la independencia de Guinea-Bissau, e incluso el oficial guatemalteco Luis Augusto Turcios Lima. Es dentro

de este contexto como Fidel abre el campo de entrenamiento de Punto Cero de Guanabo. Ciertamente, la muerte de Che Guevara, el 9 de octubre de 1967, en la guerrilla de Bolivia, marca un viraje: Fidel constata el fracaso de los focos de guerrillas rurales debido a su falta de preparación, fruto de un enfoque demasiado romántico de la Revolución. Sin embargo, eso no pone en absoluto en tela de juicio su objetivo fundamental: la exportación de la Revolución. Para lo cual deben ganar eficacia, de modo que los instructores de Punto Cero de Guanabo se emplean a fondo. Para tener una leve idea de la seriedad con que se prepara en Cuba la revolución internacional, baste saber que los cursillos de formación de Punto Cero de Guanabo duran por término medio de seis a nueve meses, es decir, casi lo mismo que un servicio militar. A lo largo de este período, los alumnos tienen absolutamente prohibido abandonar esta zona ultrasecreta. Por añadidura, con el fin de garantizar el anonimato de los participantes, los diversos grupos están herméticamente compartimentados en función de su nacionalidad: residen en grupos de cuarenta o cincuenta en sectores distintos, comen en la cantina a horas diferentes, y lo mismo se aplica a su entrenamiento en el campo de tiro. Así, los salvadoreños jamás se cruzan con los colombianos, los cuales no se topan nunca con los árabes, y así sucesivamente. El que infringe dicha regla es inmediatamente enviado a su país. Durante nuestra visita de inspección a Punto Cero de Guanabo, evidentemente Fidel se entrevistó por separado con los guatemaltecos, los salvadoreños y los colombianos, todos los cuales, por su

parte, ignoraban que los otros grupos se encontraban en el lugar, a tan sólo unos cientos de metros de su sector. Por último, otra medida de prudencia: los grupos se desplazan de un punto a otro a bordo de un minibús, y cuando se cruzan con otro vehículo, tienen instrucciones de meter la cabeza entre las rodillas. El plan de estudios de los guerrilleros es completo y de calidad. Aparte del marxismo y, en el caso de algunos alumnos, la lectura y la ortografía, los instructores les enseñan el manejo de armas de fuego y de explosivos, cartografía, fotografía, falsificación de documentos, disfraz y cambio de apariencia, robo de identidad, encriptación de comunicaciones, técnicas básicas de espionaje y de contraespionaje, desinformación, métodos de guerrilla urbana y rural, sabotaje, acciones terroristas, planificación de raptos y secuestros de personas, desvío de barcos y aviones, técnicas de interrogatorio y de tortura, y logística y estrategia política. Las maniobras militares no se pasan por alto. A lo largo de su estancia allí, los alumnos salen al bosque a vivaquear durante un período de diez días en las condiciones de una verdadera guerrilla. Allí aprenden a sobrevivir en un medio hostil, la organización táctica de pequeñas unidades de combatientes..., en una palabra, el arte de la guerra. Tales operaciones se desarrollan en uno de los dos PETI (Puntos de Entrenamiento de Tropas Irregulares), en la provincia de Pinar del Río, a ciento cincuenta kilómetros de distancia, en el extremo occidental del país. Es el único momento en que los aprendices de combatiente abandonan la base de Punto Cero de Guanabo.

* * *

Para la izquierda y la extrema izquierda latinoamericanas, todos los caminos llevan a La Habana. No obstante, imaginar que la Revolución se prepara únicamente en el seno de «la universidad» de Punto Cero de Guanabo sería simplista. Desde los años de guerrilla y el comienzo de la Revolución, Fidel concede considerable importancia al trabajo de espionaje que llevan a cabo los servicios secretos en el extranjero. Sin ser el único, Latinoamérica constituye su blanco prioritario. Así, en 1975 funda el célebre Departamento América, cuya responsabilidad confía a Manuel Piñeiro, hasta entonces a la cabeza de la Dirección General de Inteligencia (DGI). Apodado «Barbarroja» en razón, precisamente, de su barba pelirroja, este maestro del espionaje, astuto como un zorro, tiene como misión detectar, reclutar y formar a simpatizantes de la Revolución cubana, ya se trate de estudiantes, sindicalistas, universitarios, políticos o incluso empresarios. Objetivo: formar, por doquier en el continente y para las generaciones futuras, agentes de influencia y de propaganda, incluso topes infiltrados en los Gobiernos. Un ejemplo entre miles: en los años ochenta, la economista venezolana Adina Bastidas es reclutada por el Departamento América mientras es consejera del Gobierno sandinista de Daniel Ortega en Nicaragua; veinte años más tarde, entre 2000 y 2002, hela ahí convertida en vicepresidenta de Venezuela en el seno del Gobierno de Hugo Chávez. Otro ejemplo de recluta del Departamento América, asimismo situado en el Gobierno de Hugo

Chávez: Alí Rodríguez Araque, exguerrillero convertido en ministro del Petróleo, y más tarde de Asuntos Exteriores. Un día, veo a Barbarroja aparecer a grandes zancadas en la antecámara de Fidel en el palacio. Va acompañado del sindicalista brasileño Lula, el cual se presenta entonces por primera vez a la presidencia de su país. Estamos en 1989. Mientras la campaña electoral se halla en su apogeo en Brasil, al parecer Lula considera útil dar un rodeo por La Habana para encontrarse con Fidel. Las primeras palabras de Barbarroja resuenan aún en mi memoria: «¡Les presento al futuro presidente de Brasil!», suelta sin dirigirse a nadie en especial. Su profecía se cumplió, si bien doce años más tarde. El maestro del espionaje nunca lo supo: murió en un accidente de coche en 1998, cuando se estaba planteando escribir sus memorias. En cuanto a Lula, finalmente presidente de Brasil de 2003 a 2010, jamás se le oyó expresar la menor crítica, la más pequeña reserva en relación con el régimen castrista, el cual, durante su mandato, mantenía no obstante encarcelados a decenas de presos políticos... Peor aún, en 2010, tras la muerte en prisión del disidente cubano Orlando Zapata de resultas de una huelga de hambre, Lula, presente en Cuba, declaró que no estaba de acuerdo con esa clase de métodos: ¡y hablaba de la huelga de hambre! Para juzgar la eficacia del sistema de espionaje cubano, nada mejor que detenerse en el caso chileno. Antes que la Nicaragua de Daniel Ortega en los años ochenta y la Venezuela de Hugo Chávez en los años 2000, el Chile de Salvador Allende, a principios de los años setenta, fue ciertamente el país donde la penetración de la

influencia cubana se hizo sentir con mayor intensidad. Fidel dedicó a ello una energía y unos recursos colosales. Por supuesto, yo todavía no estaba al servicio directo de Fidel durante los años cruciales del Gobierno de la Unidad Popular (UP) de Salvador Allende (1970-1973). Sin embargo, a fuerza de oír a Barbarroja, que siempre estaba metido en el palacio presidencial, y a «Chomy» (José Miguel Miyar Barruecos, el secretario de Fidel) hablar con este último de Chile, acabé por integrar la historia como si la hubiera vivido a su lado. Antes que nada, restablezcamos la verdad: pese a lo que tanta gente repite, Allende no era «el hombre de Castro», ni su criatura. Por el contrario, en esa época el advenimiento de Allende no convenía demasiado a Fidel. En la medida en que el chileno había accedido al poder por la vía democrática, demostraba que para la izquierda latinoamericana existía una alternativa a la lucha armada: las elecciones. Los verdaderos pupilos de Fidel eran Miguel Enríquez, el dirigente del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR), y Andrés Pascal Allende, cofundador de dicho movimiento radical y, por lo demás, sobrino del presidente Allende. Para Fidel, estos dos jóvenes marxistas, formados en parte en Cuba, encarnaban el auténtico futuro de Chile. A partir de ahí, la táctica de Fidel, siempre maquiavélica, era simple. Consistía en cultivar y desarrollar la imagen de esas dos esperanzas entre la juventud chilena. A medio o largo plazo, el objetivo de Fidel Castro, que siempre se proyecta en el futuro, cual jugador de ajedrez, con tres o cuatro movimientos de antelación, consistía en imponerlos como los dirigentes

naturales de Chile el día en que las circunstancias permitieran al uno o al otro suceder a Allende. Así, con algo de paciencia, Cuba habría tenido un aliado incondicional en Santiago de Chile. A la espera de alcanzar dicho objetivo, Manuel Piñeiro y los servicios cubanos penetran y se infiltran en el entorno de Salvador Allende. Empiezan por reclutar al periodista Augusto Olivares, por entonces consejero de prensa del presidente Allende y jefe de la televisión pública. Según Barbarroja, Olivares, apodado «el Perro», era «nuestro mejor informador» en Santiago. «Gracias a él, Fidel era siempre el primero en saber lo que ocurría en el interior de la Moneda. ¡A veces incluso antes que Allende!», solía jactarse Piñeiro. Por otra parte, los cubanos se meten en el bolsillo a Beatriz Allende, la hija del presidente. Ésta incluso contrae matrimonio con un agente castrista destinado en Santiago de Chile. Casualidad o no, es ella, en todo caso, quien convence a su padre de que rompa con los policías de la guardia presidencial, heredada del Gobierno anterior, y los sustituya por una nueva escolta, más informal. Compuesta de militantes de izquierdas y bautizada Grupo de Amigos Personales (GAP), cuenta entre sus filas a partir de ese momento con dos célebres agentes cubanos: los hermanos gemelos Patricio y Tony de la Guardia. Sea como fuere, el golpe de Estado del general Augusto Pinochet, el 11 de septiembre de 1973, viene a arruinar todo el trabajo de aproximación llevado a cabo por la Dirección General del espionaje cubano. Augusto Olivares, consejero de prensa de Allende, se suicida al mismo tiempo que el presidente chileno, en la Moneda, el

día del golpe de Pinochet. El líder Miguel Enríquez resulta muerto por la policía en 1974. Por su parte, su acólito Andrés Pascal Allende consigue refugiarse en Cuba, donde reside todavía en la actualidad. Por último, Beatriz Allende, igualmente refugiada en La Habana, se suicida en 1977. Ahora bien, el interés del Comandante por los asuntos chilenos no se apaga con la muerte de Allende y la instauración de una dictadura de extrema derecha en Santiago. En el momento preciso en que Pinochet toma el poder, en 1973, cientos de chilenos se encuentran en Cuba, donde cursan estudios de agronomía, de medicina o diversos planes de estudios para convertirse en ingenieros. Ahora que se encuentran bloqueados en La Habana, Fidel les propone seguir también una formación político-militar y enviarlos de cursillo al campo de entrenamiento de Punto Cero de Guanabo, donde rápidamente se les unen otros compatriotas de la izquierda revolucionaria chilena que se exilian en Cuba. Entre estos nuevos reclutas procastristas se encuentra Juan Gutiérrez Fischmann, alias «el Chele» («el Rubio»). Hijo de un arquitecto boliviano y una chilena, ya instalado en Cuba, se distingue por varios conceptos. En primer lugar, en 1983 el Chele se acerca al primer círculo del poder al contraer matrimonio con Mariela Castro, la hija de Raúl, de la que se divorciará varios años más tarde tras haber tenido un hijo con ella. Ese mismo año, el Chele cofunda en La Habana el Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), movimiento de guerrilla que llevará a cabo el espectacular atentado frustrado contra Pinochet en 1986, bajo la supervisión del general Alejandro Ronda

Marrero y de oficiales de las Tropas Especiales. Buscado por la Interpol durante mucho tiempo (sus crímenes prescribieron en 2009) por su participación en diversos atentados y raptos de políticos chilenos de derechas, entre ellos el asesinato del senador y exconsejero de Pinochet Jaime Guzmán en 1991, el guerrillero Juan Gutiérrez Fischmann vive actualmente en La Habana, aunque el régimen castrista, hoy dirigido por su exsuegro, Raúl Castro, lo niegue. A semejanza de los chilenos, generaciones de latinoamericanos vinieron a escuchar los consejos, o a recabar órdenes, a La Habana. No es nada sorprendente: a los ojos de las guerrillas sudamericanas e incluso de la izquierda en general, Fidel Castro constituye un modelo a seguir, una brújula, un guía, un mentor. En efecto,

nadie posee tanta experiencia como él y desde hace tanto tiempo. Basta con pensarlo cinco minutos: en Latinoamérica, su currículum vitae no tiene parangón. Derrocador de una dictadura en 1959, inflige una humillación inédita a Estados Unidos (en la bahía de Cochinos, en 1961) y acto seguido precipita al planeta al borde de la guerra nuclear durante la crisis de los misiles, en 1962. Castro ha plantado cara a once presidentes estadounidenses y determinado el desenlace de al menos dos acontecimientos históricos de la guerra fría, como veremos más adelante: la revolución sandinista en Nicaragua, en 1979, y la guerra de Angola, en el sur de África, en los años setenta y ochenta. * * * Nos guste o no, Fidel Castro es el personaje político más influyente de la

historia de Latinoamérica, justo después de los libertadores Simón Bolívar (1783-1830) y José de San Martín (1778-1850), héroes emblemáticos de la independencia sudamericana. Para calibrar el aura y el ascendiente de Castro sobre la izquierda latinoamericana, necesito revelar un episodio —inédito hasta el día de hoy— del que fui testigo en el Palacio de la Revolución y que demuestra la proximidad absoluta entre Fidel y la guerrilla colombiana. No obstante, para ello debo remontarme a la creación de uno de los movimientos de guerrilla más originales del continente: el Movimiento 19 de Abril (M-19), que nace en 1974 en Colombia y arranca con gran fanfarria mediante una campaña publicitaria en las principales ciudades del país. Entre el 15 y el 17 de enero de ese año se publican anuncios en las páginas de los periódicos más importantes para informar, de manera enigmática y anónima, de un gran acontecimiento. Así, en El Tiempo, primer diario de Bogotá, una campaña de marketing proclama: «¿Parásitos? ¿Gusanos? ¿Falta de memoria? ¿Inactividad? ¡Ya viene M-19!». Entre el público, las especulaciones se disparan. Algunos imaginan ya que un nuevo medicamento milagroso, el M-19, va a ser puesto a la venta en las farmacias... Ahora bien, la tarde del 17 de enero de 1974, a la hora de cierre de los monumentos nacionales, un comando armado roba la espada del Libertador expuesta en la Quinta de Bolívar, la casa museo donde el héroe residió cierto tiempo. Antes de marcharse, los guerrilleros inscriben con pintura su firma en las blancas paredes: «M-19».

Mediante este enorme escándalo en forma de palmo de narices, el grupo de guerrilla se da a conocer. Su particularidad: se trata de una guerrilla urbana e intelectual, a diferencia de las FARC y el ELN, las otras dos organizaciones rebeldes del país, ambas de origen rural. Decir que el robo de la espada de Simón Bolívar salta a los titulares es decir poco: durante diecisiete años, hasta 1991, los periodistas colombianos intentarán en vano localizar la reliquia sagrada, sin jamás recuperar su pista. Y hete aquí que un buen día de 1980, en que estoy de guardia en la antecámara del despacho de Fidel, hacia las cinco de la tarde, Jaime Bateman, uno de los fundadores del M-19 y protagonista principal en la organización del robo de la espada, es anunciado en el Palacio de la Revolución. Ese día Fidel no aguarda a su visitante de pie en su despacho, como es su costumbre, sino que atraviesa la antecámara, donde me encuentro, para apostarse en el pasillo, visiblemente impaciente por recibir a Bateman en el umbral de la puerta. ¿Tan especial es la ocasión? Lo es. Un minuto más tarde Jaime Bateman sale del ascensor, en el otro extremo del pasillo, acompañado de Barbarroja (Manuel Piñeiro) y se dirige hacia nosotros. Lleva en las manos un largo objeto envuelto en un simple trozo de tela negra. El momento es solemne. Jaime Bateman tiene en su poder la Excalibur robada seis años atrás. Llegado ante el Líder Máximo, la saca ante nuestros asombrados ojos y le presenta el «santo grial» con las dos manos, en horizontal. —Comandante, he aquí la espada del Libertador, que sacamos del museo para depositarla en mejores manos —

dice el guerrillero colombiano, emocionado—. Con el fin de que usted cuide de ella hasta el día en que sea posible restituirla... —Compañero, ¡ahora soy yo el guardián de la espada! —responde Fidel mirándolo de hito en hito.

Acto seguido, el Comandante nos hace entrar en su despacho, a Bateman, Barbarroja, Eugenio Selman (su médico personal) y a mí. En ese instante somos, pues, cinco los que sabemos que la espada sagrada de Simón Bolívar se encuentra en La Habana, entre las manos de Fidel. El Comandante la conservará doce años, oculta en alguna parte de su despacho, o en su habitación privada contigua a éste, sin que nadie sepa nada. Transcurre casi una década y en 1989 el M-19 deponen las armas con la voluntad de integrarse en la vida política. Ahora bien, a cambio, el Gobierno colombiano exige una condición previa: el M-19 debe devolver la espada. Entonces, del mismo modo que Jaime Bateman (fallecido en 1983) había venido a confiarla a Fidel, en enero de 1991 otro dirigente del M-19, Arjaid Artunduaga, acude a recuperarla de manos del Comandante para repatriarla clandestinamente a Bogotá. Tras una ausencia de diecisiete años —¡con una estancia de doce años en el despacho de Fidel!—, es puesta a buen recaudo en una caja fuerte del Banco de la República de Colombia, mientras que en la Quinta de Bolívar se expone una réplica. Desde entonces, el robo de la espada de Simón Bolívar ha seguido haciendo correr bastante tinta: los periódicos colombianos han pretendido en numerosas ocasiones «revelar» los avatares reales sufridos por la reliquia durante sus diecisiete años de

ausencia, con gran refuerzo de testimonios «exclusivos». Incluso antiguos miembros de la guerrilla colombiana se han expresado al respecto. En 2013, treinta y nueve años después del suceso que tanto conmocionó a Colombia, vi a Antonio Navarro Wolff, líder histórico del M-19 que más tarde llegaría a senador de su país, explicar sin mayores precisiones que «los cubanos» habían cuidado de la espada en el pasado. En ningún momento el guerrillero, que forzosamente sabía la verdad, mencionó el nombre de Fidel, con el fin de proteger la imagen del Líder Máximo, quien de ningún modo podía verse mezclado con un vulgar robo con efracción en un país extranjero. Este ejemplo da la medida del poderoso sentimiento de gratitud y lealtad que la guerrilla colombiana y, más allá, la mayor parte de la izquierda latinoamericana pueden profesar a Fidel Castro, incluso mucho tiempo después de haber depuesto las armas. Líder natural en Latinoamérica, el Comandante ha desempeñado asimismo un papel en el norte de África y en Oriente Próximo. Desde el comienzo de la Revolución, cultiva y desarrolla sus redes en esas dos regiones del mundo, y hace suya la causa palestina. Por lo demás, numerosos estudiantes palestinos vienen a estudiar medicina a universidades habaneras, mientras que combatientes de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) siguen una formación militar en los campos de entrenamiento cubanos. Cuba constituye igualmente un puerto para los fugitivos perseguidos por los enemigos de Fidel. En el curso de mi carrera al lado del Comandante, me enteré, por ejemplo, de que el portorriqueño José Manuel

Gerena se encontraba en nuestro suelo. Vinculado a los Macheteros —organización clandestina independentista que reivindica la emancipación de la isla de Puerto Rico respecto de Estados Unidos —, era buscado por el FBI desde 1984 por el atraco a mano armada de un furgón bancario de la Wells Fargo. En la misma época —durante los años de Reagan—, Assata Shakur (tía del difunto cantante de rap Túpac Shakur), acusada del asesinato de un policía blanco cometido en 1971, se refugió a su vez en Cuba. Tras haberse evadido de una cárcel de alta seguridad estadounidense en 1979, y después de años en fuga, la célebre militante de los Black Panthers aterrizó en La Habana en 1984, donde Fidel le concedió asilo político, para gran perjuicio del Congreso estadounidense. Sigue viviendo allí. Fidel estableció asimismo vínculos con los separatistas vascos de Euskadi Ta Askatasuna[9], a los que vi y frecuenté a menudo. En La Habana, los etarras se sentían como pez en el agua, acogidos con los brazos abiertos por Castro. En la época solían ser recibidos en el edificio del Departamento LC/26 (lucha urbana) de las Tropas Especiales, situado en la calle 222 del barrio habanero de La Coronela. Recuerdo sus interminables nombres: José Ángel Urtiaga Martínez, José Ignacio Echarte Urbieta, José Miguel Arrugaeta o incluso Miguel

Ángel Apalategui, conocido como «Apala». Los separatistas vascos de ETA nos aportaron mucho. Dominaban perfectamente el arte de hacer explotar bombas artesanales con la ayuda de mandos a distancia. En consecuencia, Fidel les pidió que enseñaran tales

procedimientos a los especialistas de las Tropas Especiales. A su vez, éstos se los inculcaron a los guerrilleros de Colombia, El Salvador o Guatemala durante los cursillos en el campo de entrenamiento de Punto Cero de Guanabo. Como he dicho, éste dispone de una cantera destinada a la prueba de explosivos. Fue precisamente ahí donde los etarras desarrollaron su famoso mortero lanzagranadas «Jotake», un arma que luego sería utilizada para los atentados en España... y que posteriormente se encontró entre las manos de las FARC, en Colombia. En esa época, Fidel gestiona en directo todo lo que se relaciona con ETA. Nada se decide sin su aval. En 1984 Cuba firma un acuerdo con el Gobierno español (presidido por el socialista Felipe González) y el de Panamá (dirigido por Manuel Noriega), en el marco de una negociación para resolver la cuestión vasca, que concede el asilo político cubano a los etarras. En pocas palabras, los terroristas de ETA son autorizados a establecerse en Cuba, a condición de que depongan las armas y dejen de conspirar contra España. Por su parte, Fidel promete que controlará las actuaciones de esos militantes y se compromete a informar a España de sus menores movimientos en falso. El problema es que mentir sin vergüenza forma parte de los numerosos «talentos» de Fidel... Más tarde, frente a las sospechas crecientes de Madrid, el Comandante insiste en el hecho de que los vascos «jamás han utilizado el territorio cubano para actividades contra España ni contra ningún otro país». Incluso llega a precisar que «Cuba respeta escrupulosamente el espíritu del acuerdo». Ahora bien, no

sólo La Habana acoge por entonces a mayor número de vascos de lo que sospecha Madrid sino que, por añadidura, lejos de andarse con cuidado, los etarras exiliados colaboran activamente con el régimen castrista aportándole su destreza en materia de terrorismo. Aparte del arte de manejar explosivos, estos expertos de la lucha clandestina en medio urbano enseñan a los oficiales de Fidel el arte del secuestro, el del seguimiento policial y las técnicas para desarticularlo. Eso no es todo. Los etarras sirven asimismo de emisarios clandestinos en Latinoamérica. Cuando el Comandante necesita pasar secretamente un mensaje a uno de sus contactos en el continente, activa a un mensajero vasco, al que envía en misión al encuentro de un sindicalista, un político, un jefe guerrillero. Provisto de pasaporte cubano pero haciéndose pasar por español, resulta a todas luces más difícil de detectar que un cubano, cuyo acento es reconocible entre mil. Un día de 1993 Fidel decide dirigirse a la «casa de protocolo» n.º 1 de las Tropas Especiales. Partimos, pues, en convoy a bordo de los Mercedes. En Cuba, las «casas de protocolo» designan las villas utilizadas de manera discreta por el régimen para alojar a invitados de paso, personalidades o espías de visita en la isla. Garantizan un nivel de confidencialidad superior al del palacio presidencial, razón por la cual Fidel las aprecia. Cuando llegamos al lugar, trabo conocimiento con el alto dirigente vasco Jokin Gorostidi Artola, responsable oficial de la comisión de deportes vascos, encargado, de forma absolutamente oficial, de establecer contactos con la diáspora de los terroristas vascos en el exilio, so pretexto

del acuerdo internacional ya evocado. Fidel y Jokin se instalan en el salón de la mencionada casa, situada en las inmediaciones de la de los Castro. Salta a la vista que Jokin es un simpatizante castrista. Juntos, ambos hombres evocan en primer lugar las idas y venidas de los etarras entre Cuba y Sudamérica, prohibidas no obstante por el acuerdo internacional. Después pasan a hablar de negocios, pues Fidel quiere a toda costa que los vascos lo ayuden a eludir el embargo estadounidense en tan difícil momento —principios de los años noventa—, cuando la situación de la isla resulta desastrosa hasta el punto de amenazar la Revolución. —Jokin, es muy muy importante que nos ayudes a crear empresas en el exterior de Cuba —insiste Fidel, siempre convincente e impresionante, siquiera sea por su presencia física—. Es crucial. De ese modo podremos comprar productos que el cruel bloqueo yanqui nos impide adquirir. Jokin[10] se muestra muy comprensivo y perfectamente dispuesto a ayudar a Fidel, excediéndose en su misión oficial. De todas formas, hace mucho tiempo que ETA coopera discretamente con Cuba en el ámbito económico. Desde principios de los años ochenta la organización posee en Cuba una empresa de importaciónexportación de pescado, Gadusmar, así como una fábrica de calderas y tubos de poliéster, Ugao. De hecho, por entonces esta última tiene una delegación en Venezuela, otra en Bolivia y una tercera en Panamá, cuyo nombre comercial es Kaidetarra, si la memoria no me falla, y creo que es así. ¿La función de dichas entidades?:

financiar a un tiempo el separatismo vasco y la Revolución cubana.

* * *

Así pues, del País Vasco español a Palestina y de Chile a Colombia, Fidel interfiere bajo mano, prodiga consejos, teledirige a guerrillas. Su esperanza insensata: cambiar una vez más el curso de la historia, tal como hizo en 1959 en su propio país. Paciente cual jugador de ajedrez, mueve sus peones, si bien durante mucho tiempo no alcanza ninguna victoria decisiva. Sin embargo, tras veinte años de esfuerzos, el Líder Máximo cosecha al fin un éxito. ¡Y vaya éxito! A mil trescientos kilómetros de La Habana se rueda un remake de la Revolución cubana: Managua, la capital de Nicaragua, cae en manos de la revolución sandinista y, como Batista dos décadas atrás, el infame dictador Anastasio Somoza abandona precipitadamente su búnker, la capital y ese país volcánico. La prensa internacional celebra el triunfo de los rebeldes de Centroamérica dirigidos por dos hermanos, Daniel y Humberto Ortega. No obstante, nadie parece estar al corriente del papel desempeñado por Fidel entre bastidores. Nadie excepto nosotros —un puñado de ministros y generales, así como su escolta—, que desde la war room habanera de Fidel seguimos desde hace varios meses el desarrollo de la situación, el avance de los rebeldes y, finalmente, la caída del último dictador de esa república bananera.

6

NICARAGUA, LA OTRA REVOLUCIÓN DE FIDEL

«¡Sánchez, tráeme un whiskicito, en las rocas!» De vez en cuando, eso también forma parte de mi trabajo: preparar el whisky del Comandante cuando trabaja solo en su despacho. Sin ser un bebedor empedernido como su hermano Raúl, Fidel bebe todos los días. Servido con cubitos de hielo o mezclado con agua en un vaso grande, o bien un «whisky pequeño», como dice él, es decir, una simple dosis, sin nada más, en un vaso de chupito. Ese día, cuando le llevo su bebida, lo encuentro sumido en la lectura de la revista estadounidense Newsweek, pues lee con fluidez el inglés. El artículo resume la historia de la tiranía de los Somoza, en Nicaragua. Estamos a principios de 1979, y la dictadura de esa pequeña república centroamericana vive tal vez sus últimas semanas. Hace más de cuatro décadas que el clan Somoza explota sin escrúpulos al pueblo nicaragüense. Desde el asesinato, en 1934, de Augusto Sandino, el primer y mítico guerrillero del país, esta familia dirige Nicaragua como si se tratara de su finca. Lo posee todo: las minas, las mejores tierras, las cementeras, las fábricas de pasteurización, las plantaciones de café, la ganadería, las pesquerías, ¡e incluso los parquímetros de la capital! Formada y entrenada por los marines estadounidenses, la Guardia Nacional impone el orden a garrotazos, con la bendición de Washington. «Es posible que Somoza sea un hijo de puta, pero es nuestro hijo de puta», dijo un día Franklin D. Roosevelt a propósito del anciano Tacho Somoza, dictador desde los años treinta. Cuando su hijo Anastasio le sucede en los sesenta, Washington sigue apoyando sin

demasiados remilgos a ese otro «hijo de puta», que en 1972 no duda en arramblar con las ayudas internacionales aportadas a las víctimas del terremoto que acaba de destruir sesenta mil hogares de la capital y de matar a doce mil personas. A partir de ese momento, la guerrilla sandinista se despierta. Hasta entonces su acción se limitaba a las regiones montañosas y escasamente pobladas. Se trata de un ejército fundado en 1961 en... La Habana, bajo las siglas FSLN: Frente Sandinista de Liberación Nacional. Concluida la lectura de Newsweek, así como su «whiskicito», Fidel da la señal de partir a Pepín, su edecán. Diez minutos después nos encontramos en el ascensor que conduce directamente desde el tercer piso al aparcamiento subterráneo, donde los vehículos de la escolta están alineados en posición de salida. Y al poco nuestra comitiva surca la noche que desciende sobre La Habana. Me gusta ese momento, a la luz indecisa del atardecer, cuando la brisa tropical refresca repentinamente y las calles se animan de golpe. Nos encaminamos sin prisas hacia el barrio de El Laguito, donde se hallan la mayoría de las casas de protocolo, las villas secretas del régimen. Está muy cerca de la Unidad 160, y próximo también a la casa de Gabriel García Márquez. Al llegar a nuestro destino, aparcamos delante de la casa de protocolo número 14, donde los principales comandantes de la revolución nicaragüense nos esperan, o mejor dicho, esperan a Fidel. Es una villa con piscina, como casi todas las casas de protocolo. Cuando entramos, los nicaragüenses están arrellanados en sillones de cuero

dispuestos alrededor de la mesa baja del salón. Se ponen en pie como un solo hombre en cuanto aparece Fidel. Con su metro noventa y uno parece un gigante al lado de los «nicas», por lo general de corpulencia más modesta. No es la primera vez que vienen a La Habana, ni mucho menos, y debido a eso los conozco a todos. Se hallan presentes todos los futuros héroes de la revolución sandinista: Tomás Borge, un cuarentón achaparrado, el de mayor edad entre esa pandilla de treintañeros; Henry Ruiz, alias «Modesto», un matemático que ya ha entrado en la leyenda por sus hazañas en la guerrilla; Bayardo Arce, un periodista que se encuentra al mando de los rebeldes en la región de Matagalpa; Jaime Wheelock, nieto de un ejecutivo estadounidense que ha estudiado ciencias políticas en Chile durante el Gobierno de Allende; Carlos Núñez, el más radical pese a su edad, y por último los hermanos Ortega, Daniel y Humberto, que pronto se convertirán en el presidente de la República y el ministro de Defensa de Nicaragua respectivamente. Antes de entrar en la estancia, Fidel me ha recordado que grabara la conversación, como tiene por costumbre, unas veces a escondidas y otras a la vista de todo el mundo. Deposito, pues, el pequeño magnetófono sobre la mesa baja y controlo la progresión de las casetes, que sustituyo tantas veces como es necesario. Entre tanto, me esfuerzo por pasar desapercibido en un rincón, aunque siempre atento a la conversación. Como en ocasiones anteriores, la reunión se eterniza, prolongándose hasta las cuatro de la madrugada. Para Fidel, que es un noctámbulo, iniciar una conversación a las siete de la tarde

y terminarla al amanecer es algo habitual. En el curso de la discusión, observo que el Líder Máximo aprecia a Jaime Wheelock, que se distingue de los demás por lo bien que se expresa. En cuanto a mí, es el comandante Humberto Ortega quien atrae mi atención, probablemente porque intuyo que, al igual que yo, ese hombre tiene alma de militar. Fidel recaba noticias sobre el «campo de batalla» tras el fracaso de la primera ofensiva general contra Somoza el pasado mes de septiembre. Mal coordinado, dicho levantamiento popular no cosechó el resultado esperado: por el contrario, los diez mil soldados de la Guardia Nacional lo reprimieron de manera despiadada, y en ocasiones no vacilaron en exterminar a los civiles a bayonetazos. El balance es de cinco mil muertos en total. Es preciso reorganizarse. Y el Comandante se emplea a fondo, consagrando toda su energía a convencer a los rebeldes de que se entiendan. «Compañeros, la unión sagrada es la condición indispensable para alcanzar nuestros objetivos», insiste. No obstante, por el momento la dirección colegiada del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) está dividida en tres corrientes. La tendencia GPP (Guerra Popular Prolongada) es la más antigua. Representada por Tomás Borge, Henry Ruiz y Bayardo Arce, defensores de la guerrilla rural tradicional, privilegia esta forma de guerra. Por su parte, los marxistas Jaime Wheelock y Carlos Núñez Téllez pertenecen a la tendencia proletaria del FSLN: tras la escisión del grupo anterior en 1973, su prioridad consiste en implicar a los estudiantes y obreros de las ciudades al lado de los

campesinos insurgentes. Por último, los Terceristas constituyen la formación más importante, mejor organizada, mejor financiada y menos dogmática. Cuenta con cinco mil hombres armados bajo el mando de los hermanos Ortega. Debido a su experiencia, Fidel sabe mejor que nadie que esta división compromete la perspectiva de una victoria rápida. Por tanto, tras haber escuchado todos los puntos de vista, desarrolla su idea, la presenta bajo todos los ángulos, invoca el ejemplo de Sierra Maestra, detalla los aspectos políticos y las ventajas militares de sus conceptos. Poco a poco, el encantador de serpientes se impone psicológicamente a su público, al que convence por fin. Los historiadores no han calibrado hasta qué punto la intervención de Fidel fue decisiva en esta aventura. Han escrito sobre la ayuda financiera aportada a los rebeldes por Venezuela o Costa Rica, pero no han hecho suficiente hincapié en el papel del dirigente cubano. Sin su poder de convicción, las tres tendencias no se habrían puesto de acuerdo tan de prisa. ¿La prueba? Al no haber logrado lo mismo con el dirigente comunista salvadoreño Schafik Handal y su compatriota guerrillero Joaquín Villalobos (pese a los intensos esfuerzos de Fidel, que se reunía periódicamente con ambos hombres en La Habana en esa misma época), la guerrilla de El Salvador no logrará jamás derrocar al poder durante la larga y sangrienta guerra civil, entre 1979 y 1992. * * * Tras haber hecho pública la firma de su acuerdo de unión sagrada, en marzo de 1979, los sandinistas lanzan la ofensiva final en junio. Nueve meses después del fracaso de su primer alzamiento, se produce

un nuevo ataque. Es total. En el norte, ciudades y pueblos cambian de manos cada cuarenta y ocho horas. Barrios populares forman bolsas de resistencia. Desde el sur, que constituye el santuario de la guerrilla desde hace varios meses, los rebeldes extienden su influencia y marchan sobre Managua, cuyas actividades están paralizadas por una huelga general decretada el 4 de junio. Por todas partes, los insurgentes multiplican golpes espectaculares y sabotajes. Dinamitan puentes. La carretera panamericana que atraviesa Nicaragua de norte a sur queda cortada. El ejército rebelde cuenta en su seno con un millar de voluntarios «internacionalistas», llegados para ayudarlos, así como con una cantidad respetable de «consejeros» cubanos. No obstante, serán necesarios quince mil muertos y treinta mil heridos (en un país arruinado de apenas dos millones de almas) para que los rebeldes puedan tomar la capital. El 19 de julio de 1979 Somoza abandona su búnker y vuela a su exilio dorado de Miami, acompañado de sus papagayos y de los setenta miembros de su séquito. Catorce meses más tarde, exiliado político desde hace poco tiempo en Asunción (Paraguay), donde otro tirano, Alfredo Stroessner, lo ha acogido, Somoza perecerá a la edad de cincuenta y cinco años en un espectacular atentado. Guerrilleros argentinos formados en Cuba por los instructores del campus militar de Punto Cero de Guanabo, volarán en pedazos con un lanzacohetes, en plena calle, su vehículo, que acababa de abandonar su domicilio... De momento, Fidel saborea su victoria: tras dos décadas de esfuerzos, ha conseguido por fin exportar su Revolución.

Para empezar, una junta sandinista se instala en el poder, hasta la elección de Daniel Ortega como presidente en 1984. Hasta entonces, éste es designado coordinador de dicha junta. Su hermano Humberto es nombrado ministro de las Fuerzas Armadas, mientras que Tomás Borge ocupa Interior, Jaime Wheelock Agricultura y Henry Ruiz Cooperación Exterior. Bayardo Arce pasa a coordinar la comisión política de la dirección nacional del FSLN, y Carlos Núñez es nombrado primer presidente de la Asamblea Nacional[11]. Las imágenes de júbilo en Managua recuerdan indefectiblemente a Fidel las de su triunfo, veinte años atrás, en La Habana. Desde Cuba sigue prodigando consejos bajo mano a la junta sandinista. Con el fin de no despertar las sospechas (ni la irritación) de Washington, adopta no obstante un perfil bajo, como todo agente de espionaje que se precie. Hasta llega a esperar un año antes de dirigirse a Nicaragua, teatro de uno de sus éxitos más brillantes.

* * *

Doce meses después volamos hacia Managua en el avión presidencial, que, aparte de Fidel y toda su escolta, lleva a bordo al maestro del espionaje del Departamento América, Barbarroja (Manuel Piñero), y al novelista colombiano Gabriel García Márquez, futuro premio Nobel de literatura. Desde las ventanillas, la perspectiva de Managua, con su alineamiento de volcanes geométricos, es tan inesperada como deslumbrante. La visita dura una semana. Fidel ha decidido recorrer el país, como antaño hiciera en Chile en tiempos de Salvador Allende. Por donde pasa desea

constatar su «victoria». Nuestra caravana se detiene tanto en los pueblos más humildes como en las ciudades principales: Estelí, León, Matagalpa, Granada, Rivas, Masaya. Un día incluso nos dirigimos a Bluefields, en la costa atlántica: un periplo de dieciséis horas. Fidel multiplica los baños de masas..., ¡y yo también, siempre a un metro de él! Para confundirme mejor con la multitud he cambiado mi uniforme caqui por ropa de civil, y así me hago pasar por un autóctono. Es un viaje conmovedor, pletórico de emociones. Un día subimos a la cumbre del volcán Masaya, uno de los más activos del país. El espectáculo del lago de lava, en el fondo del cráter, resulta prodigioso. Al día siguiente nos dirigimos a Granada, a orillas del lago Nicaragua, donde nuestros anfitriones atraen a las lamias (una rara variedad de tiburones de agua dulce) arrojando grandes cubos de sangre escarlata a la inmensa laguna. Sin embargo, el recuerdo más extraordinario es el desfile militar, el día del primer aniversario de la victoria sandinista, el 19 de julio de 1980. Carlos Andrés Pérez, presidente socialdemócrata de Venezuela y amigo de Fidel, se halla asimismo presente. Al igual que Michael Manley y Maurice Bishop, primeros ministros de Jamaica y Granada respectivamente. El presidente del Gobierno español, Felipe González, participa también. En la tribuna oficial me encuentro, como de costumbre, muy cerca de Fidel. El desfile se inicia con los blindados y los jeeps, seguidos de los soldados de infantería del ejército nica, cuando de repente, ante el asombro general, aparece un pelotón de jóvenes, incluso muy jóvenes, combatientes voluntarios. A

lo largo de toda mi carrera jamás había visto nada semejante: algunos de esos muchachos acaban de cumplir diez años; los mayores tienen quince. Son sesenta en total. Sus fusiles parecen demasiado grandes, demasiado pesados, desproporcionados. La imagen ha quedado grabada en mi memoria. Hoy, treinta y cinco años después, pensar en aquellos niños soldado que por entonces tenían la edad de mis hijos aún me pone la carne de gallina. En la tribuna, recuerdo haber observado con discreción, por el rabillo del ojo, la reacción de Fidel: su rostro estaba impasible, marmóreo. ¡Pero las sorpresas no habían terminado! Esa misma noche, los sandinistas reservan a Fidel el mejor alojamiento posible, en un complejo residencial que hasta hacía muy poco pertenecía al clan Somoza: ocho o diez villas dispuestas en círculo alrededor de una piscina. Fidel ocupa la más grande. Una alambrada protege el sector, al que rodea una espesa vegetación y el extremo de un bosque del cual, por la noche, se eleva el canto rítmico de las ranas. Un puesto de guardia militar custodia la entrada del recinto, donde se encuentran desplegados soldados nicas bastante inexpertos comparados con nosotros, los cubanos, que cargamos ya con dos décadas de práctica a nuestra espalda. Aquella noche Fidel regresa a su villa alrededor de las ocho. Me dedico entonces a reorganizar la seguridad del recinto, y para empezar sitúo a uno de los nuestros detrás de la casa del Comandante. Por mi parte, ocupo la posición más importante, delante de la puerta de entrada principal. Desde allí planifico, como es habitual, el convoy de vehículos, con

el fin de que estén preparados para ponerse en marcha en todo momento, y por último llevo a cabo una inspección general para verificar que los guardias nicas estén correctamente desplegados en círculo alrededor del recinto. Después, regreso a la escalinata de la mansión, donde empiezo la velada charlando con un soldado sandinista. De repente, ¡pum! El disparo de un fusil resuena en la linde del bosque. Un breve silencio, seguido de un segundo disparo: ¡pum! Una fracción de segundo después estalla un tiroteo. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Tacatacatatac! La cosa se prolonga en todas direcciones durante quince segundos interminables. Alguien grita: «¡Alto el fuego!». Los disparos cesan. Me lanzo de inmediato en busca de información. Espero encontrar un muerto o un herido bañado en sangre. No obstante, una vez informado constato que se trata de un guardia nervioso que ha sido presa del pánico al oír el crujido de una rama bajo el peso de una vaca que pasaba por allí. Se ha puesto a disparar, lo cual ha provocado por contagio un tiroteo generalizado.

Anonadado (y divertido) por la torpeza de los nicas, regreso hacia Fidel, que me espera ya en el umbral de la puerta. — Sánchez, ¿qué pasa? —No es nada, Comandante. Un nica al que le ha entrado el pánico cuando ha preguntado a la vaca: «¿Quién va?». Como el animal no ha contestado al requerimiento diciendo: «Eh, que soy yo, la vaca», el hombre ha abierto fuego y el pánico se ha apoderado de todo el mundo. Fidel prorrumpe en unas carcajadas como pocas veces le he oído.

* * *

Después de una semana en Nicaragua, volvemos a Cuba, donde nos esperan otros festejos, a saber, la fiesta nacional, que este año conmemora el vigésimo séptimo aniversario del asalto al cuartel Moncada, el 26 de julio de 1953. Apenas me queda tiempo para pasar por casa y dar un beso a mi mujer y a mis dos hijos, cuando ya me encuentro en ruta hacia la ciudad de Ciego de Ávila, cuatrocientos kilómetros al este de La Habana. Ante la población que agita banderas cubanas, Fidel comienza su discurso con estas palabras: —¡Compatriotas! Han sucedido cosas nuevas. El año pasado celebramos nuestra fiesta nacional una semana después de la gran victoria sandinista, en presencia de numerosos comandantes guerrilleros nicaragüenses de visita en Cuba (aplausos). Este año, la relación entre nuestros dos pueblos se confirma (aplausos). Acabamos de llegar de Nicaragua. Así pues, es inevitable que hablemos de ese país. Lo que sucede allí concierne a todos los latinoamericanos. Comprender el significado y calibrad la alegría, el entusiasmo, el optimismo, la emoción de ver a este segundo país de Latinoamérica liberarse del imperialismo (aplausos), al cual hay que añadir un tercero, Granada (aplausos). Ahora somos tres los que nos hemos sacudido el yugo del imperialismo de manera radical y definitiva (aplausos). ¿Radical? Sin duda. ¿Definitiva? En absoluto. El 13 de marzo de 1979 el líder revolucionario marxista Maurice Bishop derrocó casi sin violencia al régimen autoritario del primer ministro Eric Gairy, que presidía

Granada desde la independencia otorgada por Gran Bretaña cinco años atrás. Granada cayó al poco en la órbita cubana, gracias a las excelentes relaciones personales entre Maurice Bishop y Fidel Castro, quien proporcionaba armas, consejos y personal militar a su álgido ego. Ahora bien, en 1983 el desembarco de los marines estadounidenses pondrá fin a la breve experiencia revolucionaria de la isla caribeña de Granada. En cuanto a la revolución sandinista, se deteriorará rápidamente debido a las disensiones. Desde 1980, el diario La Prensa, portavoz de la oposición moderada, denuncia la deriva autoritaria del Gobierno revolucionario y los atentados contra la libertad de prensa. La Iglesia, aunque inicialmente favorable a los sandinistas, también se distanciará. La llegada a la Casa Blanca de Ronald Reagan en 1981 complicará aún más la situación. Anticomunista y anticastrista, Reagan suspende la ayuda económica concedida a los sandinistas por el Gobierno Carter, al tiempo que, bajo mano, financia la Contra. Constituyen esta contrarrevolución antiguos miembros de la Guardia Nacional y civiles decepcionados por la Revolución, financiados y armados por Washington, que multiplican las incursiones desde la vecina Honduras. A partir de 1982, y hasta 1987, el país se sume en una guerra civil (57.000 víctimas, de las cuales 29.000 mortales) comparable a la que arrasa igualmente El Salvador (más de 100.000 muertos entre 1979 y 1992). Por espacio de una década Centroamérica se sumerge en la violencia más atroz. Es el nuevo teatro de la guerra fría que enfrenta a Estados

Unidos con Rusia y Cuba. Fidel, parte interesada en los conflictos de Nicaragua y El Salvador, supervisa en persona el tráfico de armas que transita por Cuba para aprovisionar a sus aliados de ambos países. Sin entrar en detalles sobre los circuitos clandestinos, ni en estimaciones calculadas en relación con los alijos de armas que transitaron por La Habana en dirección a Nicaragua durante aquellos años, me limitaré a relatar la escena de la que fui testigo en dos ocasiones en el aeródromo militar de Baracoa. Es allí donde, por lo general, despegan y aterrizan los aviones y helicópteros utilizados por los dirigentes cubanos.

Está situado después de la salida oeste de la capital, al borde de la carretera panamericana, a la izquierda. Ahora bien, una noche —era hacia 1984-1985, la época en que el general Arnaldo Ochoa era el jefe de la misión militar cubana en Nicaragua, donde asesoraba al ejército del Gobierno sandinista—, Fidel abandona su despacho para dirigirse a dicho campo de aviación, donde, al final de la pista, se encuentran un salón de protocolo y hangares para las aeronaves. Cuando llegamos, su hermano Raúl, ministro de Defensa, ya se encuentra allí, en compañía del general Carrera, comandante de la base. Tras los saludos reglamentarios, los dos hermanos se instalan en el salón de protocolo, sin el general Carrera, pero en presencia del jefe de la escolta, Domingo Mainet, y de mí. En la intimidad, y a salvo de oídos indiscretos, Raúl detalla a su hermano las modalidades del embarque, transporte y entrega secreta de las armas para la guerra a Ochoa. Éste, aclara Raúl, ya ha tomado posiciones al norte de Nicaragua, cerca de la

frontera hondureña, a orillas del río Coco, donde dentro de algunas horas, al amparo de la noche, recibirá la mercancía en una pista clandestina. Siempre preocupado por verificar los menores detalles y ser consciente por sí mismo de la situación, Fidel escucha atentamente a Raúl, con una preocupación fundamental en mente: verificar que el plan de su hermano carece de fallos y que será imposible, en caso de que el enemigo descubriera el tráfico, establecer vínculo alguno con Cuba. Una vez que Raúl lo ha tranquilizado al respecto, salimos los cuatro a la pista, donde precisamente acaban de llegar varios camiones militares con el fin de entregar cajas de madera que contienen material de guerra, en especial fusiles Kalashnikov. El lugar está oscuro y mal iluminado, dado que casi todos los focos de la pista de despegue están apagados, a excepción de las balizas azules. Lo cual no impide ver que el estabilizador del aparato —un antiguo pero impresionante Britannia de hélices— ha sido maquillado con los colores... ¡de Honduras! Fidel saluda a los pilotos, sigue formulando preguntas a Raúl, y entonces, convencido del correcto desarrollo de las operaciones, da la señal de regresar a La Habana. Algunas semanas después seré testigo de la misma escena, con los mismos protagonistas y el mismo avión «hondureño». La excursión no ha durado más de una hora, pero me ha permitido descubrir que en Cuba ningún tráfico de armas se efectúa sin la autorización del Comandante en Jefe.

Sea como fuere, los esfuerzos de paz del hábil presidente de Costa Rica Óscar Arias desembocan en la firma del

tratado de Esquipulas II. Preparado a lo largo de varios años bajo la égida de éste, se firma en 1987. Ese año, Óscar Arias recibe el premio Nobel de la Paz. Dicho tratado pone fin progresivamente a todos los conflictos de la región, de Nicaragua a El Salvador pasando por Guatemala. El acuerdo prevé ante todo la organización de elecciones en Nicaragua, que deberán tener lugar en febrero de 1990, tres meses después de la caída del muro de Berlín y en un contexto geopolítico de posguerra fría muy diferente.

En La Habana oí muchas veces a Fidel expresar su inquietud por esa cuestión. El Comandante fue el primero en calibrar la impopularidad cada vez mayor de los sandinistas gracias a los «consejeros cubanos» (en realidad, agentes del servicio secreto) que situó cerca del presidente Daniel Ortega. En el poder desde hace una década, el Gobierno de éste no sólo acusa la usura del tiempo y la guerra civil; ante todo, la población reprocha a los dirigentes que se hayan apropiado de la totalidad del patrimonio de los Somoza y vivan confortablemente de él, sin preocuparse de favorecer el progreso económico de sus compatriotas.

Un año antes de la organización del escrutinio, al que los sandinistas aún no han prestado su apoyo, Fidel trata la cuestión con el jefe del Departamento América, el famoso Manuel Piñeiro, alias Barbarroja. —Piñeiro, es preciso transmitir a nuestros amigos sandinistas que considero prudente no organizar estas elecciones, porque, según mi punto de vista, hay mucho que perder y muy poco que ganar... —le dice Fidel en el despacho del palacio, donde

también me encuentro yo. Esta formulación lacónica es muy típica del estilo de Fidel: cuando ejerce el mando, no da necesariamente órdenes precisas, sino que emite un dictamen y formula orientaciones sencillas, en apariencia matizadas. Pero en realidad se trata de órdenes terminantes, cuyos efectos espera ver sin demora. Sea como fuere, en esta ocasión Fidel no puede intervenir en el proceso de paz iniciado en Centroamérica. El 26 de febrero de 1990, Ortega y los sandinistas son derrotados por Violeta Chamorro. La viuda del director del diario La Prensa (asesinado por esbirros de Somoza doce años atrás) se convierte en la primera mujer que accede a la función presidencial, con un porcentaje inapelable del 55 por ciento de los votos [12].

Después de las elecciones nicaragüenses, ¿cuántas veces habré oído a Fidel rumiar esta derrota? A Barbarroja, el jefe del Departamento América, que no había sabido convencer a los sandinistas de que bloquearan la celebración de elecciones libres, no paraba de repetirle: «Mira que se lo había dicho a los sandinistas... No podrán decir que no se lo advertí... Yo sabía muy bien que existía descontento popular...». Después, apenas Barbarroja hubo abandonado la estancia, Fidel, a solas en su despacho y bastante irritado, bufaba contra él: «Uf, será inepto...».

7

FIDEL EN MOSCÚ, SÁNCHEZ EN ESTOCOLMO

Fidel no es particularmente grosero. En público, su lenguaje siempre ha sido correcto, a excepción de algunos discursos

que se remontan a los primeros años de la Revolución, en los que calificaba a los presidentes estadounidenses de «hijos de perra» o «hijos de puta». En el círculo más íntimo, suele subrayar su irritación con un «coño», recordar que frente al imperialismo los cubanos han demostrado «cojones» y decir de un enemigo «¡que se vaya al carajo!». Ronald Reagan y su sucesor, George Bush, son sin duda los presidentes estadounidenses más vilipendiados por Fidel. Existe un motivo: en los años ochenta, la administración Reagan[13] constituyó para Fidel el peligro mayor desde su acceso al poder. Ferozmente anticomunista, el presidente financió la contraguerrilla, la Contra, en Nicaragua, envió a los marines a Granada y en África apoyó militarmente a los soldados de la UNITA, que combatían al ejército cubano presente en la zona[14]. * * *

Una de las características de la década de los ochenta es la abundancia de acontecimientos internacionales, desde el boicot a los Juegos Olímpicos de Moscú (1980) hasta la caída del muro de Berlín (1989), pasando por la guerra de las Malvinas (1982), el fin de las dictaduras argentina (1983), brasileña (1984) y uruguaya (1985), la catástrofe de Chernóbil (1986) o incluso la batalla de Cuito Cuanavale (1987-1988), en plena guerra de Angola, al final de la cual Cuba detiene el avance del ejército sudafricano. Ahora bien, personalmente, el acontecimiento que más me marcó fue el repentino fallecimiento del camarada Leonid Brézhnev, que había dirigido la URSS desde 1964 y que sucumbió a una crisis cardíaca el 10 de noviembre de 1982. Pocos días después de haber recibido la noticia de su muerte, volamos

a Moscú con el fin de asistir a los funerales del dirigente del país hermano. Al despegar de La Habana, abandonamos el calor tropical para ir al encuentro del frío glacial de las orillas del Moskova. No obstante, antes de llegar a la Unión Soviética a bordo del Ilyushin 62 presidencial, con los colores de la compañía Cubana de Aviación, nuestro aparato efectúa una escala técnica en el aeropuerto de Shannon, Irlanda. Apenas situado en el aparcamiento, una veintena de soldados con los fusiles en bandolera montan guardia alrededor del aparato. Observamos el espectáculo a través de la ventanilla cuando, de repente, Fidel decide bajar del avión para ir a degustar un irish coffee en la zona de tránsito. Una pura bravata: para el Comandante, es la manera de decir que nada puede impedirle hacer una incursión en territorio enemigo —en esa ocasión en Irlanda, muy cerca de Margaret Thatcher, primera ministra británica e indefectible aliada de Ronald Reagan— si se le antoja. ¡Y allá va nuestra pequeña delegación en busca de un café irlandés! Somos ocho: Fidel Castro, la intérprete Juanita Vera, el edecán Pepín Naranjo, el jefe de la escolta Domingo Mainet, el ministro del Interior Ramiro Valdés, el médico Eugenio Selman y dos guardaespaldas. Para mí, esta expedición constituye un momento peligroso, puesto que siempre debo ir armado cuando acompaño a Fidel, y aquí eso está prohibido por completo. Si la policía llegara a descubrir que uno de nosotros porta un arma, se produciría un grave incidente diplomático. En el finger de desembarco, el ministro Ramiro Valdés se vuelve hacia mí para preguntarme si voy bien armado. Le contesto abriendo mi

abrigo largo de invierno, cuyo bolsillo y forro acabo de agujerear. En la mano izquierda sujeto una Mini-Uzi, el modelo más pequeño de las pistolas ametralladoras de la marca israelí, cuya cadencia de tiro es infernal: ¡mil doscientas balas por minuto! Giramos a la izquierda a la salida del finger, atravesamos la zona comercial y ocupamos una mesa al lado de unos viajeros irlandeses estupefactos al ver a Fidel, fácilmente reconocible entre mil debido a su elevada estatura, la barba y el uniforme militar. El tiempo justo de pedir y consumir nuestras bebidas calientes y henos aquí de regreso en la carlinga del Ilyushin. ¡La única visita de Fidel Castro a las puertas de Gran Bretaña habrá durado menos de diez minutos! Tras llenar el depósito, nos elevamos de nuevo en el aire y sobrevolamos la Europa dividida en dos bloques por la guerra fría, Este y Oeste. Cinco horas después, el avión aterriza en la grisura de la enlutada capital de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Hace tanto frío que el personal de la embajada cubana corre a comprarme unas botas forradas para sustituir a las mías, inadecuadas para el clima. Un chófer de la seguridad rusa, de habla hispana, hace las veces de guía e intérprete. De vuelta en la embajada, este colega del KGB me ve calzarme las botas nuevas y me suelta de sopetón: «Son tan caras que ni un médico se las puede permitir...». Y añade: «En nuestro país, un médico gana menos que un mecánico. Por eso hay muchos médicos o ingenieros que prefieren trabajar en una fábrica». De momento, no acabo de entender lo que quiere decirme. Ante mi perplejidad, insiste: «Aquí, para obtener

un empleo de obrero cualificado, es mejor tener un diploma universitario». Contesto con una sonrisa amable: —Pero entonces, si todos los ingenieros quieren ser obreros, ¿quiénes son los ingenieros? Empiezo a formularme algunas preguntas... Más tarde, pasamos por el hotel a dejar el equipaje y luego vamos a reunirnos con el Comandante en esa parte de la ciudad llamada Colina Lenin, donde el protocolo soviético pone siempre una dacha a su disposición. En la URSS, el KGB se encarga en gran medida de la seguridad de Fidel, y en consecuencia mi ritmo de trabajo es mucho menos intenso. Al día siguiente nos dirigimos a la Casa de los Sindicatos, donde desde hace tres días se expone el cuerpo embalsamado de Leonid Brézhnev sobre un catafalco adornado con flores, numerosas coronas y las innumerables condecoraciones del difunto dirigente. Músicos vestidos de negro interpretan todo el rato obras de Rachmaninov. Tras el último homenaje de los moscovitas anónimos, llega el de los dignatarios soviéticos y los estadistas del mundo entero. Reconozco a la india Indira Gandhi, al iraquí Sadam Hussein, al palestino Yasir Arafat, así como al general polaco Jaruzelski y a todos los dirigentes de los países hermanos del bloque soviético. No creo que Fidel se sienta especialmente conmovido por la desaparición del austero Brézhnev, aun cuando intenta fingir lo contrario. Me parece que con el jovial Nikita Jruschov las afinidades eran más evidentes. Pero lo esencial reside en otra cosa: entre nuestros dos países, la alianza mutua es incondicional. Para Moscú, Cuba es una pieza maestra en el juego del equilibrio Este-Oeste, en

cuanto único aliado comunista del mundo occidental, situado por añadidura a menos de doscientos kilómetros de las costas de Estados Unidos. Y para La Habana, la ayuda militar y económica soviética resulta vital: sin ella, es probable que Cuba no hubiera resistido tanto tiempo la presión estadounidense. Llega el momento en que el cortejo fúnebre atraviesa la capital para la inhumación en la Plaza Roja. Yuri Andrópov, antiguo jefe del KGB y nuevo amo del Kremlin, pronuncia el elogio fúnebre. Después de la ceremonia, regreso al hotel con los chóferes de los servicios de seguridad rusos. Apenas llegados a nuestro destino, éstos se precipitan a comprar en la tienda contigua al vestíbulo, teóricamente reservada a los visitantes extranjeros. Desodorantes, dentífricos, pastillas de jabón: se aprovisionan de artículos de aseo fabricados en los países del Comecon, el Consejo de Ayuda Mutua Económica, que reúne a los países del bloque soviético: la URSS, Bulgaria, Rumanía, Albania, Hungría, Polonia, Checoslovaquia, República Democrática Alemana, Cuba, Vietnam, Mongolia. «Tenemos que aprovechar cuando hay visitas —me explican—, porque el único momento en que las tiendas están llenas es cuando delegaciones extranjeras visitan Moscú.» En la URSS, la pobreza salta a la vista, sobre todo cuando se abandona Moscú rumbo al campo, donde los campesinos van vestidos como en los tiempos de la segunda guerra mundial. En la capital, las penurias son peores que en La Habana y, sin embargo, el modelo soviético está considerado el más avanzado en el camino de la construcción del socialismo. Es la primera vez

que algo similar a la duda se insinúa en mi mente. En mi fuero interno, me interrogo. ¿La eficacia del sistema comunista es en verdad superior a la del capitalismo? Y si los soviéticos se encuentran en esta situación tras sesenta y cinco años de revolución, ¿es razonable seguir su ejemplo? Se trata de una duda fugaz, infinitesimal. No obstante, de inmediato la expulso de mi mente para volver a ponerme en acción, al servicio de Fidel y de la Revolución.

* * *

Tras los funerales de Brézhnev se abre un período durante el cual multiplicamos los viajes a Moscú. ¡Porque los dignatarios soviéticos mueren uno tras otro! El brillante Yuri Andrópov, que dirigió el KGB durante dieciocho años, sucumbe en 1984 a la edad de setenta años, después de pasar tan sólo quince meses en el Kremlin. El reinado de su sucesor, Konstantin Chernenko, ya enfermo cuando toma posesión de su cargo, es todavía más breve: ¡trece meses! El anciano burócrata del partido muere en 1985, a la edad de setenta y seis años. Le sucede el elegante reformista Mijaíl Gorbachov, de cincuenta y cuatro años. Este protegido de Andrópov lanza entonces su famosa política de glasnost (transparencia) y perestroika (reestructuración económica)..., sobre la cual Fidel no tarda en expresar la mala opinión que le merece, al definirla como «la mujer de otro». En el invierno de 1986, mientras nos encontramos en Moscú, donde Fidel intenta pese a todo estrechar lazos con Gorbachov, una terrible noticia cae sobre los teletipos de las agencias de prensa: la noche del 28 de febrero de 1986, Olof Palme ha sido asesinado en plena calle, en Estocolmo.

Eran las 23 horas y 21 minutos exactamente cuando el primer ministro sueco salía de un cine de la capital con su esposa. Le pegaron dos tiros por la espalda cuando la pareja volvía a pie a casa. Una hora más tarde, los médicos suecos declaran oficialmente su muerte. Jamás descubrirán al pistolero, y el asesinato de Palme sigue constituyendo un enigma a día de hoy. Sea como fuere, el mundo entero descubre en esta ocasión que en la apacible socialdemocracia escandinava es normal que el jefe del Gobierno se pasee sin la menor protección. Fidel Castro se queda estupefacto por el anuncio de la desaparición de Olof Palme, que era su aliado. Desde hacía mucho tiempo, el dirigente sueco, socialista, tercermundista y antiimperialista al mismo tiempo, manifestaba claramente sus simpatías hacia la Revolución cubana. Ya en 1972, Palme había provocado la cólera de Washington y la ruptura de las relaciones diplomáticas con Estocolmo durante un año con motivo de su participación, como primer ministro, en una manifestación contra la guerra de Vietnam. Peor aún, por la radio había comparado los bombardeos estadounidenses sobre Hanoi con los de Guernica durante la guerra civil española, y con la masacre de judíos en Treblinka perpetrada por los nazis. A continuación, en 1975, el audaz sueco fue el primer jefe de Estado de un país occidental que visitó oficialmente Cuba: Fidel Castro le dispensó un recibimiento triunfal en Santiago de Cuba, la segunda ciudad del país, donde los dos hombres celebraron juntos la fiesta nacional, el 26 de julio. Transcurridas apenas unas horas desde el anuncio de la muerte de Palme, Fidel

expresa su deseo de asistir a los funerales del primer ministro sueco. Durante los días siguientes, se requieren tremendos esfuerzos para quitarle de la cabeza esa idea, objeto de innumerables discusiones entre el secretario particular de Fidel, Chomy, José Miguel Miyar Barruecos, compañero de guerrilla en Sierra Maestra, y el edecán Pepín Naranjo, además de Carlos Rafael Rodríguez, amigo de Fidel y diplomático, que desempeña un papel preponderante en las relaciones de Cuba con el bloque soviético, y yo mismo. Todos nos mostramos unánimes: desde el punto de vista de la seguridad, la presencia de Fidel en Estocolmo resultaría poco razonable. En efecto, por entonces, y hasta el día de hoy, se ignoran la identidad y los motivos del asesino. ¿Quién sabe si los que ordenaron el asesinato de Palme no querrán atentar asimismo contra la vida de Fidel? Finalmente, el Comandante se pliega a nuestros argumentos y designa a Carlos Rafael Rodríguez como su representante en Suecia. —Sánchez irá contigo para encargarse de tu seguridad —añade. Fidel se fía de mí y hace bien: jamás se me ocurriría aprovechar un viaje al extranjero para desertar. En esa época me siento muy a gusto con mi trabajo al servicio de Fidel, y también impaciente por reencontrarme con mi familia en La Habana cada vez que vuelvo de una misión. El diplomático Carlos Rafael Rodríguez y yo volamos a Estocolmo vía Copenhague. Una vez llegados a la embajada cubana, me doy cuenta, una vez más, de hasta qué punto ser el guardaespaldas de Fidel proporciona un estatus especial. El embajador me pide consejo sobre numerosos asuntos,

como si hablara con el propio Fidel..., y debo admitir que resulta bastante grato. En cambio, la empleada de la embajada que nos sirve los aperitivos no me trata con tantos miramientos. Cuando me pregunta qué licor deseo tomar, le respondo que yo no bebo nunca. Pero ante la insistencia del embajador, al final me decido por un coñac Napoléon, inspirándome en el ejemplo de Fidel, quien, además de al whisky, es también muy aficionado a este licor. Entonces, la sirvienta me da una lección en público: «El coñac no es un aperitivo, es un digestivo». Herido en mi amor propio, disimulo mi irritación y le devuelvo la pelota sin perder el humor: «¿Sabes qué? Cuando inventaron el protocolo, se olvidaron de pedir mi opinión. Es una pena, porque yo bebo coñac antes, durante y después de comer, ¿entendido?». Dos días después, en el momento de abandonar Suecia, descubro que la esposa del embajador cubano, que se ha tomado mi comentario muy en serio, ha deslizado una botella de coñac en mi equipaje para complacerme. A mí, que detesto el alcohol... Recuerdo asimismo que antes de partir paseé por las calles de Estocolmo. Seguí el recorrido de Olof Palme, desde la salida del cine hasta el punto en que el primer ministro había sido abatido pocos días antes. La acera estaba sembrada de rosas. La capital sueca me causó una profunda impresión. No tanto a causa de su prosperidad, sino más bien debido a la sencillez de las relaciones humanas entre la población y sus dirigentes. Averigüé in situ que, para dirigirse a su trabajo, casi todos los ministros se desplazaban en autobús, metro o tren de cercanías. Y que

el propio Olof Palme circulaba en bicicleta por la ciudad. En nombre de su libertad, y también en nombre de la igualdad de los ciudadanos ante la ley, no quería beneficiarse de ningún privilegio. Ni siquiera del de tener guardaespaldas. Me quedé patidifuso. Era justo lo contrario del sistema cubano, en el que Fidel, protegido las veinticuatro horas del día, jamás se desplazaba sin un mínimo estricto de diez guardaespaldas.

8

EL CLAN DE RAÚL

A mediados de los años ochenta, paralelamente a mi función de guardaespaldas, terminé mis estudios superiores en la escuela del Ministerio del Interior (MININT), en compañía de oficiales procedentes de las diversas regiones militares del país. En el programa de esta formación continua había cursos de historia política, derecho penal, psicología y contraespionaje. Un día, al final de una clase dedicada al reclutamiento de agentes extranjeros, un oficial estudiante (recuerdo su nombre, Roberto Dobao) vino a mi encuentro para anunciarme que... Ramón Castro quería hablarme en persona. Estupefacto, le pregunté: —¿Ramón, el hermano del Comandante en Jefe? —¡El mismo! El estudiante me explicó entonces que trabajaba en el Plan Especial de Valle de Picadura, una granja agroindustrial dirigida precisamente por el hermano mayor de Fidel. Cuando Ramón averiguó que el oficial Dobao tenía como compañero de clase al «guardaespaldas de Fidel», le pidió

que me abordara con discreción. Me sentí sorprendido y al mismo tiempo intrigado por esta petición, pero accedí a ella gustoso. Y pocos días después, aprovechando un día de descanso, Dobao y yo nos pusimos en camino hacia Valle de Picadura, cincuenta kilómetros al este de La Habana. Ramón: es «el otro hermano» de Fidel. Tienen casi la misma edad (Ramón cuenta dos años más que Fidel), la misma estatura (más de metro noventa), la misma barba. En pocas palabras, se parecen físicamente, pero la comparación acaba ahí. Desinteresado por completo de la política, el mayor de los Castro jamás ha ocupado un cargo gubernamental. Guajiro[15] de corazón, ha consagrado su vida a la agricultura. Al principio llevando las riendas de la inmensa explotación de su padre, Ángel Castro, situada al este del país, al lado de Santiago de Cuba, después como alto funcionario del Ministerio de Agricultura y finalmente como director del Plan Especial de Valle de Picadura, una de las principales granjas industriales estatales de Cuba, que por entonces producía esencialmente zumos de fruta y leche. Fui varias veces con el Comandante, porque a Fidel le gustaba constatar in situ los progresos de la Revolución en el ámbito agrícola, en el que se considera un experto.

Desde La Habana se tarda apenas una hora en hacer el trayecto. Nada más llegar, Ramón baja de su despacho y se me lleva a conversar en un aparte, a la sombra de un mango. Me resulta extraño encontrarme con el hermano de Fidel en ausencia de mi jefe. Ramón está visiblemente preocupado. «Gracias por venir, Sánchez», me dice ese campesino que estrecha la mano con más firmeza que

Fidel. Enseguida me expone el motivo de su preocupación. —Escucha, hace meses que intento reunirme con mi hermano, pero es imposible... No sé qué pasa. He dejado mensajes en todas partes, incluso en palacio... ¡Sin respuesta! Tengo verdadera necesidad de hablar con él. ¿Podrías comentárselo? —Por supuesto, señor, le prometo que haré lo posible —contesto hablándole de usted, porque no tengo costumbre de tutear a todo el mundo, sobre todo a personajes oficiales, y Ramón lo es. A mediodía del día siguiente, cuando llegamos a palacio, aprovecho que me encuentro solo en el ascensor con el Comandante para comentar el caso de Ramón. —Comandante, ayer estuve en Valle de Picadura, y encontré a su hermano muy afectado, muy triste... Creo que le gustaría hablar con usted...

—Lo sé, lo sé... Estoy al corriente, Sánchez... No te preocupes, hablaré con él —me responde Fidel para abreviar la conversación. Ignoro qué información crucial quería transmitir Ramón a su hermano, pero, en todo caso, averigüé que éste había tomado nota de mi mensaje. Porque pocos días después el compañero de clase que me había abordado se acercó a mí para darme las gracias en nombre del mayor de los Castro. La anécdota acaba ahí, pero a día de hoy este episodio me sigue intrigando: ¿dónde se ha visto que alguien haya tenido que acudir a terceros para hablar con su propio hermano?

Una cosa está clara: a lo largo de su vida, el Comandante ha hecho poco caso a sus hermanos, tan numerosos como mal conocidos. Ángel Castro (1875-1956) y Lina (1903-1963), un terrateniente y su joven criada, con la que se casó en segundas nupcias, tuvieron siete hijos: Angelita (nacida en 1923), Ramón (1924), Fidel (1926), Raúl (1931), Juanita (1933), Emma (1935) y Agustina (1938). Con Angelita, la primogénita, fallecida en 2012, a la que Fidel se sentía bastante unido, las relaciones eran cordiales pero nada más. ¿Juanita? ¡Que se vaya al carajo!, habría podido decir el Comandante a propósito de su hermana soltera, de cuya existencia no habló nunca en mi presencia. En 1964 huyó de Cuba a la edad de treinta y un años para instalarse en Miami, desde donde ha denunciado en numerosas ocasiones el comunismo, el castrismo y el totalitarismo. Fidel no quiso volver a saber nada de ella: es como si no existiera. Tampoco ha frecuentado mucho a Emma. Y con razón: ésta ha pasado casi toda su vida en México, donde contrajo matrimonio con un empresario mexicano en los años cincuenta. Por último, la discreta y devota Agustina, casada largo tiempo atrás con un pianista ya fallecido, siempre ha vivido alejada de su ilustre hermano. En definitiva, sólo Raúl, cinco años menor que él, es un verdadero allegado de Fidel. Y eso pese a sus profundas diferencias de carácter. «De niños, Ramón era tranquilo, Fidel rígido y Raúl bromista», resumió un día su hermana Juanita. «Raúl tenía muchos amigos y conocidos. Fidel, por el contrario, era un solitario, centrado en sí mismo, egoísta»[16]. Otra diferencia: si hay que prestar crédito a un

rumor muy extendido tanto en Cuba como en Estados Unidos, así como a ciertos biógrafos de Fidel, Raúl y él no compartirían el mismo padre biológico. El ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias sería el hijo bastardo que su madre, Lina, habría tenido con el hijo de un comandante de puesto de guardia de Birán, el pueblo natal de los Castro. ¿Es eso cierto? No tengo la menor idea. Lo único que puedo decir es que Raúl no se parece en nada a sus dos hermanos mayores. Más bajito, imberbe, tiene también los ojos rasgados, lo que le ha valido el mote de «el Chino». En cambio, el parecido con su hermana pequeña Juanita, exiliada en Miami, nacida dos años después que él, es evidente. Por lo tanto, o Juanita es también una hija ilegítima, o se trata de meros chismes. Sin embargo, una cosa es segura: desde la infancia, Fidel y Raúl son carne y uña. El segundo ha seguido al primero en todas sus aventuras, desde el asalto al cuartel Moncada en 1953 hasta la cumbre del poder. Para Raúl, Fidel es una especie de padre sustituto, puesto que el verdadero padre, Ángel, patriarca severo originario de Galicia, era ese ser distante y brutal descrito en ciertas biografías. Fidel es un padre estricto. Pero un padre al que Raúl respeta, admira e incluso idolatra. El hecho es que el Comandante posee todos los talentos de los que él carece: carisma, agilidad mental, visión política, capacidad de persuasión, facilidad de palabra, don para la comunicación.

Raúl ha estado toda la vida influido por Fidel. En Sierra Maestra se esforzó al máximo por demostrar su valor y su coraje y por ganarse la estima de su hermano. Según los

historiadores, ejecutó a traidores y enemigos con su propia arma y presidió pelotones de ejecución sin manifestar la menor emoción. Así, Raúl tendría las manos más manchadas de sangre que Fidel. En todo caso, es de natural tan represivo como el Líder Máximo, si no más. En la guerrilla, su celo lo recompensó: en 1958 Fidel consideró a Raúl apto para comandar un frente, a la misma altura que Che Guevara. Confió a su hermano la apertura de un nuevo frente guerrillero, el segundo frente oriental Frank País, situado en dirección este hacia la ciudad de Santiago de Cuba. Raúl se desenvolvió con holgura. Alumno mediocre en el colegio, convertido en una personalidad bastante taciturna al alcanzar la madurez, este aficionado a las peleas de gallos (actividad entonces de moda pero hoy prohibida) se reveló, pues, en el campo de batalla. Duro y dogmático, metódico y organizado, fue allí donde se ganó sus galones de futuro ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, cargo que ocupó durante cuarenta y nueve años, hasta 2008. En relación con Fidel, Raúl es de una lealtad sin fisuras. Es asimismo la única persona del mundo en la que el Comandante confía al cien por cien. Los dos funcionan como un equipo. Por ejemplo, cuando se trata de anunciar una buena noticia, como la promoción de nuevos dirigentes, siempre es el número 1 quien se encarga. Ahora bien, si es preciso sustituir a un oficial y desairarlo en público, es el número 2 quien toma la palabra. De cara a la galería, son «el policía bueno y el policía malo», pero en realidad los dos están de acuerdo en todo. Y un detalle nada trivial: no se perderían el cumpleaños del otro

por nada del mundo. Debido a las innumerables visitas de Raúl al palacio presidencial, he tenido holgadamente ocasión de observar la relación entre los dos hermanos. Sería un error minimizar el papel histórico de Raúl. Para empezar, durante el régimen de Batista, fue el primero en frecuentar la esfera de influencia del comunismo cubano. Más tarde, fue él quien puso en contacto al argentino Ernesto Che Guevara con su hermano mayor. Además, algunos consideran a Raúl el verdadero arquitecto del sistema castrista. De hecho, a diferencia de su hermano, visionario, enérgico, impulsivo, pero totalmente desorganizado, Raúl es un organizador fuera de serie. Su gran obra: haber transformado metódicamente un movimiento guerrillero en un ejército profesional capaz de proyectarse al otro lado del océano y de vencer a un ejército extranjero, como en el caso de Angola. Intransigente, fue asimismo él quien impuso a la institución militar una férrea disciplina. Por último, fue él quien organizó el poder efectivo de los militares sobre el 60-70% de la economía nacional, incluido el lucrativo sector del turismo. Dirigido por generales «raulistas», el Holding GAESA (Grupo de Administración Empresarial, S.A.) controla docenas de grandes empresas en todos los ámbitos: Cimex (inmobiliarias, bancos, restauración, gasolineras, supermercados y más de doscientos almacenes), Cubanacan (turismo), Gaviota, S.A. (hostelería), Servicio Automotriz, S.A. (alquiler de coches para turistas), Tecnotex (importación/exportación de tecnologías y servicios), Agrotex (agricultura), Sermar (astilleros), Geocuba

(cartografía), etc. Así pues, en la sombra, Raúl es un engranaje esencial del sistema. Sin embargo, el número 2 de la Revolución no toma ninguna decisión, ni la más insignificante, sin consultar previamente al número 1. En cierta ocasión, ¡incluso lo vi en el despacho de Fidel pedir a su hermano que diera el visto bueno a los nuevos trajes de faena elegidos para vestir al ejército de tierra! En esa época, la sumisión de Raúl se manifestaba hasta en sus relaciones con nosotros, los guardaespaldas de su hermano, pues estaba lo bastante bien situado para saber que representábamos la estructura más importante en el organigrama del poder. El ministro de las Fuerzas Armadas Revolucionarias nos tenía en tan alta estima que, cuando aparecía en un lugar público donde Fidel se encontraba ya, despedía a su escolta para ponerse directamente bajo nuestra protección. Por otra parte, no admitía que nadie — ¡ni siquiera un ministro o un general! — se opusiera a la menor consigna emitida por la escolta de Fidel. Cuando uno de nosotros pedía a un oficial, fuera del rango que fuese, que hiciera el favor de apartarse para dejar paso, más le valía acceder sin protestar, porque de lo contrario a Raúl, que lo observaba todo por el rabillo del ojo, no le habría pasado por alto y lo habría registrado mentalmente en el debe del interesado. También observé que, durante las recepciones oficiales en el palacio presidencial, en ocasiones ejercía el papel de «policía». Si consideraba que Fidel estaba rodeado por demasiados aduladores, se dirigía individualmente a varios de ellos — ministros incluidos — para informarles de que debían dejar algo de oxígeno y de

espacio a su hermano. Entonces, tras haber alejado con discreción a los inoportunos, se volvía hacia nosotros, los oficiales de seguridad, cual si buscara nuestra aprobación... En público, Raúl adoptaba el semblante de un hombre cordial, afable, abordable. Muy aficionado al vodka helado, este bebedor compulsivo era asimismo juerguista, aficionado a las bromas y, según algunos, estaba dotado de un verdadero sentido del humor. Huelga decir que todo era pura fachada. Por mi parte, siempre lo he considerado áspero de trato, tajante, de lo más antipático. En lo tocante a la política, se trata de un duro proclive a la represión. Por otra parte, desde que sucedió a su hermano en la jefatura del Estado, las brutalidades policiales no se han mitigado, nada más lejos de la realidad, contrariamente a la idea que el régimen ha conseguido instilar con habilidad en la opinión pública mundial. ¿El humor de Raúl? Era a menudo retorcido. Aún lo veo (era a principios de los años noventa) dejándose caer por el aeropuerto para saludar al Comandante al pie del avión, como siempre que éste se marchaba al extranjero. Debo aclarar que en tales casos parte de la escolta de Fidel se quedaba en Cuba. Estábamos a punto de embarcar cuando el número 2 soltó al número 1: «No te preocupes por tu escolta: voy a poner a trabajar a los que se queden aquí. ¡Conmigo no hay vacaciones!». Cuando las puertas del Ilyushin se cerraron a nuestra espalda, pensé: «Qué estúpida broma...». Por lo visto, ignoraba que la escolta de Fidel pocas veces permanecía cruzada de brazos. Cuando el Líder Máximo estaba en el extranjero, los guardaespaldas no sólo seguían

con su entrenamiento habitual, sino que además aprovechaban para realizar tareas postergadas, como limpiar las armas, ocuparse del mantenimiento de los vehículos, comprobar el estado del material que habría que utilizar en caso de guerra, pasar revista a los refugios antiaéreos y tantas otras cosas. Sin embargo, hay algo que no se le puede negar a Raúl: su sentido de la familia. Es él, y no otro, quien durante mucho tiempo cobijó bajo su techo a Fidelito y Jorge Ángel, los primeros hijos de su hermano (el legítimo y el ilegítimo), porque se había dado cuenta de que no eran bienvenidos en Punto Cero, en casa de Dalia y Fidel. Y es él quien siempre se ha encargado de que la primera esposa del Comandante, Mirta Díaz-Balart, que vive en España desde hace más de cincuenta años, pueda venir a la isla y mantener el contacto con su hijo Fidelito. Entre los Castro, el páter familias es Raúl. Los domingos, él y su esposa, Vilma, organizaban con frecuencia grandes barbacoas donde se reunían hijos, nietos, primos y hermanos. En ocasiones Fidel se sumaba al clan familiar. Aunque no se quedase mucho rato, dichas reuniones brindaban a sus hermanas la rara ocasión de cruzarse con él. El marco era agradable: tras haber ocupado un inmueble de cuatro pisos en el barrio de Nuevo Vedado, Raúl, Vilma y todo su clan se habían instalado cerca de casa de Fidel y Dalia, en La Rinconada. Antes de la Revolución, la propiedad había pertenecido a un rico comerciante de café. Situada en la calle 222, cuenta con un inmenso terreno arbolado, embellecido por una vegetación lujuriante, y dispone de dos equipamientos deportivos de primera

categoría: un campo de béisbol y una pista de frontenis (variante de la pelota vasca que se juega con raquetas de tenis, y que se practica sobre todo en México, España y Argentina). Una palabra sobre Vilma Espín: Raúl la conoció en la guerrilla cuando él tenía veintisiete años. Militante antiBatista desde el principio, la valiente y hermosa joven le echa los tejos enseguida a aquel hombre un año menor que ella. Después del triunfo de la Revolución, se casan. La cuñada de Fidel se convierte entonces en una de las figuras femeninas más emblemáticas de la Revolución, a la misma altura que Celia Sánchez, edecán y amante del Comandante. Propulsada a la jefatura de la Federación de Mujeres Cubanas[17], en 1960 se le concede el papel de «primera dama» cuando Fidel consideraba necesario exhibirse en público al lado de una mujer. Sonriente, cordial, radiante, Vilma cumple su misión a la perfección. Pero las apariencias engañan: también ella tiene doble personalidad. Durante el proceso del general Ochoa en 1989 — de quien Raúl y ella eran no obstante amigos íntimos—, fue ella quien, ante el Consejo de Estado al que pertenecía, pronunció con voz firme aquellas terribles palabras: «¡Que se ejecute la sentencia!». ¿La sentencia? Era la pena de muerte...[18] En honor a la verdad, debo decir, sin embargo, que en la intimidad Vilma era una excelente madre de familia, devota de su esposo, atenta y siempre disponible para sus cuatro hijos: Deborah, Mariela, Alejandro y Nilsita. Contrariamente a la progenie de Fidel y Dalia, aislada de la vida pública, los hijos de Raúl, excepto la más pequeña, siempre han

participado en los asuntos de la ciudad. ¿Quién sabe si algún día no desempeñarán un papel de primer orden después de la desaparición de su padre y su tío? Consejera en el Ministerio de Educación, la primogénita, Deborah, nacida en 1960, estuvo casada durante mucho tiempo con un hombre clave del poder, Luis Alberto Rodríguez LópezCallejas. Padre de sus dos hijos y miembro del Comité Central del Partido Comunista, este general de brigada es el presidente ejecutivo del holding GAESA, que controla los elementos esenciales de la economía cubana. Razón por la cual conoce mejor que nadie los secretos de los montajes financieros del régimen. Se dice que si hoy están divorciados fue a petición de Deborah, quien le habría reprochado sus reiteradas infidelidades. Ignoro si es cierto. Su hijo Raúl Guillermo, conocido como Raulito, es en todo caso el actual guardaespaldas personal de su abuelo. Nacido en 1984 y apodado «el Cangrejo» debido a la malformación de un dedo, ocupa, pues, al lado de Raúl el lugar que yo ocupaba con Fidel. Él, al menos, no corre el riesgo, a priori, de ser enviado a la cárcel, como me pasó a mí... Mariela, la segunda hija, es más brillante que su hermana mayor. Nacida en 1962, dirige desde hace mucho tiempo el Centro Nacional de Educación Sexual (Cenesex). Militante favorable al matrimonio gay, esta sexóloga de ideas progresistas participa desde siempre en conferencias internacionales sobre los derechos de los homosexuales, lo que le garantiza una visibilidad planetaria. «Ella ha introducido la perestroika en mi familia», bromeó un día Raúl acerca de su hija, de estilo de vida burgués bohemio.

En febrero de 2013 Mariela Castro entró como diputada en el parlamento cubano, sin duda deseosa de desempeñar un papel en la era post Raúl.

Mariela siempre ha estado inmersa en la política. Antes de casarse con el fotógrafo y empresario italiano Paolo Titolo, su marido actual, había vivido con Juan Gutiérrez Fischmann, con el que tuvo un hijo. Ya he hablado de él: miembro fundador del grupo armado chileno Frente Patriótico Manuel Rodríguez (FPMR), se instaló en Cuba tras el golpe de Estado de Pinochet en 1973. Formado militarmente en Punto Cero de Guanabo, es uno de los artífices del famoso atentado contra el senador chileno Jaime Guzmán, partidario de Pinochet y muerto en 1991. Aunque el Gobierno lo niegue, Gutiérrez Fischmann, que se halla oficialmente en paradero desconocido, vive con placidez en Cuba. Después de Deborah y Mariela viene Alejandro, homónimo de uno de los cinco hijos de Fidel y Dalia. Nacido en 1965, es hoy coronel del Ministerio del Interior y uno de los consejeros más allegados a su padre, en su calidad de director de la coordinación informativa entre los dos ministerios más importantes del país, el MINFAR (Defensa) y el MININT (Interior). Lo que equivale a decir que se halla en la encrucijada de todos los secretos que poseen los diferentes servicios de espionaje cubanos. Me acuerdo de él como de un chiquillo hiperactivo. Cuando entré al servicio de Fidel, tenía diez años, y nosotros, los de la escolta, lo llamábamos «el Loquito», porque jugaba como un poseso en el patio de la casa donde la familia de Raúl vivía por entonces, y salía disparado de golpe y porrazo en

bicicleta o en moto eléctrica, con el peligro de atropellar a cualquiera que pasara por allí. Después lo perdí de vista. Reapareció a mediados de los años ochenta, cuando supimos que se había incorporado al cuerpo expedicionario cubano que fue a luchar a Angola. Al volver de África había perdido un ojo, a causa de un accidente ocurrido lejos de las zonas de combate.

Lo cual le valió el mote de «el Tuerto». Y entonces, en noviembre de 2012, cuando enciendo la televisión en mi casa de Miami, ¿quién aparece en la pantalla? ¡El Tuerto! Para sus primeros pasos en la escena planetaria, este titulado en relaciones internacionales había ido a Moscú a presentar la edición rusa de su obra *El imperio del terror*, una requisitoria contra Estados Unidos. Entrevistado en español por una cadena de la televisión rusa, no puede decirse que se convirtiera en una estrella, con su elocución monótona y su pronunciado ceceo. Su ausencia de carisma y su falta de elocuencia resultan tan evidentes como en su padre. No obstante, nada dice que eso vaya a impedirle llegar lejos. El coronel Alejandro Castro Espín tiene fama de acumular expedientes comprometedores susceptibles de hundir a quienes lo estorban. De carácter intratable, parece ser que mandó detener al concubino de su propia hermana Nilsita, el cual estaba implicado en un asunto de corrupción. Me gustaría saber si Alejandro utiliza las mismas técnicas a las que su tío Fidel era tan aficionado para comprometer, manipular y soltar la lengua de sus enemigos: las escuchas telefónicas y las grabaciones secretas en vídeo de los

retozos sexuales a que se entregan los diplomáticos extranjeros en hoteles de La Habana. Supongo que es así.

9

LA MANÍA DE LAS GRABACIONES

Fidel lo graba todo. En el tercer piso del Palacio de la Revolución, en un cuartito contiguo a su despacho, se encuentra un dispositivo de grabación profesional comparable al que se veía en la película *La vida de los otros*[19], con dos lectores de bandas magnéticas y dos cascos de escucha. Salvo indicación en contra, la consigna es poner en funcionamiento los magnetófonos cada vez que Fidel recibe a un visitante para una entrevista en privado, ya sea cubano o extranjero, político, ministro o general. Son los taquimecanógrafos quienes, con la vista clavada en la aguja del potenciómetro, controlan el volumen y cambian de un magnetófono a otro cada vez que una cinta se termina. Pero soy yo quien, desde la dependencia de la escolta, contigua asimismo al despacho de Fidel, tiene la facultad de abrir y cerrar los tres micrófonos ocultos en el despacho del Líder Máximo. Y eso con la ayuda de tres llaves que controlan tres cerraduras ocultas en un pequeño armario empotrado, también cerrado con llave. Es igualmente a mí a quien Fidel susurra «Sánchez, no grabes» si juzga inútil la gestión. En tal caso, no giro ninguna llave y me abstengo de movilizar el servicio de taquimecanógrafos. Debo añadir que la sala del Consejo de Ministros, situada al otro lado del pasillo, a menos de diez metros del despacho de Fidel, está abarrotada de micrófonos, los cuales permiten inmortalizar

las reuniones del Politburó del Partido Comunista que se desarrollan en ese lugar. Partiendo del principio de que cuanto se pronuncie puede ser utilizado y vuelto contra su interlocutor, las grabaciones son sistemáticamente convertidas en casetes o CD (a partir de los años ochenta), para luego archivarlas con sumo cuidado. Podrán servir, siquiera sea años más tarde, para colocar a tal o cual persona ante sus contradicciones. El mismo principio se aplica a todas las conversaciones telefónicas importantes de Fidel, quien un día u otro puede utilizarlas para presionar a su interlocutor, o para comprometerlo. Es cierto que la mayor parte de esos documentos sonoros duermen para siempre en los archivos, y que jamás se harán públicos, de manera que podría pensarse que todo es fruto de mi imaginación. Pero, por desgracia, me atrevería a decir que algunos años después de mi partida el propio Fidel Castro demostró que no me invento nada. En 2002 no resistió la tentación de difundir la conversación telefónica que acababa de mantener con el presidente mexicano de entonces, el conservador Vicente Fox. Era la víspera de una cumbre de las Naciones Unidas organizada en Monterrey, México, y el jefe del Estado, de una ingenuidad pasmosa y una torpeza rayana en la grosería, había telefoneado a Fidel para sugerirle, con machacona insistencia, que hiciera el favor de abreviar lo máximo posible su estancia en el país, al que llegaría dos días después. Y eso, en pocas palabras, para no incomodar a los demás participantes. La guinda del pastel: Fox le pidió que se abstuviese de toda declaración que pudiera desagradar al presidente

estadounidense George W . Bush, el cual estaba a punto de invadir Irak. Ya he dicho antes que oponerse frontalmente a Fidel es lo último que uno debe hacer si desea obtener algún resultado positivo, y lo primero si quiere predisponerlo en su contra. Ahora bien, eso fue precisamente lo que hizo el pobre de Fox, cuyo tacto parece casi inexistente. Muy irritado, Fidel decidió entonces difundir íntegramente su conversación telefónica de dieciséis minutos: a partir del día siguiente aparecía una y otra vez en las cadenas de televisión latinoamericanas y en YouTube, donde siempre está disponible. La prensa de izquierdas se dedicó a fustigar a Fox, al que calificó de «lacayo de Washington». Y en eso dio en el clavo: su propósito era, en efecto, mostrarse servil y sumiso a Estados Unidos, lo que le valió una imagen desastrosa en esa región del mundo donde los sentimientos antinorteamericanos siempre están a flor de piel. En un visto y no visto, Fidel había «asesinado» a Fox al dejarlo en ridículo. Que yo sepa, es la única vez que una grabación semejante, realizada desde la estancia contigua al despacho del Líder Máximo, ha sido puesta en conocimiento del público. Y sin embargo, existen miles más...

* * *

Siempre que es posible, Fidel Castro graba igualmente sus conversaciones privadas cuando se desplaza al extranjero. No puedo olvidar nuestro viaje a Ecuador, en agosto de 1988, con ocasión de la investidura de Rodrigo Borja, el nuevo presidente socialdemócrata de ese país andino

conocido por su inestabilidad política. En Quito, capital del Altiplano, situada a dos mil ochocientos metros de altitud, Fidel fue a ver en primer lugar a su amigo Oswaldo Guayasamín [20], famoso artista contemporáneo ecuatoriano cuya obra, inspirada en el arte amerindio, tiene por temas la miseria, la opresión y el racismo. Así como a Fidel, del que ha realizado numerosos retratos. Ese día el Comandante dedicó una hora de su tiempo a posar ante el caballete de aquel al que llamaba «mi hermano», calificativo que reserva a los verdaderamente íntimos, como Gabriel García Márquez. Más adelante, Guayasamín viajó a La Habana para acabar el retrato empezado en la fabulosa mansión moderna del pintor. Recuerdo una frase que pronunció entonces: «Hay que plasmar las manos de Fidel, porque las manos de Fidel hablan». El otro momento importante de este viaje fue la ceremonia de investidura presidencial en el Congreso. Un episodio alucinante. En el momento en que el presidente saliente (de derechas), el muy controvertido León Febres Cordero, aliado de Washington, inició su discurso, los diputados se pusieron a gritar «¡Corrupto!», «¡Ladrón!», «¡Hijo de puta!», en medio de una algarada indescriptible. Fidel entornó los ojos y compuso una expresión de asombro como jamás le había visto... El escándalo se extendió hasta la calle, bajo el cielo impecablemente azul del Altiplano, donde los manifestantes abucheaban del mismo modo al expresidente. De pronto, vista la tensión ambiente, tomamos la decisión de evacuar al Comandante por una puerta lateral disimulada. Por último —volviendo a las grabaciones—, Fidel aprovechó el

desplazamiento a Quito para entrevistarse con el presidente de Costa Rica, Óscar Arias, asimismo presente, quien había recibido en fecha reciente el premio Nobel de la Paz por su mediación en los conflictos de Centroamérica. Nos dirigimos a la residencia que las autoridades ecuatorianas habían puesto a disposición de este último. Una vez llegados, toda la escolta del Comandante se quedó en el exterior del edificio, salvo yo. Los dos jefes de Estado se instalaron entonces en un salón para mantener una conversación sobre Centroamérica, pues Arias contaba con el apoyo de Castro para dar los últimos toques al proceso de paz en curso, especialmente en Nicaragua. Lo primero que dijo Arias fue que deseaba que la conversación no trascendiera al público. ¡Pero a mí las instrucciones me las da Fidel, no el presidente costarricense! Como de costumbre, conecté la minigrabadora Sanyo que siempre llevo encima, obedeciendo la voluntad del Jefe. No sé cómo ni por qué, pero antes de que se iniciara la entrevista, el magnetófono oculto en el bolsillo de mi camisa emitió un repentino «¡clic!». Arias lo oyó y solicitó con educación a Fidel que me indicara la salida. Y se quedaron solos. No obstante, yo había reparado en que había otra puerta, situada en la parte posterior del salón. De manera que recorrí el pasillo de puntillas y deposité con discreción la grabadora, oculta en una cartera, sobre una mesa próxima a dicha puerta posterior. De ese modo grabé toda la conversación, aunque la calidad del sonido fuera muy mediocre. Todo esto para decir que, lejos de reprocharme mi celo, Fidel seguía deseoso de llevarse consigo un

documento sonoro. De regreso a La Habana, pidió a la Técnica que «limpiara» la banda sonora, con el fin de eliminar los ruidos ambientales y mejorar la calidad del sonido general.

* * *

En lo tocante a la colocación de micrófonos y cámaras en casas, pisos, vehículos, despachos, fábricas y calles de Cuba, es el departamento técnico de la policía secreta, la Técnica (o Seguridad del Estado, o G2), quien se encarga de ello. No hay que confundirlo con el Departamento Chequeo, que se ocupa de la vigilancia y el seguimiento. También lo llaman departamento K (¡de Kafka!) en razón de su nomenclatura: la unidad KC verifica el correo postal; la unidad KT se ocupa del chequeo telefónico (escuchas de líneas telefónicas y de micrófonos instalados en las habitaciones de hotel, los despachos, los coches, los domicilios); la unidad KJ se encarga del chequeo visual (seguimiento y vigilancia en vídeo). A esto se añade el KR, que controla el chequeo radiofónico, es decir, las escuchas de los emisores receptores de radio, numerosos en Cuba, en los ministerios pero también en casa de ciertos radioaficionados particulares. Puedo revelar asimismo que se han instalado cámaras de vigilancia en las inmediaciones de la fortaleza La Cabaña, el edificio colonial que domina el puerto viejo, donde agentes del KJ vigilan de manera permanente, con la ayuda de potentes teleobjetivos, los movimientos de personas en la entrada de la Sección de Intereses de Estados Unidos, situada a tres kilómetros de allí, en la fachada marítima. En efecto, desde

la ruptura de las relaciones diplomáticas en enero de 1961, Washington ya no dispone de embajada en La Habana.

Pero desde 1977 se han garantizado las relaciones informales mediante una Sección de Intereses. Por otra parte, un equipo del KJ opera desde un edificio de la Unidad 160, el centro de logística de la escolta, donde se encuentran el garaje de los Mercedes, el cine privado de Fidel, la casa donde recibe a sus amantes, los almacenes de alimentos de la nomenklatura, etc., y que da directamente sobre el apartamento privado de la residencia del embajador de Suiza, situada al otro lado de la calle. Es más, el simple agente de policía apostado a la entrada de esta residencia es en realidad un oficial del contraespionaje que vigila las entradas y salidas del edificio, frecuentado por numerosos occidentales. Más vale que los extranjeros vayan prevenidos: en Cuba, nadie escapa a la vigilancia de la Seguridad del Estado, el G2. Así, varios hoteles de La Habana están dotados de habitaciones especialmente acondicionadas por la Técnica, con el fin de escuchar las conversaciones y filmar la intimidad de objetivos dignos de interés, como empresarios, diplomáticos, políticos, universitarios, profesionales de la cultura, periodistas, personalidades de las artes y las letras. Citaremos el piso veinte del hotel Habana Libre, el catorce del hotel Riviera, el hotel Nacional o incluso el hotel Cohiba. Pero hay más... Cuando el Estado cubano invita, como suele ocurrir, a personalidades extranjeras, resulta cómodo alojarlas en una de esas habitaciones especiales, para después filmar sus retozos sexuales con una prostituta de servicio enviada

por el G2. De ese modo el régimen dispone de un temible medio de chantaje, sobre todo si la pareja sexual es menor de edad o se trata de un homosexual (cuando el objetivo es un hombre casado).

* * *

Ignoro con cuántos espías por metro cuadrado cuenta Cuba, pero la cifra es sin duda impresionante. Una certeza: la Seguridad del Estado, o G2 —la megaestructura que descansa sobre tres pilares: el espionaje, el contraespionaje y la Seguridad Personal, a la que yo pertenecía—, despliega sus tentáculos como un pulpo. Cada industria, cada institución, todos los ministerios, las escuelas de las aldeas más pequeñas, están infiltrados o controlados por agentes. Tanto en provincias como en los barrios de las grandes ciudades, su principal misión consiste en recoger información sobre el estado de la opinión pública en una zona geográfica determinada, para sintetizarla después en informes que son transmitidos a diario a sus jerarcas. Y todo asciende de manera piramidal hasta el Líder Máximo. Gracias a esta división en zonas, Fidel y Raúl son informados en menos de veinticuatro horas de la menor crítica expresada contra el régimen por la población. Hasta los ministros y generales son espíados y sometidos a escucha. En el inmenso terreno de Punto Cero, la propiedad habanera de Fidel, existe una casita dedicada a las escuchas de las personalidades residentes en las inmediaciones del Líder Máximo. ¡Ahora bien, en esta parte de la ciudad viven casi exclusivamente miembros de la nomenklatura! Situada en el parque de la propiedad privada

de Fidel, pero alejada del edificio principal, la casa recibe el dulce apodo de «casa de los misteriosos». Yo conocía desde hacía mucho ese pequeño edificio, pero sólo por su fama, porque nosotros, los guardaespaldas, no estábamos autorizados a acercarnos. Sin embargo, un buen día adquirí la certeza —por pura casualidad— de que la función de la casa de los misteriosos era la que nosotros sospechábamos, y no tenía nada que ver con fantasmas. Fue hacia 1990. Ese día, Fidel y nosotros, su escolta, acabábamos de llegar al Palacio de la Revolución para iniciar la jornada laboral, cuando el Comandante me envió ipso facto a su domicilio de Punto Cero para ir en busca de un documento que había olvidado. Al pasar ante el edificio de la escolta, situado a cincuenta metros de la casa de Fidel, dije de repente al chófer que se detuviera unos segundos, con el fin de ir a recuperar un paquete de cigarrillos caído en el dormitorio común. Allí, me topé con dos tipos que estaban manipulando los teléfonos, pero, con la cabeza gacha, sin mirarlos ni una sola vez, fingí ir con demasiadas prisas para fijarme en ellos. Salí lo más deprisa que pude con mi paquete de cigarrillos en la mano. Y como no había ningún vehículo desconocido estacionado en el aparcamiento, comprendí que se trataba de individuos de la casa de los misteriosos, llegados a pie desde el otro lado del parque... Hablé de este descubrimiento a mi mujer y a tres o cuatro colegas cercanos, y después no volví a aludir a ello. Lo cual no era óbice para que hubiera descubierto que Fidel nos sometía a escucha, a nosotros, sus guardaespaldas, ¡que le éramos devotos en cuerpo y alma!

Ahora bien, es cierto que, con el paso del tiempo, Fidel generalizó las escuchas hasta el punto de instalar micrófonos en buen número de casas de protocolo (¡incluso la que frecuentaba su amigo Hugo Chávez estaba equipada!) y de vigilar las conversaciones de sus ministros, como demostró la doble caída en desgracia, en 2009, de Felipe Pérez Roque y Carlos Lage, por entonces ministro de Asuntos Exteriores y vicepresidente del Consejo de Ministros respectivamente.

* * *

Las escuchas son el abecé del espionaje. Y en una dictadura, el espionaje —llamado asimismo inteligencia o información— es el nervio de la guerra. A lo largo de la historia, Fidel ha convertido en ciencia ese arte, hasta tal punto es considerable la experiencia que ha acumulado. Durante los años de guerrilla fue él quien montó el sistema de espionaje, puesto que, en la clandestinidad, la información constituye la herramienta fundamental para la supervivencia. Llegado al poder, se benefició de los preciosos consejos y la inestimable ayuda técnica del KGB soviético y la Stasi de la República Democrática Alemana. En Cuba, el maestro del espionaje es Fidel. Posee todas las cualidades: astucia, audacia, sentido de la improvisación. En el extranjero, por ejemplo, era él, y nadie más, quien definía los blancos objetivos prioritarios, a saber: la administración estadounidense de Washington, los funcionarios de las Naciones Unidas en Nueva York, los exiliados cubanos instalados en Florida, sin olvidar los medios universitarios, donde se reclutaban simpatizantes

castristas susceptibles de convertirse, años después, en topes infiltrados en la administración yanqui. Porque, algo fundamental, Fidel se proyecta siempre hacia el futuro y reflexiona en términos de generaciones. Es capaz de esperar años, incluso décadas, para activar a un espía, el tiempo necesario para que éste llegue a una posición jerárquica lo bastante elevada en la institución en la que desea infiltrarse. Por último, es él quien trata personalmente con los agentes secretos más importantes cuando están de paso por La Habana: se encuentra con ellos por la noche en las casas de protocolo y charlan hasta bien entrada la noche tropical. En 1980 tuve un pequeño ejemplo de su mano izquierda: era el momento de la «crisis del Mariel». Hagamos un poco de historia: el 2 de abril de 1980 cinco cubanos fuerzan la entrada de la embajada de Perú con la ayuda de un autobús para solicitar asilo político, que obtienen pese a las protestas de Fidel Castro. Como represalia, éste retira la protección policial cubana a la embajada. Resultado, con suma rapidez, setecientos cincuenta, y después hasta diez mil cubanos deseosos de abandonar la isla invaden la misión diplomática, acampan en el lugar, se niegan a partir. La ocupación se transforma en crisis humanitaria: superpoblada, la embajada de Perú no está en situación de garantizar las condiciones higiénicas mínimas ni una alimentación decente a los ocupantes. Cada centímetro cuadrado, tanto en el interior como en el exterior del edificio, está ocupado por refugiados, a tal punto que algunos se han instalado en las ramas de los árboles del jardín. Al cabo de tres semanas de

pulsos y de negociaciones con Lima, pero también con Washington, ya no son diez mil, sino cien mil los cubanos que reciben autorización para exiliarse en Estados Unidos, es decir, la mayor oleada de emigración de la historia del castrismo desde 1959 y hasta nuestros días. Yo estaba en primera fila. A lo largo de tres semanas vi cómo gestionaba Fidel la situación. Para empezar, desde el principio de la crisis, como un verdadero jefe de guerra decide trasladar su despacho al del director del contraespionaje, por entonces Fabián Escalante Font, que se encuentra más cerca de la embajada peruana, es decir, de la acción. Desde ese puesto de mando ordena de inmediato a la Técnica que instale cámaras con el fin de poder seguir en directo la situación en el recinto diplomático y sus alrededores. Acto seguido manda enviar dos camiones médicos, que aparcan a lo largo de la embajada, y autoriza a los reclusos a salir para recibir cuidados. ¿Un gesto humanitario con el fin de proporcionar asistencia a las mujeres, hombres y niños enfermos? En realidad, la mitad de los médicos del camión son oficiales de información vestidos con una bata blanca, que aprovechan las consultas para trazar el perfil de quienes solicitan asilo. Durante ese tiempo, yo, al lado del Comandante, consigno en la libreta sus principales hechos y gestos. Paralelamente, Fidel decide infiltrarse en la embajada peruana enviando falsos candidatos al exilio, que en realidad son agentes de información. Éstos simulan enfermedades para ir a consultar a los falsos médicos, que les transmiten las últimas directrices de Fidel; mientras la situación humanitaria se degrada y la tensión política

aumenta, el Jefe les pide que siembren cizaña entre los refugiados y provoquen disturbios. Además, cuando la penuria alimentaria alcanza un punto crítico, ordena entregar «generosamente» cajas de víveres a los reclusos..., si bien en número insuficiente con el fin de que éstos luchen y se hagan pedazos por la comida. De ese modo la televisión cubana puede filmar, a través de las verjas, imágenes de escenas de disturbios y peleas que tienden a presentar a los reclusos como la escoria de la sociedad. Y así fue como Fidel Castro, con una mezcla de astucia, cinismo y espionaje, consiguió, si no dar la vuelta a la situación en su favor, al menos limitar los daños. Pero la historia no termina ahí. La negociación internacional desemboca en un epílogo: al cabo de tres semanas, Fidel autoriza a decenas de miles de cubanos a dirigirse al puerto de la ciudad de Mariel (al oeste de La Habana) con el fin de embarcar hacia Florida a bordo de barcos llegados de Estados Unidos. Serán cien mil en total. Comienza el «éxodo del Mariel». Se ha dicho que el Comandante aprovechó la ocasión para vaciar las cárceles y desembarazarse de miles de detenidos peligrosos, enviándolos a Estados Unidos. Es cierto: los fue seleccionando en persona. Yo fui testigo de ello. Estaba presente cuando le llevaban las listas de la administración penitenciaria, con el nombre de los detenidos, el motivo de su condena y la fecha prevista de su liberación. Fidel leía y de un plumazo anotaba: Fulano sí, Mengano no. «Sí» era para los asesinos y delincuentes peligrosos, «no» para los que habían atentado, directa o indirectamente, contra la

Revolución. En total, más de dos mil criminales se encontraron de pronto en libertad... en las calles de Miami. Para terminar, cuando los candidatos al exilio fueron autorizados a embarcar hacia Estados Unidos, Fidel movilizó a una muchedumbre hostil en el puerto de Mariel a fin de depararles la partida más humillante posible. Azuzados por policías y agentes del G2 vestidos de civil, sus compatriotas los insultaban, repartiendo escupitajos y puñetazos. Yo lo consideraba injusto, por supuesto, pero ¿qué podía hacer? En aquel momento se me antojaba una simple medida defensiva, un medio legítimo de proteger la Revolución y sus nobles ideales frente a los contrarrevolucionarios, que la habían agredido a propósito al invadir la embajada de Perú. Era joven y me tragaba sin rechistar todas las mentiras de Fidel...

* * *

En esa época, acababa de empezar mis estudios de contraespionaje en la escuela superior del MININT. Al principio, desde 1979 hasta 1985, me ocupaban un día a la semana, y después, durante los últimos meses de formación, todos los días. Fue allí, en los bancos de la escuela (pero también al lado del maestro del espionaje Fidel), donde asimilé todas las técnicas que se enseñan a los agentes cubanos enviados en misión al extranjero. Más adelante, procedimientos tales como la vigilancia y la contravigilancia me sirvieron de mucho, en especial cuando huí de Cuba tras haber purgado mi pena de cárcel, mientras la policía seguía espionando mis menores hechos y gestos. El curso de psicología, por ejemplo, nunca ha dejado de serme

útil. Entre otras cosas, aprendíamos diversos métodos para sonsacar información a nuestros interlocutores en el curso de conversaciones triviales, poniendo en acción estímulos psicológicos como la adulación o la duda: al valorar a las personas que sufren falta de reconocimiento en su vida profesional o, por el contrario, al poner en duda los propósitos de personas con un ego sobredimensionado (y que por lo tanto son proclives a exagerar sus méritos durante la conversación), es innegable que llegas a aprender montones de cosas...

Entre mis compañeros de clase figuraban futuros diplomáticos. Debo aclarar que el espionaje cubano extiende sus redes por todo el mundo. Y, a diferencia de los de otros países, los diplomáticos cubanos dominan a la perfección todas las técnicas de espionaje. Para ello siguen una formación. Antes de partir hacia su destino, incluso se reúnen con psicólogos que los informan sobre su carácter, sus puntos fuertes y sus puntos débiles, con el fin de que corrijan algunos rasgos psicológicos. Se trata de eliminar los gustos, inclinaciones o preferencias que podrían constituir defectos explotables por parte del enemigo y, al mismo tiempo, reforzar su motivación revolucionaria mediante un discurso ideológico calibrado. Esta fase se conoce como «blindaje mental». Como resultado, cualquier embajada cubana, desde París hasta México y de Berlín a El Cairo, es un nido de espías. Hasta el último de los empleados, incluido el ayudante de recepción, ha sido iniciado en el contraespionaje, siempre partiendo de la base de que su formación no ha sido tan amplia como la del

cabeza visible, es decir, el embajador. A fuerza de viajar con Fidel y de colaborar estrechamente con nuestras legaciones en el extranjero, he aprendido un montón. Por ejemplo, que el oficial de cifrado[21] es, en cada una de las embajadas, el hombre más vigilado en razón de todas las informaciones que posee. Obligado a residir en el interior del recinto diplomático, no está autorizado a desplazarse solo por la ciudad, sino que, por el contrario, siempre debe salir acompañado de uno o varios colegas. Y eso con el fin de evitar toda defección, cosa que sería dramática para Cuba. Una de las misiones esenciales asignadas a las embajadas consiste en reclutar a agentes extranjeros, ya se trate de simples agentes de influencia o de verdaderos espías. Los primeros son por lo general universitarios, políticos, diplomáticos, periodistas, personalidades de las artes y las letras, incluso empresarios; en definitiva, toda persona que goce de una posición capaz de conferirle influencia en la sociedad y que esté, a priori, a favor de la Revolución cubana. Para Cuba, se trata de alentar su inclinación natural con el fin de convertirlos en transmisores de opinión imperceptiblemente procastristas. Tontos útiles, como diría Lenin. Los segundos, mucho menos numerosos, son personas que trabajan conscientemente para los servicios cubanos tras haber sido reclutados por la Dirección de Inteligencia.

Las recepciones diplomáticas, los acontecimientos culturales (conciertos, proyección de películas) o los salones profesionales (en el ámbito del turismo, por ejemplo), así como las reuniones de amantes de los puros,

son propicios para el reclutamiento de agentes. Dicha misión se halla bajo la autoridad de un oficial reclutador: existe uno en cada embajada cubana del mundo. Por regla general, se trata de una persona cultivada, sociable, muy afable, capaz de abordar todos los temas y de adaptarse a todas las circunstancias. Su principal tarea consiste en simpatizar con las personas y tirarles de la lengua, con el fin de determinar si tal o cual individuo presenta un perfil procubano y, por lo tanto, podría ser reclutado o no. De cada recluta en potencia se traza un perfil psicológico: sus gustos, preferencias, puntos débiles, orientación sexual, grado de afinidad con la Revolución cubana o pasión por el dinero son consignados metódicamente en una ficha. Es el punto de partida obligado. Todos los que están familiarizados con el universo de la información saben que existen cuatro incentivos que permiten reclutar a los agentes: el dinero, la ideología, el chantaje y el ego. Fidel privilegia desde siempre la segunda categoría, partiendo del principio de que emplear a personas motivadas de verdad y que comparten su ideología antiimperialista (es decir, antinorteamericana) constituye, al mismo tiempo, el medio más seguro a la larga y el menos oneroso. Los topes cubanos más célebres descubiertos por la CIA pertenecen a esta categoría, como Ana Belén Montes, topo procastrista en el Pentágono detenida en 2001 (y condenada a veinticinco años de cárcel), o Walter Kendall Myers, exoficial del Departamento de Estado detenido en 2009 (y condenado a cadena perpetua). El sentimiento de luchar por la gloria de la Revolución cubana les bastaba. Con todo,

a veces, de manera puntual, se da el caso de que se recluten agentes mediante el chantaje. Es lo que le sucedió a un diplomático francés, un caso del que me enteré una mañana, cuando preparaba el correo de Fidel. No he contado todavía que, aparte de la protección física del Comandante y la actualización de la libreta, todas las mañanas me correspondía poner en orden los informes de síntesis transmitidos por los diferentes ministerios y los servicios de información. Así pues, una mañana, a finales de los años ochenta, veo pasar un informe del contraespionaje relativo a un diplomático francés agregado en Cuba, reclutado según el método del chantaje. El reclutamiento de un agente extranjero es un acontecimiento que no se produce todos los días, y resulta lo bastante interesante para que me entren ganas de demorarme sobre el caso. En aquel momento no tuve tiempo de leer el informe con detalle, pues debía preparar la pila de documentos que quería presentar a Fidel. Pero retuve el nombre. Después, lo cierto es que no volví a pensar en ello... Sin embargo, la historia tiene una continuación, que transcurre en Miami. Como todo el mundo sabe, en la capital de Florida residen decenas de miles de exiliados. Ahora bien, entre ellos figuran un número nada desdeñable de antiguos agentes de los servicios secretos cubanos, los cuales, habida cuenta de mis antecedentes, me abordaron con toda naturalidad cuando conseguí escapar de Cuba por fin, en 2008. Uno de ellos, exoficial de información, que había desertado a Estados Unidos en 1995, me preguntó si había oído hablar de un tal X (lo llamaremos así), diplomático

francés reclutado a finales de los años ochenta en La Habana. Su nombre me sonó al instante, y me retrotrajo a casi veinte años atrás. Pocos días después, el exagente cubano me pidió que leyera un extracto del informe de nueve páginas que había redactado a instancias del FBI estadounidense tras su desertión, una de cuyas partes concernía al diplomático en cuestión. Evoco aquí lo esencial, pues revela claramente la manera de trabajar de los servicios cubanos. De hecho, al contrario de lo que podría creerse, el espionaje castrista no se centra necesariamente en peces gordos. También le interesan los funcionarios intermedios, de segundo rango, pero susceptibles de aportar retazos de información que a continuación se inscriben en un conjunto más amplio, como la pieza de un rompecabezas. Para abreviar, este caso de manual demuestra que, de manera puntual, el espionaje cubano recurre al método del chantaje, aunque —lo repito— Fidel preconiza sobre todo el reclutamiento por afinidad ideológica, más fiable y duradero. Así, tras haber detectado que el tal señor X, diplomático, se dedicaba al contrabando de joyas y obras de arte, el Departamento II del contraespionaje[22] cubano trazó su perfil psicológico y organizó una operación para comprometerlo, consistente en filmarlo en el momento en que estaba a punto de llevar a cabo una transacción ilegal. La operación concluyó con éxito y el reclutamiento fue declarado «positivo». Acto seguido pidieron al francés que proporcionara información sobre el interior de su representación diplomática, el sistema de alarma, las medidas de seguridad, etc., lo cual

hizo posible un registro del lugar. También le pidieron que aportase datos sobre la vida privada de los demás funcionarios, consulares o comerciales, con el fin de completar nuestras fichas y determinar si existían otros diplomáticos con un perfil propicio a su reclutamiento. Tras un estudio en profundidad de la personalidad de X, los psicólogos del contraespionaje establecieron que se trataba de un hombre muy interesado en el dinero. En consecuencia, decidieron autorizar a este nuevo agente a continuar con su negocio de obras de arte, si bien al precio de una contrapartida. Siguiendo «instrucciones de las más altas instancias del país»[23], el contraespionaje exigió al francés que pusiera algo de su parte para que Cuba obtuviera financiación de las instituciones francesas encargadas de la cooperación y el desarrollo en los países del Tercer Mundo. A tal fin, el diplomático, en los informes que enviaba al Ministerio de Asuntos Exteriores de su país, debía presentar la realidad política, económica y social de Cuba según las indicaciones proporcionadas por los servicios cubanos. X accedió y prosiguió con sus actividades, sin saber, al principio, que seguía estando vigilado. Y , por supuesto, el control a que era sometido permitió comprometerlo y exigirle cada vez más información. Por lo que yo sé, ese caballero sigue siendo diplomático de Asuntos Exteriores de su país.

10

LA OBSESIÓN VENEZOLANA

Se apagan los motores y sólo se oye el chapoteo de las olas contra el casco del Aquarama II. Bajo el cielo estrellado, el aire caliente acaricia la piel y la luna llena ilumina el paisaje. Es tarde, quizá medianoche. A bordo del yate de Fidel, a una milla marina de su isla privada, Cayo Piedra, él y Gabo se han lanzado a una memorable salida de pesca nocturna. Gabo es Gabriel García Márquez, escritor colombiano y premio Nobel de Literatura al que Fidel, un año más joven, conoce desde principios de los años sesenta, cuando periodistas latinos llegados de toda Sudamérica fundaron la agencia de prensa cubana Prensa Latina. Corresponsal durante un tiempo de dicha agencia en Estados Unidos, Gabriel García Márquez se distanció más tarde del castrismo para consagrarse a su vocación, la literatura, antes de volver con Fidel en los años setenta, fascinado por el hombre de Estado y por su discurso anclado en el nacionalismo continental, o panlatino. Un tercer compinche se encuentra asimismo a bordo. Es un invitado personal del Comandante, un empresario latinoamericano cuyo nombre o nacionalidad no recuerdo. Fue Fidel quien tuvo la idea de hacer esa excursión por mar. ¡Un verdadero placer pescar por la noche en el Caribe, mientras sorbes un whisky de doce años! Claro está que al lado de Fidel una inocente salida de pesca puede convertirse en una competición. Pero esa noche la suerte sonrío a su invitado. «¡Uno!», suelta muy sonriente el hombre de negocios sudamericano, al tiempo que desengancha su primer pez. «¡Hop, y dos! ¡Y he aquí el tercero!», continúa triunfal, sin imaginar ni por un momento que su anfitrión pueda sentirse molesto. Y la

letanía prosigue: «¡Y cuatro!». Y así sucesivamente... Dos horas más tarde, el invitado tiene como mínimo cinco peces de ventaja en el fondo de su cubo. Observo por el rabillo del ojo al Comandante, que exhibe una expresión ceñuda. Hace bastante rato que no dice ni mu... Gabo empieza a aburrirse. Bosteza. A una hora avanzada de la noche, el autor de Cien años de soledad termina por llevarme a un lado y me susurra al oído: «Oye, di a nuestro camarada que dé por terminada la pesca milagrosa, porque a este ritmo no nos acostaremos jamás...». Gabo conoce lo bastante a Fidel para saber que es tan mal perdedor en la pesca como en el baloncesto, o en cualquier otra actividad competitiva. Y que no se rendirá hasta que no tenga un pez más que su invitado. De manera que transmito a éste el mensaje y una hora después Fidel, que se ha tomado la revancha, decreta: «Bien, creo que la pesca ha sido buena. Es hora de recogernos». Desde los años setenta, Gabriel García Márquez se divide entre México, donde tiene una vivienda, y Cuba, donde Fidel ha puesto a su disposición una casa de protocolo con piscina, Mercedes-Benz, chófer, cocinero, etc., en la calle 146 del barrio de La Playa.

Durante los años ochenta, Gabriel García Márquez pasa un montón de tiempo en Cuba. Siempre está con Fidel, ya sea que lo visite en palacio, que lo reciba en su casa o bien que el Comandante en Jefe y el premio Nobel de 1982 compartan un fin de semana en el paraíso insular de Cayo Piedra. Ahora bien, una noche de 1984, hacia las diez, creo, Fidel va a casa de Gabo y, al hilo de la conversación, el Comandante, que siempre tiene la política en mente y urde

planes a cada minuto que pasa, le sugiere, medio en broma, que se lance a la carrera de las elecciones presidenciales colombianas, previstas para dos años después.

—Escucha, Gabo, me parece que podrías presentar con toda legitimidad tu candidatura a la presidencia de Colombia... Todas las cartas están a tu favor... Serías un buen candidato. Además, nosotros te apoyaríamos desde Cuba con todos los medios disponibles. Recuerdo que en ese momento Pepín, el edecán de Fidel, me llevó a un aparte y me dijo, divertido e incrédulo al mismo tiempo: — ¿Has oído eso? El Jefe está a punto de meterle en la cabeza la idea de llegar a presidente... Vamos a ver adónde nos lleva todo esto... No muy lejos, a decir verdad, porque Gabo no tardó en desechar la «luminosa» idea de Fidel. Consciente de que no era un animal electoral, el escritor colombiano siempre prefirió, en mi opinión, disfrutar de los placeres de la vida, situándose cómodamente al margen de la política, antes que lanzarse a una aventura incierta que no condecía con su temperamento. En caso contrario, es evidente que Fidel lo habría apoyado con todas sus fuerzas. Y con la profunda sabiduría política del Jefe, no se puede descartar que García Márquez, en aquel momento en la cumbre de su gloria, habría ganado las elecciones en su país. Después, a Fidel le habría resultado muy sencillo aconsejar, influir y manipular a su amigo para hacer caer a Colombia en la órbita de Cuba, y de la forma más democrática del mundo. La historia decidió otra cosa. Pero relato esta anécdota para demostrar hasta qué punto Fidel Castro, de creatividad desahogada, es capaz de salirse del

marco establecido para redistribuir las cartas del gran juego de la política, en todo momento y por todos los medios existentes, ya sea la subversión, las elecciones o gracias a un caballo de Troya como habría podido ser Gabo.

* * *

Tras fracasar en el intento de instrumentalizar a su amigo Gabriel García Márquez, es en el país vecino, Venezuela, donde el Comandante dará el golpe, si bien mucho más tarde, atrayendo bajo su influencia al coronel Hugo Chávez, quien a finales de la década siguiente, en 1999, accederá al poder en Caracas. Venezuela siempre ha ocupado un lugar especial en el pensamiento geoestratégico de Fidel. El Comandante siempre ha tenido el petróleo venezolano en el punto de mira, pues sabía desde el principio que sería la clave capaz de financiar su sueño internacionalista y de plantar cara a los estadounidenses. En consecuencia, no es por casualidad por lo que al cabo de sólo tres semanas del triunfo de la Revolución cubana vuela a Venezuela, a la que reserva su primer viaje internacional, el 23 de enero de 1959. Este desplazamiento posee una doble dimensión simbólica. Por una parte, se debe al hecho de que Fidel reivindica su filiación con Simón Bolívar el Libertador (1783-1830), héroe de la independencia respecto de España, el cual ya soñaba con llevar a cabo la unión de todos los países de la América hispánica. Por otra parte, la identificación de los venezolanos con el joven Fidel Castro surge de un pasado similar: también ellos han derrocado una dictadura, la de Marcos Pérez Jiménez, un año antes, el 23 de enero de 1958. Como resultado, Fidel y su

delegación cubana, en la que figura su compañera oficiosa Celia Sánchez, son acogidos como héroes por una multitud de hombres y mujeres ante la que el Comandante pronuncia discursos de acentos proféticos. De todos modos, Fidel Castro sufre un revés. Había ido para solicitar ayuda económica al reelegido presidente venezolano Rómulo Betancourt[24], pero recibe una negativa tajante. De ahí la desavenencia entre ambos mandatarios. Después de su cita, Betancourt habría pronunciado esta frase: «No me he reunido con un hombre, sino con un huracán tropical». El viaje a Caracas concluye con un acontecimiento de distinta naturaleza, pero significativo. Justo antes de embarcar en el bimotor que ha de transportar a la delegación a Cuba, el jefe de la escolta de Fidel, el «barbudo» Paco Cabrera, vuelve a bajar a la pista en busca de un arma que ha olvidado. Entonces, una hélice lo golpea, le parte el cráneo y lo arroja al suelo en medio de un charco de sangre. Según algunas fuentes, Fidel habría reaccionado sin compasión ante la muerte de ese guardaespaldas que, sin embargo, lo acompañó en Sierra Maestra, limitándose a soltarle estas palabras: «¡Menudo imbécil!». Ignoro si es cierto, pero una cosa es segura: Fidel no se muestra muy agradecido con la gente que dedica su vida a protegerlo. La forma en que me envió a la cárcel constituye la prueba, pero existen otros ejemplos, como el de mi colega, el capitán Armín Pompa Álvarez, fallecido a principios de los años ochenta de una enfermedad fulminante (nunca se ha sabido cuál), tras haber recibido picaduras de mosquito cuando se encontraban pescando

tortugas, en una excursión organizada por Fidel, cerca de una isla que estaba infestada. Desde luego, el Comandante asistió al funeral en el cementerio Colón de La Habana, al que había ordenado enviar una corona de flores. Incluso presentó sus condolencias a la viuda deshecha en lágrimas y a la familia del guardaespaldas, fingiendo tal aflicción que su emoción parecía real y sincera. Sin embargo, apenas concluida la ceremonia, fue a pasar un buen rato con su amante, la intérprete Juanita Vera, en la casa de citas de la Unidad 160. Que el Jefe sintiera la necesidad de hacer el amor justo después del entierro de alguien tan cercano y devoto se me antoja incomprensible. Algunos de nosotros, los miembros de la escolta, no ocultamos nuestra confusión. Un guardaespaldas soltó: «Aquí lo último que debes hacer es morir. Si te mueres, te olvidan al instante...». Y, efectivamente, tres semanas después de su muerte ya nadie hablaba del capitán Armín...

* * *

Volviendo a las aspiraciones de Fidel sobre Venezuela, hay que recordar que desde principios de los años sesenta el Líder Máximo, como no pudo llegar a un entendimiento con el presidente Rómulo Betancourt, se dedicó a apoyar activamente a la guerrilla mediante asesoramiento, entrenamiento militar en Cuba y entrega de armas clandestinas a Venezuela. Cuando Betancourt, socialdemócrata radical hasta la médula, se enteró y obtuvo pruebas, le echó un pulso que desembocó, en 1962, en la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA), la instancia que reúne a todos los

países del continente americano. De pronto Fidel se encuentra aislado en la escena diplomática. Sin embargo, pese a todo no abandona su idea fija venezolana. A partir de 1974 entabla amistad con el nuevo presidente Carlos Andrés Pérez, quien restablece las relaciones con Cuba sin dejar de mantener lazos amistosos con Washington. Vicepresidente de la Internacional Socialista, el jefe del Estado se opone, al igual que Fidel Castro, a la dictadura de Somoza en Nicaragua. A partir de ese momento Fidel cuenta con un aliado de peso en la región, que lo apoya en las Naciones Unidas y en otros foros internacionales. Gracias a la crisis energética y al aumento vertiginoso de los precios del oro negro, el primer mandato de Carlos Andrés Pérez (1974-1979), apodado CAP, corresponde a una era de prosperidad inédita. Es la época en que este país recibe el sobrenombre de «Venezuela Saudita» y los venezolanos el de «dame dos», en razón de su poder adquisitivo, superior al de todos los demás países de la región.

Aupado por su primer mandato, CAP vuelve al poder por segunda vez, desde 1989 hasta 1993. Seré yo quien, en calidad de avanzadilla (o «precursor»), se encargue de organizar la seguridad del desplazamiento de Fidel a Caracas con ocasión de la ceremonia de investidura, en 1989. No obstante, tras algunos días pasados en el hotel Caracas Hilton, el ministro del Interior José Abrantes sugiere a Fidel la idea de que toda la delegación cubana se aloje en otro hotel, el Eurobuilding, algo alejado del centro pero que acaba de abrir sus puertas y, sobre todo, resulta

tranquilo. Una atmósfera bulliciosa reina, en efecto, en el Hilton, donde residen casi todos los presidentes: el vestíbulo desborda de periodistas que asaltan a Fidel, de consejeros presidenciales que ocupan los sillones y de oficiales de seguridad llegados de todos los países. Además, los ascensores siempre están congestionados. Como resultado, la seguridad cubana, incapaz de controlar la situación, no consigue trabajar con serenidad. Fidel acepta, pues, la propuesta de Abrantes y me envía, en calidad de avanzadilla, a resolver las cuestiones prácticas del traslado. Ahora bien, una vez allí, de pronto me encuentro bloqueado en el ascensor que mi jefe ha de tomar dos horas después. Se me ocurre ipso facto un plan B: Fidel utilizará el montacargas situado cerca. Yo mismo lo uso, compruebo el funcionamiento con algunos técnicos, lo peino para detectar la presencia de explosivos y, por fin, aposto a un guardia cubano ante la puerta, a otro en la planta de Fidel y a un tercero en el sótano. En éstas, el Comandante hace su entrada en el vestíbulo del hotel sin que yo haya tenido tiempo de avisar a Abrantes ni al jefe de la escolta de todos esos cambios. Me dirijo hacia Fidel y me coloco delante de él, con el fin de detenerlo en mitad del vestíbulo. Con un movimiento del mentón y sin pronunciar palabra, lo conmino a seguirme en dirección al montacargas, bajo la mirada reprobadora de Abrantes, quien se interpone para contradecirme, mas en vano. Confiado, Fidel me sigue y, en el montacargas, descubro la mirada sombría de Abrantes y su rostro desfigurado por la contrariedad: no soporta que mi opinión cuente más que la

suya. Llegados a la planta, los dos hombres se encierran en la habitación de Fidel y, cinco minutos después, soy convocado para justificar mi iniciativa. Se lo explico todo a Fidel de pe a pa, y éste, sin pronunciar palabra, mira sonriente a Abrantes, como diciéndole: «¿Lo ves? Sánchez es un profesional, sabe lo que hace». El ministro del Interior no volverá a dirigirme la palabra hasta La Habana... De regreso en Cuba, Fidel nos anuncia, pocos días después, que volvemos a Venezuela, pero esta vez para un viaje ultrasecreto que tendrá por destino La Orchila, una isla de cuarenta kilómetros cuadrados bañada por aguas azul turquesa ciento sesenta kilómetros al norte de la capital. El enclave, paradisíaco, alberga una base militar y una base aeronaval. Su acceso está exclusivamente reservado a los presidentes venezolanos, sus familias, sus allegados, el personal militar y algunas autoridades del Gobierno.

De manera inusual, viajamos a bordo de un solo avión, el Ilyushin 62 presidencial, sin ir acompañados por los dos aviones de repuesto que habitualmente siguen al de Fidel, para sustituirlo en caso de avería pero también para despistar y evitar que sepan en qué aparato se encuentra. Llegados a nuestro destino, distribuimos los regalos tradicionales a nuestros homólogos venezolanos: cajas de ron y cajas de puros. A cambio, ellos nos ofrecen gorras de béisbol con el distintivo «La Orchila»..., que el edecán Pepín Naranjo nos confisca de inmediato, puesto que, siguiendo la consigna de Fidel, es preciso mantener un secreto absoluto acerca de este desplazamiento. Sea como fuere, Fidel se apresura a exponer ante CAP la idea genial

que se le ha metido en la cabeza desde hace tiempo. Siempre obsesionado por el petróleo venezolano, el Comandante explica la ventaja que supondría para todo el mundo que Venezuela abasteciera de petróleo a Cuba antes que a la Europa occidental, mientras que la Unión Soviética entregaría hidrocarburos a la Europa occidental antes que a Cuba. De ese modo, sin que ningún proveedor —ni Venezuela ni la URSS— saliera perjudicado, los gastos de transporte quedarían reducidos para todos los interesados y se mantendría la seguridad energética de todos. Ingeniosa y audaz, la idea se le antoja no obstante poco realista a Carlos Andrés Pérez, que la rechaza. Ahora bien, el mero hecho de que haya germinado en la mente de Fidel Castro confirma a la vez su vivo interés por el petróleo venezolano y su sentido de la anticipación en un momento en que, pocos meses antes de la caída del Muro, la URSS de Gorbachov se transformaba en un proveedor cada vez menos seguro. Lo cual demuestra asimismo la dimensión planetaria de sus reflexiones, como si se sintiera constreñido en su isla del Caribe.

Finalmente, tendrá que esperar todavía diez años, y el advenimiento, en 1999, de Hugo Chávez (1954-2013), para meter mano a una parte del oro negro venezolano. Fidel lleva a cabo entonces, con este nuevo aliado, una de las alianzas estratégicas más sensacionales de la historia del castrismo: el eje Caracas-La Habana. Desde 2006 Venezuela proporciona petróleo a Cuba a precio de amigo, a razón de cien a ciento cincuenta mil barriles diarios, a cambio del envío de médicos cubanos para las chabolas y

de consejeros. Así, más de cuarenta años después de su primer viaje a Caracas, Fidel obtiene, gracias a su discípulo Hugo Chávez, la ayuda que había ido a buscar sin éxito ante Rómulo Betancourt. Pero eso no es todo. Juntos, Castro y Chávez, gracias al genio político del uno y el petróleo del otro, han logrado relanzar el internacionalismo, un proyecto del siglo XIX inspirado por Simón Bolívar y el cubano José Martí[25], que preconiza la solidaridad internacional al crear la Alternativa Bolivariana para las Américas (ALBA), organización de izquierdas que reúne, entre otros países, a Bolivia, Ecuador y Nicaragua. Lo cual da idea de uno de los rasgos más destacados del castrismo: la perseverancia obsesiva de su jefe. Puede que Fidel Castro haya tenido que esperar con paciencia cuarenta años para meterse a Venezuela en el bolsillo, pero lo cierto es que lo ha conseguido.

11

FIDEL Y LOS TIRANOS DE OPERETA

Nos habían avisado. Y en el avión nos lo repitieron: ¡desconfiad! Era la consigna de los agentes de información cubanos: «Cuidado con lo que decís; los norcoreanos ponen micrófonos en todas partes, lo escuchan todo, lo filman todo». «En todas partes» no significaba tan sólo en el despacho del presidente, en la sala del Consejo de Ministros o en la casa de un diplomático, a fin de llevar a cabo una investigación, como en Cuba. En todas partes era absolutamente en todas partes: en los ascensores, en los pasillos del hotel, en todas las habitaciones, en los cuartos

de baño e incluso en el váter. Con ocasión de la primera visita oficial (que sería también la última) de Fidel Castro a la República Popular Democrática de Corea, es decir, Corea del Norte, yo sentía curiosidad por comprobar si lo que decía el espionaje cubano era cierto. Nuestro Ilyushin había aterrizado procedente de Moscú, y ahora estaba aparcado junto a la alfombra roja extendida sobre la pista del aeropuerto de Pyongyang. El dictador Kim Il-sung, tocado con una boina que le confería el aspecto de un padre bonachón, se erguía al lado de su hijo y sucesor Kim Jongil[26], a la espera de su visitante. Fidel, con una ushanka rusa en la cabeza, bajó del finger y dio un vigoroso apretón de manos al «Gran Líder», al que sacaba una cabeza. Al lado de los coreanos, su estatura, el gorro de piel y el abrigo largo le daban el aspecto de un ogro siberiano. Era imposible no reparar de inmediato en el tumor que aparecía en la nuca de Kim Il-sung, del tamaño de una pelota de béisbol, pero que su paranoia le impedía operarse. Una joven avanzó para ofrecer un ramo de flores a Fidel. Acto seguido lanzaron al aire quinientos globos. Hubo también un desfile militar al paso de la oca. Por fin, los dos jefes de Estado pudieron embarcar en una limusina, negra y descapotable, la cual, escoltada por treinta motoristas en formación, se dirigió hacia la capital. Fue algo grandioso. A lo largo de los cuarenta kilómetros de recorrido entre el aeropuerto y la capital, decenas o cientos de miles de coreanos formaban una hilera de honor, al tiempo que agitaban banderas cubanas y coreanas. Retratos de Castro y Kim colgaban a intervalos regulares, cada cincuenta

metros. En cada curva, como apariciones furtivas, bailarinas de ballet vestidas de blanco, amarillo o azul celeste manejaban abanicos, sombrillas o cintas, y ejecutaban coreografías como autómatas bajo el cielo triste y gris de Pyongyang. Dado que mi vehículo precedía al coche presidencial por un kilómetro largo, tuve tiempo de ver cómo las autoridades obtenían un alineamiento perfecto de la población, que, hiperdisciplinada, se erguía detrás de las líneas blancas pintadas a uno y otro lado de la calzada. No era obra del azar: quien sobrepasaba esa línea, siquiera fuese con la punta de los pies, recibía un bastonazo asestado por los implacables militares apostados cada diez metros. Observé que la escena se repetía a lo largo de todo el trayecto. Aquello evocaba un único método: el adiestramiento de los perros. Otra cosa me llamó la atención: todos los coreanos iban vestidos igual, de manera que parecían soldaditos de plomo. Pero las sorpresas no acababan ahí: los cubanos destacados en nuestra embajada nos informaron de que el primer deber de un coreano cuando se levantaba por la mañana era limpiar la parte de carretera que se encontraba delante de su casa. También me hablaron de la penuria reinante, que los obligaba a trasladarse en tren a Corea del Sur para abastecer a la embajada de alimentos y toda clase de artículos.

* * *

El objetivo de ese viaje oficial de dos días, del 8 al 10 de marzo de 1986, era sencillo. Para Fidel, se trataba de corresponder a la cortesía de los coreanos, que todos los

años lo invitaban a su embajada de La Habana para celebrar la proclamación de su independencia, el 9 de septiembre de 1948, y que jamás olvidaban ofrecerle regalos el 13 de agosto, fecha de su cumpleaños. Por supuesto, se trataba también de reforzar los lazos entre países hermanos y, a tal efecto, se firmó un tratado de amistad y cooperación entre Cuba y Corea del Norte. Todo fue muy protocolario. Visitamos la ciudad, por la que sólo circulaban coches de la policía. Admiramos la estatua de bronce de veinte metros de altura dedicada al dirigente coreano. A continuación, Kim Il-sung mostró con orgullo a Fidel la maqueta de un proyecto de presa en construcción en alguna parte lejos de la capital. A lo largo de aquellos tres días, el Líder Máximo fue condecorado en tres ocasiones: la medalla de oro de la República Democrática Popular de Corea, la Orden de la Bandera y la medalla de la Gloria Combatiente. Una noche fuimos al gran teatro de Pyongyang, a un ballet cuya intriga nadie comprendió, salvo Fidel, que disponía de un traductor. Ahora bien, como el culto a la personalidad estaba presente por doquier, cabe suponer que la pieza había sido escrita a mayor gloria de Kim Il-sung, quien durante todo el viaje me dio la impresión de ser una persona introvertida y al mismo tiempo temida. Ni siquiera necesitaba dar órdenes para ser obedecido: una sola mirada, y sus ayudantes acudían rivalizando en obsequiosidad. Sin embargo, debido a la barrera del idioma, me fue imposible comunicarme con mis colegas coreanos para averiguar más cosas sobre su país, sus dirigentes y sus costumbres. De tal suerte que tenía la impresión de

haberme sumergido en una película muda y surrealista. En cuanto a la omnipresencia de los micrófonos evocada por nuestros servicios, estaba decidido a averiguarlo. Así, al día siguiente de nuestra llegada, cuando tomé el ascensor con un colega cubano, le solté con falsa ingenuidad: «¿Sabes una cosa? Me gustaría mucho leer las obras de Kim Il-sung en español. Deben de ser muy interesantes. Lamentablemente, en Cuba son muy difíciles de encontrar. Es una pena, ¿no te parece?». Acto seguido nos dirigimos a la cena en honor del Comandante. Esa misma noche, al regresar, ¡sorpresa! Todos los miembros de la delegación cubana descubrieron, depositadas sobre sus colchas, las obras completas de Kim Il-sung en español. Por lo visto, los micrófonos del ascensor funcionaban a la perfección... Aquella noche vi a Fidel borracho por primera y única vez en mi vida. El jefe de la escolta me había ordenado montar guardia delante de la suite presidencial de Fidel, y me anunció que en algún momento Juanita iría a visitar al Comandante. Como ya he dicho, en aquel tiempo la coronel de información cubana Juana Vera, alias Juanita, no era tan sólo la intérprete de Fidel, sino asimismo su amante. Y en efecto, al cabo de un rato llamó a la puerta de la suite, donde pasó dos o tres horas antes de volver a sus aposentos. Más avanzada la noche, el Comandante, que se acuesta siempre a hora muy tardía, entreabrió la puerta, y yo me levanté de inmediato para preguntar qué deseaba. No obstante, tras asomar la cabeza por el resquicio, la retiró enseguida con un movimiento de retroceso y temor. — Sánchez —susurró, como si estuviéramos en un castillo

encantado—, ¿quiénes son esos dos personajes que hay delante de mi puerta?

Me doy cuenta al instante de que tiene la boca pastosa. No cabe duda de que ha trasegado varios decilitros del whisky Chivas Regal que hay sobre la mesita baja. —Esto..., Comandante, no hay nadie... —¡Claro que sí, ahí! ¿Quiénes son esas personas? Entonces caigo en que Fidel señala nuestro reflejo en el inmenso espejo que cubre la totalidad de la pared del pasillo, delante de la puerta de su suite. —No es nada, Comandante. Sólo es nuestro reflejo en el espejo. —Ah, okey, bien... Escucha, no consigo dormir con ese condenado colchón, demasiado duro... Debo aclarar que, por regla general, Fidel viaja al extranjero con su propia cama, grande y de madera, que enviamos desde La Habana y montamos en destino, siempre con cuidado de disponer sus zapatillas en el lado derecho. Pero por algún motivo que he olvidado, su cama, por una vez, se había quedado en Cuba. —No se mueva, Comandante, voy a intentar encontrar un colchón menos duro. —Pues te acompaño —contesta. Y heme ahí de expedición nocturna con Fidel, en pijama azul celeste y en estado de embriaguez, a la caza y captura de otro colchón... Como lo más sencillo era cambiarlo por el mío, nos dirigimos a mi habitación, donde nos cargamos a la espalda el codiciado objeto. De nuevo en el pasillo, me sorprendo dando órdenes al Comandante de la Revolución: «¡Atención! ¡A la derecha! ¡Ay! ¡No, a la izquierda! ¡Y ahora en vertical, de lo contrario no pasará por la puerta!». Si realmente los norcoreanos lo filman y graban todo, entonces existe una secuencia de

antología digna de Charlie Chaplin, que duerme en algún lugar de los archivos secretos de Pyongyang... De regreso en su habitación, Fidel me obligó a permanecer a su lado durante una hora para charlar conmigo (a sabiendas de que, en una conversación, él es el único que habla) y confiarme sus impresiones sobre el viaje. «La disciplina de los coreanos es impresionante», decía admirado, sin saber que la población estaba educada a golpes de porra. ¿Se habría percatado de los sufrimientos de los coreanos? No era probable, porque Fidel, un ser eminentemente egocéntrico, es incapaz de ponerse en el lugar de los demás, ni de comprender los sentimientos ajenos. En lugar de eso, evocó la estatua gigante de Kim Il-sung, la cual, como de hecho a todos los miembros de la delegación cubana, le había impresionado sobremanera. Aparte de eso, no creo que Fidel admirara demasiado el sistema coreano o a Kim. Por ejemplo, no hizo ninguna alusión a su modelo económico, del que en realidad no había nada que aprender. Ciertamente es que el Comandante valoraba a Kim Il-sung por sus hechos de armas y de resistencia en el momento de la ocupación japonesa, en los años treinta. Ciertamente es que respetaba la forma en que había llegado al poder y sabía, mejor que nadie, que el gran líder coreano se hallaba sólidamente instalado en él. Sin embargo, conociendo a mi jefe, estoy convencido de que consideraba irracional el delirante culto a la personalidad que se practicaba en Corea del Norte. Huelga decir que, pese a lo que afirman estúpidamente sus admiradores, el culto a la personalidad de Fidel Castro se halla presente en

Cuba. Pero, eso sí, en proporciones más reducidas y adoptando formas más sutiles y discretas: nada de estatuas ni retratos gigantes en las calles, sino paneles con pensamientos del Líder Máximo al borde de las carreteras. Sin olvidar las fotos suyas presentes en todas las casas, las cuales permiten comprobar el grado de compromiso y adhesión a las ideas revolucionarias. Al final, Fidel era muy consciente de que política e intelectualmente dominaba a su homólogo coreano, pues es evidente que, allende sus fronteras, nadie seguía al intratable Kim Il-sung. En cambio, la influencia de Fidel era por entonces extraordinaria, no sólo en Latinoamérica sino asimismo en el resto del mundo.

* * *

Más adelante, ese mismo año de 1986, en septiembre, mi camino (es decir, el de Fidel) se cruzó con el de otro dictador: Muamar el Gadafi. Fue en Harare, capital de Zimbabue, donde tenía lugar la 8.^a cumbre de los No Alineados. El ambiente estaba electrizado, en primer lugar con motivo de las disensiones en el seno de la organización, pero también debido a un contexto regional altamente explosivo: a varios cientos de kilómetros de Zimbabue, que se había independizado en fecha reciente (1980), la guerra civil asolaba Angola, donde el Gobierno marxista, apoyado por treinta mil soldados cubanos, rechazaba los ataques de los rebeldes prooccidentales apoyados por el régimen racista de Sudáfrica. Yo había desembarcado en Harare tres semanas antes que Fidel, en compañía de todo el equipo de precursores, la avanzadilla encargada de preparar la llegada del Comandante. Dirigida

por el ministro del Interior José Abrantes, dicha Avanzada contaba asimismo con tres guardaespaldas más, un facultativo del equipo médico personal de Fidel, un logístico (encargado de los transportes), un especialista de la Técnica y un miembro del protocolo. Tenía a mi cargo gestionar todas las cuestiones relacionadas con la seguridad, encontrar alojamientos seguros, comprobar los itinerarios que seguiría Fidel y valorar los fallos eventuales de la organización prevista por las autoridades de Zimbabue. Ahora bien, apenas había pisado la capital, cuando llegó a mis oídos un rumor inquietante: al parecer, un comando sudafricano se dirigía a Zimbabue para matar a Fidel Castro. De inmediato, la Avanzada se pone en alerta roja. Lo cual significa, por ejemplo, que los Migs cubanos estacionados en Angola estarán preparados para despegar en cualquier momento durante toda la duración de la cumbre. Otra consecuencia inmediata: La Habana decide reforzar la escolta, que será muy numerosa cuando llegue Fidel. Además de la casi totalidad de su guardia personal, es decir, una treintena de guardaespaldas, enviarán un refuerzo de tropas especiales, tiradores de élite, especialistas en explosivos, o sea, cien soldados suplementarios. El viaje a Harare ha quedado en los anales de la escolta: nunca tantos militares habían sido movilizados para un desplazamiento al extranjero. En Harare, hermosa capital que fue una de las joyas de la colonización británica en África, mi primera decisión consiste en peinar nuestra sede diplomática. Y allí, en el despacho del embajador, ¡bingo! Entre dos vigas descubro

un micrófono oculto en el falso techo, que ordeno aserrar de inmediato antes de enviarlo a Cuba para analizarlo (más adelante caí en la cuenta de que el dispositivo había sido colocado allí por nuestros propios servicios, ya fuera con el fin de escuchar al embajador o para comprobar mi nivel de competencia...). Como resultado, la idea de que Fidel duerma en nuestra embajada se descarta de inmediato, es demasiado peligroso. Con el maletín de efectivo que me han confiado, y que contiene doscientos cincuenta mil dólares en metálico, parto, pues, en busca de un alojamiento seguro para el Comandante. Encuentro una villa de una sola planta muy conveniente, y que todavía hoy es la residencia del embajador cubano en Zimbabue. La compro y ordeno que sea renovada de arriba abajo por obreros enviados especialmente desde Cuba, que reparan el tejado, vuelven a pintar las paredes, refuerzan la alambrada y... excavan un refugio antiaéreo a diez metros bajo tierra, por si los sudafricanos tuvieran la mala idea de bombardear la casa del Líder Máximo. Siguiendo las indicaciones del jefe de la Técnica, efectúan también trabajos de aislamiento sonoro con el fin de que nadie pueda, desde el exterior, espiar las conversaciones de Fidel con la ayuda de esos micrófonos de cañón capaces de atravesar las paredes. Eso no es todo. Adquiero otras dos casas (que después se revenderán) en el mismo barrio con el fin de alojar al ministro del Interior José Abrantes y al diplomático Carlos Rafael Rodríguez. Además, nuestros obreros construyen, en el jardín de una de esas dos casas, dos alojamientos prefabricados que permitirán acoger a los

militares, los cuales se acomodarán en literas. Por último, el logístico parte en misión a Zambia con el fin de comprar los vehículos que nos faltan: un Mercedes para Fidel y cuatro Toyota Cressida para la escolta. Presupuesto total de la operación para los cinco días de estancia del dirigente cubano: más de dos millones de dólares. Estamos por fin preparados cuando da comienzo la 8.^a conferencia del Movimiento de No Alineados, en presencia de Robert Mugabe por Zimbabue, Ali Jamenei por Irán, Rajiv Ghandi por la India, Daniel Ortega por Nicaragua, Gadafi por Libia, y decenas de otros jefes de delegaciones africanas, árabes y asiáticas. Primera constatación: los responsables del protocolo del país anfitrión han organizado mal las cosas. Si bien en un principio los jefes de Estado habían recibido autorización para avanzar hasta la entrada del hotel Sheraton con sus guardaespaldas personales, éstos son finalmente interceptados a cincuenta metros de allí. Se arma la gorda: estalla una pelea entre los hombres de seguridad de Zimbabue y las famosas «amazonas de Gadafi», es decir, la guardia exclusivamente femenina del Guía libio, el cual ha enviado también por avión especial su limusina Lincoln blindada de color verde (el color del islam), su tienda y dos camellos. Espectáculo surrealista y grotesco, pues las amazonas libias poseen una técnica de combate muy peculiar: efectúan un giro de 360 grados y, gracias a la fuerza centrífuga, ¡lo terminan pegando bofetadas en la cara a sus adversarios! Otra sorpresa: las plazas de parking asignadas a nuestra comitiva automovilística se encuentran entre las delegaciones de

Irán e Irak. ¡Los dos países se hallan en guerra desde hace seis años! Como resultado, cuando los guardaespaldas y los chóferes de ambos países se acercan unos a otros, se insultan copiosamente y se escupen a la cara. Nos vemos obligados a desplegar toneladas de tacto para engatusar a los iraníes y a los árabes. A tal fin, nos dividimos en dos grupos con objeto de entablar amistad con uno y otro bando, sin dejar de permutar cada media jornada. Uno de los fallos de la organización nos resulta conveniente: desde el principio hemos observado que el hotel Sheraton, donde tiene lugar la conferencia, carece de detector de metales. Aprovechamos la circunstancia para introducir, en flagrante violación del reglamento, una pistola Browning 9 milímetros oculta en un maletín del jefe de la escolta de Fidel, el único autorizado a acompañar al Comandante hasta el interior de la sala de sesiones plenarias. Nadie supo nunca que Fidel Castro tenía un arma de fuego al alcance de la mano. Todavía hoy, sigo pensando que fue una idea estupenda: ¿acaso Indira Gandhi, a la cual rindió homenaje Fidel durante su discurso, no había sido asesinada a bocajarro dos años atrás? El coronel Gadafi, quien, junto con Fidel, era la otra estrella de la cumbre, pronunció un discurso virulento sembrado de baladronadas contra la Tierra entera, incluido el Movimiento de No Alineados, al que acusó de hipocresía por la tibieza de sus posturas frente a Estados Unidos. El incontrolable beduino exigió que todos lo siguieran en su cruzada contra Washington, cuya aviación había bombardeado Libia cinco años atrás, en abril de 1986. Exigió una votación a mano alzada, pero ningún

diplomático estaba dispuesto a secundar las amenazas conminatorias de un irresponsable de su calibre. Entonces, el insensato de Gadafi, que de paso también había criticado a la URSS, dio un portazo, juró no volver jamás y se retiró a su tienda beduina, plantada en un hermoso jardín soleado. Fidel, cuya experiencia política no hace falta demostrar, siempre consideró el Movimiento de los No Alineados con la mayor seriedad, porque se trataba, en efecto, de una de las principales tribunas desde las que podía dirigirse al mundo. Por consiguiente, era decisivo para él conservar la unidad al tiempo que la credibilidad. Así pues, el Comandante decidió ir a ver a Gadafi para tratar de controlarlo y animarlo a reconsiderar su decisión, con el fin de que aceptara reintegrarse a las sesiones plenarios. El coronel libio nos invitó a entrar en su jardín y, tras haber saludado a Fidel, se plantó ante mí, a treinta centímetros de mi rostro, inmóvil, y me desafió con su mirada demente durante quince largos segundos, como si quisiera expulsarme de su casa. Para demostrarle lo que los cubanos llevamos dentro de los pantalones, no me dejé amedrentar y lo miré sin pestañear, con los dientes apretados. Mirar a alguien a los ojos sin pestañear durante quince segundos constituye de por sí una prueba en circunstancias normales. Ahora bien, mirar a un iluminado semejante se hace interminable. ¡Tenía la impresión de que habían transcurrido dos horas! Finalmente, puso fin a su farsa justo cuando yo estaba a punto de apartar la mirada de la suya. Acto seguido, Fidel entró en la tienda con su intérprete de árabe y, en el mismo instante, vi pasar a un

tipo que se parecía a Gadafi como dos gotas de agua. ¡Casi un sosias! No salía de mi asombro... Claro que nosotros también utilizábamos un doble de Fidel Castro, pero era necesario caracterizarlo para que diera el pego, y aun así... siempre que lo miraras de lejos. ¡Aquél sí que era un auténtico sosias! Fidel conversó durante cuarenta minutos, y explicó al guía de la Jamahiriya[27] hasta qué punto era necesaria su presencia para el buen desarrollo de la cumbre. Al final, el libio aceptó volver al Sheraton, pero sólo para escuchar el discurso de su homólogo cubano. Una vez más, Fidel logró lo que deseaba... Esa misma tarde, el coronel del desierto reapareció para oír al cubano afirmar: «Mientras se mantenga el apartheid en Sudáfrica, Cuba mantendrá sus tropas en Angola». Después, Gadafi se marchó en su Lincoln con sus amazonas, en busca de sus camellos y su tienda. Mientras lo veía alejarse, me dije que era el mayor chiflado con el que me había cruzado en mi vida. Tampoco Fidel lo tenía en gran estima. Creo que Gadafi lo decepcionó enormemente. Durante un tiempo, el Comandante pensó que el coronel libio se convertiría en un líder revolucionario susceptible de arrastrar consigo a parte del mundo árabe. Sin embargo, no tardó en darse cuenta de que, pese a sus enormes medios económicos fruto del petróleo, aquel tipo era incapaz de mantener un discurso coherente. En nuestra presencia, Fidel dijo de él: «Es un excéntrico; le encanta el exhibicionismo». Lo cual era una manera educada de decir que estaba completamente chalado, y que era impulsivo, imprevisible e inconsciente. En una palabra, lo contrario del dictador Fidel Castro, del

que podrán decirse muchas cosas, salvo que posea un intelecto mediocre, como el de aquellos tiranos de opereta llamados Muamar el Gadafi y Kim Il-sung.

12

LA FORTUNA DEL MONARCA

¿Fidel Castro es pudiente? ¿Posee una fortuna oculta? ¿Dispone de una cuenta secreta en un paraíso fiscal? ¿Nada en oro? A menudo me han formulado esas preguntas. En 2006 la revista estadounidense Forbes intentó contestarlas publicando un artículo dedicado a las fortunas de los reyes, reinas y dictadores del planeta.

Colocaba la de Fidel entre las diez primeras, al lado de las de Isabel II, el príncipe Alberto de Mónaco y el dictador guineano Teodoro Obiang. Avanzaba la cifra de novecientos millones de dólares a partir de una extrapolación: la revista había atribuido a Fidel Castro una parte de la cifra de negocios de empresas creadas y controladas por el Comandante (Corporación Cimex, el Centro de Convenciones y Medicuba), donde ha colocado a allegados que sujetan por él los cordones de la bolsa. Basándose en testimonios de numerosos altos funcionarios cubanos que desertaron, la revista afirmaba que Fidel malversaba y utilizaba una parte nada desdeñable de la riqueza nacional a su antojo. Lo cual no es falso. Y si bien la metodología de Forbes era aproximativa, la tónica era la adecuada... La publicación estadounidense logró enfurecer al Comandante, quien pocos días después respondió a tan «infames calumnias». Afirmó que no poseía nada más que

sus novecientos pesos de salario mensual, es decir, veinticinco euros. Lo cual resulta de lo más cómico cuando conoces la realidad de su tren de vida cotidiano, y cuando has visto año tras año a los dirigentes de las empresas del Estado seguir las instrucciones y rendir cuentas al Líder Máximo (quien lo decide todo), ya sea directamente o por mediación de sus dos ayudantes, Pepín Naranjo, su edecán, y Chomy, el secretario del Consejo de Estado (es decir, su secretario particular, puesto que Fidel preside la institución). Nadie podrá jamás evaluar con precisión la fortuna del Comandante. Sin embargo, para acercarnos a la verdad, es preciso comprender antes la realidad cubana, partiendo del hecho de que Fidel Castro reina como monarca absoluto sobre su isla de once millones de habitantes. En Cuba, es la única persona que puede disponer de todo, apropiárselo, venderlo o darlo. Sólo él puede autorizar, de un plumazo, la creación (o el cierre) de una empresa del Estado, en la isla o en el extranjero. Reunidas en conglomerados, todas las sociedades nacionales son administradas como empresas privadas y colocadas bajo el control de tres instituciones principales: el Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (MINFAR, dirigido por su hermano Raúl hasta 2008), el Ministerio del Interior (MININT, estrechamente vigilado por Fidel) o el Consejo de Estado (presidido por él). Es Fidel quien nombra a los responsables y los revoca. De hecho, tal modelo de funcionamiento convierte a Fidel en el súper presidente y director general del «holding Cuba», cuyo organigrama concibió. ¡Cuántas veces lo habré oído, en su

despacho, transmitir directrices económicas a Pepín, a Chomy o incluso a Abrantes, el ministro del Interior, relacionadas con la venta de tal activo o la creación de tal empresa fantasma en Panamá (con el fin de burlar el embargo estadounidense)! Cuba es la «cosa» de Fidel. Es su dueño y señor, a la manera de un terrateniente del siglo XIX. Todo sucede como si él hubiera transformado y ampliado la hacienda de su padre para hacer de Cuba una única hacienda de once millones de personas. Dispone de la mano de obra nacional a su capricho.

Por ejemplo, cuando la Universidad de Medicina forma médicos, no es para que éstos ejerzan libremente su profesión, sino para que se conviertan en «misioneros» enviados bajo sus órdenes a chabolas de África, Venezuela o Brasil, conforme a la política internacionalista imaginada, decidida e impuesta por el jefe del Estado. Ahora bien, si están de misión en el extranjero, estos buenos samaritanos no perciben más que una parte del salario que debería pagarles el país de acogida, pues la parte más importante revierte al Gobierno cubano, que hace las veces de prestador de servicios. Del mismo modo, los hoteleros extranjeros, franceses, españoles o italianos, que contratan a personal cubano en la isla no retribuyen directamente a sus empleados, como es el caso en cualquier sociedad libre: pagan los salarios al Estado cubano, que factura dicha mano de obra a precio de oro (y en divisas), antes de entregar una ínfima parte a los trabajadores en cuestión (en pesos cubanos, que no valen casi nada). Esta variante moderna de la esclavitud no deja de recordar la relación de

dependencia que existía en las plantaciones del siglo XIX respecto del amo todopoderoso. Por lo demás, se halla en absoluta contradicción con los principios de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), los cuales estipulan textualmente que «todo trabajador tiene derecho a percibir un salario sin la intervención de un intermediario». Para librarse de todo control, Fidel, que está por encima de las leyes, creó hace mucho (en los años sesenta) la famosa «reserva del Comandante». Se trata de una cuenta particular constituida con fondos especiales extraídos de la actividad económica nacional. Destinada al uso exclusivo del Comandante, escapa a toda comprobación. Fidel la utiliza a discreción. Casi sagrada, la reserva del Comandante es intocable. Por supuesto, Fidel explica que las necesidades de la Revolución, es decir, la amenaza de una agresión imperialista, imponen este tipo de gestión poco ortodoxo. En realidad, la reserva sirve tanto para los intereses privados de Fidel Castro como para la acción pública. Es la paga que le permite vivir como un rey sin preocuparse jamás de los gastos. Pero también es la que lo autoriza a mostrarse magnánimo cual gran señor cuando se desplaza por «sus» tierras, a través de «su» isla. En efecto, Fidel puede echar mano en todo momento de su hucha para ordenar construir un dispensario, una escuela, una carretera, o para atribuir vehículos a determinado municipio (porque la reserva comprende también un parque automovilístico) sin pasar por un ministerio o una administración. Basta con que el benefactor se vuelva hacia su edecán y le indique una cantidad para que el proyecto

se convierta en realidad..., y para que Fidel pase por ser un hacedor de milagros. Es decir, un populista. Sin embargo, su relación con el dinero no es de la misma naturaleza que la de los nuevos ricos, como el italiano Silvio Berlusconi o el expresidente argentino Carlos Menem, tan propensos al lujo, el consumismo y los placeres inmediatos. Ciertamente es que el austero Fidel Castro no descuida su propia comodidad. Ciertamente es que el Líder Máximo posee (en secreto) un yate de casi treinta metros. Pero no experimenta el deseo de sustituirlo por un modelo último grito, más moderno, más vistoso. Para él, la riqueza constituye ante todo un instrumento de poder, de supervivencia política, de protección personal. A este respecto, conociendo su carácter precavido y su mentalidad de viejo campesino español, resulta inimaginable que no haya tomado medidas y protegido sus espaldas (como hacen todos los dictadores), por si él y su familia tuvieran que huir de Cuba e instalarse en el extranjero, por ejemplo en Galicia, la tierra natal de su padre.

Por otra parte, un día, Dalia, su mujer, me dijo como de pasada: «No te preocupes, Sánchez, el futuro de la familia está asegurado». Al ser considerada un instrumento de la Revolución, en la cumbre del poder la reserva no se contempla como un tema tabú. Se habla de ella con normalidad, sin perífrasis, en presencia de Fidel o en boca de éste. No constituye un secreto de Estado. Lo que sí lo es, en cambio, es la cuantía de la reserva. Desde que existe, es decir, desde los años sesenta, se reflota de manera constante, a medida que el Comandante hace uso

de ella. Cuando Cuba dependía de las subvenciones procedentes de la URSS, era frecuente oír a Fidel decir a Chomy, su secretario particular, que extrajera de dichas subvenciones un importe de x millones de dólares (porque la unidad de cuenta de Fidel es el dólar) y los ingresara en la reserva. Del mismo modo, el Líder Máximo podía disponer del petróleo soviético como le viniera en gana: donar una parte a Nicaragua o vender otra en el mercado negro para generar liquidez. Con el oro negro venezolano cedido por Hugo Chávez a precio de amigo estoy seguro de que ese modo de gestión a discreción ha perdurado. Diversas fuentes alimentan ese fondo especial, empezando por las empresas colocadas bajo la tutela del Consejo de Estado (dirigido por Fidel), como indicaba la revista estadounidense *Forbes* en 2006. Entre éstas: la Corporación Cimex (bancos, construcción inmobiliaria, alquiler de vehículos, etc.), Cubalese (empresa disuelta en 2009, que proporcionaba a embajadas y empresas extranjeras servicios como el alquiler de mano de obra cubana o alojamientos) o incluso el Palacio de Convenciones, creado en 1979 para acoger la 6.^a cumbre de los No Alineados y dirigido por el fiel Abraham Maciques. Un día en que éste recibió a Fidel ante dicho centro de convenciones, a mediados de los años ochenta, lo vi entregarnos una bolsa de viaje que contenía un millón de dólares en efectivo. Como siempre, fue el edecán Pepín Naranjo el encargado de trasladar y consignar la cantidad en la reserva. Otro día, también a mediados de los años ochenta, fue el ministro del Interior José Abrantes quien

entró en el despacho de Fidel con una maleta llena de billetes y pronunció la expresión consagrada: «¡Comandante, esto es para la Revolución!». Fidel se limitó a contestar «Muy bien» y se volvió hacia Pepín para decirle que lo ingresara en la reserva. Sé que el director de la Banca Nacional, Héctor Rodríguez Llompart, era el consejero económico de Fidel, pero desconozco los circuitos financieros y si existen cuentas en el extranjero (en mi opinión, tal sería el caso). Una cosa es cierta, no obstante: a Fidel nunca le ha faltado dinero en metálico. Pude constatarlo, por ejemplo, en Harare (Zimbabue), cuando me confiaron una maleta con doscientos cincuenta mil dólares en metálico para preparar la llegada del jefe del Estado cubano. Entre los episodios más divertidos de que he sido testigo se encuentra éste: en cierta ocasión, oí a Fidel decir a Pepín y a Chomy que parte de los fondos de la reserva servirían para prestar dinero a la Banca Nacional, dirigida por Llompart. Ahora bien, ese par, Llompart y Fidel, habían fijado las tasas de interés en el 10 %. Dicho de otro modo, el Comandante iba a prestar un dinero que no le pertenecía al país que gobernaba, mediante la banca cuyas tasas de interés fijaba él, ¡y a embolsarse de paso el 10 % de los beneficios! A la hora de alimentar la reserva, Fidel no escatima los medios. A tal efecto, es capaz de comportarse como un jefe de pyme. Así, ha contribuido con su flota de la Caleta del Rosario, su puerto deportivo particular, donde, además de su yate Aquarama II, posee dos barcos de pesca llamados Purrial de Vicana I y II, uno de cuyos capitanes se llama Emilio. Tras sus salidas al mar, sus

capturas son enviadas a las unidades de congelación del puerto de La Habana y a la Unidad 160 (la plataforma logística de la escolta de Fidel). Estas capturas no se destinan al consumo de la familia Castro, que no come pescado congelado: se venden en uno de los mercados de alimentación más importantes de La Habana, el Super Mercado, situado en la esquina de la Tercera Avenida y la calle 70 del barrio de Miramar. Del mismo modo que un grano no hace granero pero ayuda al compañero, una unidad de producción de pavos y una granja de cría de corderos coadyuvan al mismo propósito: aumentar la reserva. A lo que cabe añadir los negocios emprendidos en Luanda durante la guerra de Angola en el kandonga, el famoso mercado negro angoleño, donde los cubanos fueron hiperactivos a lo largo de quince años. Cosa que también permitió incrementar la reserva del Comandante. *

* * En el momento de la aparición del artículo en Forbes, el historiador Eusebio Leal, muy cercano a Fidel, había salido a la palestra para defender la reputación del Comandante. Como prueba del altruismo del Líder Máximo, reveló que en los años noventa éste le encargó distribuir entre los museos y los centros culturales 11.687 obsequios recibidos por él, entre los que había cuadros, joyas, objetos de marfil y valiosos tapices procedentes de ciento treinta y tres países. Puede que sea cierto. Pero no demuestra nada. Porque en lo que a mí respecta, bien que vi los diamantes de contrabando en el despacho de Fidel. Originarios de Angola, habían sido enviados por Patricio de la Guardia y Arnaldo Ochoa, jefe de la misión del MININT y jefe de la

misión militar cubana, respectivamente, en ese país africano sumido en la guerra. Eran diamantes de pequeño tamaño, guardados en una caja de puros Cohiba. Chomy, el secretario, y Pepín, el edecán, se los iban pasando de mano en mano en presencia de Fidel, su médico personal, Eugenio Selman, y yo. Todavía recuerdo su diálogo. — Bien, Pepín, ya sabes lo que hay que hacer. Los vendes en el mercado internacional... — Sí, Comandante — respondió el edecán, convertido de repente en experto en gemología—. Pero ya sabe que el valor de estas piedras no será demasiado elevado, porque son pequeñas... Bien, en todo caso algo han de valer, porque su tamaño será apreciado en joyería. En lo tocante a los negocios, Fidel tiene en ocasiones la mentalidad de un pirata del Caribe. Situarse fuera de la ley, navegar en la informalidad, practicar el contrabando no le plantea ningún problema, puesto que las circunstancias lo exigen y su postura de resistencia ante el embargo estadounidense lo autoriza todo. Por otra parte, contrariamente a lo que él afirma, siempre ha estado al corriente de todas las actividades ilícitas (incluido el tráfico de drogas en los años ochenta) concebidas y llevadas a la práctica por Patricio de la Guardia y Arnaldo Ochoa, quienes, en el seno del Departamento MC (Moneda Convertible)[28], se esforzaban por hacer acopio de divisas sin importarles los medios, con el fin de apoyar a la Revolución. Del mismo modo, Fidel estaba al corriente de las actividades paralelas del ministro del Interior José Abrantes, quien ordenaba fabricar falsos tejanos Levi's en talleres clandestinos (donde

trabajaban prisioneros cubanos) y traficaba con Chivas Regal adulterado para comercializarlo en el mercado negro de Panamá. Y siempre con la misma finalidad: irrigar la «reserva del Comandante en Jefe». Todas estas operaciones comerciales las conozco porque Fidel y su entorno hablaron de ello en mi presencia durante diecisiete años seguidos, y porque Pepín y Chomy, con los que yo colaboraba estrechamente a diario, rendían cuentas con regularidad al Comandante en Jefe sobre el particular, sin recelar de mi presencia porque, ciertamente, por entonces yo pertenecía al círculo más íntimo del Jefe. En cualquier caso, el «golpe» más logrado de Fidel fue tal vez ordenar, en 1980, la reactivación temporal de la mina de oro de la Dolita, en la isla de la Juventud, la gran isla en forma de torta situada al sur de las costas cubanas. Después de haber agotado el filón, los españoles la habían cerrado definitivamente en tiempos de la colonia. Sin embargo, tras enterarse de que la cotización mundial del oro conocía un boom, a Fidel se le metió en la cabeza comprobar si por ventura los equipos modernos permitirían extraer de la Dolita un poco de mineral residual que se hubiera pasado por alto. Su intuición fue certera: se recogieron entre sesenta y setenta kilos de oro, que se fundieron en lingotes. Los vi con mis propios ojos cuando fueron trasladados al palacio para mostrárselos a Fidel. Pepín me pidió que los ayudara a transportarlos en una carretilla, por eso pude calcular el peso: un solo hombre no podía levantar todo aquel metal de una vez. No me tomé la molestia de

preguntar para qué iba a servir el botín, ni cuál era su destino: ya conocía la respuesta...

* * *

Como resulta imposible evaluar la fortuna de Fidel Castro, al menos se puede intentar calcular su patrimonio. En un país donde no existe mercado inmobiliario, es difícil tasar la inmensa propiedad de Punto Cero (con su piscina, su parque arbolado y sus invernaderos) o la isla paradisíaca de Cayo Piedra. Estos bienes excepcionales no dejan de poseer un valor intrínseco, que sería fácil comparar con sus equivalentes en el mercado del lujo, muy cotizados en el mar de las Antillas, las Bahamas, Granada o Antigua. Así, la isla privada de Cayo Piedra valdría, como mínimo, entre dos y diez millones de dólares. Ahora bien, el patrimonio de Fidel no se limita a esas dos residencias principales. A ellas hay que sumar docenas de otras. Para ceñirme a una evaluación rigurosa, objetiva y minimalista, me limitaré a la veintena de casas al servicio exclusivo del Comandante, que conozco por haberlas pisado y visto con mis propios ojos, sin tener en cuenta otras viviendas que podrían pasar por alojamientos oficiales. Pasaremos revista a esa cartera inmobiliaria, región por región, de oeste a este de la isla. En la provincia de Pinar del Río, en el extremo occidental de Cuba, posee tres bienes: la casa del Americano (con piscina al aire libre), la granja de la Tranquilidad, en el paraje llamado Mil Cumbres (muy poco frecuentada por Fidel; yo sólo fui dos veces), y La Deseada, un pabellón de caza que conocí bien, situado en una zona pantanosa y donde caza patos en invierno. En La Habana, el

Comandante (aparte de la propiedad de Punto Cero), tiene seis eventuales residencias: la casa de Cojímar, que fue su primera vivienda tras el triunfo de la Revolución, en 1959; la de la calle 160, en el distrito de La Playa, bastante lujosa; una tercera reservada a sus citas galantes: la casa de Carbonell, situada en el recinto de la Unidad 160; una adorable casita en Santa María del Mar, estilo años cincuenta, encarada al mar y al lado del hotel Trópico (en el municipio de La Habana del Este), y por último, las dos casas provistas de refugios antiaéreos para la familia Castro en caso de guerra: la casa de Punta Brava (donde Dalia vivió en 1961 antes de convivir con Fidel) y la casa del Gallego, muy cerca de la Unidad 160. En la provincia de Matanzas, posee dos residencias de verano en los litorales norte y sur: en el norte, una casa situada en el corazón de la estación turística de Varadero, muy apreciada por los hijos que ha tenido con Dalia porque da a la playa; y en el sur, La Caleta del Rosario (en la bahía de Cochinos), donde una marina sirve de puerto de amarre para el yate Aquarama II y el resto de la flotilla privada del Comandante. Más al este, en la provincia de Ciego de Ávila, otra casa da a la arena fina: es la de la Isla de Turiguanó, cerca del centro turístico Cayo Coco, muy apreciado por buceadores de todo el mundo, en la costa septentrional de Cuba. En la provincia de Camagüey, siempre más al este, se encuentra la pequeña hacienda de San Cayetano, la cual, aunque Fidel no monta a caballo, posee un picadero exterior (conocido como «palestra» en el mundo de la equitación). Otra vivienda, llamada Tabayito, siempre en Camagüey,

queda oculta en el interior de un complejo que alberga otras viviendas reservadas a los miembros de la nomenklatura. Por último, conozco otra propiedad llamada Guardalavaca, en la provincia de Holguín, y dos residencias en Santiago de Cuba, la gran ciudad situada en la parte oriental de la isla: una casa en la calle Manduley (con dos pisos y una bolera) y otra, con piscina, en el interior de un complejo perteneciente al Ministerio del Interior. No estoy seguro de que el presidente de Estados Unidos disponga de un patrimonio inmobiliario tan surtido. No obstante, cualquiera que sea la respuesta a este interrogante, Fidel jura y perjura, y te pide que lo creas, que sólo gana novecientos pesos al mes...

13

A DOS PASOS DE LA MUERTE

Fue el primer aviso. En 1983 Fidel tuvo un grave problema de salud, que se reprodujo en 1992. De tal manera que en 2006, cuando cayó muy enfermo y se vio obligado a ceder las riendas del poder a Raúl, yo fui una de las pocas personas en todo el mundo —junto con sus médicos cubanos y su entorno inmediato— en establecer la relación con sus antecedentes médicos. En marzo de 1983, un mes después de regresar de Nueva Delhi, India, donde Fidel había asistido a la 7.^a cumbre de los No Alineados, la vida seguía su curso normal: el Comandante iba todos los días a su despacho para encargarse de los asuntos habituales. El mes de abril incluso se inició con un acontecimiento dichoso (aunque secreto), del que me enteré años después:

el nacimiento de Abel, el hijo ilegítimo de Fidel y Juanita Vera, su intérprete. Ese bebé se ha convertido hoy en un treintañero con aspecto de latin lover, al menos a juzgar por las fotos que amigos bien informados me han enviado en fecha reciente. Una noche, dos semanas después, el 20 de abril exactamente, acompañamos a Fidel, pasada la medianoche, a su residencia de Punto Cero. Como de costumbre, Dalia lo espera en la escalinata para besarlo y recibir de sus manos el Kalashnikov, antes de depositarlo en su dormitorio del piso superior. Después, el Comandante se retira a sus aposentos, mientras que nosotros, su escolta, volvemos a casa, es decir, al dormitorio común situado en el edificio que se encuentra a cincuenta metros de la vivienda principal. Hacia las dos de la mañana suena el timbre que nos advierte cada vez que Fidel está a punto de salir. Saltamos de la cama y salimos corriendo hacia los coches, convencidos de que una reunión urgente, un acontecimiento internacional o una cita secreta lo obligan a volver a la ciudad. Y , en efecto, el jefe de la escolta, Domingo Mainet, nos informa de que regresamos al palacio: diez minutos después, nuestro convoy de tres Mercedes surca la noche a través de la capital dormida. Cuando llegamos al aparcamiento subterráneo del palacio, Fidel baja del vehículo y al instante me doy cuenta de algo anormal: ¡bajo su traje de faena lleva una chaqueta de pijama azul! Además, cuando se vuelve para dirigirse al ascensor, observo una mancha en su trasero. En un primer momento imagino que ha debido de posar las nalgas sobre algo mojado. Pero una vez en el ascensor, también observo

su tez pálida. Llego a la conclusión de que sufre algún problema digestivo, sin imaginar que la situación es mucho más preocupante. De hecho, Domingo Mainet no aprieta el botón del tercer piso (el del despacho): nos envía directamente al cuarto, donde se encuentra la clínica privada de Fidel. Es un hospital en miniatura que dispone únicamente de tres habitaciones: la de Fidel, con cuarto de baño y terraza que domina La Habana, una segunda para sus guardaespaldas (en especial los dos donantes de sangre, que duermen siempre allí, por si hay que hospitalizar al Jefe) y una tercera para el personal médico de guardia. Esta clínica secreta dispone también de una sala de rayos X, una farmacia, un laboratorio de análisis y todo el equipo médico moderno que imaginarse pueda, incluido un carísimo escáner Somaton de la marca alemana Siemens. También hay una clínica dental, donde el doctor Salvador, su dentista, efectuó, a finales de los años ochenta, todos los implantes del Comandante en sustitución de su dentadura original. Un gimnasio para los ejercicios de rehabilitación, una cocina y un comedor completan el cuadro. Todo eso para uso exclusivo de una sola persona: Fidel. Pues, al contrario que otros dirigentes de la Revolución, el Jefe no frecuenta el Centro de Investigaciones Médico Quirúrgicas, o CIMEQ, que sin embargo es el orgullo de la medicina cubana: él posee su propia infraestructura. Esa noche, cuando llegamos al cuarto piso del palacio, el equipo médico de Fidel ya se encuentra presente al completo: el cirujano Eugenio Selman, su médico personal, el doctor Raúl Dorticós, uno

de los facultativos cubanos más eminentes, de reputación internacional, el doctor Ariel, anestesista, y el doctor Cabrera, responsable de la conservación de las bolsas de sangre para Fidel y de las transfusiones. Sin olvidar a Wilder Fernández, el enfermero personal, y dos enfermeras. Este grupo de especialistas en primeros auxilios se hace cargo de Fidel de inmediato. A la mañana siguiente, cuando el equipo sale al pasillo para conferenciar, averiguo, al hilo de su conversación, que su ilustre paciente padece una úlcera cancerosa en el intestino. Ignoro qué tratamiento le administraron, pero lo que sí sé es que Fidel permaneció en esa clínica once días. Y que después su convalecencia se prolongó a lo largo de tres meses, en su residencia habanera de Punto Cero. Así, desde el 20 de abril hasta el 17 de julio siguiente. Fidel Castro no volvió a aparecer en público ni a pronunciar un solo discurso. Fue en esta ocasión cuando se utilizó por primera vez la estratagema de la desinformación, consistente en pasear por La Habana al sosias de Castro en el asiento trasero del Mercedes presidencial, con el fin de extirpar de raíz cualquier rumor relacionado con la ausencia del Comandante. De vez en cuando, el peluquero personal de Fidel maquillaba y caracterizaba a Silvino Álvarez, el doble del Comandante en Jefe, añadiéndole una barba postiza. Entonces salíamos en convoy del Palacio de la Revolución para pasar ostensiblemente ante las embajadas occidentales. A intervalos regulares, cuando nos cruzábamos con un grupo de gente en la calle, el falso Fidel, que ocupaba el lugar del auténtico, en el lado derecho

del asiento trasero, bajaba la ventanilla y saludaba a la gente desde lejos. Durante esos meses de convalecencia, el conjunto de la escolta siguió con su rutina: todos los días efectuábamos los trayectos domiciliarios de Fidel con el fin de que todo pareciera normal. Nadie se dio cuenta de nada. Para todo el mundo, Fidel se encontraba en La Habana, inmerso en su trabajo de padre de la nación. Fue a partir de esa primera crisis cuando se dedicó una atención especial a la alimentación del Comandante. Sus médicos le habían prescrito un régimen alimenticio estricto a base de carnes blancas y verduras frescas, de modo que se construyeron invernaderos agrícolas en el jardín de su residencia de Punto Cero, y casi no consumía carne roja. El Comandante adoptó también la costumbre de tomar a diario un zumo de naranja natural, bien frío, servido sistemáticamente, estuviera donde estuviese y los trescientos sesenta y cinco días del año, a las cuatro de la tarde en punto. Sin embargo, no se decidió ninguna prohibición en lo tocante al alcohol. Y Fidel continuó bebiendo whisky de manera regular, si bien no tanto como antes. Lo cual, sumado a su abstinencia por el lado del consumo de cigarrillos (había dejado de fumar en 1980), le permitió recuperar la salud. Fidel reapareció en público el 17 de julio, con ocasión de un discurso pronunciado en el jardín botánico del parque Lenin de La Habana, el Día de la Infancia. Todo volvió a la normalidad, pero confieso que, a partir de entonces, miré a Fidel de modo algo diferente. A veces me sorprendía a mí mismo, un tanto avergonzado, observando su trasero.

La segunda crisis se produjo nueve años después, en 1992, tras el memorable viaje de Fidel Castro a España. Aquel año el Líder Máximo tenía mil buenos motivos para dirigirse a la tierra de sus antepasados: participar en la cumbre iberoamericana en Madrid, el 23 y 24 de julio, asistir a la inauguración de los Juegos Olímpicos de Barcelona el 25, celebrar la fiesta nacional cubana en dicha ciudad el 26 y, por último, efectuar un peregrinaje a Láncara, el pueblo natal de su padre, en Galicia, a un centenar de kilómetros de Santiago de Compostela. Recuerdo que la visita de Fidel fue saludada con un artículo rechinante de El País, el cual ironizaba sobre el dispositivo de seguridad del Comandante de la Revolución, exagerado y aparatoso. El autor describía a «cincuenta hombres armados llegando al aeropuerto de Barajas, en un horario mantenido en secreto hasta el último momento, a bordo de dos aviones Ilyushin con los colores de la Cubana de Aviación, uno de ellos destinado a servir de cebo». Yo había llegado unos días antes a la capital española, al frente de un equipo de precursores. En el hotel Ritz, uno de los palacios más bellos de Madrid, había aprovechado ese tiempo para congeniar con el director, al que ofrecí tres botellas de ron Havana Club y una caja de Lanceros n.º 1, los puros de la marca Cohiba tan apreciados por el Che: ese tipo de atenciones siempre resultan útiles cuando, a continuación, hay que pedir un favor o un servicio susceptible de mejorar la protección del jefe del Estado. Ordené también montar la cama personal de Fidel, enviada en piezas sueltas desde La Habana. Además, inspeccioné la habitación: por segunda vez en mi carrera, después del

que había descubierto en el falso techo de nuestra embajada en Zimbabue, encontré un micrófono oculto en el marco de una ventana de la suite presidencial. Evidentemente, jamás descubrimos quién lo había puesto allí. Por último, ordené abrir un pasaje secreto a través del vestidor para comunicar la habitación de Fidel con la de su intérprete, la coronel Juanita, cuyo hijo fruto de su relación con el Jefe tenía entonces nueve años. Poco después del aterrizaje de los dos Ilyushin y de la llegada al hotel Ritz, averiguamos que Orestes Lorenzo estaba en Madrid. Hay que retener el nombre de este individuo, pues su historia es increíble. Por entonces yo no veía las cosas de la misma manera. Sin embargo, hoy debo decir que siento por él una admiración sin límites. Año y medio atrás, el 20 de marzo de 1991, este piloto del ejército del aire cubano había puesto rumbo a las luces de Florida, mediante un viraje del ala, y desertado a los mandos de su Mig 23, para aterrizar pocos minutos más tarde en la base aérea de Key West. Huelga decir que ocupó las primeras planas de los periódicos. Y el oficial, que tenía las cosas muy claras, reclamó la libertad de su esposa, Victoria, de treinta y cuatro años, y de sus dos hijos varones, de once y seis años, es decir, la posibilidad de que abandonaran Cuba para unirse con él en una nueva vida. Petición por supuesto rechazada por Fidel, quien, por su parte, juró que se quedarían en Cuba ad eternum, a fin de que el «traidor» no volviera a ver a su familia. Orestes Lorenzo armó entonces un ruido terrible, y viajó a Nueva York y Ginebra para sensibilizar a los medios y a la Comisión de las Naciones Unidas para los

Derechos del Hombre. Mas en vano. Incluso consiguió hablar con Mijaíl Gorbachov y George Bush (padre), pero sin alcanzar el menor resultado. Por entonces aquel bondadoso papá de rostro rubicundo e ingenuo se encontraba en Madrid: se había encadenado a la verja del parque del Retiro, y había empezado una huelga de hambre rodeado de carteles y fotos de su familia, bajo los cuales se podía leer la inscripción «Rehenes de Castro». Los medios le dedicaron algunos artículos. Ahora bien, en un momento dado de nuestra breve estancia madrileña, Fidel, al salir o al regresar al hotel Ritz, quiso bordear el Retiro para evaluar por sí mismo la amplitud del escándalo: «Vamos a ver qué hace ese loco». Sin que Orestes Lorenzo tuviera la menor idea, pasamos en coche a pocos metros de él, y Fidel, con todo el desprecio del que es capaz, soltó este comentario: «Este ridículo no va a lograr nada». Y sin embargo... El 19 de diciembre siguiente, el «loco» llevó a cabo una de las hazañas más bellas y novelescas de que jamás haya oído hablar. Como en un cuento de hadas, fue en busca de su familia a los mandos de un viejo Cessna de alquiler de los años sesenta, y aterrizó de día en una autopista del norte de Cuba donde lo esperaban su mujer y sus hijos, conforme a las instrucciones que les había enviado por mediación de dos falsos turistas mexicanos. Una vez que hubo recuperado a su familia en las propias barbas de los radares de vigilancia cubanos, la odisea terminó triunfalmente después de un vuelo rasante del bimotor sobre el mar: el héroe posó su aparato en Florida y, tras cien minutos de tensión extrema, pudo por fin besar a su esposa adorada y

a sus queridos hijos. Muchos años más tarde, después de que también yo pisara suelo norteamericano, me encontré con Orestes en Florida, en la amplia casa donde vive con su familia. Feliz como un papa, hoy día se halla al mando de una próspera empresa. Cuando le conté que veinte años atrás Fidel había pasado a unos cuantos metros de él en Madrid, durante su huelga de hambre, guardamos silencio unos momentos, como presas de vértigo por la historia de nuestros destinos cruzados. Después de Madrid, el monarca de Cuba se encontró con otro rey, Juan Carlos, con ocasión de los Juegos Olímpicos de Barcelona. Entre las personalidades presentes en la tribuna oficial reconocimos a Nelson Mandela, el francés François Mitterrand, el español Felipe González, el catalán Jordi Pujol, el argentino Carlos Menem e incluso el vicepresidente de Estados Unidos, Dan Quayle. Fidel siempre se ha tomado muy en serio los Juegos Olímpicos, en particular las gestas de los atletas cubanos, los cuales, según él, constituyen la expresión de la grandeza de la Revolución y del desarrollo de su país. Ese año, como la URSS había desaparecido unos meses atrás, Fidel obtuvo la prueba de que Cuba seguía siendo una gran nación: al final de la competición, nuestros deportistas se clasificaron en el cuarto lugar del medallero, detrás de Estados Unidos, Alemania y China, pero por delante de España, Corea del Sur, Hungría y Francia. Finalmente, tras un rodeo por Sevilla, la visita a la comunidad autónoma de Galicia supuso la apoteosis del viaje. En la tierra de sus antepasados, el exministro de Franco Manuel Fraga,

elegido presidente de la Xunta de Galicia, lo recibí como a un rey y como a un hermano. Fueron tres días de festejos y emociones. Fidel visitó la casa de su padre en Lán cara, donde fue recibido por tres primas lejanas. A continuación, Manuel Fraga organizó un torneo de dominó. Ambos políticos incluso disputaron una partida al aire libre, instalados sobre la plataforma de un camión. Fidel, aunque mal jugador, debió de ganar bastante deprisa: de lo contrario habría tenido que quedarme a esperar su victoria hasta las cuatro de la mañana, y de eso me acordaría... En un momento dado, vi a mi lado a una niña de unos doce años, visiblemente de condición modesta, que miraba al Comandante deshecha en lágrimas. «¿Qué te pasa?», le pregunté. Me contó que toda su familia, ella incluida, admiraba a Fidel enormemente.

No había dudado en caminar durante tres días, con un hatillo al hombro y durmiendo al raso, para ver al gran hombre. Entonces le dije: «Deja tu hatillo aquí y ven conmigo». La conduje hasta Fidel, quien, al igual que yo, le preguntó: «¿Qué te pasa?». Y luego la besó. Conmovida y temblorosa de emoción, me dijo entonces: «Lo que ha hecho usted por mí es la cosa más bonita...». No he olvidado a aquella chiquilla. Me gustaría mucho que este libro llegara a sus manos y se acordara del momento de humanidad que compartimos. Instantes después, a nuestro alrededor, el pueblo llano se puso a servir aguardiente y a cocinar en la carretera, en especial frituras, con la esperanza de ofrecerlas a Fidel para que las degustara. Se formó una fila, porque todos querían honrar al invitado del

día con una empanada o un producto artesanal del terruño. La intención era loable, pero mi misión consistía en impedir que el Comandante comiera algo que no hubiera sido probado antes por nuestro servicio de seguridad. Intenté rechazar con la mayor educación posible a los «cocineros», probando cada alimento. «Ah, me parece que está demasiado salado para su gusto...», le decía a uno. «Déjelo ahí, se lo llevaré más tarde», indicaba a otro. A pesar de todo, el Comandante degustó varios platos, bastante grasos, y terminó su odisea española tal como la había empezado: con ágapes y alabanzas a su régimen. No sé si tales descarríos pueden explicar el episodio que sigue. La cuestión es que, nada más regresar a Cuba, Fidel cayó gravemente enfermo por segunda vez en su vida, y en circunstancias similares a la primera. A principios de septiembre de 1992, cuando nos encontrábamos en la residencia habanera de Punto Cero, el timbre que anunciaba la salida del Comandante resonó en el edificio de la escolta en un horario inhabitual para un trasnochador: jantes del amanecer! Al llegar al aparcamiento del palacio, constato que Fidel (exactamente como nueve años atrás) lleva sólo la chaqueta del traje de faena encima de su pijama azul y tiene el trasero manchado de sangre. En el cuarto piso, todo el personal médico de la clínica se hace cargo de él de inmediato, pero no tardo en darme cuenta de que la situación es peor que en 1983. Sus médicos están más inquietos, y Fidel más pálido. En un momento dado, por primera vez en mi vida, lo veo tendido en una camilla, inconsciente. Preocupado, pido explicaciones a su

enfermero, Wilder Fernández, que es asimismo uno de los miembros de la escolta. Me informa que las transfusiones no sirven de nada: «El organismo de Fidel no retiene la sangre». Con lágrimas en los ojos, añade desesperado: «Sánchez, Fidel está al borde de la muerte. Hemos dicho al jefe de la escolta que avise a Raúl, para que éste decida lo que debe hacerse en las próximas horas. De hecho, llegará de un momento a otro». En 1983 nadie había sido informado de la hospitalización durante once días de Fidel. Ni siquiera Raúl. Pero esta vez las cosas eran distintas. Cuando el ministro de las Fuerzas Armadas, Raúl Castro, llega al cuarto piso, los médicos le informan al instante de la gravedad de la situación. Se decide informar a Dalia y a sus hijos, pero no a Fidelito o Jorge Ángel, nacidos, como es sabido, de otras mujeres. Durante los minutos siguientes, Raúl decide el procedimiento a seguir para advertir a los allegados y a las más altas instancias políticas del país, en caso de que ocurriera lo impensable: en primer lugar, los colaboradores más cercanos, después los miembros del buró político (el Politburó) del Partido Comunista Cubano (PCC); a continuación, los miembros del Consejo de Estado, después el Estado Mayor de los ejércitos, los miembros del comité central del PCC y, por último, el pueblo. No obstante, el anuncio se iría escalonando a lo largo de varios días. A la población se le diría al principio que Fidel había sido hospitalizado, después que su estado había pasado de «grave» a «crítico» y por fin que el Comandante en Jefe nos había dejado. Y eso por medio de un comunicado del Politburó del PCC difundido

por la televisión, la radio y el Granma, el periódico oficial del partido. No sé cómo, porque no soy médico, pero Fidel consiguió reponerse. Averigüé que, gracias a la ayuda de donantes de sangre compatibles de la escolta, se había procedido a transfusiones directas, ¡de vena a vena! Si eso es cierto —y me parece muy posible, pues tal vez Fidel se inspiró en una de sus lecturas históricas, un antiguo tratado de medicina o algo por el estilo, para exigir que se procediera a semejante experiencia—, es una pura locura. En efecto, según los médicos con los que he hablado desde mi llegada a Estados Unidos, tal técnica no presenta ventajas en relación con una transfusión clásica. Sea como fuere, su convalecencia duró cincuenta y cinco días. Una vez más, el peluquero y maquillador de Fidel pegó una barba postiza al sosias del Comandante, Silvino Álvarez, el cual interpretó su mejor papel, instalado en el asiento trasero del Mercedes presidencial. En resumidas cuentas, tras casi dos meses de ausencia pública, Fidel reapareció el 29 de octubre en el Palacio de Convenciones, donde pronunció un discurso ante los diputados cubanos. Ninguno de ellos podía sospechar que su jefe había estado a punto de morir pocas semanas atrás.

14

FIDEL, ANGOLA Y EL ARTE DE LA GUERRA

¡La guerra, al fin! En el curso de su larga existencia, Fidel Castro ha asesorado, entrenado y apoyado a decenas de grupos armados. Ha inspirado a cientos de miles, sin duda millones de combatientes antiimperialistas de todo el

mundo. En Latinoamérica, ni un solo país ha escapado a su influencia. Y en África (adonde Che Guevara en persona partió a luchar en 1965), no menos de diecisiete movimientos revolucionarios se han beneficiado de su experiencia. No obstante, en el fondo todas estas acciones subversivas eran puntuales, de efectivos limitados, de duración reducida y, finalmente, bastante modestas en relación con las verdaderas ambiciones planetarias del Comandante. «Tan sólo» se trataba de guerrillas... En Angola, Fidel Castro pasó a otra escala, la de la guerra de movimientos, con tropas en tierra, tanques, blindados, baterías de artillería, helicópteros y aviones de caza. Durante diecisiete años, desde 1975 hasta 1992, logró la hazaña de enviar al frente, a diez mil kilómetros de las costas cubanas, a un contingente total de entre doscientos y trescientos mil combatientes y civiles. Lo nunca visto: hasta entonces, ningún país de tamaño parecido, ni siquiera Israel, se había proyectado militarmente tan lejos, durante tanto tiempo, con tantos hombres. Y sobre todo, en Angola los militares cubanos contribuyeron a debilitar el régimen racista de Sudáfrica e infligirle una feroz derrota militar y política.

* * *

Esta historia increíble —curiosamente desconocida allende las fronteras de Cuba— comienza en Lisboa, el 25 de abril de 1974. La Revolución de los Claveles derriba la dictadura salazarista, que detentaba el poder en Portugal desde los años treinta. Una vez instalado, el nuevo Gobierno decide abandonar su imperio colonial, que además de

Mozambique, GuineaBissau, Cabo Verde, Macao y Timor, cuenta con una joya de la corona: Angola, rica en petróleo y minerales. Allí, los tres movimientos independentistas que hasta el momento se enfrentaban por separado al colonizador se disputan al instante el pastel. Por un lado, el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA), dirigido por el líder marxista Agostinho Neto (1922-1979) y apoyado por el bloque soviético. Por otro, el Frente Nacional de Liberación de Angola (FNLA), del independentista Holden Roberto (1923-2007), y la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA), de Jonas Savimbi (1934-2002), ambos con el apoyo de Occidente. Con el fin de calmar las exacerbadas tensiones intestinas, que amenazan con arrastrar al país a una guerra civil, los portugueses anuncian cuanto antes, en febrero de 1975, la fecha de la futura independencia: será el 11 de noviembre siguiente. Se inicia la cuenta atrás, y cada movimiento dispone, pues, de diez meses para preparar la guerra. Porque todo el mundo lo ha comprendido: quien controle Luanda, la capital, el día en que se retiren los portugueses, se convertirá de manera automática en el nuevo amo del país. El líder del MPLA, Agostinho Neto — quien había conocido diez años atrás a Che Guevara en el Congo—, llama en su ayuda a Fidel Castro. Ahora bien, éste, en un destello de genio, concibe y organiza de inmediato la famosa Operación Carlota. De una audacia demencial, ésta consiste en establecer muy deprisa un puente aéreo y marítimo entre La Habana y Luanda, con el fin de enviar a miles de internacionalistas junto con el

material que permitirá al MPLA de Agostinho Neto apoderarse de Luanda unas horas antes de la fecha fatídica. En otoño de 1975, miles de soldados atraviesan el océano a bordo de paquebotes de crucero y cuatrimotores Britannia de la Cubana de Aviación, para alcanzar en el mayor secreto las orillas del África austral. El hecho de que el contingente cubano cuente con numerosos negros y mestizos, que se confunden fácilmente con el entorno, facilita la operación. Cuando el mundo descubre que miles de cubanos han llegado a Luanda, la sorpresa es mayúscula. ¡No sólo para los estadounidenses, sino también para los soviéticos! Lo cierto es que Fidel no ha considerado necesario advertir al Kremlin de sus maniobras. Ante el hecho consumado, los dirigentes soviéticos se quedan pasmados. Y con razón: es la primera vez, desde el período colonial de principios de siglo, que un ejército entero desembarca en el continente negro. El plan del Comandante ha funcionado a la perfección. El 10 de noviembre de 1975, tras una semana de combates, el MPLA de Agostinho Neto gana, con el apoyo de las tropas cubanas, la batalla decisiva que le permitirá conquistar Luanda. Y el 11 de noviembre el nuevo dirigente del país proclama la independencia. En plena guerra fría, Angola se decanta por el bloque soviético. Su nuevo gobernante marxista recibe el refuerzo de consejeros militares rusos, así como material de guerra. Lo cual le permite controlar la mayor parte del país. En La Habana, el mito de la invencibilidad cubana, nacido en la bahía de Cochinos, queda reforzado. Por entonces yo aún no había pasado a

integrar la escolta de Fidel. Con veintiséis años, estudiaba en la Escuela de Especialistas del Ministerio del Interior (MININT), con objeto de convertirme en oficial de seguridad a cargo de altas personalidades. No obstante, como mi mayor deseo era morir por la Revolución, fui en busca de un suboficial para suplicarle que me enviara a Angola, con el fin de participar en la gloriosa epopeya. Para mi gran sorpresa, me rechazó con sequedad, preguntándome quién me creía que era. Me dijo que no me correspondía a mí decidir mi futuro, y que era cosa de la Revolución elegir la misión que me convenía más. Más adelante comprendí que en aquella fase de mi carrera, es decir, dos años antes de ser elegido guardaespaldas de Fidel, ya había sido preseleccionado para dicha función. En 1976, divina sorpresa: el Senado estadounidense, deseoso de no dejarse arrastrar a un Vietnam africano, vota la enmienda Clark, que prohíbe a Estados Unidos exportar armas o intervenir militarmente en Angola. En marzo de 1977 Fidel efectúa su primer viaje triunfal a tierra angoleña, donde la situación está más o menos controlada. Tras la muerte por causas naturales de Agostinho Neto en 1979, éste es sustituido por José Eduardo Dos Santos (que aún sigue en el poder a día de hoy). Pero las cosas se complican en los años ochenta. Para empezar, la invasión estadounidense de Granada, donde 638 cubanos son hechos prisioneros, propina un grave golpe al mito de la invencibilidad cubana. Acto seguido, en Angola, los sudafricanos reanudan la ofensiva militar en el sudeste del país. No obstante, Fidel envía constantemente refuerzos humanos, mientras que los

rusos siguen proporcionando tanques, aviones, helicópteros y misiles sin reparar en gastos. Sin embargo, sobre el terreno, las pérdidas se acumulan. Diez años después del inicio del conflicto, las madres cubanas sólo temen una cosa: que un oficial del Ministerio de las Fuerzas Armadas Revolucionarias (MINFAR) llame una mañana a su puerta para anunciarles, con un ramo de flores en la mano según la tradición, la muerte de un hijo en combate. En total, más de dos mil quinientos cubanos perderán la vida en el conflicto angoleño. Entre tanto, las divergencias de opinión entre cubanos y rusos se multiplican. Según Fidel, la doctrina de guerra soviética no está adaptada al campo de batalla africano. Circunstancia agravante: los rusos son incapaces de adaptarse a la mentalidad local. Mientras que las afinidades entre angoleños y cubanos son evidentes, los soviéticos son para ellos como extraterrestres. Primer desacuerdo grave: en julio de 1985 el mando militar soviético insiste en lanzar una gran ofensiva, la Operación Congreso II, contra la localidad de Mavinga, estratégicamente situada en el sudeste angoleño, a mil kilómetros de la capital. Fidel se opone porque las circunstancias le parecen desfavorables. Y la historia le dará la razón: tras haber conquistado el objetivo, las fuerzas cubanoangoleñas se ven obligadas a retroceder a toda prisa porque los rusos no han asegurado como es debido la columna de aprovisionamiento. Una batalla para nada... En la war room del Ministerio de las Fuerzas Armadas (MINFAR) de La Habana, donde me encuentro en compañía de Fidel —es allí donde ha seguido todos los

combates—, oigo repetir una y otra vez a Raúl: «Ya sabía yo que iba a pasar esto. Se lo dije a los rusos, que había que asegurar las líneas de retaguardia y el aprovisionamiento... Ahora es demasiado tarde... ¡Haberlo pensado antes!». Tras de lo cual, el Comandante dio orden a su hermano — que siempre ha sido el agente de enlace de La Habana con Moscú— de transmitir su total descontento «a las más altas instancias del Kremlin». Y así se hizo. Al año siguiente, entre mayo y agosto de 1986, los soviéticos cometen el mismo error. Lanzan su segunda gran ofensiva, que, por los mismos motivos, se salda con un lamentable fracaso: los sudafricanos y la UNITA de Jonas Savimbi han saboteado los puentes que cruzan los ríos y cortado la retirada a las tropas cubano-angoleñas. De nuevo, Fidel manifiesta su desagrado a Mijaíl Gorbachov, a quien, por otra parte, ve con inquietud efectuar un acercamiento diplomático de mal augurio con Estados Unidos. Al mes siguiente, en septiembre de 1986, Fidel se dirige a la cumbre de los No Alineados en Zimbabue, al igual que yo y... el coronel Gadafi. Decide entonces dar un rodeo por Angola, donde se hallan estacionados cuarenta mil cubanos, combatientes o civiles, incluido el propio hijo de Raúl, el joven Alejandro Castro, hoy coronel. Es la segunda vez que Fidel pone los pies en Angola, nueve años después del viaje de 1977. La visita dura tres días. La segunda noche, Fidel va a visitar a nuestras tropas en el frente. Su escolta es mínima: tres guardaespaldas, incluidos yo, el jefe de la escolta, Domingo Mainet, y el doctor Selman. Despegamos al caer la noche y, como en una película,

volamos en vuelo rasante a bordo de tres helicópteros en dirección a la zona de combate. Tras haber aterrizado en mitad de la sabana, caigo en la cuenta de que nos encontramos a sólo unos cientos de metros de los sudafricanos. El enemigo está tan cerca que pueden verse las luces de su campamento. Si hubieran podido imaginar que Fidel estaba a su alcance... Allí, el Comandante se dirige a nuestros soldados, los colma de palabras para enardecerlos, evalúa su moral, habla de su vida cotidiana y trata de comprender la situación militar. Podría haber sido Napoleón hablando a sus veteranos. «¿De qué región cubana provienes? ¿De la provincia de Oriente? Ah, muy bien...» «¿Desde cuándo estás en Angola?» «¿Cómo va el aprovisionamiento?» Recuerdo que al volver a Luanda esa misma noche, Fidel tenía la moral por las nubes, muy animado por aquella escapada.

* * *

Tras el fracaso de sus dos grandes ofensivas, los soviéticos abandonaron por fin el mando, dejando la iniciativa táctica y estratégica a Fidel Castro. El hecho resulta lo bastante extraordinario para subrayarlo: durante toda la duración de la guerra, Fidel dirigió las operaciones militares desde La Habana, casi en el otro extremo del mundo. ¡Había que verlo manos a la obra, al estratega, en la war room del MINFAR, tapizada de mapas del Estado Mayor adornados con maquetas de los campos de batalla! Gran maestro del arte de la guerra (había leído a Sun Tzu), era Napoleón y Rommel reunidos en uno solo. Por escrito o por teléfono, dictaba sus instrucciones a los generales. Lo

cual daba lugar a partes redactados así: «Hay que reducir el perímetro defensivo al este del río. Replegad las brigadas 59 y 26 hacia las posiciones fortificadas más cercanas al río. Estas dos brigadas han de cubrir todo el sector sudoeste, de manera que la 8.^a pueda consagrarse a su misión de abastecimiento. En este momento están demasiado expuestas a posibles ataques procedentes de la zona que la brigada 21 defendía con anterioridad. Tal como está la situación, semejante riesgo resulta inaceptable y debe corregirse de inmediato». Casi dos décadas después, en los años 2000, el exgeneral y exministro de Defensa sudafricano Magnus Malan, quien había combatido contra él en Cuito Cuanavale, no salía de su asombro: «No comprendo cómo lo logró. Dirigir las operaciones desde diez mil kilómetros de distancia es, en teoría, imposible... No, no lo entenderé nunca», declaraba jugando limpio, en una forma de homenaje involuntario a su antiguo enemigo[29] Cuito Cuanavale: esta batalla mítica supuso el enfrentamiento final entre Cuba y Sudáfrica. Duró seis meses, desde septiembre de 1987 hasta marzo de 1988, y entró en la historia como la mayor batalla militar librada en África desde la segunda guerra mundial. Este Stalingrado africano, con tanques, helicópteros, aviones de caza y baterías de misiles, desembocó en un callejón sin salida. Nadie ganó y todo el mundo reivindicó la victoria, pero los sudafricanos tuvieron que admitir que jamás derrocarían por la vía militar al Gobierno marxista de Luanda. Por lo tanto, aceptaron negociar la paz en los siguientes términos: Fidel repatriaría a su ejército a Cuba, pero a condición de

que la South African Defense Force (SADF) abandonara Namibia y concediera la independencia total a esta excolonia alemana, colocada desde 1945 bajo protectorado sudafricano y que servía de Estado tapón con Angola. Así pues, se proclamó la independencia de Namibia. En la misma época, el régimen racista de Pretoria, bajo la presión internacional, se vio obligado a hacer otras concesiones: la liberación de Nelson Mandela y la abolición del apartheid. Tres años después, Nelson Mandela declaraba: «Cuito Cuanavale puso fin al mito de la invencibilidad del opresor blanco. Fue una victoria para toda África».

* * *

Gracias a esta fantástica aventura, Fidel se granjeó un prestigio todavía mayor. Con todo, sería injusto no hablar de lo sucedido a Arnaldo Ochoa. En Angola, su papel resultó crucial. Considerado el mejor general cubano, había participado en todas, o casi todas, las peripecias de la epopeya castrista. Para mi generación, este militar de perfil aguileño y encanto irresistible constituía el ejemplo del perfecto guerrillero. Presente en Sierra Maestra en el momento de la lucha contra Batista, en 1965 se encontró con Che Guevara en el Congo, y al año siguiente en Venezuela, con el fin de organizar un foco guerrillero. Convertido en un engranaje esencial de la Operación Carlota en Angola, en 1975, había estado asimismo al frente del cuerpo expedicionario cubano en Etiopía durante la guerra del Ogaden (1977-1978), antes de convertirse, entre 1984 y 1986 —siempre a petición de Fidel—, en asesor especial del ministro de Defensa nicaragüense

Humberto Ortega, con el fin de ayudar a dicho país a rechazar los ataques de la Contra financiada por Washington. El militar más condecorado del país, este superdotado de la Revolución fue nombrado por Fidel «héroe de la república de Cuba», título que hasta el momento sólo él ostentaba. En 1987, cuando el ejército cubano se encontraba en una posición delicada, a causa sobre todo de los errores soviéticos, fue nombrado jefe de la misión militar cubana en Angola. Ahora bien, al llegar, este excelente estratega, que también era el mejor amigo de Raúl Castro, se consideró en mejores condiciones que Fidel para juzgar la realidad del campo de batalla. Por ejemplo, un día Ochoa propuso una pausa de ocho horas para permitir a los combatientes recuperarse, cuando el Comandante quería reanudar el combate sin más dilación. En otra ocasión, al general se le metió en la cabeza formular propuestas alternativas a las decisiones tácticas dictadas por el Jefe. En el palacio o en la war room del MINFAR, oí a Fidel decir a Raúl cosas de este tenor: «Ochoa muestra síntomas de incapacidad» (se sobreentiende: incapacidad intelectual), «Ochoa no es realista», o incluso «Ochoa ya no tiene los pies plantados en el suelo». En enero de 1988, en plena batalla de Cuito Cuanavale, el general fue convocado a La Habana: Fidel le ordenó retirar todas las brigadas, salvo una, de la orilla oriental del Cuito. Sin embargo, de regreso en Angola, Ochoa se abstuvo de ejecutar esa estrategia, que consideraba equivocada, y tomó otras decisiones, probablemente mejores. Semanas después, Ochoa fue llamado a Luanda, y después a La Habana. En

mi fuero interno me sentía preocupado por él, pues hacía mucho que lo sabía: nadie, ni siquiera el «héroe de la república de Cuba», podía permitirse contradecir a Fidel. Hacerlo equivalía, en plazo más o menos breve, a caer en desgracia. No obstante, distaba mucho de imaginar que la cuenta atrás de su vida ya había empezado. Menos de un año después Arnaldo Ochoa era fusilado por un pelotón de ejecución. Por orden de Fidel.

15

EL CASO OCHOA

Finales de 1988. Un día como cualquier otro transcurría en La Habana. En pocos minutos, mi vida iba a cambiar. Fidel había pasado la tarde leyendo y trabajando en su despacho, cuando de pronto asomó la cabeza en la antecámara, donde yo me encontraba, para avisarme de que Abrantes estaba a punto de llegar. El general José Abrantes, cincuentón, era por entonces ministro del Interior desde 1985, tras haber sido el jefe de seguridad del Comandante en Jefe durante veinte años. Fiel entre los fieles, formaba parte del grupo de personas que veían a diario al Jefe. Perteneecía asimismo al círculo de las diez personas más cercanas al poder supremo, junto con Raúl Castro y los demás que el lector ya conoce, pero cuyas funciones me permito recordar: José Miguel Miyar Barruecos, alias Chomy, secretario particular de Fidel; su médico personal, Eugenio Selman; el diplomático Carlos Rafael Rodríguez; el maestro del espionaje Manuel Piñeiro, alias Barbarroja, y también sus dos amigos, el escritor

colombiano Gabriel García Márquez, conocido como Gabo, y el geógrafo Antonio Núñez Jiménez. Otra característica distinguía a Abrantes: junto con Raúl, era uno de los pocos que podían acceder al despacho de Fidel sin pasar por la entrada principal del Palacio de la Revolución, sino que llegaban por detrás al aparcamiento subterráneo y desde allí tomaban el ascensor que los conducía directamente al tercer piso. Así pues, aquel día, hacia las cinco de la tarde, tras haber dejado el coche en el aparcamiento, José Abrantes se presenta en la antecámara de Fidel. Anuncio su llegada: «¡Comandante, aquí está el ministro!». Pues evidentemente nadie, ni siquiera su hermano Raúl, entra en el despacho de Fidel sin haber sido anunciado. Cierro la doble puerta y acto seguido me instalo en mi despacho (contiguo a la antecámara), donde se encuentran las pantallas que controlan el aparcamiento, el ascensor y los pasillos, así como el armario que alberga las tres cerraduras que permiten abrir los micrófonos de grabación ocultos en el falso techo del despacho de Fidel. Un instante después, el Comandante vuelve sobre sus pasos, abre la puerta y me da esta instrucción: «¡Sánchez, no grabes!». Mientras los dos hombres conversan en privado, me dedico a mis asuntos, leo el Granma del día, ordeno los papeles y consigno las últimas actividades del Líder Máximo en la libreta. La entrevista se eterniza... Transcurre una hora, después dos. Cosa rara, Fidel no me pide que le sirva un whiskicito ni ofrezca un cortadito a su interlocutor, que suele consumir bastantes. Nunca antes el ministro del Interior había permanecido tanto rato en el despacho del Líder

Máximo. De repente, tanto por curiosidad como para matar el tiempo, me pongo los auriculares y giro la llave número 1 para oír lo que dicen al otro lado de la pared. Y entonces sorprende una conversación que jamás habría debido escuchar. Su conversación gira en torno a un lanchero[30] cubano que vive en Estados Unidos y que por lo visto hace negocios con el régimen. ¡Y vaya negocios! ¡Nada más y nada menos que un enorme tráfico de drogas que se practicaba en las más altas instancias del Estado! Abrantes pide a Fidel autorización para acoger temporalmente en Cuba a ese traficante, que desea pasar una semana de vacaciones en su país natal en compañía de sus padres, en Santa María del Mar, una playa situada diecinueve kilómetros al este de La Habana, donde las aguas son azul turquesa y la arena fina como la harina. Por esa escapada, precisa Abrantes, el lanchero pagará setenta y cinco mil dólares. Algo muy bien recibido en tiempos de crisis económica... Fidel no tiene nada en contra. Sin embargo, expresa una inquietud: ¿cómo pueden estar seguros de que los padres del lanchero guardarán el secreto y no irán por ahí contando que han pasado una semana de vacaciones cerca de La Habana con su hijo, que reside en Estados Unidos? El ministro tiene la solución: bastará con hacerles creer que su hijo es un agente de información cubano infiltrado en Estados Unidos, y que su vida correría grave peligro si no guardan secreto absoluto sobre su visita a Cuba. «Muy bien...», concluye Fidel, que da su conformidad. Para terminar, Abrantes propone al Comandante que Antonio de la Guardia, llamado Tony, un

habitual de las misiones especiales, además de un héroe de las luchas de liberación en el Tercer Mundo, se ocupe de organizar los detalles técnicos de la estancia. Tampoco en este caso el Comandante pone objeciones... Era como si el cielo se hubiera derrumbado sobre mi cabeza. Estupefacto, incrédulo, petrificado, habría deseado creer que lo había oído mal o lo había soñado, pero, lamentablemente, aquélla era la realidad. En pocos segundos, todo mi universo, todas mis ideas se vinieron abajo. Me di cuenta de que el hombre al que había sacrificado mi vida desde siempre, el Líder al que veneraba como a un dios y que a mis ojos era más importante que mi propia familia, estaba metido en el tráfico de cocaína hasta el punto de dirigir operaciones ilegales a la manera de un verdadero padrino. Aterrado, devolví los auriculares a su sitio y giré la llave para cortar el micrófono número 1, y de repente experimenté una sensación de inmensa soledad... Abrantes abandonó por fin el despacho, y en el momento en que cruzó el umbral, disimulé lo mejor que pude mi preocupación. Pero a partir de aquel instante, jamás volví a ver a Fidel Castro de la misma manera. Con todo, decidí guardar para mí tan terrible secreto de Estado, del que no hablé a nadie, ni siquiera a mi mujer. No obstante, pese a que intenté comportarme como un verdadero profesional y alejar aquella revelación de mi memoria, la decepción perduraba. Quisiera o no, mi vida estaba irremediabilmente sumida en la duda. Y aún lo estaría más antes de que transcurriera un año, cuando Fidel sacrificó al devoto Abrantes al enviarlo a la cárcel, con el fin de demostrar al

mundo que él ignoraba todo lo concerniente a ese tráfico de drogas que habría arruinado su reputación.

Entre tanto, el Comandante, cuyo arte para el disimulo no constituye uno de sus menores talentos, reanudó su trabajo como si no hubiera pasado nada. Hay que comprender su lógica. Para él, el narcotráfico suponía un arma de lucha revolucionaria antes que un medio de enriquecerse. Su razonamiento era el siguiente: si los yanquis eran lo bastante estúpidos para consumir droga procedente de Colombia, no sólo no era su problema —al menos mientras no lo descubrieran—, sino que además servía a sus objetivos revolucionarios en la medida en que la droga corrompía y desestabilizaba la sociedad estadounidense. La guinda del pastel: era un medio de acumular dinero para financiar la subversión. Así, a medida que el tráfico de cocaína se desarrollaba en Latinoamérica, la frontera entre la guerrilla y el narcotráfico iba desapareciendo poco a poco. Lo que era cierto en Colombia también lo era en Cuba. Por mi parte, jamás me plegué a admitir ese razonamiento retorcido, en contradicción absoluta con mi ética revolucionaria.

* * *

El año 1989 empezó con la celebración del treinta aniversario del triunfo de la Revolución, ocurrido, recordémoslo, un 1 de enero. Ahora bien, para el comunismo mundial ése fue el año de todos los peligros. En China, los manifestantes se preparaban para desafiar a los tanques en la plaza de Tiananmen. En Europa, el muro de

Berlín estaba a punto de derrumbarse. En cuanto a la isla de Cuba, ya privada de subvenciones soviéticas, se disponía a atravesar una crisis existencial inédita: en julio, al concluir un proceso estaliniano, el glorioso general Arnaldo Ochoa sería fusilado junto con otros tres acusados, todos considerados culpables de haber «mancillado la Revolución» y «traicionado a Fidel», a causa de un tráfico del que se suponía que el Comandante en Jefe no sabía nada. El caso Ochoa causó un verdadero trauma nacional y se llevó consigo las últimas ilusiones del castrismo: en Cuba, hay un antes y un después de 1989. Para comprender el caso es preciso remontarse un poco al pasado, hasta la creación del Departamento MC en 1986, en un momento en que la ayuda económica de Moscú empezaba a agotarse. Colocado bajo la autoridad del MININT, es decir, del ministro José Abrantes, y dirigido por el coronel Tony de la Guardia, el Departamento MC tenía precisamente como razón de ser el generar dólares con la ayuda de empresas fantasma con base sobre todo en Panamá, México y Nicaragua. De ahí su sobrenombre de Departamento «Moneda Convertible», aun cuando dicha denominación, MC, no tenía al principio ninguna significación especial, sino que correspondía, lisa y llanamente, a una nomenclatura militar alfabética. Heredero del Departamento Z creado a principios de los años ochenta, el Departamento MC no escatimaba medios y comerciaba con todo: tabaco, langostas y puros introducidos de contrabando en Estados Unidos; ropa y electrodomésticos exportados a África; obras de arte y

antigüedades introducidas en España; sin olvidar los diamantes y el marfil traídos de África y revendidos en Latinoamérica u otros lugares. Ciertos comercios eran legales, otros no. Ahora bien, la existencia del departamento no tenía en sí nada de secreta. Al contrario, el periódico oficial Granma había explicado un día su misión en los siguientes términos: «Se trata de luchar contra el bloqueo — o embargo— económico de Estados Unidos, en vigor desde 1962, con el fin de disponer de los medios para procurarse productos como material médico, medicamentos, ordenadores, etc.». Lo que sí era misterioso, en cambio, era su funcionamiento, sus circuitos financieros, su contabilidad. Gestionado en la opacidad, el desorden y la improvisación, el Departamento MC sólo tenía una exigencia: hacerse pagar en dólares contantes y sonantes en países terceros, sobre todo Panamá, que siempre ha sido la primera base de retaguardia de las actividades comerciales ilícitas cubanas en el reinado de Fidel Castro. Era inevitable que, durante aquellos años y en aquella región, la ruta de los «filibusteros» de los departamentos Z, y luego MC, se cruzara con la de los narcotraficantes colombianos, siempre en busca de dinero fácil. En consecuencia, no es del todo casual que entre la población el Departamento MC recibiera muy pronto el sobrenombre de «Marihuana y Cocaína». Las primeras sospechas de los estadounidenses relativas a Cuba en este ámbito se remontan a los albores de los años ochenta. Fueron alimentadas por los testimonios de desertores de los diversos servicios de espionaje cubanos, altos

funcionarios del Gobierno panameño que trabajaban estrechamente con el presidente Manuel Noriega[31] y traficantes de droga detenidos en Florida, algunos de los cuales afirmaban que el régimen cubano estaba conchabado con Pablo Escobar y su cártel de Medellín. A mediados de los años ochenta, artículos publicados en la prensa estadounidense mencionaban el aumento del tráfico de drogas en Cuba, que servía de plataforma de tránsito para el polvo blanco colombiano, así como la posibilidad de que los narcotraficantes estuvieran relacionados con la cúpula del poder cubano. Presintiendo la amenaza de un escándalo, y tal vez alertado a este respecto por los servicios de información infiltrados en Estados Unidos, el Líder Máximo decide entonces adelantarse para cortar de raíz las posibles sospechas concernientes a él. Con el fin de rehabilitarse, Fidel utiliza el periódico oficial Granma para informar a los lectores de que se ha iniciado una investigación en abril. Después, como jugador de ajedrez experto, da la vuelta a la partida por medio de lo que se llama un enroque[32]. Bien situado para saber quiénes eran los oficiales cubanos mezclados en el narcotráfico, el 12 de junio ordena detener a los gemelos Tony y Patricio de la Guardia, del Departamento MC, al general Arnaldo Ochoa, recién llegado de Angola, y a otros nueve funcionarios superiores del MININT y dos del MINFAR. Una segunda oleada de detenciones, semanas más tarde, incluye al ministro del Interior José Abrantes y, en el entorno de este último, a dos generales y cuatro coroneles. Tres semanas después empezó el doble proceso del general Ochoa. Al

principio, el 25 de junio, el acusado compareció solo, de uniforme, ante un tribunal militar de honor, en el cuarto piso del MINFAR, donde fue degradado al rango de soldado raso en presencia de la totalidad del Estado Mayor, es decir, cuarenta y siete generales. Más tarde, a partir del 30 de junio, el acusado fue conducido ante el tribunal militar especial, en compañía de otros trece acusados, vestidos de civil como él, esta vez en la planta baja del edificio, en la Sala Universal, la sala de proyecciones del MINFAR, transformada en sala de audiencias. El conjunto del juicio fue bautizado Causa n.º 1/1989, mientras que el proceso contra el ministro del Interior José Abrantes, que le siguió poco después, se llamó Causa n.º 2/1989. Expeditivo, el proceso contra Ochoa duró cuatro días y quedará grabado para siempre en la memoria colectiva de los cubanos como una de las mayores ignominias del interminable reinado de Fidel Castro Ruz. ¡Y sin embargo, en la época, tanto en la prensa oficial como en la radio, el Gobierno se felicita por haber llevado a cabo esta acción en nombre de la justicia! «El mundo entero observa estupefacto esta prueba extraordinaria de coraje y moralidad», se puede leer y oír. «No está acostumbrado. Sólo una Revolución auténtica, fuerte, inquebrantable y profunda es capaz de eso.» Maestro del cinismo, Fidel, al tiempo que se manifiesta «consternado» por lo que finge descubrir, pretende que se trata «del proceso político y judicial más limpio que quepa imaginar». Evidentemente, la realidad es muy diferente. Instalado con toda comodidad en el despacho de Raúl, en el cuarto piso del MINFAR, Fidel Castro sigue en directo, y

en compañía de su hermano, todo el desarrollo de la Causa n.º 1 y la Causa n.º 2 por los monitores de un circuito cerrado de vídeo. En efecto, ambos juicios son filmados — razón por la cual pueden verse hoy amplios extractos en YouTube— y difundidos a todos los hogares cubanos, si bien en diferido con el fin de permitir al régimen aplicar la censura en caso de que algunos fragmentos se revelaran embarazosos. Fidel dispone incluso de un sistema que le permite alertar con discreción al presidente del tribunal con la ayuda de un piloto luminoso, con el fin de indicarle los momentos en que conviene proceder a la interrupción de la sesión. Todo esto lo he visto con mis propios ojos porque me encontraba presente, tanto delante de la puerta abierta del despacho de Raúl como en el interior de la estancia. Cuando se producía una interrupción, Raúl me daba la orden siguiente: «Avisa al jefe de la escolta de que los compañeros del proceso van a subir de un momento a otro». Y en efecto, menos de cinco minutos después, el presidente del tribunal, el fiscal y los jurados desfilaban por el cuarto piso del ministerio a fin de recibir las instrucciones de Fidel, quien, como siempre, lo orientaba y dirigía todo, absolutamente todo. Más tarde, en dos ocasiones, el Comandante admitió en público que por entonces había estado en contacto con los miembros del tribunal, pero que, respetuoso con la separación de poderes, se había guardado mucho de influirles. Cuando se conoce el modo de funcionar de Fidel, resulta evidente que tal afirmación no se sostiene ni por un momento, por el contrario, revela el humor negro más absoluto.

* * *

En el curso de la Causa n.º 1 (el proceso Ochoa) y la Causa n.º 2 (el proceso Abrantes), los fiscales demostraron con facilidad la implicación de los acusados en el narcotráfico, la cual, en efecto, estaba probada. Ciertamente, habría podido quedarme estupefacto por el hecho de que Ochoa, el héroe de la Revolución cubana, se hubiera entregado al tráfico de drogas. Pero ¿qué podía hacer él, cuando era el jefe del Estado en persona quien se hallaba en el origen de dicho tráfico, del mismo modo que presidía las demás operaciones de contrabando (tabaco, electrodomésticos, marfil, etc.)? ¡Y todo esto, según su lógica, por el bien de la Revolución! En un momento dado, la acusación se centró específicamente en la cuestión de un hangar situado en el aeropuerto de Varadero, donde estaba almacenada la droga en ruta hacia Estados Unidos junto con otras mercancías de contrabando.

De inmediato se me encendió una luz. Recordé haber acompañado a Fidel, Abrantes, Tony de la Guardia y otros funcionarios del Departamento MC a ese hangar dos años atrás. Tras salir del palacio en un convoy de tres vehículos, habíamos llegado, al cabo de una hora larga de trayecto, ante ese edificio, que se encuentra en el lado derecho de la carretera panamericana. Ese día yo me había quedado en el exterior del edificio, mientras Abrantes y Tony de la Guardia enseñaban a Fidel un supuesto depósito de botellas de ron y puros destinados a la exportación. Después, apenas transcurrido un cuarto de hora desde nuestra llegada, habíamos vuelto sobre nuestros pasos

hacia el palacio presidencial. En aquel instante del proceso, me di cuenta de que dos años atrás Fidel no había ido a ver un depósito de ron y puros —¿cómo, en efecto, un jefe de Estado podría perder tres horas en ir a ver algo tan trivial y carente de interés? —, sino una provisión de polvo blanco que esperaba para ser enviado a Florida. Porque, como de costumbre, el Comandante en Jefe, desconfiado respecto de sus subordinados y prudente hasta el extremo, quería comprobarlo todo con sus propios ojos, hasta los menores detalles, con el fin de asegurarse de que se habían tomado las mejores disposiciones para disimular la mercancía de contrabando. Todo lo anterior explica la dureza de los veredictos de las Causas n.º 1 y n.º 2. Al finalizar esas parodias de justicia, el 4 de julio de 1989, el general Arnaldo Ochoa, su edecán, el capitán Jorge Martínez (ambos miembros del MINFAR), el coronel Tony de la Guardia y su subordinado, el mayor Amado Padrón (ambos del MININT), fueron condenados a muerte por haber organizado el transporte de seis toneladas de cocaína del cártel de Medellín hasta Estados Unidos y haber recibido a cambio 3,4 millones de dólares. Tres semanas después, José Abrantes fue condenado a veinte años de cárcel, y los demás acusados a penas inferiores. Acto seguido se produjo la mayor purga jamás organizada en el seno del ministerio: todos, o casi todos, los dirigentes del MININT fueron destituidos y reemplazados. No cabe la menor duda de que Fidel —y sólo él— tomó la decisión de enviar a Ochoa al pelotón de ejecución y a Abrantes a la cárcel durante veinte años. Fue en prisión donde este último, pese

a su estado físico impecable, murió de un paro cardíaco en 1991, de forma cuando menos sospechosa, al cabo de tan sólo dos años de encarcelamiento. Al desembarazarse de ese par, el Líder Máximo eliminaba a dos hombres que sabían demasiado, personas con las que había hablado de la cuestión ultrasensible del narcotráfico. Con Ochoa y Abrantes muertos, la cadena de mando quedaba cortada, y con ella todo vínculo orgánico susceptible de relacionarlo con tan tenebroso negocio. Podría sorprender que, en el curso de dichos procesos retransmitidos por televisión, oficiales tan valerosos como los cuatro condenados a muerte no se rebelaran en ningún momento para gritar la verdad al mundo. Sin embargo, eso supondría no conocer bien el maquiavelismo de Fidel y la manera como el sistema cubano manipula las conciencias. Entre bastidores, es evidente que los acusados recibieron el mensaje de que «teniendo en cuenta los servicios prestados en el pasado, la Revolución se mostraría agradecida con ellos: ella no abandonaba a sus hijos, y aunque el tribunal solicitara la pena máxima, mostraría buena voluntad en relación con ellos y sus familias»... Lo cual equivalía a prometer a aquellos hombres que no serían ejecutados sino indultados. Al menos, si admitían sus errores y afirmaban que merecían la pena capital. Cosa que hicieron..., porque a hombres en la tesitura en que ellos se hallaban no les queda otra opción. Ahora bien, el 9 de julio, es decir, cinco días después de la condena, Fidel convocó al Consejo de Estado con el fin de «dar el cerrojazo» al proceso Ochoa, recabando así la responsabilidad de todos los dirigentes de la más alta

instancia del régimen, compuesta de veintinueve miembros, civiles y militares, ministros, miembros del Partido Comunista, presidente de organización de masas, etc. Se trataba de ratificar la decisión del tribunal o, por el contrario, conmutar la pena de muerte. Cada uno debía pronunciarse de manera individual, y todos confirmaron la sentencia. Vilma Espín, indiferente a la amistad que ella y su marido mantenían con Ochoa y su mujer, soltó esta frase terrible: «¡Que la sentencia sea confirmada y ejecutada!». El jueves 13 de julio, hacia las dos de la madrugada, los cuatro condenados a muerte fueron pasados por las armas. Casi un mes después de que fueran detenidos. A continuación se produce el episodio más penoso de mi carrera. En efecto, Fidel había exigido que la ejecución de Ochoa y los otros tres condenados fuera filmada. De repente, dos días después —un sábado—, un chófer se presenta en la residencia de Punto Cero, donde yo me encontraba, para entregar un sobre que contiene un vídeo de formato Betamax. El jefe de la escolta, José Delgado (que desde hacía dos años sustituía a Domingo Mainet), me dice: «Lleva esto a Dalia, que te está esperando, es una película para el Jefe». Al instante llevo el sobre a la Compañera, sin sospechar ni por un momento que pueda tratarse del vídeo de la ejecución de Ochoa, y mucho menos que a Fidel, cual Drácula cualquiera, le gustaría contemplar semejante espectáculo. Transcurren treinta minutos y Dalia vuelve con el vídeo en la mano. «El Jefe me ha dicho que los compañeros deben ver este vídeo», me suelta, lo cual equivale a una orden. Transmito entonces el mensaje al jefe

de la escolta, el cual, a su vez, reúne a todo el mundo, es decir, a una quincena de personas, entre ellas los chóferes y el médico personal de Fidel, Eugenio Selman. Después, alguien introduce la casete en el magnetoscopio. El vídeo carecía de banda sonora, lo que añadía una especie de irrealidad a la secuencia que empezamos a ver. Sólo se veían unos vehículos llegar de noche a una cantera iluminada por focos. Más tarde supe que se trataba del aeródromo de Baracoa, reservado a los dirigentes del régimen y situado al oeste de La Habana, allí donde pocos años antes yo había asistido en dos ocasiones al embarque de cargamentos de armas clandestinas hacia Nicaragua, en presencia de Fidel y Raúl. Me han preguntado con frecuencia cuál fue el comportamiento de Ochoa ante la muerte. La respuesta es clara y simple: fue de una dignidad excepcional. Al salir del vehículo, caminó muy erguido. En el momento en que uno de los verdugos le propuso vendarle los ojos, meneó la cabeza en señal de negativa. Y cuando se encontró ante el pelotón de ejecución, miró a la muerte de frente. Pese a la ausencia de sonido, toda la secuencia permite calibrar su valentía. A sus verdugos, que no aparecían en la imagen, les dijo algo que no se puede oír, aunque sí adivinar.

Sacando pecho, con el mentón elevado, es probable que les gritara algo así como «¡Adelante, no me impresionáis!». Un instante después, se derrumbaba bajo las balas de los siete tiradores. Los cuatro condenados fueron ejecutados en pocos minutos. Evidentemente, no todos hicieron gala del orgulloso coraje de Ochoa. No obstante, Tony de la

Guardia, quien también acarreaba enorme experiencia a la espalda (tras haber sido miembro de la escolta del presidente Allende en Chile, había participado en la campaña de Angola, en la toma del búnker de Somoza en Nicaragua y en centenares de misiones secretas), se mostró innegablemente valeroso. No tanto como Ochoa, pero valeroso al fin y al cabo. Se percibía su aflicción, su resignación. Sin embargo, no se vino abajo en ningún momento de los últimos minutos de su vida. La visión de mis otros dos colegas fue más difícil de soportar. Durante el trayecto entre los vehículos y el pelotón de ejecución, el capitán Jorge Martínez y el mayor Amado Padrón se desmoronaron varias veces. Los guardias tuvieron que levantarlos en cada ocasión. Saltaba a la vista que lloraban, imploraban, suplicaban. Se veían manchas de orina en sus pantalones. Era algo duro y patético de ver. Había que tener agallas para contemplar aquello. Un silencio de muerte reinó en la habitación en que nos encontrábamos. Nadie osaba hablar. Habría preferido no tener que relatar esa secuencia. Y nada más lejos de mi ánimo que emitir el menor juicio sobre aquellos subalternos que, en el fondo, estaban pagando por Fidel. Ahora bien, en honor a la verdad me veo obligado a referirla. Es preciso que todo el mundo sepa de lo que era capaz el Comandante con tal de conservar el poder: no sólo de matar, sino también de humillar y aniquilar a hombres que lo habían servido con devoción.

Tras la muerte de Ochoa, Raúl Castro entró en el mayor período de alcoholismo de su existencia. No sólo no había podido salvar la piel a su amigo, sino que, encima, tuvo que ratificar en público la condena a muerte del héroe de la república de Cuba, del mismo modo que se vieron obligados a ello los demás miembros del Consejo de Estado y del Estado Mayor militar. Incapaz de superar esa contradicción — había participado en el asesinato de su amigo—, se dio al vodka, que desde entonces es su bebida favorita. Hay que tener en cuenta otro factor: tras asistir a la eliminación de su homólogo Abrantes (condenado a veinte años de cárcel), Raúl, con toda lógica, podía temer que lo expulsaran del poder en cuanto ministro de Defensa. Si Abrantes, que era el superior jerárquico de Tony, había sido castigado, ¿no era lógico que él mismo, el superior de Ochoa, corriera la misma suerte? El número 2 del régimen empezó a beber como una esponja. Se emborrachaba con tal frecuencia que los ministros y generales no podían dejar de darse cuenta. Su esposa, Vilma, estaba preocupada. Se sinceró con el jefe de la escolta de Raúl, el coronel Fonseca, con el fin de explicarle la situación. Vilma temía que el estado depresivo de Raúl favoreciera pulsiones suicidas. Fonseca habló con su homólogo José Delgado, el nuevo jefe de la escolta de Fidel, es decir, mi superior. Y el Comandante decidió ir a echar un sermón a su hermano pequeño. Un domingo por la mañana partimos hacia La Rinconada, la casa de Raúl y Vilma, situada a un kilómetro escaso de la de Fidel y Dalia. Entramos por la puerta trasera del jardín. Raúl nos recibió vestido con una guayabera

blanca, la camisa tradicional cubana, y un pantalón de tela. Después de saludarnos, el ministro de Defensa se dirige con su hermano mayor a un bohío de madera situado en el parque, en medio de un pequeño espacio delimitado por la vegetación. Llegado ante este refugio, típico de la cultura amerindia, Fidel me hace señas de que no lo siga más allá. Y mientras los dos Castro se instalan en un banco, yo me sitúo algo apartado. No obstante, desde donde me encuentro puedo oír toda la conversación. Ellos, en cambio, no me ven, porque estoy protegido por el bosque. Entonces oigo a Fidel amonestar a su hermano, y acto seguido se lanza a una larga perorata moralizante: —¿Cómo es posible que hayas caído tan bajo? Estás a punto de dar el peor de los ejemplos a tu familia y a tu escolta —empieza el Comandante—. ¡Si lo que te preocupa es lo que le ha pasado a Abrantes, déjame decirte que Abrantes no es mi hermano! Tú y yo, desde la infancia, estamos unidos en lo bueno y en lo malo. No, tú no seguirás la suerte de Abrantes, salvo... si persistes en tan deplorable actitud. Escucha, te hablo como hermano. Júrame que saldrás de ese estado lamentable, y yo te prometo que no te pasará nada. Incluso pronunciaré un discurso para recordar que eres un gobernante íntegro, y explicaré lo mucho que has sufrido por el error de Ochoa, que te ha decepcionado sobremanera. ¡Y si hay gente que piensa que estás mezclado en este asunto, no son más que unos hijos de puta! Y , en efecto, poco tiempo después Fidel tomó la palabra para elogiar a Raúl, su integridad y su entrega a la Revolución. Raúl, por su parte, siguió bebiendo vodka, si

bien en cantidades mucho más razonables. En cuanto a mí, me ocurría lo que a miles de militares: me esforzaba por superar las dudas que el caso Ochoa había hecho germinar en mi mente.

16

LA CÁRCEL Y... ¡LA LIBERTAD!

La década de los noventa empezó para mí con una serie de éxitos, inversamente proporcionales a la situación general del país. Abandonada por la Unión Soviética, cuya disolución fue oficialmente promulgada el 8 de diciembre de 1991, y aislada de la escena internacional, Cuba se hundía en la peor crisis económica de su existencia. Para tratar de reaccionar, Fidel decretó el «período especial en tiempo de paz», que consistía sobre todo en desarrollar el turismo y permitir a los particulares abrir «paladares» (restaurantes en el propio domicilio), con el fin de conseguir las divisas indispensables para el rescate de la Revolución. Sin embargo, las medidas resultaron insuficientes, como demostraría la «crisis de los balseiros»: en 1994 treinta mil cubanos abandonaron su «navío natal» para escapar a bordo de balsas en dirección a Miami, a riesgo de servir de pasto a los tiburones que patrullan en el estrecho de Florida.

En cuanto a mí, estaba más que nunca consagrado a servir a Fidel. Promovido a jefe de la Avanzada, en lo sucesivo debía programar todos sus desplazamientos a provincias o al extranjero, como, por ejemplo, con ocasión de la investidura del presidente Fernando Collor de Mello en Brasilia, en 1990, para la cumbre iberoamericana en

Guadalajara (México), en julio de 1991, o incluso el viaje a España al año siguiente. Por otra parte, se me consideraba el mejor tirador de Cuba, porque había ganado el concurso nacional de tiro con pistola desde veinticinco metros, lo que había aumentado aún más mi prestigio en el seno de la escolta y fuera de ella. En suma, como estaba concentrado en mi trabajo, había preferido olvidar el caso Ochoa, que, en razón de la enorme purga a todos los niveles, había desestabilizado profundamente el MININT, dirigido por el general Abelardo Colomé Ibarra, alias Furry[33], quien sustituyó a José Abrantes, fallecido en prisión a causa de una sospechosa crisis cardíaca, como ya he dicho, en 1991. Debido a mi éxito profesional, hacía caso omiso del deterioro del ambiente en el seno de la escolta, que ya no era tan bueno desde que el idiota de José Delgado había sustituido a Domingo Mainet como jefe.

Sin embargo, los vientos empezaron a cambiar de repente durante el año 1994. Para empezar, mi hija Aliette se casó con un venezolano y se instaló con él en Caracas. A continuación, mi hermano pequeño, que trabajaba como cocinero en el Consejo de Estado, y que como tal había servido a Fidel en la mesa en diversas ocasiones, decidió probar suerte en una balsa y huir también a Florida, donde se instaló tras su peligrosa travesía. Dos miembros de mi familia en el extranjero: eso bastó para convertirme en sospechoso. El jefe de la escolta, el coronel Delgado, me convocó para preguntarme si sabía que mi hermano tenía intención de abandonar Cuba. Respondí que no, lo cual era falso. Después, Delgado me informó de que, con un

hermano balsero y una hija fuera del país, ya no podía conservar mi puesto: de hecho, comprendí que el propio Fidel me había despedido de la escolta, aunque, en un primer momento, al parecer debía permanecer en el seno del MININT, puesto que mis conocimientos y mi mano izquierda eran lo bastante valiosos para ser utilizados todavía por el ministerio. Fue doloroso. Desde 1968, había pasado veintiséis años al servicio del Comandante, diecisiete de ellos en el seno de su escolta (a partir de 1977), y se me antojaba difícil pasar página de golpe, así como así. Entonces el jefe de la escolta me propuso lo siguiente: «Escucha», me dijo, «tómame quince días de vacaciones para reflexionar sobre el destino que podría corresponderte en el seno del MININT y vuelve a vernos». Sin embargo, mientras regresaba a casa, pensando en todo aquello, me dije que quizá había llegado el momento de abandonar la profesión. Tenía cuarenta y cinco años, había alcanzado una especie de cumbre profesional, había vivido de todo, viajado por todas partes. Por último, sabía que no llegaría más arriba. De manera que ¿por qué no jubilarme? Los militares, en efecto, pueden hacerlo bastante pronto. De vuelta en casa, informé a mi esposa de mis intenciones y envié un escrito a la seguridad social cubana para hacer valer mis derechos. Quince días después redacté mi carta de dimisión, que en un primer momento pareció ser aceptada. No obstante, al poco el general Humberto Francis, jefe de la Seguridad Personal (el departamento a cargo de la protección de todos los altos dirigentes), me convocó para anunciarme que mi dimisión quedaba

descartada: «¡Tú no te vas a ninguna parte, y mucho menos al retiro!». Convencido de mis derechos, de mi total lealtad a la Revolución y de la excelencia de los servicios prestados, le planté cara y exigí pasar por un conducto reglamentario (una vía de recurso que permite dirigirse a un superior jerárquico) con el fin de hablar directamente con Furry, es decir, con el ministro del Interior, Abelardo Colomé Ibarra. Porque, sin la menor intención de criticar el sistema, quería explicar a este último mi deseo de reintegrarme a la vida civil. Dos días después, dos tenientes coroneles llamaron a mi puerta para anunciarme que el general Humberto Francis quería verme de nuevo en su despacho. Al volante de mi coche, acudí de inmediato a la convocatoria. Cuando llegué a mi destino, el general Francis en persona me dio la orden de subir a otro vehículo que iba a llevarme a «alguna parte» donde podríamos charlar con tranquilidad... Ahora bien, apenas había subido al Lada blanco, cuando dos guardias me rodearon en el asiento trasero. Acto seguido, el coronel Laudelio, de la Contrainteligencia Militar [34] se instaló delante y me advirtió que partíamos hacia el Centro de Detención de La Habana. Las cosas pintaban mal... Conocido como «Cien y Aldabó», por el nombre de las calles donde se halla situado, este centro es la prisión más aterradora y temible de Cuba: es allí donde la policía interroga a los detenidos comunes y les inflige golpes, torturas y malos tratos de todo tipo. Por la nerviosa actitud de mis dos guardianes, comprendí de inmediato que me esperaban grandes dificultades. ¡Pero no imaginaba que el problema era yo! Creía que un miembro

de mi familia, o algún amigo, había cometido un delito. Sin embargo, una vez llegados al centro, Laudelio me soltó: — Bien, Sánchez, eres un tío inteligente, no es necesario que te explique las cosas durante tres horas: ¡estás aquí en calidad de detenido! Entonces exploté. —¿De qué se me acusa? —Contrólate. Mañana te lo explicaremos todo. — Pero ¿por qué estoy aquí? — insistí. Me quitaron el cinturón y los cordones de los zapatos, y después me arrojaron a una celda durante veinticuatro horas, sin avisar a mi mujer, a la cual, al no saber nada de mí, no le llegaba la camisa al cuerpo. Al día siguiente me explicaron, en efecto..., que era un traidor a la patria, y que indicios concordantes demostraban que me disponía a abandonar Cuba. Se trataba de una flagrante mentira: tal idea jamás se me había pasado por la cabeza. A continuación empezaron los interrogatorios. Fue entonces cuando descubrí que en Cuba, en contra de lo que afirma desde siempre Fidel Castro, se practica la tortura, como en todas las dictaduras latinoamericanas que han precedido a la nuestra, en Chile, Argentina, Uruguay... Llevados por tipos de la Contrainteligencia Militar vestidos con gruesos abrigos, los interrogatorios tenían lugar en un cuartito donde habían puesto a tope la refrigeración, mientras que yo, como todos los detenidos de Cien y Aldabó, sólo llevaba una camiseta sin mangas. El aire frío me caía sobre el pecho y el rostro. Y cuando pregunté a mis verdugos si era posible bajar la refrigeración, me respondieron con aire socarrón que lo sentían mucho pero no tenían acceso al sistema de regulación, situado en el exterior de la pieza. Después, me

dejaron solo durante tres o cuatro horas, hasta que las uñas y los labios se me pusieron morados. Dedicaron una semana a obligarme a confesar que era un contrarrevolucionario, pensando sin duda que al final me desmoronaría y firmaría una confesión. Pero yo estaba hasta tal punto escandalizado por mi suerte que no firmé nada. Uno de los interrogadores me dijo: «Sin duda sabes muy bien que estás aquí por orden de Fidel». Y al cabo de una semana me informó de que la administración penitenciaria esperaba órdenes del Comandante en Jefe para saber si podían liberarme o no. De ese modo comprendí que estaba allí por la voluntad del hombre al que había servido durante un cuarto de siglo. En aquel momento me habría gustado hablar cara a cara con mi antiguo jefe, pues sabía que me resultaría fácil demostrarle que era la víctima inocente de un montaje. Que estaba equivocado. Y que tal vez había sido inducido a error en lo tocante a mí por la malevolencia de ciertos miembros de la escolta. No olvidaba, en efecto, que nuestro jefe, José Delgado, alimentaba hacia mí una envidia disimulada, por la sencilla razón de que él no tenía el menor talento. Además, mi responsabilidad en cuanto preparador físico de la escolta me proporcionaba un poder considerable en el seno de ésta, pues era yo quien seleccionaba a los que participaban en los viajes al extranjero. Sea como fuere, jamás pude acceder a Fidel. Lo que demuestra, una vez más, que trata a los seres humanos como objetos desechables cuando ya no le sirven de nada. Yo lo sabía, pero, al igual que muchas

personas en situación similar, creí que, teniendo en cuenta todo lo que había hecho por él, me perdonaría.

* * *

A continuación me aislaron en una celda inmunda donde por espacio de dos meses no vi la luz del día. En Cien y Aldabó, las celdas, infestadas de cucarachas, están concebidas para oler a orina y excrementos. No hay más que un agujero para hacer las necesidades. Y el grifo del agua, cuyo caudal permite beber el equivalente a dos vasos diarios, ni una gota más, se encuentra a tan sólo diez centímetros de esa repugnante letrina. Con el fin de alterar mi reloj biológico interno, me servían el desayuno a las dos de la tarde, y la comida principal (repulsiva, fría y en cantidad insuficiente) a las ocho de la mañana. Para colmo, hacía un calor asfixiante, y el contraste con el frío de la sala de interrogatorios era insoportable. Para completar el sórdido cuadro, mis guardianes me habían traído un colchón de paja de arroz visiblemente contaminado, porque al cabo de pocos días sufrí una erupción cutánea espectacular, con granos de pus por toda la parte inferior del cuerpo a partir de la cintura, incluidos los testículos. Por suerte, un médico del CIMEQ, un tal Alfredo, encarcelado por haber salido ilegalmente de Cuba, trabajaba en la enfermería de la prisión y consiguió curarme. Pero al cabo de dos meses estaba físicamente destrozado y moralmente destruido: había perdido casi treinta kilos, pasando de ochenta y tres a cincuenta y cuatro. Como ya no podía más, finalmente solicité hablar con un responsable, y al día siguiente me llevaron ante un coronel (jamás supe su

nombre), quien dijo saber quién era yo. «¡Hacía mucho que deseaba conocerlo!», me soltó. A lo cual le respondí, amargado, que sabía dónde encontrarme. Entonces planteé un ultimátum. —Si mañana no me sacan de este nido de ratas, empezaré una huelga de hambre y me comeré al primero que entre en mi celda. Muy contrariado, el coronel se tomó la amenaza al pie de la letra. Por lo visto, el mensaje llegó a oídos de Fidel, porque a la mañana siguiente doce hombres armados vinieron a buscarme y me trasladaron a la prisión de La Condesa, en la ciudad de Güines, treinta kilómetros al sur de La Habana. Allí me encerraron junto con otros veintidós detenidos, muchos de ellos criminales peligrosos, en lo que en Cuba se conoce como una «galera», puesto que las condiciones de vida recuerdan las de una galera. Ser trasladado a Güines constituía un ligero progreso, si bien las «torturas blancas» (que no dejan huellas) estaban a la orden del día. Güines posee un microclima que, por la noche, hace descender la temperatura por debajo de la media de otras ciudades cubanas. Entonces, en la estación fría, los guardianes nos obligaban a salir al patio a las tres de la madrugada, y nos conminaban a desnudarnos. Debíamos quedarnos allí plantados, de pie y desnudos frente a nuestros carceleros, que nos humillaban: «¿Tenéis frío? Qué raro... ¡Nosotros no!». Acto seguido aquellos sádicos se partían de risa, mientras que nosotros, los prisioneros, temblábamos en la noche. Ese tipo de prácticas, además de otras vejaciones todavía peores, son moneda corriente en las cárceles de la isla desde hace décadas. Sin embargo, eso jamás ha

impedido a Fidel y Raúl Castro afirmar ante el mundo que en Cuba no existe la tortura, pues su régimen es demasiado civilizado para eso... En Güines, mis carceleros siguieron amenazándome. —Si niegas haber practicado actividades contrarrevolucionarias y frecuentado a personas indeseables, si no firmas la confesión que te presentamos, nunca saldrás de aquí... Yo apretaba los dientes, los miraba a los ojos y les contestaba: —Si ése es mi destino... Finalmente, un mes después de mi traslado, ocho hombres armados hasta los dientes me llevaron ante el tribunal militar de Playa, uno de los municipios de La Habana. Cuando comparecí, a puerta cerrada, todos mis derechos fueron pisoteados: el presidente no escuchaba cuando mi abogado hablaba, los testigos de la acusación podían comunicarse entre sí en la habitación contigua, etc. Ultraje supremo: vi a algunos de mis antiguos colegas desfilar ante el tribunal para acusarme de desviación contrarrevolucionaria. No obstante, gracias a mis conocimientos de derecho penal, y también a que mi expediente estaba limpio, conseguí hacer valer argumentos convincentes para mi propia defensa, y les recordé que no tenía por qué encontrarme en presencia de los jueces, y mucho menos entre rejas, puesto que mi única falta había sido solicitar la jubilación, lo cual, que yo supiera, no constituía ningún delito. El fiscal solicitó ocho años de cárcel. Y varios días después mi mujer se presentó en la prisión para comunicarme el resultado de las deliberaciones: ¡dos años y medio! Se sentía aliviada porque era mucho menos que los ocho años que esperaba.

Pero yo me quedé escandalizado, asqueado. Apelé la sentencia. Al mes siguiente, en respuesta, el tribunal militar del municipio Diez de Octubre, siempre en La Habana, redujo mi condena a dos años de cárcel. En La Condesa recibí la visita del exjefe de la escolta, Domingo Mainet, el cual, a finales de los años ochenta, había sido nombrado inspector de las cárceles de la provincia de La Habana. Al presente nos encontrábamos, en sentido propio y figurado, cada uno a un lado de la barrera. Mainet me preguntó cómo iba todo, y yo le contesté: «Muy mal. Y tú sabes perfectamente que no tengo por qué estar aquí, dado que me conoces muy bien». Después, quiso saber si creía que me encontraba en prisión por voluntad única y exclusiva de Fidel. Por supuesto, me abstuve de decir la verdad, pues conozco bien el sistema cubano: atacar al Comandante sólo conseguiría empeorar mi caso. Me limité a responder: «Es probable que haya sido inducido a error por tu sucesor, el jefe de la escolta José Delgado, y por la gente de la Contrainteligencia Militar». Y añadí: «Ahora, si no tienes nada más que decirme, me gustaría volver a mi celda». En otra ocasión fue el general Francis, el gran jefe de la Seguridad Personal, quien vino a verme. Cuando llegué al despacho del director de la cárcel —quien nunca había recibido a un general tan importante—, habían preparado un bufet. Francis empezó diciéndome que pronto sería recibido por el ministro del Interior, Abelardo Colomé Ibarra..., cosa que no sucedió jamás. Después, me invitó a comer. Me negué en redondo y le expliqué que no era el tipo de comida que se degustaba habitualmente en la

prisión, y que, como sin duda sabía, no existía ningún motivo válido para que me pudiera entre cuatro paredes. El general, un tanto avergonzado, agachó la cabeza mientras comía, y yo puse fin a la conversación cuando solicité, como había hecho con Domingo Mainet, regresar a mi celda. Esta vez también me abstuve de cualquier crítica a Fidel, con el fin de no comprometer mis posibilidades de liberación. Albergo asimismo la certeza de que durante mi estancia en la cárcel intentaron matarme, del mismo modo, sin duda, que se quitaron de encima al exministro del Interior José Abrantes, condenado a veinte años de reclusión en agosto de 1989 y fallecido de una «crisis cardíaca» en enero de 1991. Había contraído una otitis aguda, y el médico de la prisión me había prescrito un tratamiento que, lejos de beneficiarme, no daba resultado alguno. Por el contrario, mi estado se agravaba de día en día. Por suerte, en el locutorio, un médico que había ido a visitar a un pariente encarcelado se interesó por mi caso. Descubrió que con mi tratamiento iba directo a un accidente vascular cerebral. Indignado, se quejó al director de la cárcel y lo acusó de querer atentar contra mi vida. Además, cuando amenazó con denunciarlo a las autoridades, el médico obtuvo permiso para controlarme en persona, una vez por semana, en el locutorio. Gracias a este ángel guardián, que me desaconsejó frecuentar la enfermería de la prisión, interrumpí de inmediato el tratamiento inicial y me salvé. Sin él, este libro no existiría. ¡Porque fue en La Condesa donde decidí escribir un libro! Un día, mientras tomaba el sol en el patio de la cárcel, miré al cielo azul y me

juré que, como el Comandante no había tenido el menor escrúpulo en encerrarme allí, ni en hacer sufrir a mi familia con tamaña injusticia pese a todos mis sacrificios por protegerlo, iba a revelar al mundo la verdadera naturaleza de Fidel Castro. La idea de esta obra surgió, pues, un día soleado de 1995, hace casi veinte años, cuando llevaba el uniforme gris de recluso común, a pocos kilómetros de las playas de arena fina donde turistas despreocupados de todo el mundo van a beber mojitos y a bailar salsa, indiferentes en todo momento a la suerte de las víctimas de los hermanos Castro... * * * Por fin, dos años después de mi detención (ni un día menos), recuperé la libertad, pero terriblemente debilitado: desde que mi ángel guardián se ocupaba de mí había engordado un poco, pero pesaba veinte kilos menos que en el momento de mi detención. Al salir de la cárcel me presenté en la dirección de la Seguridad Personal para regularizar mi situación. Y menuda sorpresa: al leer los documentos que me habían enviado, caí en la cuenta de que mi derecho a la jubilación había sido reconocido dos años atrás, como mínimo, es decir, antes de mi detención. Lo cual significaba, desde un punto de vista formal, que ya era un civil, y no un soldado, en el momento de mi proceso. Por consiguiente, todo el procedimiento estaba sembrado de irregularidades porque, como civil, no podía comparecer ante un tribunal militar... Pero, en fin, me tragué la rabia: al menos había salido... Ignoraba que el acoso policial no había terminado. De inmediato me pusieron bajo la estrecha vigilancia del G2: agentes de la Seguridad del Estado permanecían

apostados delante de mi casa las veinticuatro horas del día y me seguían en todos los desplazamientos, ya fuese a ver a mi madre en coche o simplemente a tomar el aire a la esquina. El primer año no hice gran cosa. Expulsado del Partido Comunista Cubano (PCC), me resultaba difícil, por no decir imposible, encontrar empleo. Como vivía de mi pensión de trescientos pesos (dieciséis dólares) —porque, lo diré de pasada, me pagaban los subsidios de jubilación aprobados antes de mi detención, lo cual demuestra una vez más lo absurdo de mi proceso—, pasaba mucho tiempo en casa sin hacer nada, en familia, con mi esposa, con el fin de recuperar el tiempo que me habían robado en la cárcel. Dondequiera que fuese, y fueran cuales fuesen mis interlocutores, me abstenía de criticar a Fidel Castro y de formular la menor opinión sobre la situación política o social. Como resultado, los servicios de información no conseguían dilucidar mi opinión sobre la Revolución. Al cabo de un año, dos oficiales vinieron a proponerme un trabajo. Como conocía al dedillo el sistema castrista, sabía que era para vigilarme mejor, porque la Seguridad del Estado dispone de confidentes y agentes en todas las unidades de producción del país, así como en escuelas, administraciones, hoteles, restaurantes, mercados, etc. Fue así como me convertí sucesivamente en gerente de un centro logístico de camiones que transportaban trigo y harina, responsable administrativo, director de noche de Café TV —un cabaret del centro de la ciudad— y, por último, ejecutivo en una unidad de vigilancia perteneciente al Ministerio de Obras Públicas. Como había estudiado

contraespionaje, llevé a la práctica todas las técnicas de desinformación que había aprendido en la escuela o sobre el terreno. Lejos de criticar a Fidel, fingía estar preocupado por su seguridad: «Es preciso que el Comandante en Jefe se cuide cuando vaya a tal país, pues allí los enemigos de la Revolución son legión», deslizaba en la conversación con mis colegas de trabajo, a sabiendas de que mis palabras serían repetidas. Participaba asimismo en todas las actividades revolucionarias, ya se tratara de asistir a reuniones de barrio o a manifestaciones masivas convocadas por el Comandante. Eso sí, al mismo tiempo me informaba con discreción sobre las redes de emigración clandestina que, a partir de los años noventa, se multiplicaron en Cuba. Gracias a dichas redes, averigüé que los servicios de los pasadores costaban como mínimo diez mil dólares. Por lo tanto, empecé a vender diversas cosas —objetos decorativos, electrodomésticos, etc.— con el fin de reunir parte de dicha suma y algún día poder embarcar en un fueraborda que me conduciría a la libertad. Mi hermano y mi tío, ya establecidos en Estados Unidos, me hicieron llegar dinero, siempre por mediación de las redes clandestinas y de mi hija, que había dejado Venezuela por Florida, y venía cada dos o tres años a vernos a Cuba. Además, empecé a enviar clandestinamente documentos (fotos, diplomas, medallas, etc.) que con el tiempo me permitirían demostrar, sin la menor duda, que había trabajado como guardaespaldas de Fidel durante diecisiete años.

Liberado de la cárcel en 1996, necesité doce años para lograr abandonar la isla, en 2008, tras diez tentativas de huida infructuosas. En cada ocasión aparecía un problema: la embarcación de los pasadores no acudía a la cita, un guardacostas patrullaba en las cercanías o, simplemente, tenía la impresión de que me seguían. Por supuesto, aplicaba de manera sistemática las técnicas de contravigilancia que había aprendido en la escuela del MININT para despistar a los agentes del G2. Me perdía entre la multitud de un lugar muy frecuentado, me deslizaba con rapidez a un lavabo público para cambiar de sombrero y camiseta, y después, al cabo de unos minutos, volvía sobre mis pasos tras haber doblado la esquina para comprobar que estaba solo. Sin embargo, tanto numerito resultaba agotador, y me preguntaba si algún día lograría salir de allí. En 2008 cambiaron las tornas. Mi mujer había obtenido autorización de salida para ir a ver a su hermana a Estados Unidos. Se quedaría en Florida un mes, a menos que yo lograra escapar por fin. Ahora bien, una semana después de que se marchara recibí el mensaje, vía la red de pasadores, de que en los próximos días estaba previsto un «pasaje» a México. Esta vez la cita se había fijado en la provincia de Pinar del Río, la más occidental de la isla. Tuve un mal presentimiento, pues dos de mis anteriores tentativas habían fracasado precisamente en Pinar del Río: una de las veces, guardias fronterizos llegaron a disparar ráfagas de aviso por la noche. Huí muy asustado. Además, tenía la impresión, errónea, de que mis pasadores (a quienes había pagado doce mil dólares) trabajaban a

suelo de la Seguridad del Estado. Si tal era el caso y me delataban a las autoridades, sabía que volvería entre rejas para muchísimo tiempo... En pocas palabras, sentía que el cerco se cerraba a mi alrededor. En fechas recientes, policías del G2 habían ido a interrogar a mis vecinos para saber por qué me desplazaba con tanta frecuencia fuera de la capital, incluso hasta el otro extremo del país, por ejemplo a Santiago de Cuba, donde no tenía familia. Decidí correr el riesgo de todos modos. Mi contacto me había indicado que la cita se había fijado en la zona de Los Palacios, cien kilómetros al oeste de La Habana. Por ironías de la historia, el día de marras volví a encontrarme escondido en una zona pantanosa, a sólo seiscientos metros de una casa que conocía a la perfección por haber ido a ella docenas de veces con Fidel: era La Deseada, el chalet de madera donde se instalaba para la caza de patos. Permanecí sin moverme dos días en el manglar, esperando la llegada de los pasadores, sin comer nada. Empezaba a perder la esperanza cuando, por fin, la embarcación surgió en la noche con todas las luces apagadas. Fuimos cuarenta y cinco fugitivos los que subimos a bordo, pero el capitán nos dijo que había recibido la orden de embarcar sólo a treinta personas. Sugirió que quince voluntarios abandonaran el barco. Nadie se presentó candidato, por supuesto. Tras vanas negociaciones, decidió arrancar motores a las tres de la madrugada con todo el cargamento. Ahora bien, debido al peso de los pasajeros, el nivel de flotación era tan bajo que una hélice chocó contra algo y se partió. Por suerte, quedaban tres motores, y así llegamos a aguas

internacionales. A medio recorrido en dirección a Yucatán (México), otro barco vino a nuestro encuentro y, en mitad del mar, parte de los fugitivos fueron transbordados. Y ambas embarcaciones siguieron la ruta prevista. Al caer la tarde siguiente, llegamos por fin a aguas de Cancún, estación balnearia mexicana situada a unos doscientos kilómetros del extremo oeste de Cuba. Los pasadores esperaron a que anocheciera para hacernos desembarcar en una playa donde nos esperaba un camión, el cual nos condujo hasta una casa situada tierra adentro. A lo largo de una semana los pasadores nos hicieron salir en grupos de cuatro o cinco personas, para acompañarnos con la mayor discreción hasta el aeropuerto donde debíamos embarcar hacia Nuevo Laredo, ciudad fronteriza con Texas, a mil quinientos kilómetros de Cancún. Yo fui uno de los últimos en salir. Antes de irme, los pasadores me dieron una consigna: «Habla lo menos posible, para que no te reconozcan por tu acento». Después nos desearon buena suerte... En Nuevo Laredo, el plan era sencillo: adoptar un aire despreocupado y atravesar a pie la frontera junto con la multitud de fronterizos que cruzan a diario el puente de Río Bravo para ir a trabajar al otro lado, con el fin de evitar los controles. Después, todo sería coser y cantar: debo aclarar que, una vez pisado suelo estadounidense, los cubanos, a diferencia de los demás latinoamericanos, se benefician desde 1966 de la Ley de Ajuste Cubano[35], que automáticamente les otorga asilo político. Justo antes de cruzar el puentefrontera de Nuevo Laredo, nuestro pequeño grupo de cinco personas experimentó un momento de

pánico: ¿y si nos detenían los guardias fronterizos, tan cerca del objetivo? Respiré hondo, me serené y dije a mis camaradas, los cuales ignoraban que había sido militar: «¡Seguidme, yo iré delante!». Les había dejado claro que si los guardias fronterizos mexicanos se acercaban a nosotros, tendríamos que correr hacia Estados Unidos, pues los funcionarios latinos no cometerían la imprudencia de disparar en dirección al país vecino. Nos pusimos en camino: los trescientos metros que nos separaban de Estados Unidos se nos antojaron interminables. No obstante, al llegar a la altura del último funcionario de aduanas mexicano, sin reflexionar, de manera espontánea, le di unas palmaditas en la espalda y le solté, muy sonriente: «¡Buenos días!». Un instante después me encontraba en Estados Unidos. Y mis compañeros de viaje también. Al primer policía que encontramos, un negro muy alto, le solté las dos palabras mágicas que hacen las veces de «ábrete, sésamo»: «¡Asilo político!». Pero no entendía el español. Entonces me volví hacia uno de sus compañeros, colombiano de origen, quien enseguida se dio cuenta de que éramos cubanos. Comprendió por nuestros rostros agotados que hacía mucho que no comíamos, y nos dio refrescos, así como un pollo del Kentucky Fried Chicken, que devoramos en un abrir y cerrar de ojos. Fue mi primer contacto con la gastronomía estadounidense: nada extraordinario, pero diez veces mejor que lo habitual en Cuba. Después nos condujeron por separado ante los funcionarios del Servicio de Inmigración, todos hispanohablantes. Como a todos los cubanos que

desembarcan en Estados Unidos, el funcionario me formuló la pregunta de rigor: —¿Ha colaborado usted, de cerca o de lejos, con el Gobierno de Cuba? —Sí —contesté. —¿Y qué hacía? —¡Fui guardaespaldas del Comandante en Jefe Fidel Castro durante diecisiete años! Mi interlocutor enmudeció, me miró por encima de las gafas y me preguntó si hablaba en serio. Lo confirmé, y creí que se le iba a desencajar la mandíbula. Cabe decir que hasta hoy soy el único miembro de la escolta de Fidel que ha desertado. El funcionario me dedicó una enorme sonrisa, se levantó y dijo: «No se mueva, vuelvo enseguida». Desapareció durante una hora y volvió con un enorme expediente, que dejó sobre la mesa. Encima pude leer, en una etiqueta blanca: «Juan Reinaldo Sánchez». ¡Era mi expediente, que había pedido al FBI que le enviara! Contenía un montón de papeles relativos a mí, que permitían reconstruir mi biografía. Recuerdo que el funcionario dedicó la hora siguiente a rellenar mi petición de asilo, al tiempo que no paraba de formularme preguntas anecdóticas y divertidas. Por ejemplo, quería comprender a toda costa cómo conseguía Fidel comer bien con una barba tan larga y poblada como la suya.

Por último, quiso saber si yo accedería a una entrevista informativa con un agente del FBI. A lo cual respondí: «¡Ya lo creo! ¡Con sumo placer!». A continuación telefoneé a mi tío, al cual considero desde siempre como mi padre. Al otro lado del hilo, en su casa de Miami, lo oí gritar y bailar de alegría: «¿Es verdad? ¿Lo has conseguido? ¡Te quiero, hijo mío! ¡Ven enseguida, quiero verte ahora mismo!». Todos

experimentábamos la sensación de estar viviendo el happy end de una escena de cine. Me envió un billete de avión y ocho horas después aterrizaba en Miami, acogido por el más hermoso de los comités de recibimiento: ¡toda mi familia! Bueno, casi toda. Mi madre se había quedado en Cuba, mi hijo también, aunque conseguirían abandonar por fin la isla en 2012. Pero los demás estaban locos de felicidad. ¡Mi mujer, mi hija y mi yerno, mis nietos, mi tío-papá! Cuando llegué a casa de mi hija, donde me esperaban una buena cena y ropa nueva (había salido de Cuba con lo puesto), empecé por sumergirme en un baño caliente, afeitarme y ponerme guapo para celebrar aquel inusitado acontecimiento: ¡mi libertad! Por primera vez desde hacía años, podía relajarme, liberado por fin del sentimiento de opresión debido a la vigilancia permanente de los agentes de la Seguridad del Estado. La espada de Damocles que pendía sobre mí desde hacía tanto tiempo había desaparecido. Para un cubano, el reencuentro, la reunificación familiar, es lo más hermoso que existe. Nunca jamás volvería a conocer el estado de separación que hace sufrir a tantas familias. Nos sentamos a la mesa para comer camarones al ajillo, plato típicamente cubano, consistente en una especie de gambas pequeñas con ajo, arroz y frijoles negros, y pasamos la velada riendo y besándonos. Al día siguiente, tras una noche breve, fui a ver el barrio de Little Havana y constaté que nada en su arquitectura recordaba a La Habana, aunque cientos de miles de exiliados cubanos jugaran al dominó en los parques públicos, bebieran «café cubano» a todas horas y

reconstruyeran la cálida atmósfera propia del pueblo al que pertenezco.

* * *

Al cabo de un año pude empezar a trabajar como consultor independiente en materia de protección de personas y también como analista político sobre Cuba. Estoy convencido: nada mejorará en la isla mientras los hermanos Castro sigan en el poder. Desde lejos, veo a mi antiguo jefe, Fidel, hundirse en la vejez y la enfermedad. Sus fuerzas se debilitan poco a poco, cada vez es menos capaz de reinar sobre los seres y de influir en los acontecimientos... Sé hasta qué punto debe de sufrir al verse tan disminuido. Lo conozco. Cuando pienso en él, no experimento el menor odio, ni resentimiento, ni rencor. Son sentimientos negativos que me impedirían vivir. De hecho, siempre he sido optimista, estoy convencido de que el mañana será mejor que el hoy. Si a alguien guardo rencor es más bien a sus esbirros, que me hundieron ante el tribunal: el fiscal, los jueces, los agentes de la Contrainteligencia Militar, ciertos excolegas que presentaron falsos testimonios, algunos confidentes. Son ellos quienes hacen el trabajo sucio, y también ellos quienes sostienen el sistema a brazo partido. En lo que a mí respecta, sencillamente me equivoqué. Cometí el error de dedicar la primera parte de mi vida a proteger la de un hombre cuya lucha por la libertad de su país y cuyo ideal revolucionario había admirado, antes de verlo dominado por la fiebre del poder absoluto y el desprecio al pueblo. Más que su ingratitud sin límites hacia quienes lo han servido, le reprocho su traición. Porque ha

traicionado la esperanza de millones de cubanos. Y hasta el fin de mis días, una pregunta me atormentará: ¿por qué las revoluciones siempre acaban mal? ¿Por qué sus héroes se transforman sistemáticamente en tiranos todavía peores que los dictadores a los que han combatido?

Apéndice fotográfico

<< Mi regalo de Año Nuevo, enero de 1956: un disfraz de cowboy y... ¡mi primera pistola!

Décimo quinto cumpleaños de Antonio, en 1986. Insistió en invitarme a la fiesta en casa de sus padres, Fidel y Dalia. En familia en 1975, con mi esposa, Mayda, Aliette (6 años) y Ernesto (4 años). En casa de Fidel, en Punto Cero, hacia 1990. Lo felicito por una medalla que ha recibido. A la derecha, Ambrosio Reyes Betancourt, uno de los «donantes de sangre».

En Nicaragua, julio de 1980, con los comandantes sandinistas Jaime Wheelock (a la derecha) y Daniel Ortega (a la derecha de Fidel). Detrás de este último, el jefe de la escolta Domingo Mainet (con traje de faena) y el dirigente del PC cubano Julio Camacho Aguilera (con camisa blanca). El del traje azul celeste soy yo. Hacia 1980, las dos motoras de Fidel, las Pionera I y II, abarloadas. Charla preparatoria en vistas a una salida de pesca submarina nocturna, con un cámara y un ingeniero de luces. Yo llevo un traje de buzo marrón.

En Cayo Piedra, la isla secreta, con el amigo Gabriel García Márquez en 1983. A la izquierda, el Aquarama II, el yate de

Fidel. A la derecha, la Pionera I. Al fondo, el restaurante flotante. Con el primer ministro de Granada, Maurice Bishop, y Juanita Vera, intérprete y amante de Fidel, en Cienfuegos (Cuba), en 1983. En el extremo derecho, yo, con gorra. Cumpleaños de Fidel, en el recinto de la Unidad 160, en presencia del nicaragüense Humberto Ortega (a la derecha de Fidel, con gafas y bigote), el amigo Núñez Jiménez (el primero por la izquierda, con barba y camisa blanca), el maestro del espionaje Manuel Piñeiro, alias Barbarroja (al lado del anterior, con barba y camisa azul), Raúl Castro (acucillado, con camisa blanca y bigote) y yo, también acucillado, con traje de faena. Otro cumpleaños de Fidel, esta vez en Punto Cero. Me dispongo a anotar el nombre del vino argelino en la «libreta», que llevo en el bolsillo de la camisa (a la izquierda). La casa adquirida en Harare (Zimbabue) en 1986, con el maletín de efectivo que llevo en la mano. El refugio antiaéreo se encuentra allí donde se ve a un guardia (al fondo a la izquierda); la habitación de Fidel, justo al lado. Conmigo, el guardaespaldas Jaime González Hernández (con pantalón marrón). Fidel, yo. A mi derecha, el sosias Silvino Álvarez, sin caracterizar y con chaqueta oscura. De espaldas en primer plano, el ministro José Abrantes. A la izquierda de Fidel, nuestro embajador en Quito (con barba). Detrás de él, el dr. Selman, médico personal (con bigote). En el centro, con traje azul celeste, el enfermero. Los demás son guardaespaldas.

En Ecuador, agosto de 1988, con una periodista que le pide un autógrafo. Como temíamos un atentado con un bolígrafo

envenenado, intervengo para quitarle a Fidel de la mano el de la periodista. En España, en 1992, a la salida del hotel. A la izquierda, el director de la Seguridad Personal del régimen cubano, el general Humberto Francis Pardo. En el centro, yo. Fidel sostiene un pulpo durante su visita a la población de Láncara (Lugo), de la que era originario su padre. A mi derecha, el entonces presidente de la Xunta de Galicia, Manuel Fraga.

Notas

[1] Fue entonces sustituido por Carlos Lage, que ulteriormente llegó a secretario del Consejo de Ministros y vicepresidente del Consejo de Estado, antes de ser destituido en 2009. <<

[2] Rubén Fulgencio Batista (1901-1973) había sido presidente de Cuba por primera vez desde 1940 hasta 1944, tras haber sido democráticamente elegido. Su Gobierno contaba con ministros comunistas. <<

[3] Alina Fernández, Fidel, mon père. Confessions de la fille de Castro, Plon, 1998. [Edición española: Alina: memorias de la hija rebelde de Fidel Castro, Plaza & Janés, 1997.] <<

[4] En el poder desde 1964 hasta 1982. <<

[5] Creado en 1961 en Belgrado, el movimiento de los No Alineados es una organización internacional que agrupa a los Estados que se definen como no alineados ni con el bloque del Este ni con el bloque de Occidente. <<

[6] Destituido en 1992. <<

[7] Entre el 14 y el 28 de octubre de 1962, la crisis de los misiles enfrentó a Estados Unidos y la Unión Soviética en relación con los misiles nucleares soviéticos instalados secretamente en Cuba y apuntados hacia Estados Unidos. Dicha crisis supuso el punto culminante de la guerra fría y se zanjó entre John Fitzgerald Kennedy y Nikita Jruschov, sin que Fidel Castro fuera consultado. <<

[8] La localidad de Punta Brava está situada en la periferia de La Habana, siete kilómetros aproximadamente al sudoeste de la residencia familiar de Punto Cero. <<

[9] ETA, «País Vasco y libertad», en euskera. <<

[10] Jokin murió en 2006. <<

[11] Tras recuperar el poder en 2007, Daniel Ortega es el actual presidente de Nicaragua. Su hermano Humberto abandonó la política en 1995 para dedicarse a los negocios. Nombrado embajador en Perú en 2007, Tomás Borge falleció en 2012. Jaime Wheelock preside la ONG Instituto para el Desarrollo y la Democracia (IPADE). Henry Ruiz milita contra la corrupción del poder orteguista actual. Bayardo Arce es consejero económico del presidente Ortega. Por último, Carlos Núñez Téllez falleció en Cuba en 1990. <<

[12] Daniel Ortega, de nuevo presidente de la República desde 2007, fue reelegido en 2011. Sigue siendo aliado de Cuba. <<

[13] El republicano Ronald Reagan fue inquilino de la Casa Blanca desde 1981 hasta 1988. Su vicepresidente, George H. Bush, le sucedió de 1989 a 1992. <<

[14] Dirigida por Jonas Savimbi y financiada por Estados Unidos y Sudáfrica, la Unión Nacional por la Independencia Total de Angola (UNITA) luchó contra el Gobierno marxistaleninista de la República Popular de Angola, apoyado por la URSS y Cuba. Al igual que los conflictos de Centroamérica de la misma época, la guerra civil angoleña (1975-1992) fue uno de los principales teatros de conflicto armado de la guerra fría. <<

[15] Campesino. <<

[16] Juanita Castro y María Antonieta Collins, Fidel y Raúl, mis hermanos, Aguilar, 2009. <<

[17] FMC, Federación de Mujeres Cubanas, organización de masas que cuenta con cuatro millones de miembros. <<

[18] Vilma Espín murió en 2008. <<

[19] Película de Florian Henckel von Donnersmarck estrenada en 2006, y que fue Oscar a la mejor película extranjera. <<

[20] 1919-1999. <<

[21] Oficial encargado de encriptar las comunicaciones con La Habana. <<

[22] Que tiene a su cargo a los diplomáticos extranjeros destinados en Cuba. <<

[23] Incluido Fidel. <<

[24] 1908-1981. <<

[25] José Martí, gran teórico del antiimperialismo, 1853-1895. <<

[26] Padre del actual dirigente Kim Jongun. <<

[27] En 1977 el coronel Gadafi cambió el nombre del país por el de Gran Jamahiriya Árabe Libia Popular Socialista. <<

[28] Véase el capítulo 15. <<

[29] Véase el documental Cuba, una odisea africana, de Jihan El Tahri, 2007. <<

[30] Persona que pasa droga en un barco. <<

[31] Condenado en 1992 en Estados Unidos por tráfico de drogas y blanqueo de dinero. <<

[32] En ajedrez, enrocar consiste en un movimiento único en el que se desplaza al mismo tiempo el rey y la torre con el fin de sorprender al adversario. <<

[33] En la actualidad sigue ocupando dicho cargo. <<

[34] CIM, a cargo de la vigilancia de todos los militares cubanos. <<

[35] En inglés, Cuban Adjustment Act (CAA). <<